SUSANA VALLEJO

NUEVE DÍAS EN EL JARDÍN DE KIEV

PLAZA JANÉS

SUSANA VALLEJO CHAVARINO

NUEVE DÍAS EN EL JARDÍN DE KIEV

PLAZA JANÉS

Para mi madre, Ana María Alodía Elisa Chavarino, que me descubrió el mundo de las hadas, los libros y la fantasía

Aquí estamos rodeados de árboles, esas vidas que permanecen en silencio a nuestro alrededor y entre las cuales existimos.

URSULA K. LE GUIN

Los árboles son santuarios. Quien sabe hablar con ellos, quien sabe escucharlos, aprende la verdad. No predican doctrinas y recetas, predican, indiferentes al detalle, la ley primitiva de la vida.

HERMAN HESSE, *El caminante*

Nota de la autora

La noche del 28 de septiembre de 2011 tuve un sueño. Fue especialmente vívido. En él encontraba un libro titulado *Nueve noches en el jardín de Kiev*, lo abría y lo leía. Era un libro con algunas ilustraciones; recuerdo la de un viejo militar que llevaba en su bicicleta a una niña pequeña y la de una mujer rica, burguesa, envuelta en un lujoso abrigo de piel… El trazo era vivo, largo y sinuoso, como el de Toulouse-Lautrec.

La historia, como todas las historias de los sueños, resultaba algo confusa, pero había unos cuantos elementos clave: una niña, un guarda y, sobre todo, el jardín, un jardín enorme que era el protagonista de aquel libro y de aquel sueño.

Cuando me desperté, la fuerza del jardín, del título, de las imágenes y de aquellos personajes era tal que tuve que levantarme para apuntar todo lo que recordaba.

Cuando eres escritor, sabes cuándo una historia te atrapa y te obsesiona, de manera que tienes que sacarla fuera y escribirla como sea. Y eso ocurrió con *Nueve noches en el jardín de Kiev*. En aquel momento estaba ocupada con otros proyectos, pero el jardín de Kiev seguía aferrado a mi cabeza y a mi corazón. Descubrí que en Kiev existía un jardín botánico, parecido al de mi sueño, y busqué imágenes de la época y de la ciudad. Empecé a escribir, pero la historia no acababa de tomar forma, no encontraba el narrador

adecuado, no sabía si el protagonista era el guarda o la niña… El título no tenía sentido, porque todo ocurría de día y no de noche. Total, que el manuscrito quedó en un cajón, acumulando polvo. Pero el jardín seguía aferrado a mi cabeza y de vez en cuando se me ocurría una historia que incorporar, un nuevo personaje, una nueva forma de contar las cosas.

Y así llegué a 2019, cuando me di cuenta de que, por fin, tenía la estructura, los protagonistas y el narrador adecuados. Y entonces ¡empecé de nuevo!

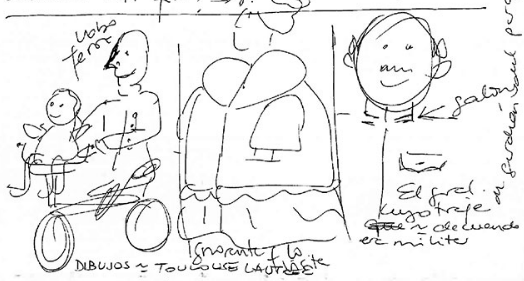
Después de tantos años, volví al jardín; porque los libros, como los jardines, necesitan su tiempo. Llegó la pandemia y acabé la novela, que ahora se había convertido en *Nueve días en el jardín de Kiev*. Y luego me puse a buscar una editorial que se enamorara del proyecto como yo me había enamorado del jardín, y, en fin, cuando Penguin Random House dio su sí, ya estábamos a finales de enero de 2022.

Y entonces estalló la guerra entre Rusia y Ucrania, y Kiev cobró una especial relevancia y, de pronto, la ciudad estaba en boca de todos. La realidad se echó encima de nuestro jardín.

Cuando escribí este libro, Kiev no tenía las connotaciones que posee ahora. Esta novela no ha nacido con esta guerra. Sí, habla de guerras, pero estos *Nueve días en el jardín de Kiev* nacieron mucho antes, en 2011, cuando un sueño me inspiró la historia que hoy tienes entre las manos.

SUSANA VALLEJO CHAVARINO

le den el trab de cuidar el parque ? → a otro niño que lo visite ? (será en el fut un círculo sin fin ? →).



N... niña vive en mansión en parque enooo, me. Su viejo mayordomo "f all niños de la " temen y llaman "El Lobo feroz" xq es alto y largo y gran nariz. (La lleva en bici de vuelta a la mansión cuando se escapa).
La niña crece = sra de 60? años.
Lobo feroz crece = sr de 70 o + (no era tan viejo aunq lo parecía).

9 DIAS EN EL JARDIN DE KIEV

Crece pq cada + puede llegar a tener 160 años o así (cosas de los + ctos y los libros).
El parque se convierte en parque públi - y lo visitan ignorantes, -- y scanders (gente con cabeza arg + a veces con ideas equivocadas en la cabeza).
Hay q buscar guardias para el parque.
Ella + busca antiguos militar. Los busqué con mucho cuidado. Dignos, honrados... y que se portan en lo + importante a XX.
- grupo - la base redonda - . Lo contratan como jefe del parque y él busca a antiguos colegas

de la milicia. Los guardianes del parque acaban levantándose en armas y liderando la revolu/ y acaban con el gob.

cto: "Niños, sabéis de la rev. de oct. (por ej. u otra revolu/)... ¿Sabéis cómo empezó? La culpa es de Lobo Feroz, el h + terrible f al mismo t. era el + dulce".
Ella se casó con el Lobo Feroz.
Su hna con el jefe militar.
El parque es el + hermoso de todos los parques y lo visitan miles de niños cada día.

La Hª Too le puede contar un niño q visita el parque y encuentra una viejecita (fantasma) que le cta. la hª del parque. (Jto. a la mansión) ⇒ Q cada día

le cta. una parte de la hª.
El niño sólo va a ir, ej 10 días al parque, y el día 9 tiene miedo de q la sra no aparezca y no le cte. el final de la hª.

AIRE: Rusia. La Rev. Vieja burguesía. Niños con ayas. Abrigos de visón. Bicicletas ~ peli Orson Welles de dinastía de ricos. Moños en mujeres. Niños con trabuzones. Militares q fuman puros. // Cto con pals e hª 30's = Modernista.

Los niños ever irán a los parques.
Cuide mi parque, peq. Está lleno de hªs y algún día TV serás el guardián de este parque. // ¿Lo cta. el adulto que

Te quiero advertir de algo: estás a punto de entrar en el jardín de Kiev, y cuando lo hagas, sus semillas arraigarán en tu corazón y lo cubrirán de hojas verdes y de hojas secas, y las flores frescas crecerán en tus entrañas y el musgo húmedo adornará tu piel. El jardín permanecerá en tu interior para siempre, y formará parte de ti y tú formarás parte de él.

Nunca podrás desprenderte del jardín.

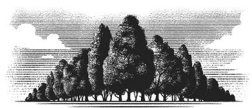
No digas que no te avisé, amigo. Ahora depende de ti seguir leyendo o cerrar el libro. Tú eliges. Pero no hay marcha atrás. Porque las palabras se desbordan de las páginas y se arrastran como la hiedra en busca del último rincón de tu alma.

El jardín de Kiev te está esperando.

Aunque no lo sepas.

1

El bosque sin nombre



Cuando los bosques cubrían el mundo y los pueblos eran verdes, el jardín de Kiev se encontraba lejos de la ciudad. Ahora ya no es así. Las calles de grises adoquines recogen las sombras de sus árboles, y las hojas amarillas, ocres y marrones bailan sobre las aceras negras.

Antiguamente, un muro de piedra mantenía encerrado el jardín. Sus restos aún se pueden encontrar en algunos sitios, como un vestigio de lo que fue y ya no es. Ahora una verja separa el jardín de la ciudad.

En la puerta principal, el metal se curva formando hojas, flores y mariposas. No se sabe bien dónde acaba una hoja de parra o empieza un pétalo, porque la una y el otro comparten volutas y adornos, y se retuercen como las conciencias; por eso es mejor no pararse a observar los detalles sino disfrutar de la obra en su conjunto. El artista que la creó diseñó cada uno de sus elementos para que el visitante no se fijase en ellos sino en el todo; para que, más que ver, sintiera.

Al cruzar las puertas, hay que abrir los sentidos. Huele a tierra y a humus, a sombra y humedad. Aunque brille el sol, la entrada se mantiene en la oscuridad, porque unos árboles altísimos de denso follaje flanquean la avenida y se abrazan entre sí formando un túnel vegetal que ni la luz ni el calor del sol pueden atravesar. Y cuando el visitante se interna en el camino bajo sus sombras eternas, se escuchan los trinos de los pájaros que, escondidos entre el follaje, cantan en su propio idioma.

El pequeño Sergei sintió y observó todo aquello cuando llegó al jardín. Era un día de sol y, al pisar una arena tan amarilla que desprendía destellos dorados, escuchó sus propios pasos crepitar sobre el suelo y se quedó quieto, bajo los inmensos árboles, mientras decidía si se dirigía hacia la mansión a la que conducía la larga

avenida o se internaba en alguno de los múltiples jardincillos que se abrían a los lados.

Le llamó la atención un sendero que nacía a la derecha y se perdía tras unos altos setos. El camino serpenteaba alrededor de una sencilla fuente y desembocaba en un parterre en el que había tres bancos de piedra. El sol de la temprana primavera iluminaba la gravilla y hacía danzar luces y sombras sobre el suelo. La brisa movía las ramas de los árboles y las hojas susurraban entre sí.

Sergei se acercó a la fuente y tocó el agua estancada. Su imagen tembló.

De improviso, una sombra atravesó su reflejo y, asustado, se dio la vuelta.

No vio nada ni a nadie.

El corazón le latía deprisa. ¿Qué era aquello que le había parecido ver en el agua? Una silueta oscura que ahora había desaparecido.

Echó un vistazo alrededor. Los pájaros seguían cantando a lo lejos. Las hojas de los árboles murmuraban. Todo parecía tranquilo. Lo que fuera que había pasado ya estaba lejos.

Continuó por el sendero hasta llegar a un bosquecillo salvaje que contrastaba con la cuidada geometría de los jardines que había atravesado hasta entonces.

Antes de internarse en el bosque, Sergei miró hacia atrás. No podía perderse. El sendero de grava moría junto a un gran abeto de tronco rugoso. Sus ramas pesaban tanto que casi se arrastraban por el suelo, como unas manos de dedos alargados que, mecidas por el viento, quisieran convertirse en raíces.

—Hola.

El saludo sorprendió a Sergei.

—Hola —repitió la voz, que en esta ocasión sonó aún más ronca.

Un hombre alto y recio, con la piel arrugada, morena y seca como la madera, le sonreía. El extraño lucía una abundante barba larga y blanca pasada de moda.

—Eres muy pequeño. Es la primera vez que te veo en el jardín.

Sergei no sabía si aquello era una pregunta y asintió con precaución. Su madre le había dicho que no hablase con desconocidos. Pero aquel señor, que aunque tenía la cara marcada de arrugas no parecía un anciano, daba la impresión de ser simpático.

Además, su abrigo le recordaba a un uniforme de guardabosques. Supuso que sería el guarda del parque.

—Sí… Es la primera vez.

—Entonces es tu primer día en el jardín, pequeño…

Dejó la frase a medio acabar y Sergei pensó que quería saber su nombre.

—Me llamo Sergei.

El guarda se quedó pensativo.

—Vaya, vaya… Así que es tu primer día en el jardín, Sergei. —Suspiró.

El hombre sonrió y en ese momento Sergei se dio cuenta de que sus arrugas eran de las buenas. Su madre decía que las arrugas podían proceder de la felicidad, de la desgracia o de la maldad. Y las de aquel guarda habían sido cinceladas por las risas, porque le sonreía con la boca, pero también con los ojos.

—Yo soy el guardián del jardín, de un tiempo y de una época que desaparecen… —Carraspeó—. ¿Conoces la diferencia entre un jardín italiano, un jardín francés, uno español o uno inglés?

—¿Es una adivinanza? —Sergei no sabía que hubiera jardines de diferentes tipos.

—¡Nada de adivinanzas! Ay, hoy en día no enseñan a los niños las cosas importantes de la vida. —El guarda meneó la cabeza—. A los niños de antes se los educaba para que de mayores supiesen construir jardines.

Sergei pensó que aquel hombre debía de estar refiriéndose a los niños ricos. Seguramente él nunca podría construir un jardín. De ningún tipo. Ni italiano, ni francés, ni español, ni inglés…

—¿Quién puede construir un jardín? Eso es muy caro, ¿no?

—Todos somos constructores de jardines. Podemos diseñarlos y levantarlos con nuestras manos o simplemente dibujarlos. —El guarda le guiñó un ojo—. Un jardín es arte. —Manoteó en el aire—. Es el arte de modelar la naturaleza, darle forma y expresar su belleza para disfrutar de ella. Los jardines nos hacen humanos. Los hay oscuros, que dan miedo, y otros son divertidos y escandalosos. Y algunos bailan y otros son tranquilos y tan viejos como el mundo.

Impresionado por la vehemencia del hombre, Sergei guardó silencio. Se planteó si debería darle la espalda, salir corriendo y dejarlo con la palabra en la boca, aunque quedase como un

maleducado.

—¿Has visto la avenida flanqueada por castaños? —le preguntó el hombre.

Sergei asintió. En ese momento se dio cuenta de que la mayoría de los altos árboles del paseo eran castaños.

—Las grandes avenidas son típicas de los jardines de estilo francés. Los franceses dibujan con regla sobre la tierra. Mira esa parte de ahí —dijo señalando entre los arbustos unos setos perfectamente recortados—. ¿Ves que forman un recuadro y un dibujo geométrico?

Sergei pensó que se parecía al dibujo de la vieja alfombra de su vecina, la señora Petrova.

—Esas formas son las típicas de un jardín francés —continuó el hombre mientras se tocaba la barba, un gesto que Sergei enseguida descubrió que era una manía suya—. El jardín francés necesita demasiados cuidados para mi gusto. Doma la naturaleza con escuadra y cartabón: líneas rectas en los paseos, los caminos, los setos… Cuando todo es tan cuadriculado, las historias no fluyen. ¡No pueden oírse las historias!

—¿Qué historias?

—¡Las de amor eterno! Las de muertes, fugas, venganzas; las de amistad, traición, búsquedas e infortunios, las de rebeliones y raptos, ¡las más fantásticas y las más reales! El jardín está impregnado de todas ellas. ¿No las oyes?

Sergei negó con la cabeza, un poco asustado por su tono grandilocuente.

—Pues entonces, qué remedio, tendré que contártelas yo. —Suspiró de nuevo—. ¿Te agradan las historias, pequeño Sergei?

—Me encantan.

—Bien. Muy bien —murmuró para sus adentros—. Será mejor que empiece por el principio. Para llegar a la Historia con mayúsculas, la más importante de todas las historias, antes tienes que conocer los orígenes de todo. Habrá que ir poco a poco. Y deberás tener paciencia, porque para llegar a la historia más emocionante de todas, la que más te interesa conocer, primero tendrás que escuchar otros relatos. Veamos… Antiguamente, este jardín era un bosque. Todo comenzó en los bosques. ¿Cuántos conoces?

Sergei siempre había vivido en un barrio del centro de la ciudad. Apenas salía de allí. Los bosques que conocía solo existían en los cuentos y ahora en este jardín.

—Solo conozco este.

—¡Este no es un bosque de verdad! —El guarda rio—. Tan solo se le parece. A los primeros dueños del jardín les gustaban los bosques y, cuando lo diseñaron, quisieron reservar un espacio en el que las cosas se quedaran como estaban, más salvajes y naturales, para que nadie olvidase que el origen de todo está en los bosques. Este es un bosque pequeñito. —Señaló a su alrededor—. Hay otro, uno de verdad, detrás de la mansión. Son los restos del bosque primitivo que ocupó este lugar hace tiempo, mucho tiempo.

El guarda se sentó sobre el tocón de un árbol. Sergei pensó que si ese era un bosque pequeño, el grande debía de ser realmente inmenso.

—No es posible domar la naturaleza. Un jardín francés es algo absurdo. Es terrible que no te dejen crecer con libertad, que corten las ramas en cuanto sobresalen de los límites que alguien ha decidido porque sí. Por eso no me agradan los jardines franceses. Es como dejar que no nos crezcan los pies. ¿Sabes que allá, en Oriente, vendan los pies a las niñas cuando son bebés? Las vendas se van cambiando, pero los pies no pueden crecer y se convierten en unos muñones de este tamaño. —Se señaló la palma de la mano y dobló los dedos—. Es doloroso y horrible. Odio que se constriñan así los árboles, los setos, las plantas…

Sergei no pudo contener un gesto de asco. ¿Cómo era posible que alguien torturase a un bebé para que no le creciesen los pies?

—Por eso prefiero los jardines que dejan libertad a la naturaleza para que descubra su propio camino. Esos que, cuando entras en ellos, consideras simples y sin embargo responden a un plan bien urdido. —El guarda manoteó de nuevo en el aire—. Su aparente sencillez hace que te sientas a gusto y contemples las flores y las plantas y los senderos y las rocallas pero, en el fondo, está pensado hasta el último detalle. Los más bellos jardines parecen sencillos, pero siempre dejan alguna parte salvaje para que la naturaleza siga su curso y los animales puedan refugiarse en ella.

—¿Animales? —se atrevió a preguntar Sergei—. ¿Aquí?

—Pues claro. Aquí hay ardillas, renos… e incluso lobos y osos.

—¡Venga ya! —Sergei se rio—. ¡Es imposible que haya osos en este jardín! Soy un niño, pero ¡no soy tonto! No podrían saltar la valla y entrar.

El hombre lo miró fijamente. Tenía unas cejas peludas, anchas y grandes, casi tanto como el bigote del señor Olaf.

—¿Qué te hace pensar que los osos entrarían? —Miró a los lados como si temiese que alguien descubriera su secreto—. ¿Y si nunca hubieran salido de aquí? ¿Y si estuvieran dentro y las verjas les impidieran salir?

—¡Osos! ¡Aquí! —Miró hacia la avenida—. ¡Es imposible!

—No conoces la historia del jardín de Kiev, pequeño Sergei. Bien, prepárate porque esta es mi primera historia… Verás, en este mismo lugar —pisó con su bota bien fuerte en el suelo negruzco—, hace miles y miles de años, había un enorme bosque. Uno sin nombre al que nadie se atrevía a entrar; así de oscuro, denso y terrible era. Decían que lo habitaban no solo animales salvajes, sino también monstruos procedentes de otros mundos. Bestias terribles cuya visión volvería loco a cualquier mortal.

Sergei recordó, de pronto, la sombra que había entrevisto mientras se contemplaba en el agua de la fuente.

—Y las gentes de la ciudad —prosiguió el hombre—, que por aquel entonces no era más que un pueblo, pero ¡qué digo!, apenas era un puñado de cabañas que se levantaban junto al río… Pues bien, nadie se atrevía a venir a este bosque, que ni siquiera tenía nombre.

Sergei se sentó frente a él en el suelo, sin importarle si se manchaba los pantalones o había barro. Parecía que el guarda le iba a contar una buena historia.

> Los árboles eran altos, tan altos como una colina. Era un bosque denso e impenetrable; en algunos lugares, la luz del sol nunca tocaba el suelo. Pero el bosque no es solo lo que ves, pequeño Sergei, también es todo lo que está debajo de la tierra: las raíces de los árboles unidas las unas a las otras y los hongos y las setas entremezcladas con ellas. El bosque sin nombre era todo lo que se ve y lo que no se ve, ¡uno y todo! Nadie se atrevía a entrar en él, pero en el poblado había un leñador muy valiente. Lo llamaban Boris el Grande porque era muy alto y casi tan ancho como dos hombres juntos. Boris no tenía ni pizca de barriga, sino unos músculos

nervudos…

—¿Qué es «nervudo»? —lo interrumpió Sergei.

—Nervudo… Ay, niño, qué de cosas tienes que aprender todavía. En fin, un músculo nervudo es… un músculo que, ¡mira!, es como ese árbol. —Señaló—. ¿Lo ves? Se le notan los nervios y las venas que van por dentro. Sin una pizca de grasa, todo músculo.

—¡Ah!

Sergei sabía que los árboles no poseían venas ni nervios, que eso solo lo tenían las personas. Pero se dio cuenta de que era la manera que tenía el guarda de explicarle las cosas, poniéndole como ejemplo un sencillo árbol.

Boris era fuerte y nervudo, y más valiente que cualquier otro hombre del pueblo. Así que un día de otoño decidió internarse en el bosque sin nombre. No pensaba ir demasiado lejos, tan solo quería encontrar algunos abedules altos y flexibles para construir una balsa.

… ¡Halló un abedul alto y perfecto! Lo taló y lo arrastró hasta su casa. Presumió en el pueblo de haber entrado en el bosque y prometió que regresaría.

—Necesito otros ocho abedules como este —le dijo a su joven y bella esposa.

—No vuelvas al bosque, Boris, por favor —le rogó su mujer, que creía en las leyendas que se contaban sobre el bosque sin nombre.

—Yo no tengo miedo, mujer. No son más que cuentos de viejas. El bosque sin nombre es como los demás. —Boris se rio de ella—. Mañana iré a buscar otro abedul.

Y al día siguiente, en cuanto amaneció, se levantó para cortar otro árbol, pero en el camino se encontró con su anciana madre.

—¿Qué haces a estas horas tan tempranas aquí, madre?

—Anoche me dijeron que fuiste al bosque sin nombre y que en la taberna presumiste de haber cortado un abedul.

—¡Y lo hice, madre, ya lo creo! Un joven abedul blanco muy flexible. Y hoy traeré otro.

—No vayas, hijo mío. Por favor. Nunca te he pedido nada, pero, si me quieres, no vayas. Quien entra en el bosque sin nombre no vuelve jamás. El bosque se alimenta de las almas de aquellos que se atreven a internarse en su espesura y destruyen a sus hijos.

—¿Hijos? ¡Yo solo quiero cortar un abedul para construir la más ligera de las barcas!

—Los abedules, al igual que los demás árboles, junto con las plantas y los animales, y los pájaros y hasta el agua, son los hijos del bosque. Pero los abedules son sus favoritos porque son los primeros es sanarlo cuando alguien lo hiere. Los abedules son los primeros en crecer en los claros de un bosque.

—Madre, soy Boris el Grande, el más fuerte de todos los hombres del pueblo. No me venga con tonterías. Es un árbol y un bosque como cualquier otro.

—Ay, no, querido hijo. Este es el bosque de las sombras y…

Boris no le dejó terminar la frase y se rio de sus temores.

—¡Soy Boris el Grande y no tengo miedo de nada ni de nadie! —repitió y, tras darle la espalda a su anciana madre, se adentró en el bosque.

El guarda cambió de postura y, al hacerlo, Sergei entrevió el forro de su abrigo. Aunque estaba sucio y muy gastado, pudo ver que era rojizo y oscuro, de un color áspero y grave como la sangre.

—¿Qué pasó con Boris? —preguntó Sergei.

Boris encontró otro abedul perfecto. Y lo cortó. La tarde del segundo día llegó al pueblo arrastrándolo. Y dejó el abedul junto al otro. Sus ramas plagadas de hojitas parecían el cabello de un hada de los bosques. Y, sin que nadie lo viese, sus ramitas se enredaron con las del primer abedul y se abrazaron para contarse sus propias historias.

Por la noche, Boris fue a la taberna y, tras beberse de un trago el aguardiente más fuerte que tenían, se rio de los miedos de los demás y de las advertencias que le hicieron. Y al día siguiente, aunque tenía dolor de cabeza y estaba muy cansado, volvió a madrugar para ir al bosque.

Por el camino se encontró con su padre, que le dijo:

—Por favor, Boris, hijo mío, no vuelvas al bosque sin nombre.

Pero Boris se rio de él.

—Ya no eres fuerte, padre. Ahora eres un anciano lleno de miedos, como los demás del pueblo. Yo soy Boris el Grande, déjame pasar.

Boris no escuchó a su padre y se internó en el bosque. Buscó otro abedul flexible y verde, y lo cortó. Cuando su hacha golpeó el tronco, sonó como si algo profundo y eterno se estuviera rompiendo. Al atardecer volvió a la aldea y dejó el abedul junto a los otros dos árboles. Y las ramitas y las hojas de los tres árboles cortados se trenzaron, se mezclaron y se buscaron, como si quisieran abrazarse.

Al día siguiente fue su hermano quien le pidió que no volviera al bosque. Al siguiente, el hombre más anciano del pueblo, y al siguiente, su cuñada… Pero Boris no hizo caso a nadie y regresó al bosque, día tras día, a talar árboles.

«Necesito nueve abedules para construir mi balsa», se decía. Y cada tarde se hacía más grande la pila de árboles junto a su casa. Y él no se daba cuenta de que sus ramas se unían como si aún estuvieran vivas y después se hundían en la tierra, como las raíces que habían perdido.

Boris quería nueve árboles, y durante ocho días volvió al bosque sin nombre y cortó un abedul. Pero el noveno, cuando la luz del crepúsculo cubrió de dorados, naranjas y amarillos los caminos y los tejados del pueblo, no regresó. Y cuando llegó la noche, aún no había vuelto y nada sabían de él.

—El bosque se ha cobrado su alma —dijo su madre.

«Su alma costó ocho árboles». «Era un hombre muy fuerte». «Ya se lo advertimos», dijeron su padre, su cuñada y todos los demás.

En el pueblo lo dieron por perdido. Nadie se atrevió a entrar en el bosque sin nombre a buscarlo.

Sin embargo, cada mañana, su mujer se acercaba a la linde y gritaba su nombre hasta quedarse afónica. Y hubo un día que se quedó sin lágrimas y sin voz, y entonces el bosque sin nombre se apiadó de ella y la llamó. Las hojas de los abedules bailaron y le hicieron cosquillas en la piel, y cada una de ellas la acarició con un recuerdo de Boris y de sus manos y de su boca y de su cuerpo entero, y como ya no le quedaban lágrimas, no pudo más que sonreír con melancolía y entrar en el bosque a reunirse con su esposo.

—¿Y sabes lo que cuentan, pequeño Sergei?… Que ella nunca regresó, que encontró un claro en el que un día hubo nueve abedules y vio que allí crecían otros nuevos, rodeando a un tejo joven, ancho y nervudo, que le recordaba a su Boris. Y dicen que ese árbol le regaló su joya más preciada: un pequeño fruto rojo, la única parte del tejo

que no es venenosa. Ella lo tomó, lo probó y entonces se convirtió en tejo y se quedó en el bosque sin nombre para siempre. Y también dicen que su alma forma parte del bosque y que, para no olvidar que un día fue una mujer que amó a un hombre, canta viejas historias. Y que cuando el viento sopla y pasa entre los árboles, arrastra sus lamentos y sus relatos.

El guarda hizo una pausa.

—¿Escuchas ahora las historias de los árboles, pequeño Sergei? Cada uno de ellos cuenta una.

Sergei guardó silencio. Aguzó el oído y negó con un gesto.

El guarda pareció decepcionado.

—Qué lástima. Son historias hermosas las que nos cuentan los árboles. Si no las oyes, ¿qué escuchas entonces?

—El viento. Las ramas… y los pájaros.

—Siempre hay pájaros en algún lado. ¡Mira! ¡Eso es un cuervo!

—Mi madre dice que son los pájaros más listos de todos.

—Tu madre tiene razón. Los cuervos recuerdan, construyen herramientas, nos observan, siempre nos observan, y aprenden de nosotros. Una vez vi a unos cuantos cuervos que esperaban el paso de unos carruajes. Llevaban una nuez en el pico y la dejaron caer justo por donde iban a pisar las ruedas. Cuando estas pasaron por allí, partieron las nueces y así los cuervos se las pudieron comer.

Sergei no se dio cuenta de que escuchaba con la boca abierta.

—Los cuervos son los más inteligentes de todos los pájaros.

Los dos guardaron silencio.

La brisa soplaba y las hojas de los árboles se movían. Sergei intentó distinguir alguna palabra, pero solo le llegaba el murmullo tembloroso de las hojas movidas por el viento.

—Usted… ¿puede oír las historias que cuentan los árboles?

—Por supuesto que puedo. Es cuestión de tiempo y de aguzar los sentidos.

Sergei pensó que le estaba tomando el pelo. Se concentró y miró a su alrededor. Los abetos le parecían ahora hombretones nervudos con grandes y largas manos. La brisa bailaba entre sus ramas y, por un momento, le pareció escuchar un susurro: «Borisss». Pero fue solo un instante. La sensación desapareció con un parpadeo.

—¿Y ya no existe el bosque sin nombre?

El guarda meneó la cabeza y señaló la mansión que se

vislumbraba entre las ramas.

—Esto es lo que nos queda: una pequeña parte del gran bosque sin nombre; los árboles, las plantas, las flores… y los animales que ves ahora. Un simple jardín. Eso es lo que nos queda —repitió suspirando—. Pero no muy lejos, más allá de la mansión, el bosque aguarda. Impenetrable, como siempre, espera el momento para retomar su lucha eterna contra la ciudad y contra este jardín.

Sergei miró a su alrededor.

—Así que esto es lo que queda… Pero se podría volver a plantar el bosque, ¿no?

—Supongo que sí. —El guarda sonrió.

—¿Y cuánto tarda en crecer un bosque?

—Ciento sesenta años —contestó rápidamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque…

> Hace mucho tiempo, los hombres construyeron una iglesia, una tan alta que parecía acariciar las nubes y el cielo con sus torres afiladas. Era la iglesia más hermosa del mundo y nunca antes se había construido otra parecida. Las paredes eran de piedra, al igual que sus torres, pero el tejado tenía que ser ligero para que la estructura pudiera soportar el peso de tanta belleza. Así que los hombres más sabios idearon un complicado entramado de vigas de madera. Y como el tejado era tan grande, tuvieron que talar un bosque entero.

El guarda hizo una pausa, y Sergei pensó que si el alma de Boris había costado los ocho árboles que necesitaba para construir una simple balsa, harían falta muchas vidas para levantar la iglesia más bella del mundo.

> Y pasó el tiempo, los años se acumularon uno sobre otro y se transformaron en siglos. Entonces hubo una tormenta y un rayo cayó sobre el tejado. Y la iglesia más bella del mundo ardió y las llamas alcanzaron tal altura que llegaron hasta el cielo. Dicen que incluso consiguieron chamuscar algunas nubes. Durante dos días y dos noches, la iglesia más hermosa del mundo alimentó las llamas, hasta que se convirtió en una simple montaña de cenizas y piedras

ennegrecidas.

Los hombres lloraron y se lamentaron, pero decidieron reconstruir su más bella iglesia, y para ello, claro, tuvieron que destruir otro bosque. Esta vez hubo alguien que pensó que siempre habría tormentas y que podría volver a caer un rayo sobre el tejado, y puesto que ya no quedaba ningún bosque para talar cerca de la iglesia, lo mejor sería plantar uno nuevo por si en el futuro ocurría otra desgracia semejante. Así que lo llenaron todo de árboles para conseguir un bosque tan hermoso como el que hubo antes. Plantaron robles, porque son los padres de todos los árboles, y también tejos, avellanos, castaños, fresnos y laureles; y hayas y álamos, y trajeron manzanos y olivos, higueras, perales, pinos, sauces… Y ligeros abedules nacieron de no se sabe dónde y empezaron a cubrir los rodales que restaban, porque estos árboles son como las costras en nuestro cuerpo: curan y cubren las heridas del bosque. Los abedules ayudaron a que creciesen los abetos, porque los abedules y los abetos se ayudan entre ellos y siempre crecen juntos. Y los árboles tardaron exactamente ciento sesenta años en hacerse tan altos y frondosos como los que había antes en su lugar.

—Los que los plantaron ya estarían muertos para entonces.

—¡Pues claro! Los leñadores eso lo saben muy bien. Talan los árboles y, si son sabios, dejan algunos para que enseñen todo lo que saben a los que han de crecer. Y también para que puedan crear el bosque que no se ve, el que crece por debajo de la tierra, el de las raíces y los filamentos y los hongos, los mohos y las setas. Sí, los hombres sabios repueblan los bosques para que sus nietos los talen en el futuro. Así ha sido desde el comienzo de los tiempos: se tala y se planta, se tala y se vuelve a plantar…

—¿Y si no son sabios?

—Si solo piensan en el hoy y en obtener beneficios, en lo que pueden ganar en sus cortas vidas, sus nietos no encontrarán ningún árbol que cortar. Y se morirán de hambre. Porque la vida de los hombres está encadenada a la de los árboles. Sin bosques, ya no habrá más hijos ni más nietos. Así es como llega el fin de las cosas. —Suspiró.

Sergei se quedó mirando los altos árboles que los rodeaban, pensando quién era tan estúpido como para no pensar en el mañana,

en sus nietos y en el futuro de todos los hombres.

—Todo está en los árboles. Todo lo cuentan. Todo lo saben. Simplemente hay que observarlos, sin prisas, día tras día, y aprender de ellos… Te veo pensativo, pequeño Sergei.

—Me gustan sus historias, señor.

El guarda rio y sus ojos brillaron bajo las tupidas cejas.

—Si te gustan, búscame y te las contaré. Estas han sido las primeras, las que hay que conocer antes de escuchar las otras, las más emocionantes.

—¿Las de amor, aventuras, fugas, muertes, venganzas y no me acuerdo qué más?

—¡Esas!

—¿Me las contará mañana?

El hombre asintió.

—Te alimentaré de historias, Sergei. Mañana y cada vez que me busques… Siempre podrás encontrarme. Tú y cualquiera que me necesite.

El guarda le dio la espalda como si fuese a marcharse, pero cambió de opinión en el último momento.

—Cuando vuelvas, te contaré la historia más importante de todas, la de Olga Ivana Borisova y su familia. Te gustará. Ellos construyeron este jardín y levantaron la verja. No para impedir que nadie entrase, como todos creen, sino para que nada saliese de aquí. La verja protege a la ciudad de las criaturas y las sombras del bosque, no al revés. Recuérdalo, no dejes que te confundan, pequeño Sergei.

Dicho esto, desapareció tras los árboles.

Sergei sonrió y entonces se dio cuenta de que no le había dado las gracias. Así que salió corriendo tras él. Atravesó la arboleda y se encontró con varios caminos, pero no había ni rastro del guarda.

Avanzó hasta un tocón y se subió por si desde allí lo veía.

—¡Señor guarda! —gritó. Solo le contestó el silencio—. ¡Gracias! —le dijo a la nada, al aire y al bosque—. ¡Me han gustado sus historias! ¡Quiero conocerlas todas!

El viento sopló y las ramas de los árboles murmuraron palabras que se quedaron flotando a su alrededor sin que nadie pudiera entenderlas. Tan solo permaneció en el aire el eco de una sensación, fugaz como el miedo que se queda pegado entre las sábanas tras despertar de una pesadilla.

Sergei se sentó sobre el tocón y observó los anillos del tronco. Sabía que cada anillo representaba un año. Había algunos gruesos y sinuosos, y otros eran tan estrechos que casi no se diferenciaban; estaban muy juntos, como si hubiera años cuyos recuerdos se mezclasen y no pudiesen existir aislados.

Empezó a contar los anillos para saber cuántos años tenía aquel árbol cuando lo cortaron. Le costó bastante porque había sido un árbol bien grueso. Ya iba por ciento diecisiete años cuando sintió que alguien lo observaba.

Se volvió y se encontró con una niña rubia que debía de tener su misma edad.

—Son ciento sesenta y ocho —le dijo.

—¿Qué?

—Ese árbol tenía ciento sesenta y ocho años cuando lo cortaron. Lo he contado muchas veces y hay ciento sesenta y ocho anillos.

—¡Vaya!

La niña llevaba una larga trenza y sus cabellos rubios eran a veces oscuros, como la tierra dorada de la avenida de los castaños, y a veces muy claros, como el heno casi blanco. Algunas hojitas secas se aferraban a su pelo, por lo que Sergei pensó que habría estado jugando entre los árboles. Vestía una camisa parda que le quedaba grande y unos pantalones manchados de barro. Seguramente sus padres eran pobres, porque aquellas ropas estaban casi destrozadas. Nadie la regañaría si se ensuciaba.

—Me llamo Sergei. ¿Y tú?

La niña lo miró a los ojos y Sergei se fijó en los suyos. Eran de un marrón tan oscuro que parecían negros.

—Me llamo Tatiana, pero tú puedes llamarme Tat.

—Es un nombre un poco raro, ¿no?

—Es el nombre de la hija de un rey. —La niña se irguió—. ¿Quieres jugar conmigo? No hay muchos niños por aquí. Te puedo enseñar los secretos del pequeño bosque.

Tatiana extendió la mano hacia la de Sergei. Su piel pálida

estaba limpia, pero tenía las uñas muy sucias.

—¡Vamos!

Sergei no se lo pensó ni un segundo y le dio la mano.

Tatiana lo condujo por el camino más estrecho, hasta llegar a un lugar donde la espesura creaba sombras y oscuridad.

—Este es el Rincón de las Hadas. ¿Crees en las hadas?

La madre de Sergei leía muchas historias de hadas y le había contado algunas. Pero él sabía que no eran más que cuentos inventados. Eran mentiras.

Sergei no supo qué contestar.

—Dicen que si crees en las hadas puedes verlas. Que si estás aquí un buen rato en silencio, acaban perdiendo el miedo y salen.

—¿Tú las has visto alguna vez?

Tatiana rio.

—¡Vamos a ver si aparecen!

Tiró de él hacia unos matorrales y lo hizo pasar a través de ellos.

—¡Chisss!

Los dos se escondieron detrás de la maleza. Las hojas de los árboles que los rodeaban susurraron y a Sergei le pareció escuchar «Borisss», así que prefirió hablar para no oírlo.

—No veo nada.

—Chisss —le chistó de nuevo.

Una mariposa pasó delante de ellos. Volaba como si formase parte del mismo aire, como si saltase sobre piedras invisibles, siguiendo un camino invisible a través de un arroyo invisible. Dejó un rastro de naranjas, negros y amarillos en sus retinas.

—¿Te gustan las mariposas? Si quieres, te llevo al paseo de los lilos. Allí hay muchísimas, pero solo en esta época del año. Luego desaparecen.

Permanecieron en silencio unos instantes y ella preguntó de nuevo:

—¿Crees en las hadas? —Se lo quedó mirando con sus ojos oscuros, casi negros.

—No lo sé —respondió Sergei después de una larga pausa.

El niño sintió los ojos de Tatiana clavados en los suyos y entonces ella empezó a reír sin dejar de mirarlo.

—Hay una historia que me gusta mucho —le dijo—. Habla de los mayores y de la fantasía y de las hadas. Verás, hace muchos años,

cuando estrenaron la obra de teatro de Peter Pan…

—No sabía que existía una obra de teatro —la interrumpió.

—Uy, sí. El estreno fue todo un acontecimiento. Asistió lo mejor de la sociedad inglesa y europea. —Su mirada voló soñadora—. Pues verás, había una actriz que hacía de Peter Pan, porque entonces muy pocos niños actuaban y las chicas hacían de niños en el teatro. Y al principio de la obra había un momento en el que Peter Pan preguntaba al público gritando: «¿Vosotros creéis en las hadas?». —Tatiana desvió la mirada un segundo hacia el claro del bosquecillo, como si hubiera visto algo, pero luego continuó—: Como era el día del estreno, no sabían cuál sería la respuesta del público, pero tenían preparado un plan: si no contestaba a la pregunta, los músicos de la orquesta tenían que gritar «Síííí» muy fuerte. Así que llegó el día del estreno y todos estaban muy nerviosos, sobre todo la chica que hacía de Peter Pan, porque no sabía lo que iba a pasar cuando hiciera aquella pregunta a los espectadores. ¿Y a que no sabes lo que pasó?

—¿Qué?

—Pues que la actriz dio unos pasos hacia el público, miró de reojo a la orquesta y preguntó desde el escenario, gritando: «¿Vosotros creéis en las hadas?». —Tatiana miró a Sergei y esbozó una sonrisa enorme, enseñándole todos los dientes—. Y entonces el público contestó «SÍÍÍ», y fue un sí tan enorme y tan fuerte que… que la actriz se puso a llorar y no pudo seguir con la obra hasta que se le pasó la emoción.

—¡Qué apuro!

—Sí. Pero ¿a que es bonito? Aquellos mayores creían en las hadas. Todos gritaron que sí sin dudarlo.

—O al menos estaban dispuestos a creer mientras durara la obra.

—Sí, puede ser —contestó distraída—. Chisss, ¿no has oído…?

El viento soplaba entre los abetos y de nuevo a Sergei le pareció entender «Borisss, Borisss».

—Es el viento —respondió él.

—Me había parecido…

Tatiana lo cogió de la mano otra vez.

—Si prometes no decírselo a nadie, te enseñaré uno de mis sitios favoritos para jugar.

—¡Lo prometo!

—Pero antes, dime, ¿tú crees en las hadas?

Sergei no contestó enseguida. Al ver que Tatiana insistía tanto con eso, supuso que era una pregunta importante.

—No lo sé, de verdad, Tat. Las historias de hadas son muy bonitas. Pero me parece que todas ellas son mentira.

Tatiana entornó los ojos y se rio. Sin decir una palabra, tiró de él con fuerza entre los árboles hasta otro claro. Allí había un abeto enorme que había crecido con el tronco tan torcido que formaba una especie de cabaña con sus ramas.

—Es el escondite de los piratas —susurró.

Y jugaron a los piratas. Tatiana cogió dos palos que usaron como espadas; imaginaron que tenían que buscar un tesoro y que el malvado gobernador de una isla los buscaba para colgarlos.

—Tenemos que inventarnos un saludo pirata. ¡Un saludo secreto! —dijo ella.

Ensayaron gestos, abrazos y reverencias, y al final decidieron usar varios ademanes seguidos en un orden complicado. Cuando los dos se lo habían aprendido, la luz del sol empezó a declinar.

Sergei se dio cuenta de que debían de haber pasado muchas horas.

—¡Ya es muy tarde! ¡Tengo que volver!

—Vaya, ¡qué lástima! Si vuelves otro día, te enseñaré un árbol chulísimo para jugar. ¡Es el barco de los piratas! Y lo mejor de todo es que… ¡se mueve!

—¿El árbol? ¿Y cómo lo hace?

—¡Ah! Es un secreto. Pero no te lo voy a contar hoy. Si quieres saberlo, tendrás que volver mañana y verlo con tus propios ojos.

—¡Volveré!

—Vale. ¡Despidámonos con el saludo pirata!

Luego Tatiana salió corriendo y lo dejó solo.

Sergei regresó al Rincón de las Hadas, desde allí fue hasta el tocón del árbol que murió con ciento sesenta y ocho años y después corrió hasta el camino, que con la luz del atardecer se había cubierto de tonos dorados.

Respiró hondo y sintió el aire diferente, olía distinto al de su barrio, a ese aire que le ensuciaba de negro la camisa y los pantalones, las narices y las sábanas. Este aire era puro, como el del campo. Era el aire que tenía que respirar, el que le decían que necesitaba para recuperarse y ponerse bueno.

Así que Sergei inspiró profundamente y sintió el olor de la tierra húmeda del bosquecillo, el de los lilos que no había visto, el de la resina de los abetos y la madera del tocón muerto, y dejó que la brisa y todo lo que arrastraba entrase en su interior. Se miró los brazos y las manos cubiertos por esa luz dorada del atardecer, y se sintió más vivo que nunca.

2

La vieja mansión

—¡Sergei! —La voz ronca del guarda surgió de un bancal —. Es tu segundo día en el jardín. —De nuevo, Sergei no supo si se trataba de una afirmación o de una pregunta—. Si has vuelto es porque el jardín te ha gustado.

Las florecillas amarillas, que respondían a una temprana primavera, adornaban algunos arbustos. Otros, enfrente, estaban cubiertos por unas pocas flores moradas, como si alguien las hubiese dejado caer desde el cielo y se hubieran quedado enganchadas. Esas pinceladas de color entre el pardo invernal y los primeros verdes anunciaban todo lo que estaba por llegar y todo lo que podría ser.

—Me ha gustado mucho.

—¿Y por qué te ha gustado?

—Pues porque es muy bonito.

—¿Te parece bello?

La pregunta le pareció un poco tonta.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y qué es la belleza para ti, Sergei? ¿Ese sendero que se pierde entre los lilos? ¿El delicado degradado de violetas, púrpuras y lilas junto a esos amarillos?

—Sí, supongo que sí —repitió.

—Pero ¿qué es lo bello? ¿Los arbustos floreciendo en un elegante equilibrio de colores o lo que sientes al verlos? —El guarda suspiró profundamente—. ¿Qué es la belleza, pequeño Sergei? ¿El jardín o la sensación que te produce? ¿El objeto en sí o lo que sentimos al contemplarlo?

Sergei se quedó callado. Entendía lo que le decía el guarda, claro, pero nunca se había parado a pensar en esas cosas. Así que no supo qué decir.

—¿Es bella la vieja mansión? —El guarda se giró hacia el final de

la escalinata, hacia el palacete que presidía el jardín—. ¿Te parece un edificio hermoso?

—Bueno, está abandonado, sucio… Y tiene grietas.

—Pero ¿es bello?

Sergei se encogió de hombros.

—Quizá aún eres demasiado joven para apreciarlo. Quizá te sea más fácil encontrar la belleza en el jardín. ¿Sabes qué? En algunos lugares del mundo, la belleza está en lo viejo, lo roto y lo ajado, e incluso tienen una palabra para denominar ese tipo de belleza. Un cuenco rajado, renegrido y abollado es bello porque guarda la historia de todos aquellos que lo usaron. Y cada pequeña grieta reparada es el testimonio de lo que pasó; un resquicio por el que se asoma la memoria.

El guarda se acarició la barba y terminó recorriendo las arrugas de su frente con la punta de un dedo.

—¿Un cuenco roto es bello? —preguntó Sergei pensativo.

—Según algunos, un cuenco arreglado y usado mil veces es más hermoso que uno nuevo recién fabricado. Porque almacena la historia de todas esas veces que se usó.

Sergei alzó las cejas en un gesto de duda.

—El jardín sí que me gusta —añadió—. Pero aún no lo conozco bien, ¡hay tanto por ver!

El hombre asintió con los ojos húmedos. Sergei vio que tenían el mismo brillo que los de la señora Petrova, su vecina, cuando hablaba de su hijo y su marido desaparecidos en la guerra.

—Yo te lo enseñaré. Te mostraré todos los rincones y te contaré todos los secretos del jardín de Kiev, hasta que los conozcas tan bien como yo mismo; hasta que formes parte de él.

La voz del guarda había sonado muy seria. Tan solemne y tan seria que Sergei lo interrumpió a propósito.

—¿De quién era esa casa?

—Es una mansión, Sergei. Pertenecía a la familia que construyó el jardín, la familia de Olga Ivana Borisova.

Aquello un día fue un lujoso palacete, pero sin duda llevaba abandonado mucho tiempo y quedaba poco de su antiguo esplendor. La mayoría de las puertas y ventanas estaban tapiadas; otras habían sido cegadas con tablones de madera, y la hiedra y las plantas trepadoras crecían descontroladas, dibujando filigranas verdes sobre

las paredes que le daban el aspecto de una piel despellejada.

El guarda se acercó cojeando hasta un banco de piedra y se sentó resoplando. Sergei se acomodó a su lado. Estaba seguro de que si se sentaba era porque, al igual que el día anterior, le iba a contar algún cuento.

—Los Borisov eran de sangre noble. Se trataba de una de las familias más antiguas e importantes del imperio, emparentada con los mismísimos zares. Eran nobles desde el principio de los tiempos, y aunque hubo varias dinastías de zares, siempre estuvieron emparentados con ellos. Si no era por parte de un abuelo, era por parte de una tatarabuela o una tía… Los Borisov siempre estuvieron allí.

El guarda recolocó una de sus piernas, como si le doliera.

—Hace mucho, cuando la ciudad aún quedaba lejos de aquí, la mansión se encontraba separada de ella por el bosque sin nombre. El tatarabuelo de Olga Ivana Borisova fue quien comenzó a construir el jardín. Era un hombre inteligente y supo que la ciudad pronto crecería hasta alcanzar el bosque, así que decidió salvaguardar una parte de él convirtiéndolo en un jardín.

El guarda echó un vistazo a su alrededor con mirada soñadora, imaginando cómo sería ese rincón por aquel entonces.

—Para construirlo, contrató a los mejores diseñadores de jardines del mundo —continuó—. Los hizo venir de Italia, Francia, Inglaterra… Y, de ese modo, los mejores jardineros llegaron a nuestra ciudad, y todos ellos, Sergei, tenían el mismo objetivo: construir el más bello de los jardines, el más grande, el más impresionante. Sería un jardín que todos admirasen y que perduraría para siempre. El tatarabuelo de Olga Ivana Borisova no reparó en gastos. Imagina, pequeño Sergei, a miles de trabajadores aquí mismo talando árboles y a otros plantándolos con mimo. Muchos sabían que ellos no verían terminada aquella magna obra, pero que sus hijos y sus nietos sí disfrutarían de todo aquello que estaban plantando.

Sergei pensó en si alguno de los enormes árboles que los rodeaban habría sido plantado por aquellos hombres del pasado.

—Imagina, pequeño Sergei, a miles de hombres con sus palas, sus carretillas, sus sacos de arena, trajinando en este lugar cuando aún era un bosque. Imagina a los jardineros que hicieron traer plantas, semillas y esquejes de los rincones más lejanos, y a los

diseñadores de jardines que imaginaban cómo hacer de cada rincón algo hermoso, ya fuese primavera, verano, otoño o invierno. —El guarda hizo una pausa y suspiró—. El tatarabuelo de Olga Ivana Borisova murió sin ver terminado el jardín. Su hijo, el bisabuelo de Olga Ivana Borisova, fue quien finalizó las obras.

Se levantó y señaló el palacete.

—Fíjate en la mansión, Sergei. En realidad, no es nada del otro mundo. Esas columnas en la entrada y la escalinata le dan un aire señorial; sí, bueno, y las fuentes… Pero no es un palacio digno de un jardín como este. Es un edificio bastante pequeño si lo comparas con la grandiosidad del parque. ¿Sabes por qué?

Sergei negó con la cabeza. Le parecía una casa enorme. Pero claro, al lado de la inmensidad del jardín… sí que era pequeñita. Las cosas cambian mucho según con qué se comparen.

—Eso es porque el tatarabuelo de Olga Ivana Borisova ya sabía que lo más importante no eran ellos, la familia, sino el bosque sin nombre, y tenían que protegerlo antes de que la ciudad lo engullera por entero. El tatarabuelo de Olga Ivana Borisova, y luego su abuelo, y su padre, y la misma Olga Ivana Borisova sabían que ellos solo eran los custodios del bosque. Por eso construyeron esa casa, su casa, la mansión dentro del jardín. Pero, a fin de cuentas, no es más que la casa de los guardas… ¿Te has fijado alguna vez en las casas de los guardas de los jardines, Sergei? ¿Y en las casas de los jardineros?

Sergei volvió a negar.

—Pasan desapercibidas. Las casas de los guardas y los jardineros se encuentran en rincones en los que nadie se fija. Aquí, la mansión no es más que un refugio para los custodios del bosque.

Sergei echó un vistazo al edificio abandonado. La hiedra se alimentaba de las paredes desolladas. Las ventanas y las puertas permanecían mudas. La piedra, que antiguamente fue blanca, ahora se veía gris y verdosa, maltratada por la lluvia, el viento, el frío del invierno, la nieve, la escarcha y el sol de los breves veranos. Resultaba difícil imaginar el aspecto que tendría la mansión cuando la construyeron.

—¿Quién era Olga Ivana Borisova? ¿Por qué habla siempre de ella?

El guarda se rio y su barba bailó sobre la camisa.

—Olga Ivana Borisova es la protagonista de mi historia, pequeño

Sergei. En realidad, es la protagonista de todas mis historias. Olga Ivana Borisova era la niña más valiente y más hermosa de toda la familia Borisov. Bueno, quizá no la más hermosa. Una de sus hermanas, Natalia Anastasia Borisova, poseía tal belleza que dejaba sin palabras a los hombres. Ja, ja. Así de bella era Natalia Anastasia, sí… Cuentan que hasta el mismo hijo del zar… Bueno, es lo mismo, la cuestión es que Olga Ivana Borisova no era tan guapa, pero sus ojos brillaban como la luz de las estrellas y, cuando sonreía, iluminaba todo a su alrededor como el sol. Hacía feliz a todo aquel que estaba con ella. Y era salvaje y hermosa como una flor que crece sin que nadie la haya plantado.

Sergei se acomodó en el banco de piedra y sintió que lo rodeaba el soplo de una brisa fría; también escuchó algo que sonaba a «Borisss, Borisss». Pero lo ignoró, porque le interesaban más las historias que contaba el guarda.

—Olga Ivana Borisova tenía ocho hermanos, pero ella era la favorita de su padre porque había salido a él, y a su abuelo, y al padre de su abuelo. Brillante como una joya sin engarzar y salvaje como el bosque. Mientras que a todas sus hermanas les gustaban los vestidos, los zapatos, las joyas y los lujos, y jugaban a ser princesas y a casarse y tener hijos, a organizar bailes y fiestas y concursos de belleza, Olga Ivana Borisova solo quería jugar y vivir aventuras en el jardín y el bosque. En cuanto se descuidaban, se escapaba. Y cuando por fin la encontraban, estaba modelando figuras de barro junto al estanque, trepando por los árboles del bosque o leyendo escondida en el laberinto…

—¿Hay un laberinto?

—Siempre hay un laberinto, pequeño Sergei. Ya te lo mostraré.

El guarda suspiró; Sergei arrastró los pies sobre la gravilla y sonó como si arañase la superficie de algo profundo e inmenso.

—Cuando Olga Ivana Borisova tenía seis años, su padre, Iván, decidió buscar a alguien que cuidase de sus hijos. Eran tiempos convulsos y él, que era un hombre sabio, imaginaba que tiempos aún más difíciles estaban por llegar. Iván había sabido mover su dinero y su influencia durante la guerra, y cuando terminó contaba con mucho más dinero y más influencia.

El hombre perdió la mirada en el sendero de flores amarillas.

—Las guerras son malas para el pueblo, pequeño Sergei, pero

para otros no lo son. Nunca lo son. Las guerras llenan de dolor el mundo y también los bolsillos de unos pocos.

El guarda buscó la mirada del niño.

—Así fue como Iván engrosó su fortuna. Sus hijos no iban a la escuela, como ocurre ahora con casi todos los niños, sino que contaban con un preceptor privado que les enseñaba todas las cosas que tenían que aprender. También tenían un profesor de música y otro de francés y de lengua, que les enseñaban a recitar y a cantar. Y hasta tuvieron un profesor de esgrima. Acababa de terminar la guerra cuando Iván quiso buscar un protector para sus hijos. Y así acabó encontrando al Oso Feroz.

Sergei dio un respingo.

—El padre de Olga Ivana Borisova preguntó a unos y a otros, y alguien le habló de un hombre fuerte y sólido como una montaña, leal y curtido en mil batallas: el Oso Feroz. Se había ganado ese apodo durante la guerra porque había sido un soldado fiero.

—¿En qué guerra?

—Qué más da, pequeño Sergei, todas las guerras son igual de terribles y los hombres se vuelven animales feroces cuando son engullidos por ellas. La cuestión es que Iván pensó que un oso feroz sería el mejor cuidador para sus retoños. Porque, ¿qué mejor que un oso para defender a tus cachorros?

Sergei se imaginó por un momento un oso gris, enorme, de largo pelaje y dientes afilados, alzado sobre sus patas traseras, gruñendo, defendiendo una camada de oseznos.

—Lo que no sabía Iván era lo difícil que le iba a resultar encontrar al Oso Feroz después de la guerra. Porque las guerras transforman a las personas y penetran dentro de ellas, y la muerte de otros contamina su sangre, y los hombres feroces tienen que volver a sus casas, si es que las tienen, y han de mirar a los ojos a sus mujeres y a sus hijos, si es que los tienen; y a veces muchos no encuentran el valor para sostener la mirada de aquellos a los que amaron, si es que alguna vez amaron. Así que prefieren no regresar y perderse entre los vapores del alcohol, malviviendo en las tabernas y la calle. ¿Qué puede ser peor que haber sobrevivido a una guerra para descubrir después que en el nuevo mundo, ya en tiempos de paz, no queda espacio para los hombres feroces? Los hombres que no se rompen en la guerra, por muy feroces que sean, a veces se rompen en la paz.

—Como los cuencos…

—Ja, ja. Sí, como los cuencos. —El guarda rio y su risa acabó convirtiéndose en una especie de tos ronca—. Y hay que repararlos, pero reparar a un hombre es más complicado que reparar un cuenco. La cuestión es que finalmente Iván encontró al Oso Feroz en una taberna de uno de los peores barrios de la ciudad y le propuso venir a vivir a su casa, a esta mansión, para cuidar de sus hijos. Al Oso Feroz no le apetecía escucharlo, pero le convencieron el dinero y sobre todo la forma de hablarle, que no se parecía a la de sus superiores en la guerra ni a la de sus antiguos amos en el campo. ¡Imagínate al Oso Feroz, que de pronto se encontró viviendo en este mismo jardín con la responsabilidad de cuidar de unas criaturas!

—¿Cuántos niños eran?

—Entonces eran nueve los hijos vivos de Iván. Pero los mayores ya no necesitaban de sus cuidados y, cuando los conoció, tampoco le resultaron interesantes. Iván y Nikolai le parecieron unos señoritingos que no sabían nada de la vida porque se habían criado entre algodones en un mundo muy distinto al suyo. Natalia Anastasia, la hermana mayor de Olga Ivana Borisova, era aún una niña, tan dulce y tan bella que nadie permanecía indiferente ante su hechizo. Igor destacaba en el estudio de todas las ciencias y Dimitri tenía alma de artista y de poeta. Olga Ivana Borisova, con seis años, ya era la niñita salvaje que acabaría convirtiéndose en una hermosa jovencita salvaje.

> Olga Ivana Borisova tenía fama de ser la más tonta de todos los hermanos porque no se aprendía las canciones, ni las poesías, ni las lecciones, y no era capaz de tocar el piano con la misma soltura que ellos.
>
> —Si es que no te fijas —la reprendía su madre, Caterina.
>
> —Si prestaras atención, seguro que lo harías mejor —le repetía una y otra vez su profesor de música.
>
> Pero ella tenía la cabeza en las nubes, en el jardín, en las aventuras que imaginaba y en las que leía cada noche. Y las teclas negras y blancas del piano se confundían entre sus dedos porque el único negro sobre blanco que entendía era el de las palabras, tanto si leía los libros de hadas que le regalaba su madre como los que robaba de la biblioteca de su padre.

El día que el Oso Feroz conoció a Olga Ivana Borisova, todos los hermanos se habían vestido con sus mejores galas porque esperaban la visita de un importante empresario inglés. Cuando se quisieron dar cuenta, Olga Ivana Borisova no estaba. La buscaron en su habitación, en las cocinas y hasta en la cuadra, pero no aparecía por ningún sitio.

—¡Mataré a esta hija mía! —rugía su padre dando grandes zancadas por los salones de la mansión—. Si esta vez no aparece a tiempo, la mataré. De verdad os lo digo.

—Seguro que está en el jardín —aventuró su hermana Natalia Anastasia.

Todos sabían que estaba en lo cierto. Olga Ivana Borisova odiaba los vestidos con lazos y puntillas que le obligaban a ponerse, prefería la ropa vieja de sus hermanos, y a sus seis años se negaba en redondo a tocar el piano y cantar para las visitas, tal y como hacían los demás.

—Yo la buscaré, señor —dijo el Oso Feroz.

—Aún no conoces bien el jardín, ni los rincones favoritos de mi hija.

—No, señor. Pero sé cazar y seguir una presa. La encontraré y la traeré a tiempo.

El Oso Feroz salió al jardín en su busca cuando faltaba poco para el atardecer. Desde lo alto de la escalinata, contempló el bosque que, a su espalda, empezaba a teñirse de rosados y violetas. Ante él se abría la avenida principal en la que desembocaban senderos, caminos, paseos… No sabía por dónde empezar y se dio cuenta enseguida de que aquella tarea era demasiado para un solo hombre. Pronto se haría de noche, la oscuridad se adueñaría del lugar e incluso él mismo podría perderse. Pero el Oso Feroz era valiente y determinado, sentía que podía con todo, y más ahora que tenía los bolsillos repletos con el oro del primer salario que Iván le acababa de adelantar.

A los pies de la escalinata encontró un velociclo, esos que tienen dos ruedas finas de diferentes tamaños. Una era grande, muy grande, y la otra, muy pequeñita. El Oso Feroz decidió subirse a él y consiguió mantener el equilibrio, e intentó pensar tal y como lo haría una niñita de seis años. Él estaba acostumbrado a discurrir como los ciervos, los zorros o los lobos cuando salía a cazarlos por los montes. Pero nunca había tenido que pensar como una niñita salvaje.

Observó el jardín y pensó que, si fuera ella, se refugiaría en algún lugar secreto y escondido, protegido por árboles y matorrales. Así

que, a toda velocidad, se dirigió al bosquecillo. Y allí intentó pensar como una niña que amase el jardín. Y eligió los más bellos senderos, los más hermosos, y los más estrechos, serpenteantes y escondidos. Llegó un momento en que tuvo que bajarse de la bicicleta porque los matorrales y el suelo irregular no le permitían avanzar. Entonces guardó silencio y escuchó los sonidos del jardín: las hojas de los árboles susurrando, las ramas crujiendo, la gravilla crepitando al ser pisada… Así, como si acechara a una bestia, llegó a un rincón en el que se encontró con una niña.

—¿Olga Ivana Borisova? —la llamó—. ¿Eres Olga Ivana Borisova?

—Sí, ¿y tú quién eres?

—Soy el Oso Feroz.

Olga Ivana Borisova se rio.

—Para ser un oso, más bien pareces un hombre.

—Soy un oso oculto bajo la piel de un hombre.

La niña sonrió.

—Puede que seas un oso de verdad, porque solo los animales conocen mi rincón secreto. Es el Rincón de las Hadas. Si tú eres un oso, yo soy un hada escondida bajo la piel de una niña.

A Sergei le dio un vuelco el corazón. Conocía aquel lugar.

—Bueno, señorita, ahora ya no es un secreto porque yo también lo conozco. Pero prometo no decirle a nadie dónde se encuentra si a cambio vuelves conmigo a la mansión. Me han dicho que esperan una visita importante. Y hay que atenderla como se merece.

—¿Y por qué iba a irme con un oso?

—Porque soy el único oso que va disfrazado de hombre y voy a llevarte a casa en un velociclo.

Olga Ivana Borisova cogió de la mano al Oso Feroz y el oso se encontró de pronto con una mano pequeñita y muy caliente en la suya. Llegaron los dos junto a la bicicleta y el Oso Feroz acomodó a Olga Ivana Borisova sobre el manillar. La niña se agarró fuertemente para no caerse y gritó al Oso Feroz:

—¡Corre, corre, Oso Feroz!

Y el Oso Feroz pedaleó con todas sus fuerzas por los caminos, los senderos y el paseo, mientras el cabello dorado de Olga Ivana Borisova bailaba sobre su rostro y le acariciaba con los recuerdos del

trigo de los campos de su infancia. Olía a bosque, y a flores y a hojas, y a todas esas cosas a las que el Oso Feroz no podía poner nombre pero amaba en lo más hondo de su corazón. Y mientras pedaleaba por el jardín, no hubo más que el aire rosado del atardecer sobre su piel y la sensación de libertad y de felicidad totales.

—¿Sabes qué? Dicen que los momentos más felices de nuestra vida suceden sin que nos demos cuenta, sin que seamos conscientes de que los estamos viviendo. Pero el Oso Feroz sí comprendió que aquel era uno de esos momentos: sencillo, puro y absurdamente feliz. Y cuando llegó a los pies de la escalinata y bajó a la pequeña, supo que el jardín y esa niñita habían entrado en su corazón al mismo tiempo y ya no saldrían nunca jamás de él.

El guarda calló y Sergei exhibió una sonrisa amplia y repleta de dientes.

—Yo también conozco ese rincón secreto.

—Ah, ¿sí?

—Sí, el Rincón de las Hadas. Ayer por la tarde estuve allí. Pero no le voy a decir dónde está porque entonces no sería secreto.

—Ja, ja, ja. Este jardín no tiene secretos para mí, pequeño Sergei. Conozco cada uno de sus escondrijos. El Rincón de las Hadas es uno de mis lugares favoritos.

—¿Y las ha visto alguna vez? —preguntó con timidez.

El guarda clavó su mirada en la de Sergei.

—¿Tú qué crees, pequeño Sergei?

—Que… no. Bueno… No sé. ¿Sí?

—Las hadas solo se dejan ver si se cree en ellas. Si no, se esconden tan bien que es imposible encontrarlas.

El hombre se levantó y miró hacia un lado como si oyera algo procedente de allí. Sergei puso toda su atención, pero no escuchó nada.

—Pequeño Sergei, ahora tengo que marcharme. ¡Hasta luego!

El chiquillo se quedó solo y observó los árboles. Se fijó en dos que habían nacido juntos; sus troncos y sus ramas se entrelazaban como si fuesen un hombre y una mujer que se estuvieran abrazando.

Entonces recordó la historia del bosque sin nombre y lo que le ocurrió a Boris, y oyó que la brisa le llamaba: «Borisss, Borisss». Miró

a su alrededor y no vio ni al guarda ni a nadie. El viento habló de nuevo: «Borisss, Borisss», y a Sergei le dio la impresión de que su siseo se le metía dentro, muy dentro, hasta llegar a su alma. Notó que se le encogía el estómago y salió corriendo, y no paró hasta que en la avenida de los castaños le faltó el aliento.

Empezó a toser.

Se cubrió la boca con el dorso de la mano y buscó aquellas gotitas escarlatas que tanto alarmaban a los adultos. Luego se dirigió hacia la mansión.

Subió la escalinata apoyándose en la balaustrada de piedra que serpenteaba hasta alcanzar la terraza en la que se encontraba la puerta principal. Allí el suelo era de baldosas rojizas. Algunas estaban agrietadas y de las fisuras surgían briznas de hierba. Sergei observó la entrada y las ventanas cegadas con tablones y decidió rodear el edificio. Las paredes blanquecinas le recordaban a viejos huesos. La mansión era como un esqueleto parcialmente recubierto de vegetación.

Cuando alcanzó la parte de atrás, descubrió que otra escalinata conducía al otro lado del jardín, uno que hasta ahora no había visto. No pudo evitar dejar escapar una exclamación de asombro. Desde allí arriba, el jardín de Kiev se adivinaba aún más enorme. Divisaba un bosque lejano, una laguna y tres avenidas que se abrían entre parterres, fuentes y borduras. A lo lejos, distinguió el río y la ciudad; una mancha gris envuelta en un aire espeso y opaco. Las casitas, muy juntas, se apretaban las unas contra las otras, como si quisieran protegerse de algo. Y de vez en cuando, entre ellas, sobresalía la cúpula parda o dorada de alguna iglesia, como las setas cuando sobresalen entre un lecho de hojas secas.

Sergei se encaminó hacia la escalera posterior y bajó saltando los escalones de dos en dos. Allí el jardín se encontraba algo más descuidado. Echó a correr hacia una fuente rodeada de matorrales y bancos de piedra.

Estaba cubierta de verdín. El musgo verde y los restos secos, marrones y amarillos, dibujaban en la piedra extraños mapas, paisajes y caras.

Sergei buscó un palo para remover el agua, quería saber si había peces.

—¡Hola, Sergei!

Antes de ver su reflejo en el agua, le sorprendió una voz tras él.

Era Tatiana.

Le dio la impresión de que era más alta. Vestía unos pantalones y una camisa ancha parecidos a los del día anterior, pero algo más limpios. Y esta vez llevaba el cabello suelto. El sol se reflejaba en él y le recordó a la miel de su vecina Petrova.

—Hola, Tat.

—Hoy también has venido. ¡Qué bien! ¿Qué miras?

—A ver si hay peces.

Ella recogió un palo y rebuscó en el agua junto a Sergei.

—No veo ninguno, pero antes sí que había. Eran de colores: rojos, amarillos y naranjas… Muy bonitos. Recuerdo uno muy pero que muy grande. ¡El abuelo de todos los peces! Decían que era muy listo, que contaba viejas historias.

—Hay algas…

—Sí. Habría que cambiar el agua.

Las algas bailaban entre el agua opaca. Parecían tentáculos de extraños animales que intentasen agarrar los palos con los que Sergei y Tatiana se habían atrevido a romper la paz del estanque.

—Parecen hadas.

—Sí. Cabello de hada, solo que verde. Como los árboles y la hierba.

Sergei observó que el pelo de Tatiana bailaba con la brisa, igual que las algas se agitaban bajo el agua.

—Sergei, ¿quieres que te enseñe otro secreto del jardín?

—¡Claro!

—Pues ven conmigo.

Lo tomó de la mano y a Sergei le pareció mucho más caliente que la suya.

—¡Ven, corre, vamos! ¡Corre, corre!

Tatiana lo guio hasta un parterre con una montaña de roca artificial recubierta por la hiedra. Alguien había colocado algunas

azaleas en un viejo recipiente con agua. Sus blancos, rosas y morados se mezclaban sin que casi se pudiesen diferenciar unas flores de otras.

—Es un ramo muy bonito.

—Son flores muertas. No lo parecen porque son bellas. Como aún pueden beber agua, se conservan frescas. Pero están muertas por dentro. A veces es difícil distinguir lo vivo de lo muerto.

Un gorrión pio a lo lejos.

—¿Has estado en la mansión?

—¿Se puede entrar? —preguntó Sergei sorprendido.

—Siempre hay una forma de entrar.

Tatiana agarró las ramas de hiedra y las apartó como si fuesen una cortina. Una puerta de madera renegrida, casi podrida, quedó al descubierto. Ella la empujó y la puertecilla chirrió.

A Sergei le llegó una vaharada de aire húmedo que olía a humus, a bosque profundo y a oscuridad.

—¿Vamos?

Ante ellos se abría un túnel oscuro. Un finísimo velo de telarañas cubría la entrada.

Sin dudar, Tatiana metió la cabeza y, aferrada a su mano, tiró de él hacia dentro.

—No tengas miedo. No pasa nada. Solo está oscuro y huele mal.

—No me gusta la oscuridad.

—Me sé un truco para eso: si cierras los ojos, ¡ya está oscuro! Así que, si cierras los ojos, no se nota. Ciérralos. Yo te guío. —Sujetó su mano con más fuerza—. En realidad, la oscuridad siempre va con nosotros si cierras los ojos.

Sergei mantuvo los ojos abiertos. El túnel era frío y húmedo. Apenas veía. Olía a hojas podridas, gusanos y hongos, y le dio la sensación de que esa densa oscuridad se le metía dentro, en los pulmones. Le entraron ganas de toser. Apretó fuertemente la mano de Tatiana.

—Valdrá la pena, te lo prometo. —Ella adivinó su miedo—. Ahora viene una cuesta. Cuidado con la cabeza, que subimos. Sigue agachado.

Sergei pensó en lo que le había contado el guarda: que los bosques también crecen debajo de la tierra, donde no se ven. Y se le ocurrió que, en realidad, estaba dando un paseo por la parte

escondida del bosque. Allí estaban las raíces de las plantas, el mantillo, los hongos, las viejas hojas pudriéndose… Y de repente ya no le pareció tan terrible. Se encontraba en el auténtico bosque, donde los árboles se buscan, se hablan y se cuentan secretos.

Avanzaron otro poco y luego se detuvieron.

—Ya casi hemos llegado. Ahora hay una escalera.

—¿Esto es un pasadizo secreto?

—Sí, bueno, algo así. Antes, en casi todas las mansiones había túneles como este.

—¿Para qué?

—Para huir, Sergei. —Su voz tembló levemente—. Para salir corriendo si las cosas se ponían feas. Si había una guerra y llegaba el enemigo, si alguien atacaba a la familia… Dicen que existía otro túnel aún más grande y más ancho por el que se podía huir a caballo, y que llegaba casi hasta el bosque…

—¿El bosque sin nombre? —la interrumpió.

Tatiana afirmó con un gesto.

—Mira, ¡ya hemos llegado!

La chiquilla se quedó quieta en la oscuridad. Empujó una superficie de madera que había frente a ella y una débil lengua de luz se coló en el túnel. Tras un chirrido, el aire se hizo más fresco y ligero.

—Ayúdame, Sergei. Esto está atascado.

Empujaron y la puerta de madera arañó el suelo.

Cuando por fin la abrieron, se encontraron en una cocina enorme. Era casi tan grande como la casa de Sergei. La luz se colaba entre los tablones que cegaban las ventanas. Había una gigantesca mesa de madera en el centro de la estancia y una cocina de carbón bajo una chimenea que conservaba las manchas del humo de otros tiempos. Junto a una pared, se amontonaban sacos y algunos adoquines.

Tatiana rompió el silencio.

—Iban a reformar la mansión, querían convertirla en algo para el pueblo, pero al final se acabó el presupuesto y se quedó así.

—Qué lástima.

—Sí. Pero tarde o temprano lo harán. Arreglarán todo esto, estoy segura. ¡Vamos!

Tatiana echó a correr hacia una puerta que desembocaba en una

habitación vacía y un largo pasillo. Lo atravesaron y comenzaron a subir unas escaleras estrechas. Cada pisada despertaba una queja de la vieja mansión, que protestaba a su manera. Tatiana abrió otra puerta y Sergei comprendió que estaban en el vestíbulo de la casa.

La puerta principal estaba cegada con tablones claveteados. Una escalinata se abría ante ellos. En el techo abovedado quedaba una argolla de la que seguramente colgaba una enorme lámpara en otros tiempos. Sergei se acercó a una ventana y se asomó por la rendija que se abría entre las tablas.

Tatiana estaba a su lado.

—¿Qué buscas?

—El camino por el que he venido.

—No te preocupes. Conmigo no te perderás.

Ahora, con algo más de luz, Sergei descubrió que algunas telarañas cubrían el cabello de Tatiana. Brillaban como hilillos de un velo finísimo. Hizo amago de quitárselas.

—¡Déjalas! No me molestan.

—Pero ¿y si hay alguna araña?

—¡Solo son arañas! No pasa nada. No son de las que pican. Estas se comen los mosquitos, y esos sí que pican. Hay que saber distinguir lo que te hace daño. Y esto —señaló su cabello— no hace daño. ¡Vamos arriba!

La siguió por las escaleras.

—Te voy a enseñar mi habitación favorita.

En la siguiente planta, las ventanas ya no estaban tapiadas. Permanecían cerradas con sus contraventanas originales de madera.

Continuaron subiendo hasta el tercer piso. Allí había más luz, se colaba por una claraboya redonda.

—Esta casa es chulísima.

—¿A que sí? ¡Me encanta!

—¿Te la imaginas cuando la gente vivía aquí?

Tatiana lo miró con ojos tristes. Se quedó quieta de pronto y se asomó a la barandilla. Desde arriba se veía el vestíbulo y parte de la gran escalinata.

—Seguro que de ahí colgaba una lámpara. —Señaló la bóveda del techo y la argolla que Sergei ya había visto—. Una lámpara de cristal de Bohemia que brillaba y lanzaba diminutos arcoíris. ¡Arcoíris que llenaban la casa de alegría y de luces de colores! Y allí

—señaló hacia abajo—, una alfombra que en invierno los protegía del frío. Una alfombra mullida, en tonos verdes y marrones.

—Y cuadros…

—¡Claro, retratos de la familia en todas las paredes!

Entonces Sergei distinguió las sombras que habían dejado los cuadros tras permanecer lustros en el mismo lugar, como si una parte de su espíritu hubiese quedado varado allí para siempre.

—Y ahí, en la entrada, junto a la puerta, un cuadro enorme con el retrato de una mujer bellísima, la Primavera. Y enfrente otra mujer, el Verano.

—Y muebles… —Sergei disfrutaba imaginando esa casa.

—Un par de jarrones chinos a los pies de la escalinata y una mesita con candelabros allí y allí… Y un reloj, un reloj dorado sujetado por una mujer también dorada allá. Una mesa con un ramo de flores junto a la puerta. Pero nada que ver con el que hemos visto antes. Imagina un ramo enorme, gigante, de flores de invernadero. Flores de otros países de colores imposibles y formas extrañas.

—¡Flores exóticas!

—Sí. Las más bonitas del mundo. Muertas y hermosas.

Volvió a escucharse el piar de unos gorriones en el exterior.

Tatiana se acercó hasta el final del pasillo y abrió una pequeña puerta con confianza. Unas escaleras conducían aún más arriba.

—El desván —señaló ella.

Subieron. A Sergei se le salía el corazón del pecho. ¿Y si alguien los descubría? ¿Los castigarían? Pero aquello era emocionante. Nunca había estado en una casa tan grande. Con tantas puertas y tantas habitaciones. ¡Y era solo para ellos!

Un tejado abuhardillado cubría el desván.

—Mira, esta habitación era la más oscura de la casa y ahora es la más luminosa.

Nadie había tapado las ventanas. Eran pequeñas y redondas, y algunos cristales estaban rotos, por eso entraban la luz y el aire. Había excrementos de pájaros en los rincones y mucho polvo por todas partes.

—Desde aquí se tienen las mejores vistas. Mira.

Sergei se acercó a la pequeña ventana. Kiev era un gigante de ladrillo y madera que se desparramaba sobre las colinas. El humo de las fábricas se mantenía pegado a la ciudad. Las casitas parecían aún

más pequeñas que desde el jardín. Se apelotonaban tanto que, de lejos, parecían un solo ser. Solo las torres y las cúpulas de San Andrés sobresalían en una de las colinas.

—Se ve tan gris…

—¡Y el bosque tan verde! ¿Quién elegiría vivir en la ciudad cuando tenemos los bosques?

—Pero en los bosques no hay fábricas en las que trabajar.

Tatiana se encogió de hombros.

—¿Quieres que te cuente una historia de trols? ¿De los trols del bosque que robaban niños de la ciudad?

A Sergei no le dio tiempo a asentir. La chiquilla ya estaba empezando su relato:

> Había una vez una mujer que tenía un bebé hermoso como un sol. Era un niño regordete de ojos verdes. Cuando la luz del sol los alcanzaba, se convertía en el verde de las tiernas hojitas de primavera, y cuando estaba a oscuras, eran del mismo verde de la espesura más profunda del bosque. El niño y su madre vivían solos en un pueblo y la madre quería a su hijo con todo su corazón. El padre del niño se había ido a la guerra y ella no sabía si algún día volvería a ver a su marido. El niño iba creciendo y cada día era más hermoso. Sus pestañas largas y oscuras creaban sombras y estrellas en sus ojos de bosque.
>
> ¡Y un día su hijo desapareció! La bruja del pueblo le dijo a la madre que los horribles trols lo habían secuestrado. Ya sabes, en todos los lugares hay una mujer a la que llaman «bruja», que vive sola, que es sabia, a la que tienen miedo los hombres porque no los necesita y porque sabe todo lo que hay que saber. Pues bien, fue ella quien le contó a la madre que los trols encontraron al niño tan hermoso que se lo llevaron con ellos al bosque sin nombre para criarlo como a uno de los suyos. Porque eso es lo que hacen los trols: raptar a los niños y llevárselos al bosque.
>
> Otra habría llorado a su hijo como si hubiera muerto e intentaría olvidarlo. Pero la madre decidió ir en su busca. La bruja la previno de que ningún hombre puede encontrar a los trols de los bosques. Nadie sabe dónde viven ni dónde se ocultan. Pero la madre le dijo a la bruja que ella no era un hombre y que le explicase todo lo que sabía sobre los trols, porque rescataría a su hijo. La bruja le contó entonces que los trols vivían en lo más profundo del bosque, allí

donde no se atreven a entrar los humanos. Y que, quizá, si les llevaba algún regalo lo suficientemente valioso, puede que se dejasen ver.

—¿Y qué puede gustarles a los trols? —preguntó la madre.

—Eso nadie lo sabe. Ni siquiera yo —le contestó la bruja.

Así que la mujer se devanó los sesos pensando qué podría llevar a las criaturas del bosque para que le devolvieran a su hijo. Finalmente vendió todo lo que tenía: sus ropas, sus muebles, su casa y su anillo, y con el dinero que le dieron compró una piedra preciosa. Un zafiro muy muy pequeño azul claro, como el color de sus ojos.

Se adentró en el bosque y fue en busca de su hijo. Anduvo por los senderos más estrechos y los caminos más viejos hasta que el bosque se hizo denso y difícil de atravesar. Y ella aprendió a cruzar los arroyos, los matorrales y las zarzas, siempre buscando lo más profundo, lo más oculto del bosque. Allí donde no había hombres, ni pueblos ni aldeas. Llamaba a su hijo a gritos y eso asustaba a los animales, que no entendían que hacía un ser humano en aquellos lejanos parajes.

Y así pasaron las semanas y los meses, y cuando la mujer pensaba que jamás volvería a abrazar a su hijo, escuchó un cántico lejano y reconoció en aquel torpe tarareo la canción de cuna que solía cantarle a su bebé. Y allí, en un claro del bosque, encontró a su hijo rodeado de una decena de trols.

—Devolvedme a mi hijo —rogó la mujer—. He venido a buscarlo y os he traído un presente para pagar por su vida.

Sacó el zafiro y los trols lo miraron con curiosidad.

—Es solo una piedra —dijo uno.

—Es una piedra muerta. Muerta como los pueblos y las ciudades —murmuró otro.

—¿Quién quiere una piedra pudiendo tener algo vivo y hermoso como el niño? —añadió un tercero.

—¿Qué os puedo ofrecer para recuperar a mi hijo? —insistió la mujer.

—Nada. Nada iguala el color verde de sus ojos.

—Pertenece al bosque y en el bosque se quedará.

El número de trols había aumentado y ahora eran cientos los que rodeaban a la madre y a su hijo. Entonces, viendo que no podía negociar con ellos, la mujer se abalanzó sobre el niño para llevárselo. Pero cuando lo tuvo entre sus brazos, su hijo le habló:

—No quiero volver con los hombres. Mi sitio es el bosque. Quiero vivir aquí con los trols. Esta es la vida que he elegido, madre. Es la

mejor de las vidas.

La madre miró a su alrededor y se dio cuenta de que los trols amaban a su hijo.

Entonces lo soltó.

—Quizá sí que puedo ofreceros algo —se dirigió a todas las criaturas que los rodeaban—. Mirad mis ojos, son azules como el cielo claro de primavera. Mis antiguos cabellos rubios son ahora casi blancos y atrapan los rayos del sol y refulgen como el oro y la plata más preciosos. El resplandor de los ojos de mi hijo nació del mío. Os lo regalo. Os doy mis ojos y mi cabello y mi vida entera.

Y los trols sonrieron porque la mujer había comprendido lo que de verdad era valioso. Así que la dejaron quedarse con ellos en el bosque. Y cuentan que la madre fue feliz viviendo con los trols y viendo crecer a su hijo. También dicen que allí, en lo más profundo del bosque, hay un árbol que esconde un pequeño zafiro azul muy clarito y que, si lo encuentras, habrás encontrado la puerta al mundo de los trols y las criaturas del bosque.

—Al final, los trols no eran tan terribles.

—No. Solo eran feos y extraños. Una vez que conoces a los otros, a los que te dan miedo, ya no te parecen aterradores. Simplemente son como tú.

Sergei observó los árboles del bosque desde el ventanuco. ¿Cómo de grande habría sido el bosque sin nombre para que la mujer se perdiera en él durante meses y meses sin encontrarse a ningún ser humano? ¿Cómo de lejos estaría el país de los trols?

Volvió su mirada hacia el desván. ¿Cómo de hermosa habría sido la casa cuando estaba habitada?

—Qué pena no haber conocido la mansión en otros tiempos, con sus alfombras y tapices y muebles y lámparas y cuadros…

—Entonces no te hubieran dejado entrar. —Tatiana se rio—. Además, si todas las historias nos enseñan algo, esta nos dice que lo material no es lo importante.

—Pero hay objetos muy hermosos.

—Sí, supongo. Pero no son nuestros. Solo pasan por nuestras manos en algún momento de la vida. Y entonces creemos que son lo más valioso que tenemos. Con el tiempo nos damos cuenta de que no es así, que lo más valioso no eran los objetos sino lo que vivimos a su

lado.

Sergei asintió sin decir nada. Aunque pensaba que sí que habría disfrutado de cualquiera de las pequeñas cosas valiosas que en algún momento hubo en la mansión. Le hubiese encantado tener su propio dormitorio, por ejemplo.

—Ven, que te enseño todas las habitaciones.

Sergei la siguió escaleras abajo. Un crujido a su espalda los sobresaltó.

—No te asustes. Solo es una madera que gruñe. Esta casa hace muchos ruidos.

—¿No habrá fantasmas?

Tatiana se echó a reír, como si así pudiera espantar a esos fantasmas que Sergei temía.

Un montón de puertas se abrían a los lados de un largo pasillo. Algunas permanecían cerradas y otras se mantenían entreabiertas.

—Elige una.

Sergei se dirigió hacia la primera. Tatiana la abrió.

La boca negra y enorme de una chimenea los recibió bostezando. La ventana tapiada dejaba pasar algunos rayos de sol por unas estrechas rendijas. Finas lenguas de luz acariciaban el suelo desnudo.

—¿Qué sería esto?

—Un dormitorio.

—¡Un dormitorio! ¡Con chimenea! Mi casa es… Es como esto. —Con un gesto, abarcó toda la estancia.

—Pues todavía hay más.

Volvieron al pasillo y siguieron abriendo puertas. Descubrieron habitaciones muy parecidas, y casi todas conservaban una vieja chimenea decorada con relieves de flores y frutos.

—¿Cuántos dormitorios hay? ¿Cuántas habitaciones?

—Los ricos dicen que si sabes cuántas habitaciones hay en tu casa es que no eres rico de verdad.

Sergei rio.

—¿Y cuántas habitaciones tiene esta mansión?

—No tengo ni idea.

—Pues entonces somos riquísimos, porque ninguno de los dos lo sabemos.

Se echaron a reír y continuaron explorando el resto de la mansión. No dejaron ni una habitación por recorrer. Encontraron un

nido de palomas, un ratoncillo curioso, restos de fogatas en algunos sitios…

La estancia más impresionante estaba en la planta inferior. En las paredes quedaban pedazos de antiguas molduras. Había restos de pintura azul y de extraños dibujos en el techo.

—¡Es enorme!

—¿A que sí? Esta era la sala de baile. Normalmente estaba cerrada y solo se abría en ocasiones especiales. Cuando llegaban invitados, cuando había una fiesta o una celebración…

—Mira, seguro que había varias lámparas. —Sergei señaló unas marcas en el techo y las paredes.

—¿Te lo imaginas? ¡Cientos de velas iluminaban esta sala!

—¿Baila usted, señorita? —Sergei le ofreció el brazo.

—No sé bailar.

—Ni yo. ¡A quién le importa!

Tatiana canturreó una canción y los dos brincaron por la sala levantando motas de polvo que, cuando alcanzaron las tímidas lenguas de luz que rompían la oscuridad, brillaron como pequeñas estrellas.

—Pronto se hará de noche, Sergei.

—¡Se me ha pasado el tiempo volando!

—Y a mí.

Regresaron a la cocina para emprender el camino de vuelta a través del pasadizo secreto. Esta vez a Sergei no le dio tanta aprensión.

Cuando salieron, los dos tenían hojitas y telarañas por la cabeza. Se las sacudieron el uno al otro.

—¿Vendrás mañana?

—¿Qué día es hoy? —dudó Sergei de pronto.

—No lo recuerdo. Pero ¿volverás mañana?

—¡Pues claro! Haré todo lo posible.

Tatiana sonrió y salió corriendo.

Sergei la siguió con los ojos hasta que se perdió en el jardín. Luego bajó la escalinata que daba a la colina y, cuando llegó a sus pies, miró hacia atrás, a la mansión. Era vieja y decadente. Pero se alzaba sobre el jardín, orgullosa de un pasado que ya nadie recordaba. Las raíces de los árboles agrietaban el pavimento que la rodeaba, la hiedra clavaba sus garras en las paredes.

Entonces le pareció que era hermosa, con las plantas trepadoras cubriéndola de sombras y la luz del atardecer destacando sus fisuras y sus grietas. Era gris y verde y negra y mohosa. Y era bella. Sí que lo era. Y si estuviese nueva, blanca y brillante, y reluciese con su blanco cegador recién pintado, no sería tan bonita como en ese momento.

A los ojos de Sergei, la vieja mansión era la más hermosa que había visto jamás.

3

La fuente de los cipreses

La arena y la grava de la avenida habían perdido su color dorado. La niebla otorgaba al jardín una apariencia opaca y silenciosa. El suelo crujía con cada paso de Sergei y sonaba amortiguado entre el gris mate de los jirones de bruma que se enredaban en sus pies. Otros retazos de tul permanecían enganchados en las ramas de los árboles. Los verdes y las ramas desnudas aparecían desdibujados, como si un indolente pintor hubiese olvidado poner las últimas pinceladas al paisaje.

Sergei recorrió la avenida y bordeó la colina sobre la que se alzaba la mansión. Estaba cansado y tuvo que sentarse junto al estanque en el que se detuvo con Tatiana para recuperar el aliento.

Allí contempló cómo, poco a poco, la niebla se iba disipando. El sol tímido, primero oculto tras un manto opaco, fue venciendo a la bruma, que se aferraba desesperada a los matorrales. Casi todos los árboles estaban desnudos, pero había uno, de esos que llamaban «la lluvia de oro», de un verde nuevo y brillante, cargado de hojas tiernas. Destacaba sobre el resto, y en su copa habían brotado dos ramilletes de flores amarillas. Solo dos.

—Me alegra verte, muchacho. Hoy te veo mayor. Parece que hayas crecido… —La voz ronca del guarda surgió del sendero—. Estás muy concentrado observando el jardín. ¿Entiendes ya al bosque? ¿Puedes oír todo lo que te cuenta?

Sergei escuchó el siseo del viento sorteando las ramas y las copas de los árboles. Pero solo era eso, el viento. Negó con un gesto.

—Estaba mirando esas flores. Son las únicas que han florecido. Las únicas en esta parte del jardín.

—Saber mirar es el primer paso para entender todo lo que nos cuentan el bosque y el jardín. Todo lo que necesitamos saber está aquí. Delante de nosotros. —El guarda manoteó en el aire—. Fíjate

en lo que nos cuentan esas flores: son más hermosas y más fuertes que ninguna otra, justamente porque han florecido a destiempo; cuando han querido y les ha dado la gana. Cuando no tocaba hacerlo. Eso es lo que nos enseñan. —Suspiró—. En un jardín como este, estamos tan acostumbrados a ver tantas y tantas flores que nos cuesta reparar en las que son realmente especiales. Y las flores en racimo de la lluvia de oro son únicas. Solitarias, bellas y fuertes. —Hizo una pequeña pausa—. Eso sí, también son venenosas, así que ándate con ojo.

El hombre volvió la vista hacia el estanque.

—Esta agua está sucia. Mejor vamos a la fuente, ¿la conoces? Aprovechemos que hay sol. Mis huesos son viejos y sufren con la humedad y la niebla. Allí también hay algo muy especial, ¿quieres verlo?

—¡Por supuesto!

Sergei se puso en pie y siguió al guarda, que tomó un sendero serpenteante.

Anduvieron unos minutos en silencio y Sergei pensó que no conocía ese camino. Desde la mansión no lo había visto, pues se encontraba oculto bajo una especie de túnel vegetal.

—¿Estos son lilos?

—Sí. Mira, estos y aquellos.

—¿Y ahora no debería haber mariposas? Me dijeron que había mariposas.

El guarda miró hacia arriba.

—¿Ahora? No es época de mariposas. Hace demasiado frío.

Continuaron avanzando. El camino desembocaba en una plazuela rodeada de parterres que, probablemente, en otra época del año estarían engalanados con flores. Una fuente de grandes dimensiones se alzaba sobre un pavimento ajedrezado en blanco y negro, con bancos de piedra y un puñado de cipreses a su alrededor. Había hojas caídas en el suelo y el lugar parecía un tanto descuidado.

El agua de la fuente se mantenía sorprendentemente limpia. Brillaba, atrapando los pocos rayos de sol que vencían a la bruma de la mañana. Varios tritones y peces de piedra se repartían en torno a la pileta, y en algún momento habrían escupido agua por sus bocas y creado un conjunto de parábolas acuáticas. En medio de la fuente destacaba la escultura de una mujer que vestía una túnica y portaba

un arco y un carcaj de flechas.

El guarda se sentó en uno de los bancos. Sergei se dejó caer, cansado, junto a él. Allí faltaban muchas losetas y otras se encontraban resquebrajadas y rotas.

—Mira. —El hombre señaló a Sergei una grieta en el pavimento. Unas plantas de hojitas agrisadas asomaban tímidamente—. Es la artemisa. Se abre camino entre los resquicios. No la encontrarás en ningún otro lugar. Aún no han salido, pero sus flores son pequeñas y muy útiles. Sirven para hacer infusiones que favorecen el sueño. Solo nosotros sabemos lo preciosa y hermosa que es.

Sergei observó las plantitas que asomaban entre las fisuras del suelo y los escombros.

—Y nace solo aquí. Parece una mala hierba y, sin embargo, nos ayuda. —El guarda suspiró de nuevo y continuó hablando—: Surge entre las piedras y nadie repararía en ella, pero es especial. Solo hay que saber mirar… La naturaleza nos provee. Todo en el jardín nos habla y nos cuenta historias. Mira.

El hombre señaló una colina casi desnuda. En lo alto había un arbolito, un castaño. Se recortaba sobre un cielo que empezaba a teñirse de un azul límpido y sin nubes.

—Es un árbol pequeñito —dijo Sergei.

—No es tan pequeño. Piensa que se encuentra lejos.

—Está solo.

—Eso es justo lo que te quería contar. ¿Te parece que está solo?

Sergei asintió.

—No lo está; forma parte de un todo. Forma parte del bosque.

Sergei pensó que el bosque también se encontraba muy lejos, allá, detrás de la colina. El arbolito le seguía pareciendo muy solitario.

—No hagas caso de lo que crees ver, hay mucho más que no vemos —añadió el guarda—. Piensa en las raíces de los árboles, pequeño Sergei. Se hunden en lo más hondo buscando agua, sustento y todo lo que necesitan para vivir y crecer. Pero no las vemos. Y son lo más importante, porque se extienden como una inmensa red bajo nuestros pies. Y si pudieras ver las raíces, quizá te parecerían débiles y, no obstante, pueden con todo. Atraviesan las rocas más duras, poco a poco, hasta encontrar lo que necesitan en lo más profundo de la tierra. Los cipreses —señaló a su alrededor—, junto con las

acacias, son los árboles con las raíces más profundas, ¿lo sabías? Ni te imaginas lo lejos que pueden llegar hasta encontrar lo que buscan.

Sergei pensó en cómo de profundas serían las raíces de los cipreses o del castaño solitario para alcanzar el bosque al otro lado de la colina.

—Y es que las raíces se buscan, Sergei, ¡se buscan! Forman una inmensa red para hablarse y contarse todas esas historias que todavía no puedes oír. El arbolito no está solo. Nunca estamos solos, aunque estemos solos.

Sergei contempló el árbol en la lejanía. Imaginó una red inmensa de raíces por debajo de la tierra, bajo sus pies, por todas partes. Como miles de pequeños zarcillos buscándose, con dedos alargados y sarmentosos tocándose y acariciándose.

—Los árboles son misteriosos; complicados y simples a un mismo tiempo. No pertenecen ni a la tierra ni al aire. Vemos solo una parte de ellos: el tronco, las ramas, la copa, las hojas… Pero extienden sus raíces bajo la tierra como una inmensa red. Todo lo que no vemos es más importante, ¡y más grande! Los árboles no pertenecen ni a la tierra ni al aire y, sin embargo, los ponen en contacto. Su fuerza radica precisamente en que no pertenecen a un solo mundo pero sacan lo mejor de cada uno: las hojas atrapan la fuerza del sol y sus caricias; las raíces, el agua y los nutrientes del suelo. Agua, tierra, aire. Los árboles unen el cielo y la tierra, y eso los hace casi eternos. Los árboles equilibran todo.

El guarda se revolvió en el banco.

—Cuentan que cuando todo fue creado, los hombres y los árboles eligieron caminos diferentes. El primer hombre puso un pie tras otro y vio que podía caminar y, como era una criatura curiosa, se prometió que él y sus descendientes llegarían hasta el último rincón del mundo. En cambio, el primer árbol decidió quedarse donde estaba y aprendió a obtener lo que necesitaba sin moverse. Además, empezó a colaborar con los animales para expandir sus semillas y de ese modo también llegó hasta el último rincón de la tierra. Y así son las cosas: los árboles hacen crecer sus raíces en la tierra y elevan sus ramas hacia el cielo y el sol. Ellos decidieron permanecer en un solo sitio y sobrevivir en la quietud. Los hombres, en cambio, elegimos movernos.

El hombre suspiró y se acarició la barba.

—Y desde entonces no hemos parado. El movimiento nos agota y nos mata poco a poco; en cambio, los árboles pueden vivir mucho más que nosotros. A veces creo que los árboles nos sienten a su alrededor de la misma manera que nosotros sentimos a las moscas: zumbando, siempre con prisas. Vamos corriendo a todas partes, como si así pudiéramos huir de la muerte. Para ellos, para los árboles de largas vidas, nosotros no somos más que un suspiro… Y da igual lo mucho que corramos, porque la muerte siempre acabará por alcanzarnos.

Sergei recordó el tocón del árbol y sus ciento sesenta y ocho anillos. Pensó que su vida, su corta vida, apenas ocuparía una pulgada, un puñado de anillos, en aquel enorme tronco.

—Pero lo que has de recordar, pequeño Sergei, es que no somos mejores ni más sabios que los árboles, simplemente elegimos una forma diferente de ser y de vivir. Nos movemos de un lado para otro y hemos acabado arrasando los bosques y los campos. En cambio, ellos permanecen. Y si no somos capaces de escucharlos y entender su sabiduría —tan distinta a la nuestra—, moriremos. Porque sin ellos, sin los árboles y las plantas, no podríamos vivir. En cambio, ellos podrían apañárselas perfectamente sin nosotros.

—Los árboles no necesitan a los hombres. —La idea inundó la cabeza de Sergei como una de esas grandes verdades que llegan de repente.

—En efecto. Nosotros necesitamos a los árboles y a las plantas para respirar, para construir, para comer… Pero si los hombres desapareciésemos de un día para otro de la faz de la tierra, ellos seguirían aquí, cubriendo el mundo de verdes. En cambio, si fuésemos tan idiotas como para acabar con los árboles, no sobreviviríamos. Por eso es importante aprender a escucharlos, entenderlos, oír sus historias.

Sergei prestó atención. Solamente escuchaba la brisa silbando, esquivando las ramas. El aire se había levantado y ahora soplaba más fuerte. Los cipreses se combaban en una danza extrañamente acompasada.

«Borisss, Borisss», le pareció escuchar.

—Solo oigo el viento.

El hombre sonrió.

—Escuchar, observar, aprender… Qué más da. Todo es lo mismo.

Hoy te he visto observando la copa de la lluvia de oro. Solo hay que saber mirar el bosque y el jardín. Aprender es así de fácil. Antiguamente, en el Medievo, los artistas contaban historias. Las dejaban plasmadas en las puertas de las catedrales, en las pinturas o en las esculturas, pero no todo el mundo podía entenderlas. Era necesario estudiar o que alguien se las explicase a los demás. Los mensajes estaban ocultos y había que conocer sus claves… Era un conocimiento reservado a unos pocos. Sin embargo, la naturaleza siempre ha estado aquí. Contándonos sus historias a todos. Solo hay que mirar, Sergei. Solo hay que escuchar a los árboles y al viento, observarlos y ¡ver!

El guarda hizo una pausa y las palmas de sus manos miraron al cielo.

—Hoy has encontrado las flores amarillas de la lluvia de oro y has entendido que son las más fuertes y las más hermosas porque nacieron a destiempo. También sabes dónde crece la artemisa, que parece una mala hierba y sin embargo ofrece su ayuda a los hombres. Has aprendido que a veces lo que aparenta no tener valor es lo más valioso de todo, ¿no?

Sergei se encogió de hombros.

—Y también has aprendido que las raíces no se ven, pero son lo más importante y lo más extenso.

Sergei miró a su alrededor: la artemisa entre los escombros, el arbolito en la colina, los cipreses con sus raíces hundidas en lo más profundo de la tierra…

—¿Los hombres también tenemos raíces?

El guarda rio.

—¡Muy bien, Sergei! Ya empiezas a comprender el jardín. ¡Observas y te haces preguntas! ¿Tú qué crees? ¿Tenemos raíces los hombres?

—No como las de los árboles, claro. Pero sí de otro tipo… Nuestra vecina, la señora Petrova, que me cuidaba muchos días cuando era pequeño, dice que sus raíces están en el norte. Que nunca será del todo como nosotros. Y que ¡cómo podemos aguantar unas noches tan calurosas! A ella le gusta el frío, ese frío de invierno que mi madre y yo apenas podemos soportar por mucho que nos arrebujemos, ahí, bien juntitos, bajo la manta.

—La señora Petrova tiene razón. Nuestras raíces no se ven

porque están aquí. —El guarda se acarició el pecho, sobre el corazón —. Y pueden ser tan profundas y tan fuertes como las de los cipreses. Solo que, simplemente, no se ven.

Sergei se quedó pensando un momento.

—Pero si los hombres nos movemos y no podemos quedarnos quietos como los árboles, ¿no podríamos desprendernos de nuestras raíces?

—Muchos dicen que no, que es imposible. Pero ¿tú qué crees? ¿Qué nos enseñan el bosque y el jardín?

Sergei permaneció en silencio. El guarda acababa de hacerle una pregunta que parecía importante y no quería decepcionarlo. ¿De verdad el bosque y el jardín le estaban enseñando algo?

—Bueno —titubeó Sergei—, yo he visto que a veces hay árboles que son arrancados de un sitio y sus raíces se quedan ahí, bajo la tierra. Cuando se llevan el árbol a otro lugar, a veces echa nuevas raíces: al principio son débiles y finas y ni siquiera pueden sostenerlo, pero después de un tiempo tiene nuevas raíces. Hay árboles y plantas que pueden hacerlo. Pero otras no.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del hombre.

—Entonces ¿tú crees que algunos hombres pueden desprenderse de sus raíces?

—¿Por qué no? Si los árboles pueden… Seguramente es difícil, porque siempre te llevas algo contigo. Pero sí, creo que es posible.

—Eres muy listo, Sergei. —Revolvió el pelo del chiquillo, enredado ya de por sí—. Yo he aprendido que hay hombres que pueden echar raíces en nuevos lugares y olvidarse de dónde vienen. Sí, algunos pueden hacerlo. —Rio—. Pero ahora te voy a contar algo gracioso: hay hombres que echan raíces de verdad, de las que se hunden en la tierra.

Sergei miró a los ojos al guarda.

—Eso es imposible.

—Yo nunca lo he visto, pero me contaron que, muy lejos de aquí, existe una tribu de hombres que, cuando uno de ellos muere, llevan el cadáver al bosque, siembran en su barriga la semilla de un árbol y dejan el cuerpo allí para que la semilla germine. Pasado el tiempo, crece un árbol en cada muerto, por lo que el bosque se convierte en su cementerio. Esa gente vive junto al bosque de sus antepasados y sabe quién es cada árbol: sus abuelos, sus tíos o sus padres, que,

después de muertos, han echado raíces porque su cuerpo ha alimentado una semilla y, de alguna manera, se han convertido en un árbol. Por eso, cuando tienen que tomar una decisión difícil, van al bosque y allí hablan con los árboles, con sus antepasados, los escuchan atentamente y deciden lo que tengan que decidir.

Sergei se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta.

—Eso es muy raro —murmuró.

—Hay hombres muy diferentes a nosotros con costumbres que nos parecen extrañas. Pero a mí esta me parece muy… No sé bien cómo decirlo… Me parece muy bonita: te conviertes en árbol para siempre. El bosque de los antepasados.

El hombre guardó silencio y dejó vagar su mirada más allá de la colina y el árbol solitario. Sergei vio pasar una alondra a lo lejos.

La bruma matutina parecía haber quedado atrás.

—¿Te acuerdas de la historia de Olga Ivana Borisova y el Oso Feroz, Sergei?

—Claro. Es la historia más importante de todas, ¿no?

—Pues mira, ahí tenemos un ejemplo de un hombre que echó nuevas raíces. Cuando acabó la guerra, el Oso Feroz se había convertido en un árbol cortado de cuajo. Había olvidado su pasado hacía mucho tiempo. Vete a saber dónde quedaba su infancia y qué recuerdos de hambre, trabajo, frío y miseria habría enterrado en su memoria mucho tiempo atrás. Sus recuerdos eran semillas sepultadas tan profundamente que nunca podrían brotar. Nunca las regaba, nunca las recordaba, así que se pudrían en el olvido.

El guarda hizo una pausa y se acomodó sobre el banco. Al moverse, Sergei se fijó en su chaqueta. Le pareció más sucia que otras veces.

—La juventud del Oso Feroz fue la guerra. Una guerra, como todas, repleta de violencia y de sangre. Una guerra que lo había convertido en un hombre sin hogar y sin tierra. De esos que no distinguen el día de la noche ni el invierno del verano y que lo único que saben es en qué taberna se sirve el vodka más barato. Era un hombre sin raíces. Muerto. Pero hasta los troncos más viejos y secos pueden revivir.

Sergei sonrió. Una vez vio un viejo tronco al que un rayo había alcanzado durante una tormenta. El árbol estaba negruzco y seco,

parecía muerto. Y, sin embargo, en primavera le brotaron ramitas verdes.

—Cuando el Oso Feroz se instaló en la mansión de los Borisov, descubrió que allí había todo lo que nunca había tenido: comida caliente en un plato y gente que lo trataba como a un ser humano. El Oso Feroz pasaba su día a día en las cocinas, con las personas del servicio, y a ratos conversando con Iván Borisov. Acabó convirtiéndose en su hombre de confianza porque le decía lo que los demás no se atrevían a decirle. Cuentan que era muy sabio y que tenía una inteligencia natural, y que Iván Borisov le dijo muchas veces que si hubiese podido estudiar, sería mucho más listo que él y que su padre y todos los hombres que hubiera conocido.

El guarda cambió otra vez de postura. Sergei pensó que le dolía una pierna y necesitaba estirarla de vez en cuando.

—Y sin saber bien cómo —continuó—, cuando habían transcurrido unos meses desde su llegada y ya tenía organizada la seguridad de la familia Borisov, se dio cuenta de que llevaba semanas sin probar el vodka, que dormía por las noches de un tirón y que se había quitado de aquí —se señaló el pecho— un peso muy grande que ni siquiera sabía que arrastraba consigo. Y que cuando se miraba en el espejo veía a un hombre diferente.

El guarda suspiró.

—De pronto, tenía tiempo para deambular sin prisas por el jardín y por el bosque. Por este mismo jardín, pequeño Sergei, que por entonces se encontraba en su máximo esplendor. Saboreaba la sensación de ser un hombre libre y respetado. Y aprendió a disfrutar de pequeñas cosas que antes no apreciaba: como sentarse en un banco, así, como estamos nosotros, sin tener nada que hacer excepto contemplar el jardín o el bosque, escuchar todas las historias que le contaban y disfrutar del sol. Y un buen día descubrió, sorprendido, que por primera vez en su vida se sentía atado a un lugar: a este jardín. Había echado raíces.

Sergei trató de imaginar cómo sería por aquel entonces aquel rincón del jardín: el pavimento blanco y negro brillante, los cipreses elegantemente recortados; la fuente en funcionamiento, con los tritones arrojando por su boca agua que caía en la pileta, salpicándolo todo y alegrando el lugar con su sonido saltarín.

—El Oso Feroz se convirtió en el compañero de juegos favorito

de Olga Ivana Borisova. Y Olga Ivana Borisova era la favorita del Oso Feroz. A veces me pregunto por qué, y me parece que es porque ambos eran diferentes a los demás, igual que esos dos ramilletes de flores solitarios en la lluvia de oro o estas plantas de artemisa. Y los que son diferentes acaban encontrándose siempre. Verás, cuando Olga Ivana Borisova era pequeña, se puso de moda entre los niños de las familias ricas tener como mascota un lirón.

—¿Un lirón? ¡Pero si eso es como un ratón!

—Los lirones se parecen a los ratones, aunque tienen los ojos y las orejas más grandes y la cola es distinta. Dicen que son más listos y sociables, e incluso que son cariñosos. A mí, la verdad, me parecen unos bichos sin gracia que se pasan la vida durmiendo. Pero la cuestión es que Olga Ivana Borisova, como muchas otras niñas, guardaba su lirón en una tetera.

—¡En una tetera!

—Sí, a mí también me parece extraño, pero qué quieres que te diga, eso era lo que estaba de moda. A las niñas les parecía adorable. Ponían un poco de heno en una vieja tetera y acomodaban dentro a su lirón. Era como su madriguera, y los animalillos se sentían más recogidos que en una jaula. No sé si lo sabes, pero los lirones hibernan y duermen mucho; son animales nocturnos, por eso no molestan demasiado. El lirón de Olga Ivana Borisova se llamaba Sueño.

Sergei tenía los ojos muy abiertos. Le costaba creer que hubiera niños capaces de guardar ratones en teteras.

Olga Ivana Borisova lo alimentaba con mucho cariño, con heno, hierba y fresitas del bosque cuando era temporada, porque eso era lo que más le gustaba a Sueño. Ella salía a recogerlas y muchas veces la acompañaba el Oso Feroz. Pero llegó un momento en que Olga Ivana Borisova fue lo bastante mayor como para preguntarse si Sueño era realmente feliz viviendo en su tetera, por muy bonita que fuera. Le dio por pensar que, quizá, Sueño estaría mejor viviendo en libertad. Después de todo, siempre estaba solo y se pasaba los días durmiendo. Así que, después de varios días de observar atentamente al señor Sueño, Olga Ivana Borisova buscó al Oso Feroz para preguntarle su opinión. Estaba segura de que el Oso Feroz sería sincero con ella y, además, sabía más de animales que nadie. Más que su padre y más

que su hermano Igor, que normalmente lo sabía todo; incluso más que el preceptor, que se pasaba el día entre libros y entendía mucho de números y letras, pero muy poco de animales y personas.

—¿Crees que Sueño es feliz aquí?

Olga Ivana Borisova abordó al Oso Feroz cuando descansaba al sol, junto a uno de los almacenes que había cerca de las cocinas. El Oso Feroz fumaba en pipa, una costumbre que había aprendido a disfrutar de manera lenta y voluptuosa, saboreando cada calada y observando cómo las volutas de humo se contorneaban en el aire hasta perderse.

El lirón dormía plácidamente en su tetera, hecho un ovillo, rodeado de heno fresco.

—A mí me parece feliz. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No estaría mejor con su familia en el campo?

El Oso Feroz se encogió de hombros.

—Eso nadie puede saberlo. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo contigo?

—Casi dos años.

—Eso es mucho para un lirón. A lo mejor ya no tiene familia. Además, seguramente se ha hecho a esta vida y ya no se acuerda de cuando era libre y vivía en el campo.

Olga Ivana Borisova miró la barriguita de Sueño subir y bajar mientras dormía.

—No estoy segura, de verdad que no. Duerme tanto… Y está tan solo.

—Está contigo.

—Pero yo soy una niña y él, un lirón.

—Puede que a él eso no le importe. Te quiere igual.

Olga Ivana Borisova dudó un instante.

—¿Qué te parece si le damos la oportunidad de irse y ser libre?

El Oso Feroz parpadeó.

—¿En qué estás pensando?

—Vayamos al bosque y liberémoslo.

—¿Estás segura?

Olga Ivana Borisova se mordió los labios. Quería mucho a Sueño, pero no soportaba la idea de que viviera allí contra su voluntad.

—Sí que lo estoy. ¡Vamos!

El Oso Feroz ya había aprendido que cuando a Olga Ivana Borisova se le metía una idea en la cabeza, era imposible sacársela. Así que lo mejor que podía hacer era acompañarla en sus correrías y

permanecer a su lado por si lo necesitaba.

—No sé si sobrevivirá en el bosque, señorita. —Guardó cuidadosamente la pipa en su guerrera—. Probemos mejor en el jardín. En los alrededores de la fuente de los cipreses he visto muchos ratones. Al atardecer salen de sus escondrijos y deambulan por allí. Quizá también haya lirones.

No faltaba demasiado para que el sol se escondiera, así que esperaron, porque esa era la hora en la que salían los ratones y el lirón se despertaba.

Olga Ivana Borisova sacó a Sueño de la tetera y esperó. El lirón se desperezó y tardó un rato en darse cuenta de que se encontraba al aire libre. Solían sacarlo a lo largo del día, claro está, pero solo para dejarlo corretear un rato por una u otra habitación. Esa vez, el aire debía de olerle distinto.

—¿Te lo imaginas, Sergei? ¡El olor de la noche y del bosque cercano! El aire puro y la grandiosidad de la libertad tuvieron que conmover al animalillo.

Sueño olisqueó la oscuridad y se quedó muy quieto en el damero.

El Oso Feroz y Olga Ivana Borisova lo miraban fijamente sin decir nada.

El lirón avanzó unos pasos hacia la fuente y se acercó a un charco. Olió el agua y bebió de ella.

Olga Ivana Borisova y el Oso Feroz aguantaban el aliento.

Sueño dio algunos saltitos y miró a los humanos, que no dejaban de observarlo.

—Puedes irte si quieres —le dijo la niña.

El lirón olisqueó de nuevo el aire.

El Oso Feroz intentaba no hacer ningún ruido que pudiera asustar a la mascota.

El lirón miró la fuente y luego a los humanos. Pareció dudar. Luego avanzó unos pasos hacia los cipreses. Volvió a quedarse inmóvil.

Al cabo de un rato apareció la luna, grande, redonda e inmensa, y cuando estuvo bien alta, Sueño pareció decidirse y, por fin, empezó a dar pasitos en dirección a Olga Ivana Borisova.

—¿No quieres irte, Sueño?

Por toda respuesta, el lirón saltó y se acomodó entre sus manos.

La niña lo depositó con mucho cuidado en la tetera.

—Prefiere quedarse —murmuró mientras le acariciaba la cabecita como a él le gustaba.

—Yo diría que Sueño había echado raíces en la tetera —interrumpió Sergei al guarda.

—Sí, se pueden echar raíces en los lugares más inverosímiles… —contestó riéndose.

Aquella noche, después de cenar, el Oso Feroz rescató la pipa que había apagado cuando fue con Olga Ivana Borisova hasta la fuente de los cipreses. La luna llena brillaba muy alta y él se puso a fumar en el patio, junto a las cocinas, y allí, contemplando la noche y sintiendo el calor de la mansión a su lado, comprendió que la mansión y el jardín se habían convertido en su tetera y que él tampoco abandonaría aquel lugar en el que por primera vez se sentía feliz.

Sergei volvió la vista hacia el castaño solitario en la colina. Ahora algunas nubes oscuras manchaban el cielo.

—Parece que va a llover —dijo señalando las nubes.

—Aunque sopla el viento, mis huesos dicen que lloverá. Sergei, ¿volverás mañana?

—¡Claro!

—Pues mañana te contaré cómo Olga Ivana Borisova escapó de su propia tetera y… bueno, ella no tuvo elección.

—¿Elección? ¿Qué es lo que no podía elegir?

—La libertad, Sergei. La libertad. —Las palabras surgieron arrastrándose, cansadas, de su boca—. Las mujeres no tienen la misma libertad que los hombres.

El guarda se levantó con dificultad y se alejó despacio. Su chaqueta se bamboleaba al ritmo renqueante de sus pasos.

Sergei se quedó pensando en todas las cosas que habían pasado en aquel mismo lugar. ¿Dónde habrían intentado liberar a Sueño? ¿En ese suelo desquebrajado? ¿Junto a la fuente o en aquel banco? ¿Tal vez enfrente, bajo los cipreses de raíces profundas?

Sergei tosió y se aferró al banco. La frialdad de la piedra subió por sus brazos. Respiró hondo. Sonó un trueno a lo lejos y el viento comenzó a soplar con fuerza. Los cipreses se cimbreaban en todas direcciones.

Él no se movió. Los bancos de piedra, los cipreses y la fuente habían conocido a infinidad de personas y ahí seguían, viendo pasar el tiempo. ¿Qué significaría él para ellos? ¿Un simple parpadeo? ¿Una sombra en la infinitud del tiempo? ¿Lo mismo que suponía para él el paso de una mariposa o una mosca? Un instante y luego… el olvido.

Imaginó el bosque tras la colina. ¿Qué significaría para los árboles del bosque esa tormenta lejana? ¿Qué quedaría de ella? Probablemente ni siquiera una sombra difusa dibujada entre los anillos de sus troncos.

Sergei se puso en pie. Con tanto observar los árboles se estaba poniendo filosófico. Quizá no debería mirarlos tanto. Su madre le decía que pensar mucho reblandecía el cerebro.

—¿Te vas ya? —La voz de Tatiana lo pilló por sorpresa.

—¡Hola!

Parecía mayor. Los pantalones viejos y sucios que solía llevar le quedaban cortos y dejaban asomar unos tobillos huesudos.

—¡Va a llover, Tat! Vámonos antes de que sea tarde.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué?

—Para no mojarnos.

La chiquilla se encogió de hombros.

—Solo es agua. No va a matarnos ni nada de eso. Además, si llueve mucho podemos refugiarnos allí. —Señaló detrás de los cipreses—. Hay un pabellón.

Sergei observó el castaño solitario sobre la colina. De pronto, empezó a moverse al mismo ritmo que los cipreses.

—Mira ese castaño, Tat. Parece que esté bailando con los cipreses.

—¿Sabes? Me encanta la lluvia —dijo sonriendo—. Me gusta cómo huele la tierra antes de la tormenta, me gusta el sonido de las

gotas cayendo sobre la tierra, me gustan las tormentas.

—A mí me gusta escuchar la lluvia sobre el tejado mientras estoy calentito en mi cama. Pero no me gusta mojarme. Una vez me empapé y hacía mucho frío, y luego no dejaba de temblar.

—A lo mejor la lluvia no llega hasta aquí. Mira allí, encima del bosque se ve una nube gris y oscura descargando sobre la tierra. Según sople el viento, quizá nos libremos del agua.

Se sentía la tormenta en el aire, haciendo cosquillas al cielo y erizando la piel.

Tatiana se sentó junto a la fuente. El aire empujaba algunas hojas que flotaban sobre el agua.

—Es hermoso, ¿verdad?

Sergei se fijó en la superficie brillante del agua, en su quietud rota por esas hojitas que navegaban dejando un rastro que, al final, siempre se desvanecía. Los cipreses, que ahora se mecían más despacio, se reflejaban en ella. El agua atrapaba la luz y, en ocasiones, surgía un destello que desaparecía de repente, como si un hada volase sobre la fuente y durante un instante pudieras atisbar su mundo.

—Si existiesen las hadas, yo las buscaría aquí, Tat. En el agua. No en el bosque. Esta fuente tiene… Es un poco… Es mágica.

—Tú también te has fijado en esos reflejos, en lo bonitos que son.

—Pues claro.

Tatiana sonrío.

—Entonces eres como yo, nos fijamos en… eso. Encontramos la belleza en las cosas que pasan desapercibidas para el resto.

Sergei pensó que si estuviera allí el guarda, les habría dicho que no solo se trataba de saber ver la belleza, sino también de entender y escuchar el bosque y el jardín. Pero como el guarda se había ido y él todavía estaba aprendiendo a escuchar todo lo que le rodeaba, no mencionó nada de eso.

—A veces… me gustaría recordar algunos momentos, saber plasmarlos de alguna manera. Por ejemplo, esos reflejos, ¡como ese! ¡Ahora mismo! ¿Lo has visto? —Tatiana afirmó con un gesto y Sergei continuó hablando—: Me gustaría pintarlo. O, no sé, hacerle una fotografía, un retrato, como esos de las personas importantes. Solo que yo, en lugar de personas, haría fotografías a los momentos más hermosos, para tenerlos siempre conmigo y poder compartirlos con

los demás después.

—¿Los compartirías conmigo?

—Pues claro.

Tatiana estiró los pies y, además de los tobillos huesudos, dejó al descubierto unas pantorrillas larguiruchas.

—Somos iguales, Sergei; de los que se fijan, de los que ven. —Se puso seria de repente—. Los demás pasan por la vida. Nosotros la vemos, la disfrutamos, ¡somos la vida!

Sergei observó a Tatiana, sonreía todo el rato y hablaba con intensidad. Sus ojos brillaban y desprendían reflejos como los de la fuente. Pensó que, quizá, él había encontrado un hada, una criatura que, al menos a él, le parecía mágica. Cuando estaba a su lado, todo era más vivo, más brillante, mejor.

Se oyó un trueno a lo lejos.

—Ha sonado cerca.

—Quizá deberíamos buscar refugio —propuso Sergei.

Una enorme gota de agua cayó ante ellos.

Los dos se miraron.

Tatiana tomó a Sergei de la mano.

—¿Te da miedo el agua?

—Contigo no tengo miedo a nada.

—Pues entonces no hay prisa.

Se pusieron en pie y se dirigieron hacia los cipreses. Aquella primera gota ya se había convertido en decenas de gotas y esas decenas, en unos instantes, se transformaron en cientos y miles de goterones que caían sobre la tierra levantando polvo y creando una confusa sinfonía que sonaba a destiempo, como si unas gotas quisieran alcanzar a las otras y nunca nunca lo consiguieran.

Sergei y Tatiana corrieron sin soltarse de la mano. Se estaban empapando. Ella lo guio por detrás de los cipreses.

—¡Allí está el pabellón!

Tatiana lo llamó «pabellón», pero era más bien un quiosco medio derruido. En algún momento debía de haber mostrado un aspecto clásico: unas cuantas columnas sostenían un techo redondo en forma de cúpula, como algunos de los templos griegos que Sergei había visto dibujados en los libros de la señora Petrova.

Cuando se pusieron a cubierto, estaban completamente mojados. El cabello les chorreaba.

—Chisss —chistó Tatiana—. Escucha…

El estruendo de la tormenta estallaba a su alrededor. El aire los golpeaba desde varios sitios a la vez. Frente a ellos, unos robles temblaban bajo la lluvia.

—Se están riendo.

—¿Quiénes?

—¡Los árboles! Agradecen la lluvia y están contentos.

—¿Tú crees?

—Claro. ¿Cómo piensas tú que se sentirán los árboles?

Sergei guardó silencio hasta que se dio cuenta de que Tatiana realmente estaba esperando su respuesta. Entonces imaginó lo que sentiría un ser pegado a la tierra, que no puede moverse; sin pies para ir a la fuente cuando tiene sed, ni brazos para alcanzar un vaso de agua. Si fuera un árbol, tendría que esperar a la lluvia.

—Sí, seguro que les gusta —dijo al fin—. Sobre todo si hace tiempo que no llueve. El agua es vida y los árboles solo pueden buscarla con sus raíces, que van creciendo muy despacito.

—Y de pronto, un día, ¡¡llueve!!

—Sería como si te hiciesen cosquillas, creo.

—Y el viento, cuando sopla tranquilo, seguro que también les hace cosquillas.

—¡Y el sol!

Sergei se acordó del guarda, que decía que le dolían los huesos y le gustaba sentarse al sol. ¿Acaso sentiría lo mismo que los árboles?

—El sol también te acaricia la piel.

—Todo eso es lo que sienten los árboles —concluyó Tatiana.

Sergei fue consciente de su piel mojada, del aire helado de la tormenta. Notó que el frío empezaba a subirle por los pies y seguía ascendiendo a través de la columna vertebral, hasta alcanzar sus brazos helados. ¿Sentirían lo mismo los árboles cuando bebían el agua de la tierra?

—Seguro que las raíces están tranquilas hoy, porque no hace falta que busquen el agua debajo del suelo y pueden descansar —dijo ella—. Bueno, y no solo las raíces descansan hoy, también todo lo que vive debajo de la tierra y estaba esperando la lluvia…

Sergei pensó en esa inmensa red de raíces hablando entre ellas, contándose que por fin llovía, y quizá absorbiendo el agua para llevársela a los árboles más lejanos, los que no podían recogerla por

sí mismos.

—¡Ay! ¿Sabes lo que me contaron una vez? ¿Has visto cómo caían las primeras gotas? Pues ahora imagina que eres un gusano y que vives bajo tierra. Cuando empieza a llover, oyes las gotas caer y sientes el suelo vibrar, ¿no?

—Me imagino que sí, Tat.

—Pues me contaron que hay unas gaviotas y otros pájaros muy listos que bailan y patean el suelo, imitando el sonido y las vibraciones de las gotas de lluvia, y entonces los gusanos y las lombrices se creen que está lloviendo y salen a la superficie, y ¡los pájaros se los comen!

Sergei miró el suelo embarrado a sus pies. Lo golpeó con delicadeza con la punta del zapato. Tatiana lo imitó. La tormenta se había convertido en cortinas de agua que intentaban colarse en el templete.

Tatiana empezó a saltar. Sergei la imitó. Ella le dio la mano y los dos bailaron una danza improvisada, acompañados por los truenos lejanos, la lluvia racheada y el viento.

El aire olía a nuevo, a tierra húmeda y a humus y a hongos y setas, y Sergei se sintió conectado a una red invisible, vasta y enorme, que también danzaba con la lluvia. Las ramas de los robles que los rodeaban bailaban y sus hojitas diminutas temblaban cada vez que una gota de agua caía sobre ellas. Y a lo lejos, los cipreses y el castaño solitario sobre la colina ondeaban dejándose mecer por el viento caprichoso.

Sergei respiró hondo y le pareció que la tormenta tronaba también dentro de él, y que el viento y el agua llegaban hasta sus pulmones. Su cuerpo entero formaba parte de la tormenta y de la lluvia. Y entonces, en ese preciso instante, fue consciente de que estaba disfrutando como nunca, que nunca jamás se había sentido tan vivo; con las manos heladas y mojadas de Tatiana entre las suyas y sus risas acompañando la sinfonía de la tierra y del bosque. Y se dio cuenta de que ese era uno de los momentos más felices de su vida y que, contrariamente a lo que le había contado el guarda, él sí era consciente de estar disfrutándolo. Así que rio más fuerte y pateó el suelo con más energía y saltó más y más alto, y así estuvo un rato hasta que notó que le faltaba el aire y tuvo que pararse.

—¿Estás bien?

—Deberíamos buscar un refugio —contestó Sergei con la respiración entrecortada.

—No hay nada cerca. Tendremos que esperar a que pare la lluvia. Si quieres, siéntate aquí, a mi lado. Nos daremos calor mutuamente.

Tatiana se sentó en el suelo, en la parte más seca, y Sergei se acomodó junto a ella.

—¿Sabes? Dicen que por aquí estaba la otra salida secreta de la mansión.

—¿Como el pasaje del otro día?

—Sí, pero este era más grande, y cuentan que la entrada al pasadizo estaba en una de las habitaciones, junto a una chimenea. Podemos buscarla algún día, si quieres.

Sergei se llevó la mano al pecho. El corazón le latía muy rápido.

—¡Más de un pasadizo secreto! ¡Caramba!

—Los palacios y las grandes mansiones podían tener más de uno ¡y de dos! ¡Ah, y me sé una historia muy chula! Es como un cuento.

Tatiana se separó de Sergei y se recogió las rodillas con los brazos.

> Érase una vez una princesa bellísima que vivía en el palacio más bonito del mundo. Lo construyeron especialmente para ella y la princesa quiso que hicieran un pasadizo secreto, uno que solo ella conociera. Porque era una princesa rebelde que no quería sentirse encerrada en una jaula de oro. Pensaba que así podría salir cuando quisiera y conocer el mundo que existía fuera de su palacio. Y así lo hicieron: abrieron un pasadizo que conectaba sus habitaciones con las afueras de la ciudad. La princesa era muy bajita y la puerta secreta era muy pequeña, y se abría con una llavecita que siempre llevaba colgada de su cuello.

Sergei no podía apartar la mirada del rostro de Tatiana. Su pelo empapado era más oscuro de lo habitual; su piel, más blanca y sus ojos, más negros y brillantes.

> Por aquel entonces decidieron buscar una doncella de confianza

para la princesa y finalmente la encontraron en un país vecino. La dama de compañía resultó ser una chiquilla, hija de una buena familia que se había empobrecido en los últimos años. Cuando la princesa y la doncella se conocieron, se gustaron y acabaron convirtiéndose en las mejores amigas. Compartieron sus respectivas soledades; la de la princesa rebelde de la jaula de oro y la de la doncella extranjera alejada de su familia. La princesa le mostró el pasadizo secreto a la doncella, y ellas dos eran las únicas que sabían de su existencia. Y, como las princesas de los cuentos, esta princesa acabó convirtiéndose en una reina. La casaron con un príncipe muy hermoso y no muy listo que estaba más pendiente de sus camisas y sus caballos que de la pobre reina.

La lluvia alrededor ronroneaba, como si disfrutara escuchando aquella historia.

El tiempo fue pasando y la reina y su dama de compañía se hicieron mayores y comenzaron a envejecer juntas. Entonces estalló una guerra contra el país del que procedía la doncella y esta se vio obligada a huir porque corría peligro. A la reina se le partió el corazón.

—Querida, llévate esta llave —le dijo la reina—. Así podrás volver al palacio. Yo siempre te estaré esperando. —Y le dio la llavecita del pasadizo secreto.

La doncella se colgó la llave al cuello y regresó a su país.

Pasaron los años y se acabó la guerra, y las fronteras cambiaron y la reina murió asesinada en el nuevo mundo que nació de la guerra, en el que ya no había lugar para los reyes y las reinas ni los príncipes y las princesas. El palacio fue ocupado por los soldados, que buscaron por todas partes las joyas reales, pero ¡no encontraron nada!

Mientras tanto, la doncella se convirtió en una viejecita que ni un solo día dejó de pensar en su reina. Y el tiempo fue arrasando con todo, porque eso es lo que hace el tiempo, pasar sin mirar atrás. Pero el palacio de la reina sobrevivió y acabó convirtiéndose en un museo que podía visitarse. Y un buen día, la anciana volvió al palacio entre un grupo de turistas, quería visitar el lugar en el que había sido tan feliz. Y cuando llegaron al ala este, que era la de las habitaciones

reales, la viejecita se separó disimuladamente del grupo y buscó la puertecilla secreta del pasadizo. ¡Y la encontró! Sorprendida, comprendió que en todos aquellos años nadie había dado con el pasadizo. Así que sacó la llave de la cadenita que siempre colgaba junto a su corazón y la introdujo en la cerradura. Y, después de tantos años, la puerta se abrió con un crujido. La anciana se coló en el pasadizo y cuentan que allí encontró las joyas reales, porque su amiga las había escondido para que solo ella, su fiel doncella, pudiera encontrarlas.

—¿Crees que existe ese pasadizo, Tat? ¿Te imaginas que hubiera un tesoro escondido allí?

—Me extrañaría mucho que hubiera joyas escondidas, Sergei. Eso es más bien cosa de los cuentos.

—¡Anda!, ¿pues no eras tú la que decía que había que creer en las hadas?

Tatiana rio.

—Las hadas no tienen nada que ver con los tesoros y el dinero.

Sergei se quedó callado, pensativo.

—Ya llueve menos —dijo ella.

—Deberíamos aprovechar y volver ahora.

Tatiana se puso en pie y le ofreció la mano a Sergei para que se levantara.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Y los dos salieron corriendo agarrados de la mano rumbo a la fuente de los cipreses.

4

La gruta oscura

Ahora que había aprendido a mirar, todo el jardín parecía hablarle.

Cuando se internó en el sendero flanqueado por los pinos, miró hacia arriba y vio que la bóveda vegetal que lo cubría no estaba cerrada del todo: podían verse retazos de cielo. Las copas de los árboles no se tocaban, respetaban un pequeño espacio entre ellas, como si no se atrevieran a rozarse.

Así, entre los árboles temblorosos, se distinguían arroyos por los que se colaban los rayos del sol, y Sergei disfrutaba de las manchas de luz que conseguían atravesar la bóveda y bailaban a sus pies. De pronto eran sombra y luego, de nuevo, se convertían en un destello danzarín que en unos instantes se fundía en la oscuridad.

Bajo esa bóveda agrietada que dejaba ver el cielo, Sergei pensó que, quizá, aquellos pinos eran tan tímidos como él y no se atrevían a tocar a sus congéneres. Después fue saltando a lo largo del camino y dejó atrás el pinar. Se internó en una zona repleta de abetos, y luego los abetos dieron paso a los plátanos y los tilos que acompañaban a la pequeña avenida, y entonces sintió que le faltaban las fuerzas y no tuvo más remedio que sentarse en un banco destartalado.

Frente a él, un plátano había perdido ya todas sus hojas. ¿Todas? No. Quedaba una. Una sola hoja amarilla que se negaba a caer y permanecía aferrada a una ramita.

Sergei pensó que esa hoja tenía que ser, por fuerza, diferente al resto. Había decidido quedarse allí, testaruda, quizá porque le gustaba el sitio, porque amaba su árbol o porque, aun sabiendo que había llegado su hora, se negaba a aceptarlo y se agarraba con desesperación a la vida. El viento sopló y las ramas de los plátanos se agitaron nerviosas. La hoja amarilla resistió. ¿Durante cuánto tiempo

podría hacerlo?

Se preguntó cuándo morirían las hojas de los árboles. ¿Justo al desprenderse del pedúnculo que las sujeta al árbol? ¿Un poco antes de caer? ¿O quizá después?

Empezó a elucubrar: «A lo mejor, unos días antes de caer, dejan de recibir alimento del árbol y entonces es cuando se secan y pierden su color verde, y por eso se desprenden y caen. Y mueren. O puede que sea al contrario: las hojas mueren agarradas a su rama, y entonces el árbol siente que han muerto y es cuando las deja caer».

En cualquier caso, ¿por qué caían las hojas? ¿Cuándo decidían caer? ¿Lo decidía el árbol o la hoja? ¿Y cuándo sabían que había llegado su momento?

¿Cómo sabían que era otoño?

Sergei dirigió la vista hacia el sol. Estaba tan bajo que creaba larguísimas sombras en el suelo. Y pensó:

«Quizá, cuando los árboles sienten que el sol da menos calor, saben que empieza el otoño o que se acerca el invierno porque los rayos les llegan más débiles. Quizá lo sientan en el tronco, en las ramitas, en las mismas hojas que aún no han caído, y entonces saben que ha llegado el momento de desprenderse de las hojas y… ¿Entonces qué? ¿Las raíces dejan de enviarles alimento?».

Sergei supuso que, con los primeros fríos, el árbol se recogería en sí mismo; las raíces dejarían de crecer y de trabajar con tanta eficiencia, entonces no llegaría el alimento a las hojas, que se acabarían secando y después caerían. Sí, seguramente los árboles se preparaban así para pasar el invierno. Se desprendían de las hojas que no necesitaban en la época fría y, como algunos animales, como Sueño, como los osos, como todos los que hibernaban, los árboles también dormían hasta que los despertase la primavera. «Sí, los árboles también se quedan dormidos, esperando la luz y el sol de la primavera, y el calor y la vida. Y así año tras año», se dijo.

—¿Cómo estás, Sergei?

El guarda apareció cojeando entre los arbustos.

—¿Por qué unos árboles pierden las hojas en invierno y otros no? —le espetó sin contestar a su saludo.

—No tengo la menor idea. Pero me imagino que hay árboles más capaces de aguantar el frío, como los abetos y los pinos, y otros, como los castaños y los robles, sufren más en invierno, y por eso se

quedan así, sin hojas, reposando, para no gastar energías.

—¿Hibernando?

—Sí, justamente, como los animales. —Hizo una pausa—. Y como las personas; algunos aguantamos mejor el invierno que otros.

El guarda calló y se sentó al lado de Sergei. Los dos se mantuvieron en silencio durante unos instantes.

A su alrededor, las hojas de los plátanos, ocres y amarillas, permanecían en el suelo creando una capa acolchada que olía a humedad.

—¿Has visto esa única hoja amarilla, Sergei? Esa que no ha caído aún.

Sergei rio.

—¡Pues claro! —Le alegró que el guarda se hubiese fijado en lo mismo que él.

—Me gusta observar las hojas que se resisten a caer; las amarillas, las ocres y las rojizas. Siempre he pensado que son los recuerdos del verano, que se niegan a marcharse. Cuando las hojas caen, se llevan consigo los recuerdos. Y por eso son amarillas o rojizas, porque es como si hubieran acumulado en su interior el sol y el fuego ardiente del verano y no quisieran dejarlos escapar. Los concentran ahí, en una sola hoja, y los aguantan todo lo que pueden. Pero el verano siempre se termina, y el otoño y el invierno llegan, y los recuerdos del estío acaban desapareciendo. Nada puede vencer al tiempo. Por mucho que esa hoja lo intente y se aferre a su rama.

—Creo que es una hoja diferente a las otras. Es especial, ¿no? Es la única que queda. Es la más fuerte.

—¿A ti te parece la más fuerte?

—Claro.

—Pues entonces es la más fuerte. —El guarda acomodó su pierna con un gesto que Sergei ya reconocía como habitual en él—. Mira, los árboles nos cuentan historias, pero es posible que no sepamos bien qué nos quieren decir, quizá solo entendemos las historias que podemos y queremos entender. A lo mejor ellos solo hablan de la lluvia, la tierra y las rocas; del barro y el lodo; del aire, del frío, y del otoño y el gris invierno, de la vibrante primavera o el verano. Y creemos que hablan de nosotros.

Sergei inspiró hondo.

—Quiero decir que tú ves esa hoja especial y piensas que es la

más fuerte —continuó el guarda—. Ese es su significado para ti. En cambio, yo creo que ella se está aferrando a los recuerdos del verano. Y para otra persona… ¿Quién sabe lo que esa hoja solitaria y testaruda, que se resiste a caer, le está diciendo a otra persona? Nunca lo sabremos.

—Entonces ¿cuál es la verdadera historia que nos cuentan los árboles o el jardín o el bosque? ¿Cómo podemos saber cuál es la auténtica?

El guarda se encogió de hombros.

—Tal vez nunca lo sepamos; quizá haya tantas historias como personas, o puede que cada uno de nosotros escuche una historia distinta.

Sergei pensó que eso sí que era mágico. Un árbol que representaba una historia diferente para cada persona. ¡Un solo árbol y cientos o miles de historias distintas! Eso era incluso más fascinante que el hecho de que el bosque, el jardín y los árboles contasen historias.

—¿Recuerdas al Oso Feroz?

—Claro.

—Él también escuchaba sus propias historias. Un hombre santo le enseñó a entenderlas, disfrutarlas y agradecerlas.

—¿Quién?

—Un ermitaño. No deja de ser gracioso que el Oso Feroz, el hombre que había destacado en la guerra por luchar de manera salvaje y cruel, se encontrase con uno de los hombres más sabios y más buenos. Verás, cuando Iván Borisov y su familia vivían aquí, cuando el jardín se encontraba en su máximo esplendor, pasaron por la mansión algunos de los personajes más famosos de la época. Uno de ellos fue un hombre santo, uno de esos ermitaños que viven gran parte de su vida en la naturaleza, solos en el bosque, alejados de las ciudades y los seres humanos, y que después, cuando regresan a la civilización, son tan distintos a los demás y brillan tanto que destacan entre todos y son reconocidos como hombres santos y sabios.

Sergei no había conocido a ningún hombre santo, pero sí había oído hablar de ellos.

—Pues bien, la historia del hombre santo que conoció el Oso Feroz no es muy diferente a la de otros hombres buenos.

El ermitaño nació en el seno de una familia rica y de joven hacía lo que todos los hijos de familias ricas, sin más preocupaciones que elegir el color de la seda de sus camisas. Pero este joven tuvo un sueño y entonces se convirtió en un hombre de Dios. Y cansado de las luchas de los hombres y de las bagatelas y las tentaciones de la vida terrenal, se retiró a vivir a una cueva en el bosque y allí aprendió todo lo que no le había enseñado su familia por mucho dinero que tuviera.

Aprendió de los árboles, de las plantas y de los animales. Del arroyo, del viento y de la gruta en la que vivía. Todo lo que lo rodeaba se convirtió en un libro para él. Y así pasó varios años, hasta que regresó a la ciudad para enseñar lo que había aprendido. Era tan diferente a todos los demás hombres santos que enseguida se hizo famoso y las mejores familias se lo disputaban para que acudiera a sus fiestas. Y él nunca se negaba a ir, porque sabía que si uno de esos hombres ricos acogía alguna de sus ideas, aunque solo fuera una, el mundo acabaría convirtiéndose en un lugar mejor.

De modo que aquel hombre santo y sabio aceptó la invitación de Iván Borisov. En aquella fiesta, vestido prácticamente con harapos, se vio rodeado de mujeres y hombres de la alta sociedad que lucían sus mejores galas y que pululaban a su alrededor intentando sonsacarle alguna palabra sabia, algún consejo o alguna frase para después contárselo a sus amigos. Pero el hombre santo no se sentía cómodo en la mansión. No le gustaron sus paredes cubiertas con tapices, ni el sonido de sus pasos amortiguados por las mullidas alfombras, ni los jarrones ni los cuadros. Y aún menos las personas que lo perseguían en busca de un retazo de sabiduría, pues no escuchaban con el corazón. Así que abandonó la fiesta y se dirigió al jardín.

—Yo supongo que echaba de menos la naturaleza y que, paseando por este jardín, recordó sus años de ermitaño y la cueva en la que moró. Y fue no muy lejos de aquí, en la gruta, donde el Oso Feroz se encontró al hombre santo. Él, el Oso Feroz, que no tenía un interés especial en conocerlo, fue el único que consiguió hablar con él a solas. Y el hombre santo entregó de buena gana sus sabias palabras al Oso Feroz y a nadie más. A nadie, de entre todos aquellos hombres ricos.

—¿Dónde está esa gruta? —quiso saber Sergei.

—¿Quieres verla? Vamos. No está muy lejos. Aunque ahora se

encuentra un poco abandonada. Hace tiempo que no la visito.

—Y de camino, ¿me cuentas la historia del hombre santo?

—Por supuesto.

Tras levantarse, el guarda observó que Sergei era ya casi tan alto como él.

Se internaron en una vereda flanqueada por parterres en los que algunos rosales sin flores trepaban por los muretes. Parecían zarzas salvajes, garabatos pintados con tinta negra y parda sobre los muros. Esqueletos de la lejana primavera.

—En muchos jardines, Sergei, encontrarás una gruta artificial. Fue una moda, como muchas otras, de las que se impusieron a la hora de diseñar un jardín. A veces, para construirla, se aprovechaban las piedras que se habían retirado de otros sitios al allanar o limpiar los terrenos. Y como aquí había muchas rocas, la gruta que construyeron resultó ser bastante grande. Ya la verás. Y enseguida, en su interior, con la oscuridad y la humedad, nacieron líquenes, musgo y cieno, y la gruta se cubrió de verde.

Aquella tarde que el hombre santo se encontraba en la mansión de los Borisov, el Oso Feroz buscaba un lugar solitario en el que descansar y fumar su pipa, así que se encaminó hacia la gruta y allí se encontró, sentado junto a la entrada, a un hombre vestido con un sencillo hábito, zurcido y muy desgastado.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —respondió el hombre—. Este lugar es muy hermoso. Es usted muy afortunado al poder disfrutar de un lugar tan bello. Me recuerda a uno en el que viví durante un tiempo.

El Oso Feroz comprendió entonces que se encontraba ante el hombre santo, porque todos conocían su historia y sabían que se había retirado a vivir al bosque, a una cueva, y que permaneció allí durante años. Se sentó a su lado y, sin saber bien por qué, quizá porque se sentía cómodo en su presencia, se atrevió a preguntarle:

—¿Lo echa de menos?

—Siempre echo de menos el bosque. Cada día pienso en mis hermanos los animales, en mis hermanos los árboles, en mi hermano el arroyo… Cada día los recuerdo con amor. Y cuando veo —hizo un amplio gesto con la mano— jardines como este, recuerdo a todos los hermanos que dejé atrás.

El Oso Feroz pensó que él también echaría de menos su jardín si tuviera que abandonarlo.

—¿Y por qué dejó aquel bosque si tanto le gustaba?

El ermitaño suspiró.

—Se acercan tiempos difíciles y creo que puedo resultar de ayuda. Por eso he regresado. Cuando me fui al bosque…, el mundo de entonces era muy distinto a este. El mundo de ahora quizá me necesite. Pero en un tiempo volveré al bosque. Todos volveremos a los bosques.

El Oso Feroz cabeceó dándole la razón. «Al final, todos morimos y volvemos a la tierra. A la tierra y a los bosques», pensó. Pero aunque pensó todo eso, guardó silencio, porque no sabía qué más podía decir a un hombre con aquella fama de sabio.

—¿Cree en Dios? —fue el hombre santo el que se dirigió a él.

El Oso Feroz dio unas caladas a su pipa, intentando que tirase.

—No mucho, la verdad. —De pronto, sintió que debía sincerarse con aquel hombre—. A veces pienso que, si Dios existe, tiene que ser un dios terrible para permitir que ocurran las cosas que pasan en este mundo. No, ya no creo en Dios. Y lo lamento mucho, porque es más fácil tener fe y pensar que todo lo que ocurre forma parte del plan de Dios para los hombres. Pero mi fe desapareció cuando era niño. Cuando le pedía a Dios cosas buenas y justas, y él nunca nunca me escuchaba.

El Oso Feroz calló, sorprendido ante aquel arrebato de sinceridad, y le faltó poco para ruborizarse por haber confesado a un extraño algo que formaba parte de su intimidad.

—Quizá nos equivocamos pidiendo cosas a Dios. Hace tiempo, hubo un hombre que cada día pedía tres cosas, solo tres, a su dios. Pero este nunca se las concedió, por muy buenas y justas que fueran.

El Oso Feroz dio una larga calada a su pipa. Siempre le habían gustado las historias, así que escuchó con atención.

—Y cuando aquel hombre se cansó de pedir y no recibir nada a cambio, empezó a pensar que quizá estaba haciendo algo mal. Un día se encontraba meditando sobre esto en la puerta de su cueva, sentado junto al arroyo, escuchando el sonido del agua que saltaba entre las rocas, y se fijó en unas diminutas florecillas blancas que crecían en el arroyo. El agua las empujaba en una y otra dirección y las florecillas se ondulaban como cabellos verdes mecidos por el viento. El hombre nunca se había fijado en esa planta acuática. Era hermosa. Y eran centenares de diminutas florecillas las que crecían debajo del agua.

Entonces comenzó a pensar que el arroyo escondía su propio mundo; que por un lado reflejaba el mundo exterior que tan bien creía conocer, pero, al mismo tiempo, contenía uno propio que, hasta ese mismo momento, le había pasado desapercibido.

»En ese instante tuvo una revelación. Sintió como si hubiera estado toda su vida viviendo en la oscuridad de una cueva y, de pronto, saliera de ella y se encontrara con todo un universo por descubrir. Comprendió que existían flores que podían crecer debajo del agua y que, seguramente, existían otras plantas y animales que ni siquiera era capaz de imaginar que también vivían en el arroyo o en el río en el que desembocaba, o en los inmensos mares y océanos a los que iban a morir los ríos. Y meditando sobre todo lo que escondía el agua, se le ocurrió que igualmente existían otras formas de pensar y de hacer las cosas muy diferentes a lo que siempre se había hecho.

»Fue entonces cuando pensó que, en lugar de pedir cosas a Dios, haría justamente lo contrario. Quizá estaba siendo egoísta y miraba solo una parte de un mundo basto y enorme. Así que se le ocurrió que debía aprender a mirar lo que hasta ese día no había visto y, en lugar de rogar, daría gracias a Dios por lo que ya tenía.

»Y empezó aquel mismo día dando gracias por tres cosas. Porque, ya que pedía siempre tres cosas, debía también agradecer tres. Así que dio gracias a Dios por su buena salud, pues él era fuerte como un roble. Y luego le dio gracias porque no pasaba hambre, ya que el bosque le proveía de todo lo que necesitaba. Y por último, le dio gracias por las hermosas florecillas del arroyo que le habían hecho pensar de otra manera.

El Oso Feroz estuvo seguro en ese momento de que el hombre de la cueva era el mismo hombre santo que se sentaba junto a él.

—Y al día siguiente, cuando el hombre se fue a acostar, decidió que tenía que dar gracias por otras tres cosas y no valía repetir las del día anterior. Así que, después de pensar un poco, dio gracias a Dios por el fuego que lo calentaba. Luego, por el pan que un aldeano generoso había dejado a la entrada de su cueva y, después, por el agua fresca del arroyo, que saciaba su sed y le hacía feliz con su sonido…

»Cada día el hombre santo pensaba tres nuevas cosas que agradecer a Dios. A veces eran grandes cosas (como el sol de primavera que le regalaba su calor) y, a veces, muy pequeñas (como las moras de las zarzas que crecían a la entrada de su cueva). Y así pasaron los días y las noches, hasta que se dio cuenta de que ya no le

costaba pensar en qué agradecer porque había aprendido a valorar cada pequeña cosa que encontraba y le hacía feliz. Había vuelto su atención a lo que tenía y no a lo que le faltaba, como hacía antes, cuando le pedía tantas cosas a su Dios.

»Un día salió de la cueva en la que vivía y pensó que hasta entonces había vivido a oscuras, en una gruta, pero que había aprendido a valorar y a entender el mundo de otra manera, y a ver todo lo que encontraba en el bosque, y comprendió que era feliz y que ya no tenía nada más que pedir a su dios. Y todo ello gracias a unas simples florecillas que vivían bajo el agua.

—Ese ermitaño es usted, ¿verdad?

El hombre santo se encogió de hombros y sonrió.

—¿Qué tres cosas agradecerá a Dios esta noche?

—No creo en Dios —le contestó el Oso Feroz.

—No importa creer o no creer. Esta noche ¿por qué tres cosas dará las gracias al azar o al mundo o a su señor Iván Borisov o a ese Dios en el que no cree?

El Oso Feroz exhaló una bocanada de humo y pensó unos segundos.

—Por este momento tranquilo, quizá. Por conocerle a usted, que es muy famoso, no sé si lo sabe. Y por esta conversación, sin duda.

El hombre santo rio.

—Y quizá por el sabor de este tabaco estupendo. Antes, hace años, no habría podido permitírmelo. ¡Ah! Y por el queso que he desayunado hoy, ¡que estaba buenísimo!

—¡Ya son más de tres cosas! Por cierto, creo que ese queso también lo he probado yo. Es de los mejores de la zona.

—Mi señor, Iván Borisov, siempre dispone de lo mejor.

—Qué afortunado es usted.

—Soy muy consciente de ello.

—Entonces ya es un hombre feliz. Ha salido de su cueva.

Y sin más palabras, el hombre santo se puso en pie y echó a andar.

El Oso Feroz contempló cómo se alejaba de la gruta y pensó que aquel hombre envuelto en harapos, que a paso lento se internaba en el camino de regreso a la mansión, parecía pertenecer al bosque y al jardín. Y justo antes de que desapareciera de su vista, lo llamó.

El hombre santo se volvió.

—Quería darle las gracias —gritó el Oso Feroz.

—¿Por qué?

—Por sus palabras, por este momento.

—Mejor déselas a Dios.

El Oso Feroz asintió, pero añadió:

—Es que me parece importante dárselas también a usted. ¡Gracias!

Y aunque siguió sin creer en Dios, a partir de aquel día, el Oso Feroz se acostumbró a dar gracias cada noche por tres cosas, pequeñas y grandes. Y así, con el tiempo, se dio cuenta de que era más feliz y había aprendido a valorar lo que tenía. Y resultó que disfrutaba de muchas más cosas de las que pensaba.

—Epa, ¡hemos llegado! Aquí está la gruta.

Frente a ellos, el camino rodeado de hayas jóvenes se abría en dos. Uno continuaba subiendo; el otro bajaba hacia los pies de una suave colina. El guarda tomó el camino que descendía. Se hundieron en la penumbra; los árboles crecían muy cerca unos de otros y la sombra de la colina ocultaba el sol durante todo el día.

Apenas habían caminado unos cuantos pasos cuando Sergei comprendió que lo que había tomado por una colina era la gruta. El camino se internaba en ella. El dulce sol de otoño desapareció por completo y la oscuridad húmeda se adueñó de todo. De pronto, el agua rezumaba de las paredes y había cieno y musgo por todas partes. El suelo de arena y de barro se había convertido en una mullida alfombra natural, verde y parda.

El sonido de sus voces era diferente allí dentro.

Vio un banco de piedra en el interior. Estaba mojado y cubierto de verdín. Sobre él, había pequeñas estalactitas que sostenían gotas de agua en lo que parecía un equilibrio imposible. Sergei no pudo evitar tocar una de ellas. El techo era brillante, húmedo y suave. Las raíces de los árboles que crecían arriba, en la superficie, colgaban sobre ellos.

—Esta humedad le sienta fatal a mis huesos. De joven hubiera disfrutado de este lugar. Ya lo creo. Todas las grutas se acaban convirtiendo en los lugares favoritos de los enamorados. Pero hoy ya solo pienso en mis huesos y busco la luz como si fuera un simple girasol o una polilla. ¿Te importa que salgamos?

Dejaron atrás la oscuridad mullida de la cueva.

Junto a la salida había otro banco de piedra. Y el guarda, con su

leve cojera, se dirigió hacia él.

—Este lugar se convirtió también en el escondrijo perfecto de Olga Ivana Borisova. Cuando necesitó que el jardín la escondiera, el jardín lo hizo.

Sergei se sentó junto al guarda.

—¿Y eso cómo ocurrió?

> Olga Ivana Borisova se convirtió en una linda jovencita. Un buen día dejó de buscar al Oso Feroz para que la subiera en sus brazos, para pedalear por el jardín en velociclo y para internarse en el bosque. Seguía siendo su amigo, sí, pero había dejado la niñez atrás. La chiquilla no se dio cuenta del dolor que le causó al Oso Feroz cuando este comprendió que ya nunca volvería a subirla sobre sus hombros, ni correrían por el bosque, ni harían regatas de barcos en el estanque.

—Los niños crecen, Sergei. Ese es el secreto y la maldición que llevan consigo. Educar a un niño es una larga agonía porque sabes que, al final, siempre hay que dejarlos marchar. Los niños crecen y entonces abandonan a los adultos que los amaron, sin siquiera mirar atrás.

El guarda hizo una pausa y Sergei se preguntó en qué niños estaría pensando. ¿En sus hijos? ¿Quizá en sus nietos?

> Olga Ivana Borisova no era tan hermosa como su hermana Natalia Anastasia, pero se convirtió en una preciosa chiquilla alta y espigada. Con los años, su pelo se había oscurecido y se asemejaba al color de la miel. Cuando le daba el sol, aparecían destellos de trigo tostado, vestigios de su infancia dorada. Normalmente recogía su cabello en una larga trenza y seguía vistiendo lo que sus padres consideraban ropa inapropiada para ella: camisas, chaquetas y pantalones de sus hermanos mayores, que le quedaban grandes y tenía que anudárselos con una cuerda o un viejo cinto para que no se le cayesen. Pero esa era la ropa más cómoda, porque Olga Ivana Borisova continuaba escapándose al jardín para leer, pasear y, sobre todo, huir de sus obligaciones en la mansión. Seguía pasando más tiempo en el exterior que en la casa. Y por eso su piel era morena

como la de los campesinos y sus mejillas estaban adornadas por decenas de pequeñas pecas. Todo esto disgustaba a sus padres, por supuesto, pero tampoco les sorprendía demasiado. Simplemente, su niña salvaje se había convertido en una jovencita salvaje.

Por aquel entonces, sus padres comenzaron a pensar seriamente en su casamiento. No fue difícil. Los Borisov siempre habían contado entre sus amistades con una familia inglesa que poseía minas de carbón por todo el mundo y que también atendía negocios ferroviarios. Esa familia tenía un hijo, Richard, apenas un año mayor que Olga Ivana. Era un joven rubio y tan pálido como solo pueden serlo los ingleses de buena familia. Un buen chico, según decían todos. Un muchacho aburrido y pavisoso, según Olga Ivana Borisova. Siempre que la familia inglesa venía aquí, Richard los acompañaba. Y cuando la familia Borisov viajaba a Inglaterra, llevaban consigo a la pequeña Olga Ivana. Los dos chiquillos sabían que estaban destinados a casarse. Y que mucho tendrían que torcerse las cosas para que no fuese así. Con su casamiento, las dos familias no solo atarían sus linajes, sino también sus negocios.

A Sergei le maravilló la idea de casarse con alguien porque resultara beneficioso para la familia. Lo de los negocios le era ajeno, y tan lejano, tan fantástico, como hablar de hadas. De hecho, pensó entonces, las hadas eran para él seres mucho más reales y cercanos que los negocios de los Borisov.

Dicen que en la vida hay momentos en los que nos ocurre todo a la vez. Son como torbellinos vitales, en los que un montón de acontecimientos importantes se amontonan los unos sobre los otros y sus consecuencias nos empujan en todas direcciones sin que tengamos tiempo de darnos cuenta de a dónde nos llevan. La vida se descoloca. Y eso es lo que le ocurrió a Olga Ivana Borisova, que se encontró con su primer torbellino vital.

Por un lado, la familia inglesa iba a llegar a la mansión. Pero esta vez con un objetivo claro: pedir oficialmente la mano de Olga Ivana Borisova. Había una fiesta planeada para la ocasión. Primero tendrían una ceremonia más íntima, de pedida, y después, la fiesta en la que darían a conocer la buena nueva a lo mejor de la sociedad.

Olga Ivana Borisova sabía todo esto, por supuesto. Desde hacía

años se daba por hecho que Richard y ella estaban destinados a casarse. Pero a ella nunca le pareció una posibilidad real. Era como si fuese a sucederle a otro. Por eso, cada vez que se encontraba con él, Olga Ivana Borisova miraba con indiferencia al joven inglés, pálido y rubio, que decían que acabaría convirtiéndose en su marido.

Sergei rio para sus adentros cuando se imaginó a su madre prometiéndolo con alguna chiquilla desconocida. En su mundo aquello era imposible. En su mundo, la gente se casaba por amor.

Unos días antes de que llegase la familia inglesa, Olga Ivana se encontraba en el bosque leyendo. Vestía, como era su costumbre, ropa holgada de hombre. Cuando regresaba a la mansión, se encontró con un joven pintando en el jardín. No lo conocía de nada, pero se acercó para curiosear.

—Si esto fuese una historia al uso, habría que hacer un inciso para incluir una pequeña descripción de este personaje que se ha colado en la narración, tan de repente como entró en la vida de Olga Ivana Borisova. Podemos llamarlo «el artista», porque eso es lo que era: un artista, un joven pintor. Era moreno, de cabellos rebeldes que intentaba domar ocultándolos bajo una gorra de paño. No era muy alto, pero sí fuerte. Era uno de esos jóvenes que acabarían convertidos en hombres cuadrados, casi tan anchos como largos. Ese día vestía pantalones y chaqueta negros, y su camisa estaba adornada con toques verdes y amarillos de pintura.

Olga Ivana intentó acercarse a él en silencio, pero es difícil ser silencioso en la naturaleza, donde cualquier ramita u hoja seca delata tu presencia. Así que el artista la oyó, se volvió y la vio allí. Y fue el primero en saludar:

—Hola. Eres la hermana de Dimitri, ¿verdad?

Ella asintió.

—Me ha hablado mucho de ti.

A Olga Ivana Borisova la sorprendió que su hermano hablase de ella. Lo que no la sorprendió tanto fue encontrarse a uno de sus

amigos pintando en el jardín. Los hermanos de Olga Ivana Borisova solían invitar a sus amigos. Y muchas veces pululaban por la mansión futuros universitarios; algunos leídos y curiosos, otros engreídos e ignorantes. Otras veces eran futuros empresarios, hijos de algunas de las mejores familias de la ciudad. Y en ocasiones eran artistas, maestros o preceptores muertos de hambre. Estos últimos solían ser amigos de Dimitri, el hermano poeta con alma de artista y compañero de jóvenes con los bolsillos vacíos.

Olga Ivana Borisova ignoraba a todos por igual y les dedicaba la misma educada curiosidad que mostraba por los nuevos vestidos de su hermana Natalia Anastasia. Ninguno de ellos le llamó especialmente la atención; aunque se ha de decir que, alguna que otra vez, no fue así en el sentido contrario: esos jóvenes sí volvían su mirada curiosa hacia la hermana larguirucha de su amigo, la hija salvaje de Iván Borisov.

Pues bien, el artista había terminado de abocetar su cuadro y comenzaba a poner color en el lienzo que descansaba sobre un caballete.

Sergei se imaginó la escena en alguna zona tranquila y solitaria del jardín. Quizá cerca del Rincón de las Hadas; allá donde hubiera algo especial que valiese la pena pintar. Quizá junto al tocón centenario.

—Todavía es un boceto —se excusó él.

—Todo son manchas.

Olga Ivana estaba acostumbrada al arte. Vivía rodeada de cuadros y había visto cientos de pinturas de paisajes, flores y bodegones. Algunos de ellos representaban prolijamente todos los detalles de la realidad. Artistas con pinceles de un solo pelo habían reproducido fielmente escenas de la naturaleza y logrado imitar las más diminutas sombras de los pétalos, los estambres de las flores y hasta las patitas de las abejas que se les acercaban.

En cambio, aquella pintura era todo lo contrario a lo que ella había visto hasta entonces. Las formas abocetadas aparecían difusas. Nada estaba claro. Los primeros verdes de unos arbustos se mezclaban con los amarillos y los blancos de las dalias y con el marrón de los troncos de los árboles. Sombras de colores variados se

repartían por todo el lienzo.

Olga Ivana observó la obra sin decir una sola palabra.

—No pinto exactamente lo que hay —explicó él—. Cualquier pintor puede reproducir este paisaje con más o menos gracia. Y cualquiera puede dibujar esas flores. Yo ya aprendí a dibujar. Lo que yo quiero captar es… más bien la sensación que queda.

Olga Ivana miró el lienzo y después buscó en la realidad lo que, frente a ellos, había intentado plasmar el artista. Había unas líneas más oscuras, a veces retorcidas, que podrían ser los troncos de los robles. Y las manchas doradas quizá representaran la luz que se filtraba entre ellos e iluminaba las dalias, que se habían convertido en una masa de colores brillantes.

—¿Y qué sensación te produce esto? ¿Qué estás intentando pintar?

El artista dejó el pincel sobre el caballete y señaló el vado frente a él.

—Es la luz. Lo que yo quiero pintar es esa luz. Mira, la que se filtra entre las ramas y las hojas. Parece que tiemble. Por las mañanas es blanca, por las tardes será amarilla y azul. Y esos arbustos enredados los unos con los otros, a la sombra, permanecen a todas horas en la penumbra.

Olga Ivana observó los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles y sonrió.

—¿De qué color es la sombra? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—¡Las sombras son violetas! —Sergei interrumpió al guarda—. La oscuridad siempre es violeta. Parece negra o marrón, pero si la observas atentamente, comprendes que no hay nada oscuro o negro del todo. Siempre hay algo de violeta en las sombras.

El guarda rio.

—Pues más o menos eso es lo que le explicó el artista a Olga Ivana.

—Las sombras están repletas de azules y violetas, y solo tienes que entrecerrar un poco los ojos para verlo.

Olga Ivana lo hizo y entonces vio que lo que el artista estaba pintando sobre el lienzo sí se parecía mucho a las manchas de color

que tenía ante sí.

—¿Te importa si me siento a tu lado? Prometo no molestar —dijo ella.

—Claro.

Y el artista continuó pintando bajo la mirada silenciosa de Olga Ivana Borisova. Ella observó cómo, poco a poco, los pinceles daban forma a las manchas de color, unas manchas que definieron unas sombras nuevas, que se mezclaron en algunos sitios y se separaron en otros, pero que nunca nunca quedaban realmente definidas.

Tras más de una hora en silencio, Olga Ivana Borisova interrumpió al artista.

—Tu forma de pintar es diferente. Nunca antes había visto algo así.

—Si te digo la verdad, no es tan diferente. Hace años que muchos artistas siguen este estilo y han abandonado las líneas definidas y realistas.

—Yo no lo había visto nunca.

—Eso es porque en algunos círculos siguen valorando más lo que se parece a la realidad. Cuanto más se asemeja, mejor creen que es. Es lo que más se vende; ya sabes, bodegones y flores y paisajes, y vacas y retratos en los que puedes contar hasta el último pelo de un bigote. Pero yo creo que hay que experimentar. Lo que me gusta de verdad es alejarme de la realidad. ¿A ti te gusta?

—Mucho.

—Pues cuando lo acabe, te lo regalaré. Así siempre tendrás un trozo de este jardín contigo.

Y entonces, en ese preciso momento, Olga Ivana Borisova lo entendió. Ese cuadro no le recordaría exactamente cómo eran los robles y los matorrales y las dalias blancas y amarillas. Pero al contemplarlo, sí que vendría a su memoria cómo había ido cambiando la luz durante el rato que estuvo junto a él mientras observaba cómo pintaba. Recordaría la temprana calidez del sol y el viento y el olor del bosque, y todas las cosas en las que había pensado mientras veía las manos del artista danzar sobre el lienzo, mezclando colores, limpiando, manchando pinceles y dando forma a esos borrones difusos.

—Me encanta.

—Entonces, mañana lo terminaré para ti.

—Muchas gracias. No hace falta que te molestes…

—Me encantaría que te lo quedases, en serio.

Olga Ivana Borisova se encogió de hombros. En realidad le hacía mucha ilusión tener aquel cuadro, pero por otro lado le daba apuro que se lo regalase. Se sintió obligada a ayudar al artista.

—¿Quieres que te lleve alguno de estos trastos?

—Puedo yo solo, pero si quieres ayudarme, puedes cargar con esa caja.

—¿La de los colores?

Él asintió.

El maletín de madera contenía tubos, frascos y botellitas de cristal. Todos eran diferentes; unos grandes, otros pequeños, algunos nuevos, otros muy viejos. A Olga Ivana le recordaron las pociones misteriosas de un mago.

—Las hago yo mismo —explicó el artista mientras recogía sus bártulos—. Ahora muchos compran las pinturas, dicen que así ahorran tiempo. Pero a mí me gusta fabricarlas. También forma parte del proceso de creación y disfruto con ello tanto como pintando. Además, así sé que estos colores son míos. Solo míos. Nadie usa este tono de verde, por ejemplo. No es igual al de otros pintores. Es personal, solamente mío.

—Entonces ¿has hecho tú estos colores?

El artista asintió.

—¿Y cómo los haces? ¿De dónde vienen los colores?

—¿En serio te interesa?

—Pues claro.

Entonces, mientras caminaban, el artista le explicó qué eran los pigmentos, de dónde provenían y cómo se mezclaban entre ellos. Le contó que para conseguir ese verde había utilizado un amarillo traído de la India, que pensaba que se obtenía de la orina de unas vacas que se alimentaban únicamente de unos amarillentos frutos exóticos, y lo había mezclado con un azul que también provenía de la India. Le habló del óxido de hierro, de la mica y del cadmio.

A Olga Ivana Borisova le maravillaron aquellas explicaciones. Pigmentos que llegaban desde tan lejos, y otros que podían obtenerse quemando huesos o machacando pequeños insectos o diferentes minerales.

Nunca se había planteado de dónde provenían los colores. Amaba su jardín y le encantaba contemplar el inmenso abanico de colores que desplegaba en primavera. El camino de los lilos abarcaba tonalidades que iban desde el blanco al morado… ¿Por qué unas lilas eran tan claras y otras tan oscuras? ¿Y por qué esas dalias que tenía

ante sí eran blancas y las otras amarillas?

Le habían contado hacía tiempo que las hortensias florecían rosas, blancas o violetas dependiendo del tipo de suelo en el que crecían. A ella le parecía que todo eso guardaba alguna relación con la química. Nunca le había interesado lo más mínimo, pero, de pronto, lo encontraba la mar de interesante.

—¿Por qué vemos colores diferentes? —le preguntó al artista—. Quiero decir, ¿por qué veo esas dalias blancas y esas amarillas? Seguramente hay flores que salen de un color o de otro según los nutrientes que reciben. Vale, eso puedo llegar a entenderlo. Pero lo que no entiendo es por qué yo, mi cabeza, entiende eso como «blanco» y aquello como «amarillo». ¿Por qué mi cerebro puede distinguir colores diferentes?

—No tengo ni idea. —El artista dudó—. Quizá deberíamos preguntarle a tu hermano Igor, que es el que más sabe de cosas de ciencia. Pero yo creo que la pregunta no es por qué los vemos, sino por qué «son». ¿De dónde vienen los colores? ¡La verdad es que no tengo ni idea!

—¿Y si lo que yo llamo «verde» para ti es «azul»? ¿Y si tú ves un color diferente al que yo veo, aunque lo llamemos de la misma manera?

—Me temo que eso nadie podrá saberlo nunca. A no ser que…

—¿A no ser que qué?

—Pues que yo pudiera meterme en tu cabeza y tú en la mía.

Olga Ivana Borisova rio.

—Eso va a ser imposible.

El artista encogió sus amplios hombros.

Continuaron andando y pasaron ante unas cuantas encinas. Las abejas revoloteaban alrededor.

—¿Y cómo ven las abejas? Ellas se acercan a las flores atraídas por su aroma y su color, o al menos eso me han dicho siempre. Pero los ojos de las abejas son muy raros. Son muy distintos a los nuestros. ¿Qué colores ven ellas?

—A lo mejor no ven los mismos colores que nosotros, Olga Ivana. A lo mejor ven otros colores…

—¡Un color nuevo! ¡Uno que nosotros no podemos ver! ¡Me encanta esa idea! ¿Y cómo sería ese color misterioso?

—No sé, ¿qué imaginas tú? ¿Un color compuesto por otros colores?

—¿Lunares blancos sobre un rojo intenso?

—¿Azules tan negros como el cielo estrellado de la noche?

Los dos se quedaron en silencio unos instantes.

—Y los árboles, ¿cómo ven los árboles?

—Los árboles no tienen ojos, Olga Ivana.

—Ya, claro. Pero tienen que ver de alguna manera, ¿no?

El artista se detuvo. Nunca se había planteado algo así.

—No sé si ven. Pero lo que está claro es que tienen que sentir.

—Sentirán las gotitas de agua cayendo cuando llueve, ¿no?

—Y la tierra mojada a sus «pies» después de llover, supongo.

Caminaron unos pasos más hasta que el artista rompió el silencio:

—Voy a pensar en lo que has dicho, Olga Ivana. Me ha gustado esa idea de qué sienten los árboles. Voy a pensar sobre ello y, si puedo, lo pintaré. Te lo prometo. Pintaré lo que sienten los árboles.

—¡Te he inspirado! ¡Como una musa!

—¡Pues la verdad es que sí!

El artista sonrió y Olga Ivana Borisova se fijó en sus dientes, que eran blancos, muy blancos. Y en su sonrisa amplia y grande y sincera. Y esa sonrisa le hizo reír a ella.

Así llegaron a la mansión, los dos riendo a carcajadas. Ese detalle no se le escapó al Oso Feroz, porque muy pocas veces había visto a Olga Ivana caminando tan feliz junto a un joven.

Esa noche, el Oso Feroz no fue el único que se fijó en que, para la cena, Olga Ivana Borisova había recogido su habitual trenza en un moño alto adornado con alfileres de brillantes colores. Y se había puesto un vestido vaporoso y azulado que había permanecido durante meses en su armario. Y tampoco fue el único en darse cuenta de que reía muy alto cuando el artista decía algo ingenioso.

Y cuando los hombres se retiraron a la salita dorada para fumar y beber, y las mujeres fueron a la sala china, el artista se excusó y dijo que prefería tomar el aire fresco y se dirigió a la terraza. Y Olga Ivana abandonó a las mujeres y se reunió con él allí. Y los dos estuvieron solos, charlando, junto a la balaustrada.

El guarda señaló hacia la mansión y Sergei trató de imaginar qué terraza sería en la que estuvieron los dos jóvenes conversando y contemplando la noche, ese cielo azul, muy oscuro, casi negro, y las estrellas brillantes; la oscuridad opaca y densa del bosque, y las luces lejanas de Kiev.

Nadie supo de lo que hablaron esa noche, pero al día siguiente los dos estuvieron pintando en el mismo lugar del jardín. Olga Ivana Borisova volvió a vestirse como siempre, con pantalones y una camisa de sus hermanos, y acabó, como el artista, con los colores de las dalias, los matorrales y los árboles desparramados por su ropa.

Después de pintar, ella le enseñó otras partes del jardín y, por la tarde, cuando anocheció, estuvieron juntos en la cocina mezclando pigmentos y aceites y fabricando colores.

Sergei sintió que le faltaba el aire. Tuvo que ponerse en pie y sentarse de nuevo, en otra postura, y se sintió algo mejor.

La verdad es que Olga Ivana nunca había dedicado tanto tiempo a nadie y su padre no vio con buenos ojos aquella amistad. Después de todo, estaban a punto de prometerla oficialmente con Richard. Quizá, si su padre hubiera forjado la misma confianza que Olga Ivana tenía con el Oso Feroz, no se hubiera preocupado tanto. Porque cuando el Oso Feroz se la encontró a solas en los almacenes junto a las cocinas, ella le fue tan sincera como cuando era niña.

—Por primera vez tengo un amigo.

—Pero antes ya tenías amigos, Olga Ivana.

—No, no es verdad. Mis hermanos no son amigos, son solo hermanos. Y con Natalia Anastasia… Bueno, ya sabes, no nos entendemos demasiado. Tú sí que eres mi amigo, pero eres mayor. Casi como un padre. Es la primera vez que un chico de mi edad es amigo mío y me entiende y le entiendo. ¡Y me lo paso bien con él!

El Oso Feroz dejó que el aire lo acariciase y pensó unos instantes antes de decidirse a preguntar:

—¿Te gusta el artista entonces? —Le guiñó un ojo.

—Eso no lo sé, de verdad que no lo sé. Lo único que sé es que por fin, por primera vez en mi vida, me siento así de a gusto con alguien. ¿Es eso el amor, Oso Feroz? ¿Estar a gusto con alguien es amor? En las novelas, el amor parece algo mágico y raro, que hace que te duela la barriga, que digas tonterías. Te vuelve loco… Es como una enfermedad. Pero yo simplemente me siento bien. Creo que es mi amigo. Que nos entendemos.

El Oso Feroz dudó si añadir algo más. Estaba delante de la persona a la que más quería en el mundo y, sin embargo, tenía miedo

de hablarle. De decirle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Una cabeza de adulto muy distinta a la de la chiquilla.

Finalmente, tomó aire y soltó una frase que le salió como un borbotón:

—¿Y él qué cree, Olga Ivana? Porque en estos temas, ejem, es muy importante saber también lo que piensa la otra persona. Estos son temas que afectan a dos.

—No tengo la menor idea, Oso Feroz. Creo que… se lo preguntaré.

—Y supongo que fue lo que hizo, Sergei. Conociendo a Olga Ivana Borisova, me imagino que en cuanto se encontró a solas de nuevo con el artista, lo abordó con una pregunta parecida a «¿Estás tú tan a gusto como yo lo estoy contigo?» o «¿Somos amigos o qué es lo que somos?». No sé lo que le diría exactamente, pero estoy seguro de que fue directa, porque siempre lo era.

El guarda se quedó en silencio, sumido en sus propios pensamientos. Dejó que el aire acariciase su rostro y jugase con su barba. Finalmente suspiró.

—Los niños crecen, Sergei.

El muchacho no supo muy bien a qué se refería con aquello y prefirió no decir nada.

—He de marcharme —dijo el guarda.

—Pero ¿cómo termina la historia de Olga Ivana Borisova?

—Mañana te lo contaré. Ahora debo irme. ¡Nos vemos!

Sergei se quedó solo junto a la cueva.

Estuvo un rato simplemente respirando hondo, dejando que el aire húmedo que olía a bosque entrase en sus pulmones. Contempló los árboles alrededor. Sus hojas temblaban con la brisa y mostraban su cara más pálida y fría. La entrada de la gruta goteaba como una enorme boca oscura y babeante.

Sobre él, las ramas formaban un parasol vegetal. Algunas raíces retorcidas sobresalían de la tierra, como dedos sarmentosos que intentaran salir de su prisión subterránea. Las ramas creaban ondas y olas que en aquel momento le hubiese gustado dibujar. Y entonces supo que las habría pintado con pinceladas largas y curvas en colores fríos; grises, azules, violetas y verdes que taparían casi por completo un cielo azul brillante. Y que cada pincelada sería como las ramas de esos árboles: curvas eternas, ondas que cabalgaban sobre el cielo.

—¡No mires tanto a lo alto, que ya verás qué divertido como te cague un pájaro encima!

—No hay muchos pájaros por aquí, Tat. —Sergei rio.

—No los vemos ni los oímos, pero están ahí, acechando. Nos están esperando. Siempre han estado ahí. Ocultos entre las ramas y las hojas.

—A mí me gustan los pájaros.

Tatiana negó con un gesto.

—Algunos son bonitos, pero…

—¿Por qué no te gustan?

Ella guardó silencio.

—Bueno, los gorriones sí me gustan. Son muy listos. Ah, y los somorgujos. A veces hay algunos cerca del estanque y en el lago.

Sergei miró a las copas de los árboles y escuchó atentamente. Allí no había ni rastro de pájaros.

—Aquí el jardín es distinto. Es más oscuro —concluyó.

—Aquí también hay pájaros. Aunque esta parte es diferente al resto. Es más salvaje…

—Pues acabo de enterarme de que esta gruta no es natural. Está construida por los hombres.

—¡Pues claro! Ya lo sabía. ¿Pero a que parece que haya estado siempre aquí? Supongo que en eso consiste el arte: el creador de un jardín tiene que saber dónde plantar, construir o poner cada cosa para que parezca que siempre ha estado allí. Para que cuando pasees por el jardín todo, no sé, fluya con naturalidad. Y luego el tiempo ya se ocupará de hacer crecer los árboles y que las rocas nuevas, al principio grises, se cubran de verdín y de vida. Anda, ven. Vamos arriba.

—¿Adónde?

Tatiana echó a andar por el sendero que retrepaba serpenteante

sobre la colina artificial. Sergei se levantó del banco y la siguió. Cuando la alcanzó, reparó en que ya era tan alta como él. No parecía una niña, sino una chica larguirucha.

Arriba habían crecido hayas y robles.

—Mira este árbol.

Un tronco de apenas un metro se encontraba partido por la mitad. De él surgía una única rama, en un ángulo de noventa grados, y de ella, otras ramitas, estas en vertical.

—¿Qué es esto?

—Cuando el árbol era más o menos así —señaló la altura a la que el tronco había dejado de crecer—, le cayó un rayo encima. Y lo mató… Bueno, en realidad, cualquiera hubiera pensado que estaba muerto porque, fíjate, el rayo partió el tronco en dos y ardió. Pero no estaba muerto. ¡Renació!

Sergei pensó en todo lo que había hablado con el guarda sobre los árboles que echan nuevas raíces. Ese pequeño roble no había echado nuevas raíces, había tenido que transformarse para sobrevivir.

—Esta rama, ¿ves?, se convirtió en el nuevo tronco. Después de un trauma muy grave, como cuando les cae un rayo, a veces ocurre que los árboles vuelven a crecer con una forma extraña.

Sergei no dijo nada. Contemplaba el joven roble con estupor. Le parecía horrible y, al mismo tiempo, un milagro.

—Hablé con el guarda sobre algo parecido a esto —dijo por fin —. Sobre árboles que echan nuevas raíces. Pero este ha tenido que cambiar para sobrevivir. Esta rama se ha convertido en el nuevo tronco. —Se acercó a la única rama, que crecía en ese ángulo extraño.

—Supongo que hay que adaptarse para superar los grandes traumas.

—Quizá los árboles puedan. ¿Pero podríamos hacerlo los humanos? ¿Sobreviviríamos a un drama tan grande que cambiase nuestra vida por completo?

Tatiana lo miró con una seriedad poco habitual en ella.

—Claro. Lo que ya no sé, Sergei, de verdad, es si este árbol, esta rama que ahora aguanta el peso de todas las demás, recuerda cuando era solo una rama normal. Quiero decir… de cuando el árbol estaba sano antes de convertirse en… esto.

Sergei posó su mano en la rama de aspecto monstruoso.

Tatiana también la tocó. Su rugosidad contrastaba con la suave piel de la chica.

Ella la miraba con lástima.

—Cuando es necesario, también las raíces pueden convertirse en tallos y los tallos en raíces. Lo que nadie nos dice es cómo viven ese proceso o si luego recuerdan lo que fueron antes… Te contaré un secreto. A veces vengo aquí y me siento a contemplar este árbol. Sé que nadie lo mira excepto yo. Y entonces le cuento lo que no le he contado a nadie.

Sergei se preguntó qué secretos serían los que Tatiana le confiaba al roble.

—En el bosque hay otro árbol al que también le cayó un rayo —continuó ella—. Pero a ese lo ayudaron otros árboles. Los árboles cuidan de sus ancianos, ¿sabes? Si un árbol es viejo y ya no puede alimentarse, los otros le hacen llegar lo que necesita a través de sus raíces. —Señaló el suelo—. Hay toda una red de raíces aquí debajo. No la vemos, pero está ahí. Y los árboles se ayudan.

—Me estás tomando el pelo.

—¡Claro que no! Que algo no se vea no quiere decir que no exista.

—No, si ya sé que las raíces se unen las unas con las otras en una red que nosotros no podemos ver. Pero de ahí a que…

—Es que precisamente por eso se unen —lo interrumpió ella—. Para poder comunicarse, para ayudar a los que lo necesitan, para contarse sus propias historias.

Sergei calló.

—Que no los oigamos gritar no significa que no les duela. Pero sus congéneres sí que los oyen. Saben que si uno necesita ayuda, ahí están los demás para apoyarle. Si un árbol necesita, no sé, un nutriente específico, los otros se lo hacen llegar. Ese otro árbol del que te he hablado, al que le cayó un rayo, no pudo adaptarse como este. Así que fueron los demás los que tuvieron que ayudarlo.

Sergei calló educadamente. No lograba imaginarse cómo un árbol podía pedir ayuda a través de sus raíces a sus iguales. Y, sobre todo, ¡que pudieran enviársela!

—Me gustaría ver ese árbol, el del bosque.

—Está bastante lejos. Pero podemos ir otro día… Venga, te

contaré una historia. Una de esas que solo yo conozco.

—¿Cuál?

—Es la historia de una niña que encontró a un viejo dios que habita en el bosque.

—¿Qué dios?

—Uno que no tiene nombre, porque los seres humanos lo hemos olvidado. Él es tan antiguo como el bosque, como la vida misma. Lo llamaremos «el dios del bosque» puesto que nadie recuerda cómo se llama. Es el dios que hace crecer las plantas por la noche, el que grita su nombre al viento cuando sopla la brisa nocturna. Es el que hace que se abran las puertas y las contraventanas de tu casa en invierno por muy bien que las hayas cerrado, y el que llama a la primavera para que cada año traiga el calor y la vida de nuevo… Este dios duerme en lo más profundo del bosque, en el interior del árbol más grande, en una mullida cama de musgo. Y los árboles lo mecen con sus cantos.

Tatiana suspiró largamente antes de continuar.

—Cuanto más grandes se hacen las ciudades, más pequeñito se vuelve el dios. Los osos, los lobos, las ardillas, los tejones, los zorros… Todas las criaturas del bosque lo conocen. Pero nosotros no, porque abandonamos los bosques y nos olvidamos de él. Hay quien dice que a veces se convierte en venado para curiosear lo que hacemos los hombres. Para él, los años no son nada. Son como nuestros segundos. Y nuestra vida cabe en uno de sus parpadeos.

Sergei pensó en las mariposas. Él sabía que vivían tan solo uno o dos días. ¿Qué significaba eso para él? ¡Nada! ¿Acaso nuestras vidas eran igual de insignificantes para el dios del bosque? ¿Lo mismo que para los árboles? ¿Éramos para ellos también un parpadeo? ¿Sombras que pasaban tan rápidamente ante ellos que no podían entender que éramos otras formas de vida?

Tatiana bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

> Hace mucho mucho tiempo hubo una niña que encontró al dios del bosque. La niña era pequeña y se había perdido. Vagó entre los árboles hasta llegar a lo más profundo del bosque sin nombre. Los de su aldea salieron a buscarla, pero después dejaron de hacerlo porque pensaron que ya estaría muerta. Nadie podía sobrevivir en el bosque tanto tiempo. Y menos una niña tan pequeña. Pero la niña, como

apenas hablaba la lengua de los hombres, aprendió la de los árboles, y el bosque y sus criaturas cuidaron de ella. Acabó convirtiéndose en una criatura salvaje. Y cuentan que un día encontró al dios del bosque.

—¿Y qué le dijo? ¿Cómo era él?

—No se sabe. —Tatiana se encogió de hombros.

—¿Cómo que no se sabe? ¿Cómo acaba la historia?

—No se sabe. No lo sé. Nadie lo sabe. Pero dicen que el dios del bosque sigue durmiendo y algún día despertará. Y que aquellos que son inocentes y de corazón puro son los únicos que pueden encontrarlo.

—¿Y ya está? —preguntó Sergei.

—Ya está.

Los dos se quedaron en silencio.

—¡Vaya historia sin sentido! No tiene final. Esa no es forma de terminar una historia. Si no sabías el final, no tenías que habérmela contado.

—Bueno, así le puedes poner tú el final que quieras.

—Pero sería mi final, no el de verdad.

—El tuyo es tan cierto como cualquier otro. Además, no todas las historias tienen final. Estamos acostumbrados a historias que empiezan de una manera, luego pasan cosas y después acaban, la mayoría de las veces con un final feliz. Pero no tiene por qué ser así. Hay historias que no acaban nunca o que no se sabe cómo acaban. No sé, a lo mejor la niña sigue perdida en el bosque y un día, quizá dentro de trescientos años, salga de él. Entonces ella podrá contar su historia. Pero hoy, no sabemos más.

La idea de vivir trescientos años para conocer el final de la historia revoloteó alrededor de Sergei. ¿Cómo sería el mundo entonces? ¿Qué maravillas inventarían los hombres? Pero, por otro lado, si él viviese tanto tiempo, todos a los que conocía habrían muerto. ¿De qué valía vivir tanto tiempo, si no se tenía con quién compartirlo?

—¿Sabes, Tat? Yo no querría vivir trescientos años. Es mucho tiempo.

—¿Quién sabe? Quizá, si nos toca el dios del bosque, todos

venzamos a la muerte. Puede que el secreto de la vida y la muerte esté guardado en lo más profundo del bosque.

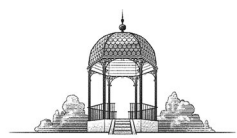
—Entonces los árboles lo conocerían.

—Seguramente.

El viento sopló y se llevó consigo algunas hojas secas. Tal vez fueran los recuerdos del verano anterior… Las hojas se alejaron volando en remolinos, como si no quisieran tocar la tierra o no pudieran rozarla y estuvieran condenadas a vagar por los cielos empujadas por el viento caprichoso del atardecer.

5

El quiosco de música



El guarda surgió de entre los árboles como si formara parte del jardín, como los lilos, las dalias o los tejos. Ese día parecía algo más viejo y más cansado. Se balanceaba como un barco sobre las olas embravecidas y su chaqueta rojiza, al revolotear, semejaba una vela ensangrentada hinchada por el viento.

—Hoy tenemos viento en popa, grumete.

Sergei asintió. La mañana era brillante y clara, casi veraniega. El cielo estaba completamente azul y no se veía ni una nube. El aire, que soplaba fuerte y limpio, se llevaba consigo el gris ceniciento de la ciudad. Era un día de colores radiantes que desprendía una sensación pulsante de vida y de que cualquier cosa podría empezar.

—Hace un día estupendo, Sergei.

Sergei respiró un aire que olía a dalias, a rosas y a las hierbas aromáticas del campo. Pero había algo más; por debajo de ese aroma serpenteaba algo primitivo y profundo que lo llenaba de fuerza. Ese algo lo empujaba con brío hacia no sabía dónde. Todo estaba bien y en su sitio. A donde fuera que le condujese el viento, le serviría.

—Es el mejor de los días.

El guarda rio.

—Veo que tú también disfrutas de la corriente. Hay a quien le molesta. Pero yo soy como tú. Disfruto cuando el viento me revuelve el cabello y el alma. Es vivificante.

Sergei inspiró hondo para saborear esa vida y esa energía que adivinaba bajo el aroma de las dalias.

—A algunos, este aire los vuelve locos —continuó el guarda—. A mí me hace sentirme bien. En mi sitio. Como si fuera un árbol que adivina la llegada de la primavera. En equilibrio perfecto con el universo y dispuesto a que cualquier cosa pueda pasar. Cuando sopla del este, así, como hoy, dicen que nubla el entendimiento de los seres

más sensibles. Pero a mí me encanta. Este viento se lleva consigo los humos de la ciudad. Mira.

En efecto, Kiev, a lo lejos, siempre cubierta por una nube baja que a veces era marrón y otras negra y gris, ese día aparecía límpida y clara, como si un artista la hubiese dibujado a lápiz con todos sus detalles y, en lugar de usar unas pocas pinceladas y manchas indefinidas de color, hubiera retratado hasta la última teja de cada tejado, cada diminuta ventana rota, cada camisola tendida y cada uno de los ladrillos que formaban las chimeneas de las fábricas. Se distinguían las cúpulas azules y doradas de Santa Sofía, San Miguel y San Vladímir, cuando habitualmente solo las de San Andrés, desde su alta colina, permanecían a la vista.

—Recuerdo los cielos de mi infancia tan limpios como este de hoy. Eso era hermoso. Hoy encuentras fábricas en todas las ciudades y también en los campos. Las fábricas nos traen riqueza y nos proporcionan muchas cosas útiles y unas cuantas inútiles, pero mira esas chimeneas: nunca dejan de escupir humo. Dios sabe lo que les están haciendo a los cielos y a los ríos y los mares.

—Dan calor —intervino Sergei tímidamente—. Los cielos son más calientes en verano y las nieves más gélidas en invierno.

—Sí. Ay, la nieve. Ya no nieva como antes. Cuando yo era niño, en invierno nevaba tanto que no podíamos abrir las puertas de las casas. Teníamos que salir por las ventanas…

A Sergei le recorrió un escalofrío.

—… Y la nieve de hoy ya no es blanca, sino parda y sucia. El tiempo se ha vuelto loco. La nieve es gris, como las ciudades de piedra gris que convierten los cielos en nubes grises. Y los hombres respiran ese aire gris y sus corazones se vuelven grises y de pura roca. Entonces exhalan un aliento gris que hace aún más gris el cielo.

—Yo no quiero ser un hombre gris.

El guarda suspiró largamente.

—No basta con desearlo. Las ciudades nos cambian. Todos somos un poco grises. Y para evitarlo, hay que tomar decisiones que a veces duelen o hacen que nuestra existencia sea más dura. Y eso no es fácil, nada fácil. La vida es complicada, Sergei.

El joven no dijo nada, pero se quedó pensativo. Sabía lo difícil que era la vida. Sabía mucho más de lo que parecía. Lo sabía por su madre y sus vecinos, Olaf y la señora Petrova. Conocía las historias

que le contaban y las que no debía oír, esas que escuchaba entre cuchicheos. Y también lo sabía por lo que había vivido. Conocía lo que era el frío y el hambre y el cansancio, y toser y no poder respirar un aire tan limpio como el del jardín. Sabía mucho y no le gustaba pensar en ello. Hubiese preferido no saber nada.

—El tiempo se ha vuelto loco —repitió el guarda mientras se llevaba la mano al bolsillo como si fuese a sacarse un reloj, pero, como no encontró ninguno, dejó el movimiento a medias—. La naturaleza nos lo ha dado todo y los hombres la deshonramos cada día. Se supone que somos los reyes de la creación y en cambio lo estamos destruyendo todo. Ay, anda, acompáñame a buscar un banco. Necesito sentarme. Esta pierna mía me está matando.

Dejaron atrás los caminos de arena y se internaron en uno de gravilla. Las piedrecillas relumbraban tocadas por el sol.

Por fin encontraron un banco y el guarda, cansado, se dejó caer.

—¿Crees que somos los reyes de la creación, Sergei?

—Por supuesto.

—¿Seguro?

—Pues claro. Tenemos cerebro. Pensamos. Tenemos conciencia de nosotros mismos. Somos inteligentes.

—¿Y qué es ser inteligente?

—No sé. —Sergei dudó un instante—. ¿Que podemos usar herramientas?

—Sí, podemos. Y con ellas construimos cabañas y casas y ciudades. Y después, fábricas que destruyen los bosques y los campos y convierten las ciudades en enjambres grises de hombres grises. Eso no parece muy inteligente.

—Los animales no pueden usar herramientas. Tampoco las plantas.

—Bueno, algunos animales sí. He visto cuervos que utilizaban palitos para conseguir comida. Me han contado que hay monos que también los usan… ¿Conoces la teoría del señor Darwin, el británico?

Sergei negó con la cabeza.

—Darwin observó la naturaleza y, a partir de sus observaciones, elaboró la teoría de la selección natural. En su libro explica cómo la naturaleza, a lo largo de los años, los siglos, los milenios… ha ido perfeccionando todo. Cómo los animales han evolucionado…

—¡Ah! ¡Es el señor de los monos! —Esta vez fue Sergei quien lo

interrumpió.

—Ese mismo, sí. Dice que los hombres provenimos de los monos. La evolución nos ha ido perfeccionando y así hemos llegado a ser los reyes de la creación, ¿no es así?

—Bueno, sí. —Sergei dudó. No veía a dónde quería ir a parar el guarda.

—Si todo evoluciona en la naturaleza, también deberían hacerlo las plantas, ¿no? Mira este castaño. También ha cambiado, ha tenido que mejorar con los siglos. Si no, no habría sobrevivido. No existiría hoy. Las plantas también han evolucionado. Piensa en las hojas de los pinos, en esas agujas afiladas. Imagina un árbol que un buen día decide evolucionar y convierte, poco a poco, su hoja en algo distinto, en una especie de aguja que lo proteja de los animales. O los cactus, ¿has visto sus espinas?

Sergei asintió.

—Las espinas de los cactus no son espinas, son hojas —añadió el guarda.

Las cejas de Sergei se elevaron.

—Lo que parecen espinas son hojas, el resto es el tallo. Y los cactus han evolucionado así para no desperdiciar en sus hojas la escasa agua que encuentran en sus lugares de origen. Por eso a veces, ¿sabes?, me pregunto si no son ellas, las plantas, las reinas de la creación y nosotros sus esclavos.

—Pero ellas no piensan. No son inteligentes.

—No como nosotros, claro está. Pero se han adaptado igualmente. Ellas pueden vivir sin nosotros, pero nosotros no podemos vivir sin ellas.

El guarda hizo una pausa que a Sergei le pareció un poco teatral.

—Las plantas nos usan, jovenzuelo. Nos usan igual que usan a las hormigas para defenderse cuando les invade una plaga. No me mires así, no es tan raro lo que digo. Existen árboles que son atacados por unos insectos que se los van comiendo poco a poco, entonces esos primeros árboles, ya enfermos, avisan al resto…

—¿Cómo que los avisan?

—Se hablan por las raíces. Pero no me preguntes cómo porque no lo sé. Eso se lo dejo a los hombres sabios. Yo solo te cuento lo que he visto y lo que sí sé. Pues bien, los árboles que reciben el aviso empiezan a soltar una sustancia que atrae a las hormigas. Entonces,

estas llegan e invaden el árbol, y como resulta que son las enemigas de esos insectos que se comen los árboles, las hormigas se comen a los insectos y, así, los árboles sobreviven. De alguna manera, las hormigas son usadas por los árboles. Son sus esclavas.

Sergei no dijo nada. ¿Sería cierto aquello? Él nunca lo había visto, pero, claro, el guarda sabía de la naturaleza mucho más que nadie que conociera.

—Y las flores atraen a las abejas para conseguir que su polen llegue a otras flores. Por eso a veces me da por pensar que nosotros también somos esclavos de las plantas.

—Pero nosotros no hacemos lo que las hormigas o las abejas.

—¡Cómo que no! Mira este jardín. Hemos plantado estos árboles, ¿verdad? Así que existen gracias a nosotros. Y todas las flores y las plantas exóticas que hay en este jardín, ¿por qué han sobrevivido? Pues porque alguien trajo las semillas o los esquejes o los planteles y después los cuidó. Los cactus, por ejemplo, fueron traídos desde muy lejos. Y piensa también en otro tipo de plantas, como los cereales más corrientes, como el trigo o la cebada o el maíz. Reinan en nuestros campos, en todos los campos, pero ¿por qué? Pues simplemente porque los hombres los plantamos. En esta relación entre hombres y trigo y cebada, las plantas ganan porque así se reproducen, reciben cuidados y cada vez son más abundantes. Nosotros también ganamos, porque nos dan de comer. Es una relación buena para el trigo y la cebada y el maíz, y para los hombres. Pero no olvidemos que nosotros trabajamos para ellas.

—Es una manera original de verlo, supongo.

—A veces hay que pensar de manera diferente. Hay que saber ver las cosas desde otro punto de vista.

Sergei se preguntó si él sería el esclavo de alguna planta y le pareció que no. Pero le gustó esa idea de darle la vuelta a los pensamientos y concluyó que sí, que quizá los hombres sí que eran de alguna manera esclavos de las plantas. Si uno se ponía a pensarlo desde el punto de vista del guarda, claro.

—Y además —continuó el hombre—, fueron las plantas las que nos convirtieron en seres civilizados; ellas nos dieron los horarios y organizaron nuestras vidas. ¿Y cómo se lo pagamos nosotros? Destruyendo los cielos…

—No entiendo nada. ¿Qué quiere decir con que nos dieron los

horarios?

—Ay, es una larga historia. Imagina a los primeros hombres. En el principio de los tiempos iban de un lado para otro, sin vivir en un sitio determinado; tampoco había pueblos ni ciudades, ni siquiera aldeas. Siempre estaban viajando en busca de alimento. Pasaban por un bosque y comían sus bayas, cazaban conejos aquí y jabalíes allá. No construían casas ni cabañas. Siempre estaban en movimiento… Eso era hace mucho tiempo, cuando los hombres apenas podían llamarse así. Pero llegó un momento en que decidieron asentarse. Quizá porque encontraron un lugar especialmente bello, quizá porque había agua y un bosque enorme cercano que les proveía de todo lo que pudieran necesitar. O quizá porque alguien en la tribu enfermó y tuvieron que detenerse para curarlo. No lo sé. Pero en algún momento los hombres dejaron de viajar y decidieron asentarse, y fue entonces cuando nació la agricultura. Ahí empezó todo: talaron los bosques y aprovecharon los valles y las praderas para plantar trigo y cebada y maíz. Y, claro, cuando se pusieron a sembrar se dieron cuenta de que había que hacerlo en una época determinada del año. Y también había que recoger los frutos y la cosecha en una época determinada. Y había que organizarse para sembrar, para recoger lo sembrado y para cuidar de los campos. Y así nacieron los primeros calendarios y los horarios, Sergei. La siembra y la recogida marcaron nuestros inicios.

Sergei era un chico de ciudad, pero pensó en la época de la recogida de manzanas, que era lo que más conocía.

—Fueron las plantas las que marcaron las primeras rutinas de los hombres e incluso la estructura social.

Sergei estaba pensando en varias cosas a la vez, y como eran pensamientos muy distintos a los suyos habituales, de nuevo se quedó con la boca abierta.

—Y, bueno, de alguna manera nuestras fiestas también provienen de las épocas de recolección, así como nuestros bailes y nuestra música. Todo ello viene marcado por la naturaleza. Y lo estamos olvidando. Me da miedo pensar que lleguemos a olvidar de dónde venimos y qué nos hizo como somos.

Sergei frunció el ceño con un semblante particularmente serio. Era la expresión de alguien que empieza a pensar en algo que jamás se habría imaginado. El guarda se dio cuenta y decidió cambiar de

tema.

—¿Te gusta bailar? —El hombre continuó sin esperar una respuesta—. A mí me encantaba cuando era joven. Era una oportunidad para conocer jovencitas, para olvidarte de las penurias del día a día. Saltar, brincar y dar cabriolas alegra el espíritu y hace que te olvides de todo lo que quieres olvidar. Ay, mi pierna ya no me aguanta apenas. Pero ¡cómo me gustaría volver a bailar como entonces! Podía estar horas danzando sin cansarme.

—Seguramente, si usted volviese a ser joven, podría bailar durante horas; pero no creo que fuese tan sabio como ahora.

—Oh, sí. En eso tienes toda la razón, Sergei. —El hombre rio de buena gana—. Yo era un cabeza de chorlito. No me gusta el joven que fui, Sergei. Pero sí me gusta recordar mi fortaleza. Ah, cuánta fuerza. Cuando eres joven, no aprecias lo que parece que va a durar para siempre. La salud, la belleza, a veces desaparecen de golpe, pero a menudo se marchan poco a poco, se desvanecen lentamente, como el alcohol en el aire, tan despacio que ni te das cuenta. Lo que está claro es que un buen día ya no están. ¡Si vieses cómo bailaba yo y cómo disfrutaba con la música! Nunca supe tocar un instrumento, pero me encantaba la música. Y ya te digo que me daba igual si se trataba de una sencilla flauta de caña, un acordeón o una balalaika. Ah, y las orquestas, ¡qué maravilla eran las orquestas! Aquí hubo conciertos. En este mismo jardín. Cuando había una celebración o una fiesta importante, contrataban una orquesta. A veces tocaba en la mansión, pero si se daba una fiesta al aire libre, lo hacía en el quiosco de música…

—¿Hay un quiosco de música aquí?

El guarda asintió.

—No recuerdo la última vez que estuve allí, pero era hermoso, muy hermoso.

—¿Era? ¿Ya no existe?

—Supongo que allá seguirá. Hace siglos de aquello.

—¿Podemos ir? Por favor…

Sergei creyó adivinar un deje de tristeza en la expresión del guarda. Por eso repitió ese «por favor» adornado con toda la persuasión de la que se vio capaz.

—¿Cómo estará el quiosco de música ahora? —se preguntó en voz alta.

—¿Vamos a comprobarlo? —insistió Sergei.

El guarda suspiró profundamente.

—¿Por qué no, joven Sergei? ¿Por qué no? Vamos, vamos a verlo. Pero tendrás que ayudarme. Me duele la pierna como un demonio.

Sergei se puso en pie y le ofreció el brazo. El guarda se levantó con dificultad y se tambaleó hasta que pudo agarrarlo.

—¿Dónde está?

—Lejos.

—¿Llegará?

—Por supuesto. Siempre llego, aunque vaya despacio. Y con la ayuda de tu brazo será aún más fácil. Además, conozco todos los atajos y los caminos más cortos para ir de un sitio a otro. Lo conozco todo. Este es mi jardín.

—¡Pues vamos!

Echaron a andar en dirección a la mansión y desde allí tomaron un sendero que Sergei no había visto hasta entonces. Estaba más descuidado que el resto del jardín y la hiedra intentaba hacerse con él, envolviendo cada tronco y cada rama hasta casi volver invisibles los árboles que flanqueaban el camino.

—¿Sabes que las plantas trepadoras no suelen tener raíces? —El guarda no esperó su respuesta para continuar—. Se tienen que aferrar a algo para sobrevivir.

—Como algunos hombres, entonces.

—Ya sabes leer el jardín, Sergei —dijo riéndose—. En efecto, como algunos hombres. Ja, ja… A veces no hacen falta raíces para seguir adelante, basta con aferrarse a algo o a alguien.

Afianzó su peso en el joven y los dos guardaron silencio. Avanzaron lentamente. La hierba amortiguaba el sonido de sus pasos. Entonces el hombre empezó a tararear una melodía ininteligible.

—La música tiene algo de magia, Sergei. Nos conecta con algo primitivo que apenas se puede explicar con palabras. Los seres humanos, todos nosotros, formamos parte de algo inmenso. Procedemos de un mismo ritmo primitivo. Es lo primero que aprende nuestro pequeño cerebro desde que estamos en el vientre de nuestra madre. Siempre nos acompaña el sonido de un corazón. Bum, bum… El ritmo, el sonido, ¡la música! están con nosotros desde el principio. Por eso a veces, al oír música, no podemos evitar movernos al

compás, bailar o brincar. Formamos parte de ella, somos parte de una sinfonía. Pequeñas notas unidas en una inmensa y desconocida sinfonía.

Sergei pensó que también había algunos animales que seguían el ritmo de la música. Y de pronto se preguntó si las plantas podrían sentir una melodía y disfrutarla.

El guarda hizo un intento de dar un par de pasos de baile, pero fue más bien como un torpe tropiezo enlazado con otro.

—Somos parte de una sinfonía —repitió—; igual que todos los bosques forman parte de un solo bosque. Y todas las historias forman parte de una sola historia.

Sergei puso más rígido su brazo para que el guarda se apoyase mejor. «Todos los bosques son el mismo bosque»; esa idea le agradó.

—Quizá nosotros también formamos parte de los bosques y los bosques de la sinfonía.

—Ese es un bonito pensamiento, Sergei. Que estemos unidos por algo difuso y misterioso, un hilo de vida, de ritmo, de música. Que formemos parte de una sola cosa… Pero lo más triste es que no lo sepamos… Aunque a veces…

—¿A veces qué?

—Quizá eres demasiado joven, Sergei. Pero hay momentos, muy pocas veces en la vida, en que sientes esa unión o comunión con todo lo que te rodea. Puede ocurrir en un bosque o en un jardín. En soledad, quizá, escuchando un arroyo cercano, el susurro del viento entre las hojas de los árboles, sintiendo el calor del sol en la piel. Entonces, en esos momentos, sabes que todo está bien. Que formas parte de esos árboles, de ese arroyo y del viento. Cantas su canción, estás conectado con todo. Y sientes una paz inmensa. ¿Lo has sentido alguna vez?

—Nunca.

—Pues ya te llegará, jovenzuelo. Algún día sentirás que formas parte de… todo —dijo al tiempo que lo soltaba para hacer un gesto que abarcaba el sendero y el jardín enteros.

De nuevo, el hombre buscó el brazo de Sergei y continuaron caminando. Los pájaros trinaban y ellos permanecían en silencio.

La hiedra había vestido de verde el camino y arropaba cada tronco y cada rama. Diminutas raíces surgían de sus tallos buscando donde arraigar.

—Ya estamos muy cerca.

Avanzaron unos metros y Sergei tuvo que apartar algunas plantas que les impedían el paso. Todo parecía abandonado, como si hiciera años que nadie hollara ese sendero. La naturaleza había recuperado un lugar que siempre le había pertenecido.

De una base de piedra y ladrillos surgían unas finas columnas metálicas que se abrían en lo más alto, como palmeras, para sostener un tejado abovedado y oscuro de pequeñas placas de pizarra que a Sergei le recordaron al caparazón de un escarabajo. Las plantas trepadoras ocultaban la estructura y las barandillas. La hiedra abrazaba con decenas de espirales cada pilastra, y los verdes jóvenes de las plantas más nuevas retrepaban sobre el verde oscuro de las más antiguas, y estas sobre el negro del metal y de la pizarra.

Una parte del tejado se había derrumbado y parecía haberse quemado. Seguramente, durante la guerra, alguien habría usado el quiosco para montar allí su campamento.

Sergei se acercó a los escalones. La barandilla de hierro estaba adornada con forjados de mariposas y hojas, pero apenas se distinguían entre el verdor.

—Es imponente, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Pues imagina todo este espacio de alrededor repleto de sillas y caballetes para acoger al público de los conciertos. ¡Cientos de personas! Y los conciertos. ¡La música! Ah, ¡qué maravilla!

El guarda calló y a Sergei le dio la impresión de que por un instante escuchaba la misma música que en el pasado había animado aquel lugar, porque su mano libre ondeaba y bailaba siguiendo un ritmo mudo.

—Es una pena —dijo Sergei rompiendo el silencio.

—¿El qué?

—Es una pena que esté así, medio derruido. Acabará desapareciendo…

Se soltó del brazo del guarda y empezó a bordear el quiosco de música.

—Así son las cosas. Todo pasa. Todo muere. Nosotros pasamos por este mundo, Sergei, y ellas, las plantas, míralo, son las que permanecen. Son ellas las que con el tiempo invaden todo lo que nosotros construimos. Somos la nota de un instrumento que vuela un

instante en la eternidad y luego desaparece. Nos movemos, avanzamos rápidamente y dejamos a nuestro paso una estela, un eco que se recuerda solo unos segundos. Un suspiro en la eternidad. Por eso tenemos que conseguir que valga la pena. Disfrutar de esos momentos en paz que te decía. Disfrutar de una comida que te gusta, de estar con la persona amada o con alguien a quien aprecias. De cada pequeño momento. Disfrutar de la naturaleza que perdurará. Y saber que cada instante es único, que no se repetirá y que, después, desapareceremos.

Unos pájaros gorjearon en la lejanía. Fue una llamada breve y desesperada que nadie pareció escuchar.

Sergei alcanzó el primer peldaño de las escaleras que nacían en la base del quiosco. La baranda estaba oxidada. Tocó la figura de una mariposa y un poco de herrumbre cayó al suelo. Como si los recuerdos que se hubieran aferrado a aquel lugar se liberasen, por fin, para ser arrastrados por el viento.

—No me hace ninguna gracia la idea de desaparecer.

—Todos moriremos, Sergei. Y saber que desapareceremos es precisamente lo que nos impulsa a disfrutar más de cada instante. Quizá deberíamos ser como estos árboles —señaló alrededor—; quizá, el único sentido de todo es disfrutar del aire, hundir tus raíces en la tierra y mecerte con el viento. Como los árboles. Ellos saben.

El muchacho subió hasta la plataforma del quiosco y dio algunas vueltas pisoteando las hiedras. Parecía un animal encerrado en la jaula de un zoo.

—Por favor, siga contándome la historia de Olga Ivana Borisova. ¿Qué más pasó?

—Ah, qué mejor que el amor para olvidarnos de la muerte. Porque, después de todo, una parte importante de su historia sí que es de amor. Y aquí, en el quiosco de música, ocurrió un hecho fundamental. ¿Dónde me había quedado?

—El artista… Ella estaba prometida a Richard, el inglés, cuya familia era rica.

—Ah, claro. Cómo no. Richard era el menor de los hermanos y tenía casi la misma edad que Olga Ivana Borisova. Hacían una buena pareja, ¿sabes?

Sergei se envaró.

El día de su pedida de mano, Olga Ivana Borisova estaba bellísima. Por primera vez en su vida había dedicado más de diez minutos a acicalarse. Parecía toda una mujer. Estrenó un vestido azul adornado con cientos de lentejuelas que atrapaban la luz y destellaban a su alrededor. Sus mejillas, doradas como las de una campesina, destacaban entre las de las otras mujeres y las de la familia de ingleses de rostros pálidos. En lugar de recogerse el cabello como mandaba la moda de la época, lo dejó suelto, y tan solo sujetó algunos mechones cerca de las sienes con horquillas de brillantes montados en forma de mariposa.

En una ceremonia íntima, Richard pidió la mano de la muchacha a su padre y este se la concedió. Su suerte se había escrito. Richard regaló a Olga Ivana Borisova un broche de turquesas con forma de pájaro. Su hermana, Natalia Anastasia, dejó escapar un gritito cuando descubrió la hermosura de la joya.

Después celebraron un banquete en el que se sirvieron exquisiteces procedentes de medio mundo. La boda se celebraría en unos meses y las conversaciones giraron en torno a los preparativos. Luego, los hombres se retiraron a fumar, beber brandy y hablar de sus negocios. Las mujeres tomaron té y debatieron sobre la conveniencia de vestir con unos u otros atuendos y cómo combinar colores, tules y guipures. Cuando, por fin, todos se retiraron a sus aposentos, la oscuridad ya se había adueñado del jardín.

Y fue entonces, cuando los grillos cantaban a su manera celebrando que estaban vivos y las flores nocturnas decidían que, ahora que nadie las veía, era el momento de lanzar sus más delicados perfumes, cuando el artista y Olga Ivana Borisova se encontraron en el quiosco.

Los encubría un cielo de verano. Uno de esos cielos que parecen gritar al mundo que el otoño aún está lejos, como un espejismo lejano. Era una noche brillante, plena, llena de posibilidades: una noche de verano.

Los animalillos nocturnos se arrastraban por el jardín, y el artista y Olga Ivana Borisova, por separado, se escabulleron como si fuesen uno más entre ellos.

El artista fue el primero en llegar al quiosco. No había asistido a la pedida, pero Dimitri, el hermano de Olga Ivana Borisova, le había contado todo lo ocurrido.

Cuando apareció ella, seguía envuelta en los destellos de lentejuelas de su vestido de pedida.

—Así que te vas a casar —dijo el artista en cuanto la vio subir las escaleras.

—Eso parece. Mírame, parezco mi hermana. —Dio unas vueltas y dejó que los tules volaran en torno a ella.

—Tú eres distinta.

—Pues claro. Eso lo sabemos tú y yo, y quizá el Oso Feroz. Pero a ojos de los demás, ahora soy una mujer como las otras: lista para casarse, formar una familia, tener hijos, bla, bla, bla… —se burló.

—¿Y tú quieres eso?

Olga Ivana Borisova se sentó sobre la barandilla del quiosco, tal y como hubiera hecho la chiquilla que aún llevaba dentro, sin preocuparse por si su vestido se enganchaba o se manchaba.

—No sé lo que quiero. Se supone que es lo que debo hacer. Es lo que hacen todas las mujeres, ¿no? Pero yo, de verdad, no lo sé. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Acaso tú sabes qué quieres hacer con tu vida?

—Sé que quiero seguir pintando, siempre. Quiero descubrir la belleza y no perder jamás la capacidad de encontrarla en cada pequeña cosa. Y… ya no sé qué más…

—¿Y no quieres hacer lo que todo el mundo? ¿Formar una familia? ¿Tener hijos?

—¿Quieres saber la verdad?

Olga Ivana Borisova asintió.

—Pues lo cierto es que no. Nunca he querido tener una familia.

—Eres un artista entonces. Un artista de los de verdad.

—Supongo. —Hizo una pausa—. Pero aquí no estamos hablando de mí, sino de ti. Te vas a casar con Richard.

—Me van a casar con Richard, que no es lo mismo.

—¿Y?

—Es un buen chico.

Al artista le vino a la cabeza el rostro de acelga del muchacho.

—No lo dudo.

Los dos guardaron silencio. Refugiados bajo el tejado del quiosco, no vieron asomar las primeras estrellas.

—¿Quieres que vaya al fondo del asunto, Olga Ivana Borisova? Está bien. ¿Le quieres? ¿Quieres a Richard, tu futuro esposo?

—No, claro que no. Es un buen chico, pero…

—No lo amas.

—No. Pero puede que el amor llegue después. Fíjate en mis padres. Mis abuelos fueron quienes acordaron su matrimonio. Y sí,

estoy segura de que se quieren. Quizá, Richard y yo acabemos siendo como ellos. No será un amor de fuegos artificiales, sino más bien algo cálido y constante…

—Tus padres han tenido suerte.

—Supongo.

—¿Y es eso a lo que aspiras tú?

—No lo sé. —Olga Ivana Borisova se encogió de hombros—. Nunca lo he sabido. ¿Qué es el amor? No, no me mires así. No tengo ni idea, en serio. He leído tantas novelas en las que cuando dos personas se conocen… de repente, nada más conocerse, sienten eso, algo especial que les revuelve las entrañas.

—Si les revuelve las entrañas, tal vez se trate de disentería.

Olga Ivana Borisova rio.

—Justamente es eso: enfermos de amor, como dicen en los libros. Y luego está aquello otro de las mariposas en el estómago y…

—Más bobadas.

—Vale, son bobadas. Pero, dime, entonces ¿qué es el amor?

El artista retiró la mirada y la dejó vagar por el suelo, como si allí fuese a encontrar la respuesta.

—No lo sé, Olga Ivana Borisova. Yo tampoco lo sé.

—¿Nunca has estado enamorado?

El artista negó con la cabeza.

—Me han gustado algunas chicas. Pero ¿amor? No. No sé lo que es.

Olga Ivana Borisova guardó silencio.

Los grillos cantaron más fuerte. La brisa nocturna los envolvió.

—Pues aquí estamos los dos preguntándonos por aquello que mueve la mayoría de las novelas, las historias y las leyendas…

—Y las vidas, Olga Ivana. Y las vidas… Mira, he visto a muchos de mis amigos enamorados. Y siempre he pensado que son caprichos, pasiones, enajenaciones pasajeras fruto de la excitación de un momento. Es algo físico que lo confunde todo y te hace dudar de lo que sientes o lo que piensas… Pero eso, esa sensación, esos «fuegos artificiales» que dices tú, al final se acaba. ¿Y qué te queda? Toda una vida atado a una mujer…

—O a un hombre.

—No sé. Es tremendo.

Los dos volvieron al silencio en el que tan bien se entendían.

—¿Alguna vez has besado a alguien? —preguntó él, de pronto.

—Nunca.

—Entonces ¿quieres probarlo?

Por toda respuesta, ella bajó de la barandilla y se acercó al artista. Posó sus labios en los de él con mucha delicadeza. Los dejó allí unos instantes. Y luego, muy poco a poco, los saboreó como si se tratara de algo frágil y delicado, como una fruta de verano demasiado madura.

—Si esto fuera una simple historia de amor —se interrumpió el guarda—, diríamos que se encontraron entre el calor de sus cuerpos o que sus corazones comenzaron a latir al unísono. Pero esta es la historia de un jardín que se alimenta de relatos de todas clases. Así que, simplemente, el beso se acabó.

Cuando separaron sus labios, se contemplaron el uno al otro.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó él apartándose un poco.

—Húmedo. Suave.

—¿Y?

—Nada más. Ya está. No he sentido nada más. Así que no creo que esté enamorada de ti. Ha sido… curioso. Agradable. Pero nada especial. Me parece que no te quiero.

—Yo tampoco te quiero, Olga Ivana Borisova.

Los dos rieron con ganas.

—Así que solo nos queda ser amigos.

—¿Los mejores amigos? —preguntó ella.

—No sé si los mejores amigos. Lo que sí sé, y te lo digo desde lo más profundo de mi corazón, es que nunca me he sentido tan a gusto con nadie como me siento contigo. Tengo la sensación de que te conozco desde siempre.

—Yo me siento contigo como… si formases parte de mi familia. Como si siempre estuvieras a mi lado. Como si nos entendiésemos sin apenas palabras.

Olga Ivana Borisova sonrió.

—Quizá el amor estalla como los fuegos artificiales y después a algunos les queda el rescoldo de la hoguera, que se parece a eso que dices que tienen tus padres. Y quizá, otros siempre tendremos la amistad. —Posó su mano sobre la de ella—. Otro tipo de calor, el del sol de primavera sobre la piel. El que te acaricia y te conforta y te hace sencillamente feliz. Sin fuegos artificiales.

—Entonces hemos quedado en que somos amigos, ¿no?

—Sin duda.

—Los mejores amigos. —Sonrió de nuevo.

La brisa agitó su vestido. Inspiró hondo, como si quisiera quedarse con ese momento para siempre. Respiró el aroma de las flores nocturnas y tuvo la sensación de que algo terminaba. Como si el verano fuera a acabarse de pronto y la vida que había llevado hasta entonces fuese a desaparecer de repente. Como si la chiquilla que llevaba dentro estuviera gritando y pidiendo socorro, porque no quería morir dentro del cuerpo de aquella mujer envuelta en destellos y velos vaporosos.

—Prométeme que me ayudarás si alguna vez te necesito.

—Siempre te ayudaré, Olga Ivana Borisova. No te abandonaré nunca.

Se abrazaron. Y ese abrazo fue cálido, tan cálido como cuando vuelves a casa en invierno, helado y empapado por una tormenta, y te encuentras la chimenea encendida. Cálido como una taza de té o un gorro de lana. Como el lugar del que provienes y que, sin embargo, no recuerdas, pero cuando lo sientes entre tus brazos, sabes que es ese y que no existirá nunca un lugar tan perfecto y tan maravilloso.

Fue un abrazo de amigos que lo serán por siempre jamás.

Cuando el guarda terminó de contar la historia, se encontró con que Sergei lo miraba fijamente.

—Pensé… No sé, pensé que se amarían, que acabarían juntos…

—De todas formas, todo puede pasar. Las historias dan muchas vueltas. Y hasta aquí hemos llegado hoy. —Señaló el quiosco.

Sergei caminó despacio, examinando aquellas columnas de hierro ocultas entre la hiedra. Pensando que en aquel mismo lugar, tiempo atrás, una muchacha y un chico se habían prometido amistad para siempre. ¿Qué sería de su amistad? ¿Adónde habría ido a parar después de los años? ¿Estaría oculta bajo una capa de verde, como aquellas columnas, convirtiéndose en óxido polvoriento? «¿Adónde van las promesas con el tiempo? ¿Dónde se ocultan?», se preguntó.

—Te veo pensativo, Sergei.

—Sus historias me hacen pensar.

—Reflexionar está bien. Malos son los tiempos en los que los

hombres no piensan.

Sergei asintió.

—Me preguntaba qué puede quedar de Olga Ivana Borisova y del artista aquí, en este quiosco. Supongo que, probablemente, nada.

—Sería bonito encontrar restos de su promesa marcada, por ejemplo, en un árbol con una navaja. Pero ellos nunca herirían a un árbol del jardín. Sin embargo…

—¿Sin embargo qué? —preguntó ansioso Sergei.

—Yo creo que perdura algo en el aire, el eco de quienes estuvieron aquí y se hicieron promesas, y el de quienes estuvieron antes que ellos. Algo queda en el aire, en este jardín… Como el eco de una pequeña nota en una larga melodía. —Olisqueó como un cazador—. Siempre queda algo. Igual que queda una señal en los árboles que marca las circunstancias de su vida. ¿Sabes que los anillos indican la edad de los árboles?

—Por supuesto.

—Pero eso no es lo único que te cuentan sus anillos. También puedes saber si fue un año de lluvias o de sequía…

Sergei asintió. Todo eso ya lo sabía.

—E incluso si el árbol perdió una rama o fue atacado por algún insecto.

—¡Eso no puedo creerlo!

—Algún día te lo enseñaré. Si un anillo es mucho más estrecho por un lado que por otro, muy posiblemente ese año el árbol perdió una rama.

Sergei pensó en el Rincón de las Hadas y el tocón de ciento sesenta y ocho años. Tendría que examinarlo con más atención para ver si era capaz de leer la historia de aquel árbol en sus anillos.

—A veces ni siquiera hace falta cortar el árbol —dijo el guarda riéndose—. Cuando pierde una rama, lo que es bastante normal, el árbol sigue creciendo y deja una cicatriz allí donde estuvo la rama. Luego crea capas que van tapando esa cicatriz hasta que es prácticamente invisible. Pero si miramos con atención, podemos encontrarla. Así que, de una manera u otra, se puede conocer la historia del árbol, y la lluvia, el sol, el calor y el frío que sufrió. Toda su historia queda escrita en su tronco y en sus anillos y, si aprendemos a leerla, podremos conocerla.

Sergei sonrió.

—Entonces, la historia de los árboles la tenemos a la vista; en las mesas, en las sillas, en cada uno de los muebles o las cosas que construimos con madera.

—Es cierto, Sergei. La madera es un regalo de la naturaleza. Es resistente pero flexible; es fuerte pero al mismo tiempo ligera. Es el mejor material de construcción y por eso los hombres lo han usado desde el principio de los tiempos. Y es por esa razón que hemos acabado con los bosques… Ahora puedes observar los anillos de los muebles que te rodeen y, así, conocer en parte la historia de los árboles de los que provienen.

—Solo hay que saber mirar. Leer en todo lo que nos rodea.

—Siempre hay que saber mirar. —El guarda le guiñó un ojo—. Y yo diría que ya has aprendido, joven Sergei.

El muchacho se enderezó. Podría llegar a conocer una pequeña parte de la historia, pero era difícil comprender la historia completa. Aunque, ¿acaso todas las historias no eran la misma? ¿Todas las historias no formaban parte de la misma y monumental historia?

—¿Y los hombres? —preguntó—. ¿Cómo saber si alguien ha estado enfermo? ¿Dónde queda escrito? ¿Tendremos que cortarlo en dos?

La risa del guarda se unió a la del muchacho.

—No, eso no lo sabemos. Aún. Pero yo creo que también queda una marca: en nuestros huesos, en los músculos, en los elementos más pequeños de nuestro cuerpo. Si tuvimos una enfermedad grave, en algún lugar quedó la señal de lo que ocurrió. Igual que cuando un hombre se rompe un hueso, que se recompone pero la fractura no desaparece.

El guarda miró distraídamente su pierna.

—¿Y el dolor de una pérdida? ¿Dónde quedan marcados los dolores del corazón?

El guarda se encogió de hombros.

—¿En el corazón? ¿En el cerebro? Quién sabe. Pero estoy seguro de que también los llevamos con nosotros, los arrastramos por siempre. Pueden ser ligeros como una pluma o muy pesados, pero van con nosotros. Por siempre. Siempre con nosotros.

«Por siempre», se repitió Sergei. Y su pensamiento se vio interrumpido por el guarda, que buscó su brazo.

—Acompáñame hasta el camino, por favor. Tengo que irme,

Sergei.

El joven le ofreció el brazo y se adentraron en el sendero cubierto de verde. Y el sendero se los tragó con ansia, con la misma ansia de las promesas lejanas y los besos olvidados, y de las promesas olvidadas y los besos lejanos.

Sergei, ya solo, decidió regresar al quiosco. Volvió sobre sus pasos, que esta vez resonaron ligeros entre el boscaje, como si se tratara de un animal más de los que habitaban el jardín. Atravesó el túnel vegetal cubierto de hojas temblorosas y observó las manchas de luz que danzaban por el suelo. Levantó la mirada hacia lo alto y se encontró con los rayos de sol que atravesaban el follaje jugando al escondite con él.

Se giró y vio a Tatiana. Parecía una joven campesina. Un delantal cubría su sencillo vestido de paño gris. Se había recogido el cabello en dos trenzas que a su vez se entrelazaban en un moño.

—La luz del sol baila entre las hojas —respondió a modo de saludo.

—¿Sabes que en Oriente tienen una palabra para eso? Quiero decir que hay una palabra que significa algo así como «la luz que se filtra a través de las hojas de los árboles». Nosotros no la tenemos. ¿Y sabes qué pasa si no existe la palabra para definir un concepto? ¡Pues que es mucho más difícil pensar en él! No podemos entender bien el mundo si carecemos de las palabras adecuadas.

Sergei se quedó pensando en todas las ideas que podrían perderse si no existían palabras que las definieran. Habría que inventarlas. Luego miró los árboles que los rodeaban y la hiedra que se aferraba a las columnas del quiosco.

—Los árboles no usan palabras.

—No, Sergei. Entienden el mundo de otra forma, pero no por ello están menos vivos.

—Hoy he aprendido que dejan su historia escrita en los troncos. O sea, no pueden escribir, pero lo que les ha ocurrido queda marcado

en su cuerpo. Para siempre. Los hombres, en cambio, escribimos, hablamos… Así contamos nuestras historias. Pero ellos viven de otra manera…

—Entonces, quizá, son un poco como los animales.

—Exacto.

Sergei se acordó del perro del señor Olaf.

—Había un perro en mi vecindad que era listo como ninguno. Capaz de entender muchas palabras: agua, comida, palo… No podía hablar, pero lo entendía todo.

—No solo los perros son así de inteligentes. Hay otros muchos animales capaces de aprender palabras. Ellos ya tienen los conceptos. Nosotros simplemente ponemos las palabras y así ellos pueden aprenderlas, aunque no puedan pronunciarlas.

Sergei se sentó en las escaleras del quiosco.

—Me pregunto si podríamos enseñar palabras a los árboles. Si lo hacemos con los animales, ¿por qué no con las plantas?

—Lo dudo. Los árboles no tienen orejas. No nos oyen.

—Pero sí que nos sienten, ¿no?

Tatiana se sentó a su lado y estiró los pies, que eran muy huesudos.

—Quizá sí podríamos hablar con ellos. ¿Por qué no? Solo que sin usar palabras, porque no nos oirían. Tendríamos que tocarlos de alguna manera, inventar signos para cuando ocurra alguna cosa. Por ejemplo, si llueve o alguien los riega, para que asociaran ese roce con la palabra «agua» o «riego»… Me contaron que existe un lenguaje para los sordos, hacen signos con las manos y entonces…

—Pero los árboles tampoco tienen ojos.

—Pero seguramente sí que nos sienten cuando los tocamos. Así que habría que inventar unos roces determinados para ellos.

Los dos se quedaron en silencio. El aire sopló y las hojas de los árboles susurraron algo que Sergei no pudo entender.

—Quizá deberíamos hacer como esas gaviotas que golpean el suelo con sus patas para imitar el sonido de la lluvia. No sé, podríamos acariciar sus hojas, dar golpecitos en la tierra o soplarles… O una combinación de todo eso para comunicarles ideas diferentes.

—¿Qué ideas? ¿Qué le dirías a un árbol, Sergei?

—Ahora no se me ocurre nada.

Tatiana rio y Sergei improvisó:

—… Cosas como que llueve, que estamos aquí, que los entendemos, que los cuidaremos, que pensamos en ellos… No sé.

Volvieron a quedarse en silencio.

Sergei pensaba qué podría decirle a un árbol. «Hola», quizá. «Me llamo Sergei». Pero seguramente ellos no tuvieran nombre. Así que eso carecía de sentido. Ellos eran un todo, un bosque… ¿O no?

Tatiana interrumpió sus pensamientos.

—No me gusta este lugar.

—¿Por qué? Es un lugar precioso.

—No lo pongo en duda. Pero no me gusta. Es… No sé. Hay sitios donde te encuentras a gusto y otros en los que no. Sin que haya una razón lógica. Es una sensación totalmente irracional.

Sergei calló unos segundos.

—Quizá te ocurre eso porque estás oyendo otro tipo de lenguaje, Tat. Uno que no entendemos, igual que los árboles no entienden nuestras palabras. Y sin embargo, algo primitivo, algo dentro de nosotros, sabe o entiende o escucha alguna cosa que no puede expresar con palabras.

—Es posible. —Tatiana miró lo que la rodeaba: la hiedra comiéndose el hierro oscuro del quiosco, el tejadillo quemado, las hojas y las flores de metal oxidado que se descomponían entre los verdes—. En cualquier caso, no me gusta este lugar.

Sergei lo encontraba bellísimo: escondido en el jardín, con sus sombras y sus luces en un extraño equilibrio.

—¿Cuántos años tarda algo en desaparecer?

—¿Algo? ¿Algo como qué, Sergei?

—Algo como este quiosco. ¿Cuántos años tardará en desaparecer invadido por la vegetación?

Tatiana se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Muchos, supongo. Aunque… Si no pisas un camino, en menos de dos meses las plantas y las hierbas lo cubren y apenas queda rastro de lo que había.

—A veces el olvido llega muy rápido. Hay algo y ¡de pronto! desaparece y nadie lo recuerda.

—Conocí hace tiempo a un hombre que se dedicaba a estudiar el pasado. Excavaba la tierra en busca de antiguas civilizaciones. Los romanos… ¿Conoces a los romanos, Sergei?

—Claro.

—Pues este hombre había estado en Italia y había encontrado tesoros bajo la tierra: esculturas y mosaicos bellísimos. O al menos eso nos contaba. Decía que en un campo, en apariencia yermo, en el que no había nada, absolutamente nada, se podían encontrar tesoros de antiguas civilizaciones. Si sabías buscar, podías encontrar maravillas.

Sergei pensaba en cuánto tiempo tardaría en desplomarse el quiosco. La tierra cubriría las ruinas, las columnas y sus bellas filigranas de hierro. La vegetación crecería y, quizá, pasarían los siglos y entonces alguien excavaría allí y encontraría los restos de la barandilla, o de una flor de hierro, y pensaría en quienes la forjaron, en quienes disfrutaron del quiosco y en quienes lo destruyeron y lo vieron morir.

Pensó en que los hombres escriben su historia en la tierra, en la que dejan restos de edificios, de civilizaciones, de batallas… Igual que los árboles dejan marcas específicas en sus troncos.

Pensó en el guarda cuando dijo que somos ecos de una nota de una lejana sinfonía del pasado. Y se preguntó si habría alguien en el futuro que escuchase esa nota. Porque si nadie la oía, sería como si nunca hubieran existido. Nadie podría leer esa historia.

—Conozco un cuento sobre el tiempo y la muerte y los árboles.

—Me encantan las historias, Tat. Y las tuyas me gustan aún más.

Ella se apartó un mechón rebelde de la cara.

—Pues escucha…

> Había una vez una pareja que se quería mucho mucho, pero mucho mucho. Estaban casados desde hacía años, pero Dios no les daba los hijos que tanto deseaban. Era una época mala, uno de esos años de hambruna y penurias…

Sergei se preguntó si en algún momento de la historia habrían existido años en los que los hombres no hubieran pasado hambre ni penurias.

> Pues bien, ¡por fin la mujer se quedó embarazada! Cuando llegó el momento del parto, todo se complicó. La madre estuvo a punto de

morir, pero, afortunadamente, al final dio a luz una niña. Era un bebé pequeñito, tan pequeño que cabía en la palma de la mano de la partera. La mujer le dijo a la madre que no se hiciera ilusiones, que no había posibilidades de que algo tan pequeño y tan delicado pudiera sobrevivir.

Era abril. Un abril especialmente caluroso en el que la primavera parecía haberse convertido de repente en verano. Las mujeres habían abandonado los chales y los hombres, los abrigos. Y justamente esos días de cielos brillantes y sol esplendoroso, plantaron unos castaños en la avenida en la que vivía la familia. Eran unos árboles pequeños, tan pequeños y escuchimizados como la niña.

La madre veía los castaños desde la única ventana de la casa; los observaba y después miraba al bebé, que se aferraba con fuerza a su pecho. Le susurraba:

—Mira, chiquitita, esos árboles son como tú. Los plantaron justo cuando naciste. Y ellos están creciendo bien, sus raíces han arraigado en la avenida, están a gusto. Tienen agua, tienen sol. Han encontrado su lugar. Ellos están bien, así que tú también lo estarás.

Y siempre le decía lo mismo. Y sus palabras se convirtieron en una canción. La canción con la que acunaba al bebé, con la que lo dormía, lo despertaba o, simplemente, le daba de mamar.

Los días iban pasando y la madre cuidó de su hija y la alimentó con amor y con historias, y las mejillas de la niña poco a poco se fueron redondeando y adquirieron el color de los frutos del verano.

Por su parte, los arbolitos de la avenida crecieron y echaron más y más hojas. Y llegó el invierno y luego, de nuevo, la primavera, y así una y otra vez. Y a los castaños les crecieron ramas frondosas que proporcionaban sombra a los paseantes y a los coches de caballos. La niña, por su parte, se convirtió en una jovencita y, más tarde, en una mujer sana y hermosa.

Y el tiempo continuó pasando. Los padres de la mujer murieron y ella se casó y tuvo a sus hijos. Y llegaron nuevas guerras y nuevos padecimientos para los hombres y para los castaños de la avenida, que fueron muriendo poco a poco.

Los árboles enfermos se convertían en leña y en su lugar plantaban otros. Hasta que llegó un día en que solo quedaba uno de todos aquellos primeros castaños. Uno solo. Era el árbol con el tronco más grueso de la avenida, el más frondoso. El que acogía bajo sus ramas a todos los que necesitaban cobijarse de la lluvia o del sol.

Y la mujer, cuyos cabellos eran ahora grises y blancos o blancos y

grises, como ya no vivía en aquella avenida, se acercaba caminando muy despacio, cada semana, para ver a su árbol.

«¿Cómo estás hoy? —le preguntaba en silencio—. ¿La nieve pesa demasiado en tus ramas? Hace frío, ¿verdad?». Lo tocaba, siempre en el mismo sitio. «Sigo viva, compañero. Como tú. Estamos juntos en esta vida, ¿verdad? Mientras estés en pie, yo seguiré contigo».

Y canturreaba para sus adentros lo que recordaba de la canción que inventó su madre: «Tienen agua, tienen sol. Han encontrado su lugar. Ellos están bien, así que tú también lo estarás».

—Y eso es todo. Dicen que el árbol sigue allí. Y que la mujer lo visita siempre que puede. Cuentan que mientras el árbol siga en pie, ella también seguirá. Y que sus vidas están unidas por una especie de conjuro, por la magia de la tierra, el agua y el sol, de la música y las historias.

—Quizá todos tenemos nuestro árbol, Tat. Cuando nacemos, en algún lugar del mundo cae una semilla al suelo o plantan un árbol y, aunque lejos el uno del otro, seguimos caminos y vidas paralelas. Estamos unidos. ¿Quién sabe?

—Es un bonito pensamiento. ¿Cuál sería tu árbol, Sergei?

—No sé… Déjame pensar un poco. Quizá un roble. Los robles, los padres de todos los árboles. ¿Y tú?

Tatiana miró a su alrededor.

—Un abedul. Son flexibles y ligeros… Y su corteza puede aprovecharse para hacer infusiones y aceites curativos…

—Pero los abedules no viven muchos años.

Tatiana se encogió de hombros.

—¡Qué se le va a hacer! No se puede tener todo… ¿Sabes lo que más me cuesta imaginar? Si fuera un árbol, no podría aguantar eso de no moverme. Estar siempre en el mismo sitio, ¡por siempre! ¡Qué difícil!

Sergei resopló.

—Ser árbol debe de ser complicado.

—Imagina que eres una semilla y caes en un sitio. No sé, donde sea. No puedes moverte. Así que estás ahí, en la tierra, esperando el momento propicio para germinar. Esperas, no sé, una humedad determinada o el agua y la temperatura más adecuada. Pero no puedes moverte. No puedes elegir. —Tatiana hizo un gesto parecido

a un insecto panza arriba, con las patitas moviéndose en busca de vete a saber qué—. Primero tienes que echar raíces y crecer hacia abajo en busca del agua, y luego tienes que hacer crecer el tronco, esta vez hacia arriba.

—Y has de confiar en que ese lugar te proveerá de todo lo que necesitas. Porque morirás allí donde naciste. No hay elección. Así que hay que elegir muy bien dónde enraizar.

—Y también escoger el momento propicio para germinar. Dicen que hay semillas que esperan su momento durante más de mil años. Como el loto de China.

—¡¿Mil años?! ¡Qué exageración!

—Mil años o más. Imagínate, mientras la semilla está esperando su momento, surgen países nuevos y otros desaparecen, mueren generaciones enteras, ¡el mundo cambia por completo! Por eso nunca hay que perder la esperanza. Es cuestión de esperar el momento.

—Mil años —repitió Sergei—. No me cabe en la cabeza.

—Seguramente, durante todo ese tiempo parece que la semilla está muerta, pero está viva, preparada para renacer en cuanto llegue el momento adecuado.

Sergei pensó en lo que Tatiana le había dicho en otra ocasión: que a veces era difícil distinguir lo vivo de lo muerto.

—No están ni vivas ni muertas —dijo en voz alta.

—Tan solo esperan el momento perfecto para nacer. Supongo que no es fácil decidir cuál es. Te juegas mil años de espera.

—Vivos y muertos a la vez —murmuró Sergei.

Tatiana lo contempló con una sonrisa.

—¿Sabes algo que me fascina porque está muerto pero lo mismo no lo sabe? —No esperó la respuesta de Sergei—: ¡Los insectos en ámbar! ¿Has visto los collares de ámbar? Son hermosos. Son de resina que se ha endurecido con el paso de los siglos. —Cambió a un tono más teatral—. Imagina que eres un mosquito y estás tan feliz pensando en tus cosas de mosquito, posado alegremente sobre el tronco de un pino. Y entonces el pino segrega resina, de pronto tus patitas se pegan en ella y, en cuanto te quieres dar cuenta, te has quedado atrapado en el ámbar para siempre.

—Esos sí que están muertos. Ahogados en resina.

—Sí, pero parecen tan vivos cuando los miras, ahí, dentro del ámbar… Mosquitos, moscas, mariposas y todo tipo de insectos… Los

he visto en las cuentas de los collares de ámbar. Son hermosos y a la vez…

—¿Inquietantes?

Tatiana asintió.

—Sí, inquietantes también. Porque se ven tan perfectos, con sus alitas y sus patitas y todo. Ahí, dentro de una hermosa piedra de ámbar para siempre. Me pregunto qué sentirán.

—Están muertos —repitió Sergei—. Así que no sentirán nada.

Tatiana se encogió de hombros.

—Supongo que no. Pero aun así… Es inquietante. A lo mejor son felices, ¿no? Quizá depende del momento en que hayan quedado aprisionados. Imagina que se quedaron atrapados justamente cuando eran felices, cuando estaban haciendo algo hermoso. Quizá ese sentimiento se haya quedado ahí, en sus corazones, para siempre.

—«Para siempre». Suena tan triste la eternidad.

—No tiene por qué. Si eran felices…

Sergei pensó de nuevo en lo que había dicho el guarda: en ese eco de una nota de música lejana. Una nota alegre que resuena por siempre.

—Un mosquito siempre feliz… —intentó imaginar Sergei—. También pudo picar a alguien y ahora estar repleto de sangre y satisfecho y a gusto. ¡No me gustan los mosquitos! Me es más fácil imaginar un árbol feliz: acariciado por la brisa, con agua suficiente en la tierra y el sol mimando sus hojas… Quizá los hombres deberíamos ser como los árboles. Deberíamos preocuparnos solo de lo importante: si llueve o no llueve, si llega el alimento o no llega. Vivir cada momento… Lo demás, bueno, puede que haya problemas muy graves, no te digo que no. Pero seguramente hay otros que nos los inventamos.

—Quizá. —Tatiana se sacudió el barro del delantal.

—Deberíamos olvidarnos de todo, excepto del momento presente, de lo que estamos haciendo ahora. Cuidarlo. Disfrutarlo. Ser consciente de él. Olvidarnos de todo lo demás. Quizá es así como se sienten los árboles.

—Tal vez. Pero a los hombres ya nos absorbe el presente de alguna manera. Me hizo pensar en ello una mujer, una baronesa a la que conocí. Ella había viajado por todo el mundo y amaba París con todo su corazón. La consideraba la más hermosa de las ciudades. Y

cuando estaba en otro lugar sentía algo extraño: le parecía mentira que existiera París, la ciudad real, en ese mismo momento, si ella no estaba allí para vivirla ni disfrutarla. Su presente la atrapaba con tanta fuerza que todo lo demás dejaba de existir. Desde su presente, le era imposible abarcar la realidad de ese París lejano que se diluía entre los sueños del pasado. Solo existía su presente. Las cosas lejanas se hacen pequeñitas. Lo que está más allá de nuestros sentidos desaparece y solo sobrevive, como una sombra, en la memoria.

—A lo mejor había conseguido ser como los árboles. ¿Te imaginas? Ser como un árbol. Olvidarnos de nuestros sentidos. Saber que formas parte de un todo.

Sergei pensó en el guarda, en esos momentos de los que habló en los que uno se podía sentir en paz y en comunión con todo.

—Eso solo se consigue durmiendo tus sentidos. Como los hombres santos…

—O como los muertos, que supongo que no sienten nada.

—¡No digas esas cosas, Sergei! —Ella rio y se levantó de pronto —. Vámonos de aquí, anda. No me gusta este lugar.

—¿Y adónde quieres ir?

—Vamos a los lilos. Ahora están preciosos, han florecido y hay cientos de mariposas.

—¿Ahora? ¿Han florecido?

—Ahora, sí. Ocurre durante muy pocos días al año. Ven a verlo.

Tatiana le ofreció su mano y él la tomó.

Y así, con las manos entrelazadas, volvieron al camino y dejaron atrás el quiosco de música. Sus pasos aplastaron las plantas que esa misma noche, con la humedad, se levantarían de nuevo para hacer suyo el sendero que los hombres se empeñaban en pisar. Luego llegaron a los alrededores de la mansión y se dirigieron hacia los lilos.

Habían florecido. Todo era violeta y blanco y morado. Y las decenas de tonalidades de las lilas se mezclaban en un conjunto de matices que olía a verano y al calor que surgía del suelo y de la arena.

Sergei respiró el perfume de los lilos y del verano del jardín sin soltar la mano de Tatiana. Miles de mariposas blancas volaban en torno a ellos, y Sergei no pudo hacer otra cosa que reír para

completar con su risa la belleza de un instante.

—Si ahora me atrapase una gota de resina, todo me daría igual —dijo.

Y Tatiana sonrió.

6

Los hombres de piedra

—Entonces ¿esto no es un cementerio de verdad?

—No. Estas tumbas que ves alrededor son solo decoración. En realidad, no hay nadie enterrado aquí —aclaró el guarda.

—Parecen auténticas… ¡A quién se le ocurre!

—No sé, Sergei. Supongo que les parecía romántico tener un cementerio por el que pasear y recitar poemas sobre lo efímero de la vida o su sentido trágico. Construir falsos cementerios fue una moda. Una como otra cualquiera.

—Qué gasto más absurdo. Despilfarrar el dinero en algo así cuando el pueblo pasa hambre, me parece… indecente. Indecente y absurdo.

—Eso ocurre con todas las modas, ¿no?

Sergei se encogió de hombros y echó un vistazo a su alrededor.

—Al menos, hay que reconocer que es un paraje hermoso.

—Es arte —contestó el guarda.

Deambulaban entre las lápidas de piedra gris, sencillas, muy semejantes entre sí. Estaban dispuestas siguiendo una lógica difícil de entender: unas buscaban el sol, otras huían de él. Algunas se veían muy desgastadas y apenas se distinguían los nombres y las fechas. Otras parecían más nuevas y se encontraban rodeadas por una sencilla verja de metal. Entre las tumbas emergían algunas esculturas. Unas cuantas se agrupaban en una especie de panteones. Y otras, solitarias, simplemente permanecían allí, contemplando con sus ojos opacos el paso de los años, de las estaciones y de los hombres que aparecían y desaparecían como la lluvia o el viento.

—Supongo que les gustaba pasear por aquí. Es un hermoso rincón.

Hacía un frío seco y afilado. Una nevisca ligera escupía copos de nieve que, al contacto con la piedra, se esfumaban en la nada.

Sergei anheló la caricia de un verano cálido, de un sol que derritiera ese frío que empezaba a calar en él y que hacía que cada una de sus palabras se convirtiera en una nube húmeda y helada lanzada al viento.

—Vuelve el frío.

—Siempre vuelve. Y también volverán el calor y la primavera. Somos nosotros los que quizá no estemos aquí para recibirlos —dijo el guarda mientras rodeaba una de las tumbas.

Una costra blanca empezaba a cubrir la escultura de un ángel. Los copos se derretían sobre su cara. Las lágrimas heladas se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

El cementerio había crecido arrimado a una pared de roca. Algunos robles y árboles jóvenes lo rodeaban. Unas pocas hierbas y plantas de invierno asomaban entre las falsas tumbas. Y unos macetones, grandes y destartalados, se repartían aquí y allá, como si hubieran sido abandonados. En uno de ellos había un pequeño tejo; las hojas verde oscuro, de años anteriores, contrastaban con las más jóvenes que habían brotado ese año.

—Este tejo es hijo de otro que conozco. Proviene del bosque sin nombre. ¿Sabes que, en algunos lugares, los cementerios y las iglesias se construían junto a los tejos? Son árboles sagrados. Antes de que se inventase la escritura, las promesas y los juramentos se hacían debajo de un tejo. Por eso al construir este cementerio, por muy falso que fuera, decidieron que también debería contar con su propio tejo.

—Es muy pequeño.

—Ya crecerá. Y entonces lo trasplantaremos a la tierra. Los tejos pueden llegar a vivir miles de años. Dicen que cinco mil o más. Y sus hojas —señaló las más oscuras— pueden durar hasta ocho años.

Sergei pensó en todos los reyes y los hombres y los inventos que podría llegar a conocer ese pequeño árbol. Pensó en las semillas del loto, que también dejaban pasar miles de años hasta encontrar el momento adecuado para germinar. En comparación, las vidas de los hombres no duraban nada. Ni siquiera un suspiro. Eran los difusos copos de nieve que caían sobre la roca y la piedra y se esfumaban al rozarlas.

—Es mucho tiempo.

El guarda asintió.

—Convertirte en lo que tienes que ser lleva mucho tiempo y

muchos esfuerzos.

La nevisca empezaba a cubrirlo todo de blanco.

—Los árboles que crecen así, en macetas, sí que están solos —dijo el guarda mientras rodeaba el pequeño tejo.

Sergei recordó lo que le había contado sobre los árboles que se comunicaban con sus iguales por medio de las raíces.

—Estos se encuentran aislados del resto —añadió el guarda—. No saben lo que es vivir acompañados. Quizá por eso no lo echan de menos.

Sergei se acercó a otra maceta. En ella crecía un pequeño olivo.

—La historia de este es diferente. Nació junto a otros como él, en la tierra. Y luego lo trasplantaron a un macetón. Consiguió sobrevivir al proceso. No es lo habitual… Supongo que ahora ya habrá olvidado lo que era estar con los suyos.

—¿Cree que los echa de menos?

—No lo sé, quizá ya no. Puede que los haya olvidado. Sigue viviendo, echa hojas y de vez en cuando frutos, pero no puede hablar con nadie.

—Se lo ve un olivo fuerte. Pequeño pero resistente.

—Nadie lo ha querido. Tal vez por eso es más fuerte. El mundo está lleno de árboles solitarios.

Sergei, que ya había aprendido que el hombre no siempre hablaba de árboles cuando hablaba de árboles, se preguntó si el guarda sería un árbol solitario, nacido en una maceta, o si por el contrario, en algún momento, sus raíces habrían acompañado a las de otros como él. Y, por primera vez, se decidió a preguntarle:

—Y usted, ¿es un árbol aislado como los que provienen de macetas o…? —Dejó la frase sin terminar, preso de una timidez que lo abrasó de repente.

El guarda se echó a reír.

—Yo soy una planta silvestre, Sergei. Nadie me quiso. Nadie me regó ni me cuidó. Nadie me amó. Yo soy de esos que crecen a pesar de todo, sacando las fuerzas de lo más profundo de uno. Me empeñé en sobrevivir y aquí estoy… —Hizo un gesto que abarcaba el cementerio, la vegetación que lo rodeaba y el jardín entero—. Hay jardineros que cuidan de sus plantas y sus flores, y eso hace que crezcan hermosas y fuertes. Pero hay otras plantas silvestres que crecen solas. Y son igual de grandes y de hermosas. O incluso más

hermosas y mucho más fuertes.

—Lo siento —se disculpó Sergei, sin saber muy bien qué decir.

El guarda se encogió de hombros.

—No hay nada que sentir. Las cosas son como son, y lo que no se puede cambiar, no se puede cambiar. He sobrevivido a cosas terribles, pero también he conocido gente maravillosa a la que he llegado a amar como si formasen parte de mi familia. Y ahora estoy aquí. Soy feliz. ¿Qué más quiero? ¡Nada, Sergei! No quiero nada más… Bueno, estaría bien que no me dolieran las rodillas, ni los huesos, pero ¡qué se le va a hacer! Lo que no se puede cambiar, no se puede cambiar.

El guarda sonrió. Y las arrugas que ocultaba su barba acabaron escapando por sus ojos.

—Hace frío —dijo Sergei.

El hombre miró al cielo.

—Pronto dejará de nevar. Y después, hasta es posible que salga el sol.

Sergei sonrió.

—¿Cómo acabó la historia de Olga Ivana Borisova? ¿Se casó al final?

—¡Claro que se casó! Fue una boda grandiosa. Con varios días de celebraciones. Hubo una orquesta que tocó en el quiosco para cientos de invitados. ¿Recuerdas el quiosco?

Sergei asintió.

—Durante meses, Olga Ivana Borisova estuvo entretenida con los preparativos: los vestidos, las joyas, los invitados, sus regalos… Y, por último, con la boda en sí. Si esta fuera una historia al uso, te lo contaría todo sobre la boda. Pero la verdad es que eso carece de importancia. ¿Cómo iba vestida Olga Ivana Borisova? ¿Quiénes fueron los invitados? ¡A nadie le importa! Y eso que asistieron personajes relevantes de la vida social y política de aquella época. Lo cierto es que fue una novia bellísima, que los detalles de sus vestidos ocuparon cientos de horas a las mejores bordadoras, que los festines de aquellos días igualaron a los de los palacios de los zares y que no se habló de otra cosa durante semanas en la ciudad… —El guarda hizo una pausa pensativo—. Las historias nos cuentan los momentos clave, los Acontecimientos con mayúsculas. Pero en realidad todo eso no importa, Sergei. Lo importante está en los pequeños detalles. No

me interesa la boda, ni los días posteriores de fiestas y celebraciones; lo que es realmente significativo son los pequeños momentos, los gestos.

Tras la boda, la mirada de Olga Ivana Borisova no era la de siempre. Ni la de la chiquilla alegre que fue, ni la de la jovencita rebelde que acababa de desaparecer.

Una tarde estuvo sentada junto a la ventana de su habitación más de una hora, sin hablar con nadie, contemplando el broche del pájaro azul que su prometido le había regalado. Daba vueltas a la joya entre sus dedos para arrancarles destellos a aquellas piedras preciosas.

La luz que entraba en ese momento por la ventana era amarillenta y estaba cargada de motas brillantes y de polvo. Entonces, una lengua de luz se arrastró por el suelo de su habitación y reptando alcanzó la chimenea y los relieves que la adornaban, convirtiendo las flores y los frutos en figuras siniestras e incomprensibles, cargadas de sombras y de extraños presagios.

Entonces llegaron los silencios. Porque, de pronto, Olga Ivana Borisova se volvió una joven silenciosa. Y los silencios, lo que no está y lo que no se cuenta, son incluso más importantes que lo que permanece a la vista.

Cuando los festejos acabaron, los novios emprendieron un largo viaje por Europa, donde ni se sabe en cuántas ciudades estuvieron, cuántos vestidos y bagatelas compraron, cuántos teatros visitaron y con cuántas familias confraternizaron durante meses.

El guarda se frotó las manos con energía.

Pasaron mucho tiempo fuera. Primero fueron meses y luego años. Y si alguien se hubiese cruzado con Olga Ivana Borisova entonces, no la hubiera reconocido. Porque se había convertido en una mujer que llamaba la atención por su delgadez. Los huesos de los pómulos se marcaban en sus mejillas y bajo los ojos arrastraba unas sombras que ninguno de sus afeites podía disimular.

El guarda rodeó una estatua que representaba a una mujer cuyo

rostro estaba cubierto por un velo. La nieve, repartida por encima, le otorgaba un color blanco casi transparente.

> Y después de tanto tiempo viajando por Europa, la misma Olga Ivana Borisova pidió a su esposo volver a casa. Solo durante unos meses. Y Richard no se lo negó. Porque había visto a su mujer consumirse poco a poco. Apagarse como una vela. Y pensó que pasar un tiempo con su familia la ayudaría a recuperar la salud que parecía escapársele entre los dedos.
>
> El día que hablaron de volver a casa, Richard le preguntó si acaso no era feliz con él.
>
> Ella se mantuvo en silencio.
>
> —Ya sé que no lo eres —se respondió a sí mismo—. Pero, dime, ¿qué puedo hacer para que seas feliz, querida?
>
> —Nada, Richard —dijo al fin—. Esta vida es la que todas desean. Pero yo… Yo no sé lo que quiero. No lo sé. —Recordó la conversación que había mantenido con el artista—. No, no sé lo que quiero. Pero lo que sí sé es que no es esto.
>
> —Entonces vuelve a tu casa. Vuelve con tu padre y tu madre. Vuelve a tu querido jardín. Allí te recuperarás y pronto serás la de antes.

Sergei interrumpió la narración.

—Quizá ella era como un árbol de esos que sacan del bosque para trasplantarlo en una maceta. Y el árbol, bueno, no muere porque tiene todo lo que necesita, pero se siente atrapado en un recipiente demasiado pequeño, cuando antes tenía todo un mundo.

El guarda sonrió.

—Es muy probable, sí, ¿por qué no? Como un árbol que arrancan del bosque o como un pájaro que encierran en una jaula, que no muere pero no puede llegar a vivir una vida de verdad. Es como estar muerto en vida. La cuestión es que Olga Ivana Borisova volvió a su casa y a su amado jardín. —Se quedó pensativo de nuevo—. Dicen que no se puede volver atrás, Sergei. La corriente del tiempo no deja de fluir y no es posible bañarse de nuevo en el mismo río. Pero, quizá, este es un lugar especial. La magia del bosque sin nombre brota de esta tierra roja y oscura, y cuando Olga Ivana Borisova

regresó, la casa y el jardín no habían cambiado casi nada. Era ella la que se había convertido en otra persona.

Iván Borisov y Caterina Anastasia cruzaron miradas de preocupación cuando vieron a su hija regresar de tan largo viaje. Casi no la reconocieron, así como sus hermanos. Pero el más impresionado por el cambio que había experimentado Olga Ivana Borisova fue el Oso Feroz. Había tardado años en asimilar que había perdido a la niña, su niña, y ahora se daba cuenta de que también había perdido a la mujer.

Poco a poco, Olga Ivana Borisova retomó sus viejas costumbres. Así que volvió a pasear por los jardines y el bosque. Se impregnó de su magia. Saludó a los árboles que conocía, que estaban un poco más crecidos. Recorrió todos los rincones y descubrió nuevos arbustos, nuevas flores y diferentes colores. Pasaba horas deambulando por el jardín y reencontrando sus lugares favoritos, en los que leía, pintaba o simplemente contemplaba el verde y escuchaba las viejas historias que le contaban las plantas y los árboles.

—La naturaleza nos cura, Sergei. Nos sana. Pasear por los bosques reduce la angustia, aclara las ideas, relaja los músculos que te hacen fruncir el ceño e induce la sonrisa. En los bosques te encuentras contigo mismo. ¿Hay mejor lugar que un bosque, o un jardín en su defecto? —El guarda estiró los brazos y respiró hondo—. Cuando estás perdido hay que abrir los sentidos al bosque. Oler la tierra húmeda o la arena recalentada por el sol, mirar los centenares de verdes, tocar los troncos rugosos, acariciar las finas hojas… Escuchar el susurro de los árboles y sus viejas historias y, si puedes, disfrutar de las bayas que concentran todo el sabor de un bosque en una bolita diminuta. Y eso hizo Olga Ivana Borisova.

Todos dejaban que Olga Ivana Borisova hiciera su voluntad. Y nadie, excepto su hermana Natalia Anastasia, le preguntó por las razones del cambio que había experimentado. La hermana más distante, la que menos se parecía a ella, fue la única en atreverse a indagar las causas de su metamorfosis.

—¿Qué te ha hecho Richard, hermana?

—Nada, es un marido ideal.

Olga Ivana Borisova la miró a los ojos y su hermana supo que no mentía.

Así que Natalia Anastasia decidió creer lo mismo que todos los demás, que su hermana había enfermado de melancolía. Pero como poco a poco el color volvía a sus mejillas, que además cada día estaban más redondeadas, pensó, como todos, que pasar un tiempo en su hogar la curaría.

Habían transcurrido dos semanas desde su llegada cuando su hermano Dimitri pidió al artista que compartiera algunos días con ellos. Para entonces, el artista había conseguido vender algunos de sus cuadros e incluso le habían solicitado uno para una famosa Exposición de París.

De manera que el artista regresó a la mansión de los Borisov.

Y Olga Ivana Borisova y el artista volvieron a encontrarse.

Pero hay un tiempo para cada cosa y todo sucede cuando tiene que suceder. Ni antes ni después. Y si en el pasado el artista y Olga Ivana Borisova habían llegado a construir una hermosa amistad, cuando volvieron a reunirse eran personas diferentes, así que lo que surgió entre ellos también fue distinto.

—¿Se enamoraron? —La pregunta de Sergei cabalgó sobre el relato del guarda.

—Eso no puedo saberlo —dijo tras una larga pausa—. Creo que nadie puede saberlo. Nadie excepto ellos dos, claro está. —Sonrió y lanzó una mirada curiosa a Sergei—. Solo sé que cuando se reencontraron, volvieron a pasear juntos por el jardín y que pasaban muchas horas en mutua compañía.

En sus viajes, buscando entretenimientos para el alma, Olga Ivana Borisova había recibido clases de dibujo, y los dos se adentraban en el bosque y se perdían por los rincones del jardín cargando con sus respectivos bártulos de pintura.

Regresaban siempre sonrientes y con los lienzos avanzados. Los cuadros del artista eran, como siempre, poco definidos; sus pinceladas seguían siendo amplias y los colores se mezclaban sugiriendo luces y sombras. Ella, en cambio, tenía un estilo más figurativo. Y era muy curioso contemplar sus cuadros, porque ambos

retrataban los mismos rincones y, sin embargo, cada obra parecía mostrar un paisaje diferente.

—Solo la fotografía, Sergei, esa tecnología moderna, es capaz de plasmar la realidad —apuntó el guarda—. Y aun así, apenas puede aproximarse a ella en grises y blanco y negro, de manera incompleta. Todos interpretamos de forma diferente la naturaleza, y cuando tenemos que explicarla con palabras o con pinceles o con notas musicales, cada uno recrea algo distinto. Es como si no existiera una única realidad sino tantas como observadores, y cada uno tuviera acceso tan solo a una diminuta parte del universo en el que vivimos. Un Universo con mayúsculas, vasto e inabarcable. Y si fuéramos capaces de unir nuestros millones de puntos de vista, quizá entonces lográsemos obtener un breve destello de lo que de verdad tenemos ante nuestros ojos.

—Nadie puede saber la verdad.

El guarda se encogió de hombros.

—Quizá no. Pero, quién sabe, puede que cierto día alguien consiga ese destello veraz de lo que nos rodea. Uno que no consista en tu visión, ni en la mía, ni en la de nadie, sino una especie de fotografía de lo que realmente es. Pero hasta que llegue ese momento, ay, hasta que llegue, los artistas tendrán que seguir conformándose con acercarse a la verdad, cada uno a su manera y con modestia infinita ante la grandeza de lo que no podemos entender con nuestras mentes constreñidas por los sentidos.

Los dos suspiraron a la vez.

En ese instante recibieron la sacudida de un golpe de aire gélido.

—¿Y qué pasó con los enamorados?

—Nadie ha dicho que se enamorasen, Sergei.

—Pero, por lo que parece…

—Nunca sabremos qué ocurrió exactamente entre ellos. Quizá lo sepan estas tumbas y estas estatuas, o las fuentes o la mansión o la gruta o el quiosco, o cualquiera de los lugares que compartieron sus paseos.

Sergei pensó que el guarda no había mencionado los árboles. Ellos también conocerían su historia y, quizá, podrían narrarla. Si él fuera capaz de aprender su idioma, si supiera interpretar los susurros

de las hojas, sus danzas y contoneos, podría preguntarles por el artista y por Olga Ivana Borisova.

—Ha dejado de nevar —dijo el hombre.

Sergei observó el cielo. Aún se mantenía gris y mate, como si alguien hubiese colocado una lona sucia ocultando las nubes y el sol.

—Pero no saldrá el sol. Puedo sentirlo —continuó el guarda olisqueando el aire como un viejo sabueso.

Con un gesto que le surgió de natural, Sergei le ofreció el brazo y el hombre se apoyó en él, tras lo cual suspiró de nuevo.

—No sé qué ocurrió entre ellos, ni qué nuevas promesas se hicieron. Lo que sí conozco son los hechos.

Una noche de septiembre, cuando el frío aún no había llegado pero las noches, cada vez más tempraneras, lo anunciaban, Olga Ivana Borisova se retiró pronto a su habitación. El resto de la familia permaneció despierta hasta tarde; Iván, el padre, se quedó disfrutando de un brandy inglés en la biblioteca mientras leía.

Era una noche sin luna, porque esas son las noches que se eligen cuando alguien desea que no lo descubran: una noche de luna nueva, en la que reinaba la oscuridad y las sombras se apoderaban del mundo.

Bien entrada la noche, cuando la mansión se hallaba en silencio y prácticamente a oscuras, pues solo se dejaban encendidas algunas lamparillas en lugares estratégicos, una sombra se asomó al pasillo.

Vestía colores oscuros y caminaba despacio, muy despacio. Midiendo cada uno de sus pasos, buscando los rincones más negros y tenebrosos. Nadie la oía, porque producía un sonido tan amortiguado y tan fundido con los ruidos nocturnos propios de la casa que solo un oído muy muy fino hubiera podido distinguir sus pisadas. La madera crujía a cada paso, pero el siguiente se demoraba tanto que si alguien se despertaba, volvía a recuperar el sueño antes de escuchar ningún otro sonido.

Olga Ivana Borisova no necesitaba portar palmatoria ni vela para recorrer los largos pasillos. Conocía su casa mejor que nadie. Y sabía cuántos escalones había en cada tramo de escaleras, dónde pisar y dónde no pisar porque la madera crujiría revelando su posición. La mansión y ella eran una sola. Siempre lo habían sido. Y siempre lo serían.

Recorrió el siguiente pasillo y luego bajó las últimas escaleras,

peldaño a peldaño, posando primero la punta del pie, como una bailarina, y luego el resto, aguantando la respiración a cada paso.

Se deslizó como si fuera una más de las muchas sombras que formaban parte de la mansión, hasta llegar a las cocinas. Y allí sí que hizo ruido, porque, por más que quiso evitarlo, la puerta de madera que se abría al pasadizo secreto chirrió, quejándose, cuando la empujó.

Ella sabía que la servidumbre dormía arriba, encima de las cocinas, y era difícil que oyesen el ruido. Aun así, se quedó quieta, expectante, intentando leer en el silencio de la noche si alguien la había escuchado.

Tras asegurarse de que nadie se había despertado, sacó una vela de la bolsa que portaba y la encendió, para después, agachada, introducirse en el pasadizo, que olía a humedad, a tierra y a la libertad que se abría ante ella.

Cerró la puertecilla tras de sí y esta vez apenas chirrió.

Olga Ivana Borisova recorrió el túnel en cuclillas, iluminándose con la trémula llama que protegía con la mano. Y cuando por fin llegó al final del pasadizo, encontró la puerta que lo remataba ya abierta.

—Pensé que no llegabas.

El artista le dio la mano para ayudarla a incorporarse.

—He tenido que ir mucho más despacio de lo que pensaba. Pero nadie me ha descubierto. —Ella sonrió, ya en pie.

Olga Ivana Borisova se sacudió el gabán de tierra, polvo y raicillas y abrazó al artista. Permanecieron así un largo rato, sintiendo el calor mutuo, porque en un abrazo de verdad no se sabe dónde empieza el de uno y acaba el del otro, y ese calor caldea al que lo necesita, y el frío desaparece y los miedos se disuelven en la nada.

Luego se separaron y, sin soltarse de la mano, comenzaron a recorrer el jardín. Iluminaban el camino con la vela que Olga Ivana Borisova llevaba consigo. Avanzaban en silencio, sin nada que decirse, dirigiéndose hacia una salida de la mansión lejos de la principal. Una puerta que solo conocían los jardineros, el guarda y algunos miembros del servicio.

En la oscuridad, aunque Olga Ivana Borisova conocía perfectamente el camino, se le hizo más largo que nunca. Porque cuando huyes y te ocultas y tienes miedo, los minutos se dilatan y el tiempo se alarga y los centímetros se convierten en metros y los

metros, en kilómetros.

Y así, procurando que sus pasos fueran lo más silenciosos posible, alcanzaron la verja del jardín y el sendero que conducía hasta la puerta.

Los dos acechaban cualquier sonido. Los ratoncillos y los insectos que se arrastraban entre los arbustos. Los pájaros nocturnos que los observaban curiosos. Los murciélagos que sobrevolaban sus cabezas buscando alimento. Y entonces, de entre la negrura, cuando la puerta ya se encontraba ante su vista, emergió una sombra más oscura que la noche.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz los dejó helados.

Olga Ivana Borisova no necesitó verlo para saber de quién se trataba. Porque conocía aquella voz mejor que la suya propia.

—Oso Feroz, nos vamos. Y nos vamos juntos.

El hombre pudo al fin contemplar lo que antes solo eran sombras que intentaban pasar desapercibidas. Olga Ivana Borisova vestía un largo gabán polvoriento y debajo un traje oscuro de hombre y una amplia camisa. Calzaba botas y tan solo portaba una bolsa, como la de algunos soldados. En la mano, temblorosa, la vela iluminaba su rostro y sus mejillas parecían más pálidas que nunca.

—No puedo permitirlo.

Ella se limitó a guardar silencio y a mirarlo a los ojos fijamente.

—Por favor —rogó al fin.

El Oso Feroz contempló de arriba abajo a la pareja.

—¿Cómo es que huyes así, sin nada más que esa bolsa de soldado?

—No necesito nada de mi vida anterior, Oso Feroz. Ni los vestidos, ni nada. Para empezar una nueva vida, solo necesito algo de oro y las joyas. Y eso es lo que llevo aquí —dijo señalando la vieja bolsa.

—Todo lo demás ya está en la ciudad, desde hace días, esperándonos. Un baúl con material de dibujo —se atrevió a añadir el artista.

—Pero ¿qué haréis, chiquillos? —El Oso Feroz negó con la cabeza —. ¿Acaso pretendéis vivir del arte? Os moriréis de hambre.

—Más vale morir de hambre que de tristeza.

Olga Ivana Borisova adelantó su mano libre hacia el hombretón. El Oso Feroz se fijó en su muñeca, tan fina y tan huesuda. Y entonces recordó cómo había llegado a la casa hacía apenas unos meses: su delgadez extrema, sus ojeras; una mujer en los huesos, enferma y

maldita. Y supo que si le impedía huir, acabaría de nuevo encerrada en su jaula de oro, muerta en vida primero y muerta de verdad después.

Entonces se apartó y los dejó pasar.

Ellos traspasaron el umbral. Olga Ivana Borisova se giró hacia él.

—¿Cómo nos has descubierto?

—Has hecho demasiado ruido, pequeña. Nada puede escapar de aquí. Yo soy el mejor de los guardianes y ni la más profunda de las oscuridades podría ocultarte.

Olga Ivana Borisova asintió, tomó de la mano al artista y se marcharon sin volver la vista atrás. El Oso Feroz empujó la cancela y cerró la puerta. Y cuando vio cómo se alejaban del jardín, su corazón se encogió de pena y de congoja, pero al mismo tiempo supo que Olga Ivana Borisova sería feliz. Porque sabía que, fuera de allí, solo podría ser feliz con el artista.

Y muy despacio, en la más completa negrura, regresó a su habitación sin darse cuenta de que sonreía. Una sonrisa apenas esbozada, pero sonrisa al fin y al cabo.

—¿Y qué más pasó? —preguntó Sergei—. ¿Qué fue de ellos?

—Pues que al día siguiente todo estalló. Tardaron un tiempo en darse cuenta de la huida, porque Olga Ivana Borisova siempre seguía sus propios horarios. Alguien del servicio entró en su habitación para arreglarla y descubrió que no había dormido en ella, y se lo comentó al ama de llaves, que se lo dijo a Caterina Anastasia, la madre, y esta a Iván Borisov… Y, en fin, cuando este se enteró, montó en cólera: «¡¡El honor ante todo!!», gritó…

—¿¡¡El honor!!? —lo interrumpió Sergei.

—Ay, Sergei. El honor es aquello que los pobres ni tienen ni conocen y que los ricos deben salvaguardar como uno de sus mayores tesoros. El honor, la reputación, la dignidad… ¿Qué sería de la reputación de la familia cuando se supiera que una de sus hijas se había fugado? Y aún peor, ¡con un artista muerto de hambre!

—Pero ya no era tan «muerto de hambre», ¿no? Había vendido algunos cuadros y…

—Cierto. Pero no se trata de lo que uno sea, sino de lo que los demás creen que eres. Y el artista, para toda la familia, siempre sería un joven «muerto de hambre». De modo que, hecho una furia, Iván

Borisov buscó al Oso Feroz y le encomendó la tarea de encontrar a su hija al precio que fuera.

—Pensaba que el padre era uno de los buenos en esta historia.

—No era una mala persona. Pero, para él, el honor estaba por encima de todo. —El guarda hizo una pausa—. No hay gente buena y gente mala, Sergei; no la hay. Nunca hay buenos y malos. Los hombres pueden hacer cosas terribles y, al mismo tiempo, cosas maravillosas. Y puede ser la misma persona la que en un momento haga lo peor y en otro, lo mejor.

—¿Y qué sentido tiene todo entonces? —Sergei acompañó la pregunta levantando las manos al cielo.

—¡Ninguno! Nada tiene sentido, ni hay por qué buscarlo. Las cosas son como son y así hay que tomárselas.

Sergei notó que el guarda se aferraba más fuertemente a su brazo. Un remusgo sopló, rodeándolos, y de pronto todo se volvió más frío y molesto.

—Me consta que el Oso Feroz contrató a unos hombres que conocía para emprender la búsqueda. Ante Iván Borisov fingía perseguir a los jóvenes, pero alargaba los plazos, seguía pistas falsas y, simplemente, hacía el trabajo como lo hubiera hecho cualquier colega suyo y no como el minucioso sabueso que era.

El viento helado y racheado los empujó a los dos. El guarda trastabilló y Sergei lo sostuvo con firmeza.

—Volvamos hacia la mansión, muchacho. Ha dejado de nevar, pero llega el viento del norte.

Caminaron pisando la nieve virgen. Sus pasos crujieron y un grajo graznó por encima de sus cabezas.

—Vaya. No es un buen presagio.

—Solo es un grajo, Sergei. Los presagios son invenciones de los seres humanos que intentan encontrar sentido a lo que no lo tiene. Además, los grajos, como los cuervos, son animales increíbles. A veces los he visto jugando en la nieve.

—¿Jugando?

—Como los perrillos que se revuelcan por la nieve virgen en las laderas. ¿Los has visto?

Sergei asintió.

—A los perros sí, pero a los pájaros…

—Los grajos y los cuervos son los más listos. ¿Sabes que pueden

imitar sonidos? Igual que los loros, son capaces de aprender palabras y repetirlas, o imitar sonidos que oyen con frecuencia. Dicen que incluso lo utilizan para cazar… Pero eso, ay, eso yo no lo he visto. Tan solo me lo contaron.

Sergei pensó en los animales que podían reproducir palabras; los loros, los periquitos, los grajos… Seguramente entenderían su significado, aunque fuese de un modo muy primitivo. De alguna manera, hablaban y se comunicaban. Volvió a pensar en los árboles y en cómo podría enseñarles algunas palabras.

El grajo pasó de nuevo sobre ellos.

—Ay, hace demasiado frío para mi pobre rodilla. Tengo que irme.

—Le acompañaré un rato. Pero después volveré para buscar a mi amiga.

—¿Qué amiga?

—Tatiana. Suele andar por aquí.

—¡Ah! Claro. Tatiana. —El guarda sonrió como si pensara en algo agradable que, sin embargo, no se atrevía a decir—. Pues acompáñame hasta ese sendero, que es muy resbaladizo, y luego ya seguiré yo solo. Y tú quédate por aquí. Estoy seguro de que Tatiana te encontrará. Hace frío, pero ya no nieva. Seguro que vendrá a ti.

Caminaron juntos unos minutos hasta que el guarda se despidió de Sergei.

—Otro día tiene que contarme cómo terminó la historia de Olga Ivana Borisova y el artista.

El guarda hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Por supuesto, por supuesto. No podemos dejar que esa historia caiga en el olvido. —Se alejó murmurando entre dientes—. Después de todo, la historia de Olga Ivana Borisova es nuestra propia historia…

Sergei se quedó solo en el camino. Desde allí se veía el falso cementerio. Las lápidas y las estatuas se habían cubierto de nieve. Una capa blanca, ligera como un encaje, lo arropaba todo. A veces, algún copo escarchado atrapaba la luz y la devolvía destellando.

Sergei contempló en su manga algunos copos de nieve que se habían pegado allí, sin deshacerse. Como si les hubiera gustado ese lugar más que ningún otro y hubieran decidido quedarse allí para siempre. Cuando se los iba a sacudir, escuchó unos pasos a su espalda.

—¡Te estaba buscando!

—¡Tat!

—Vaya frío que hace hoy, ¿no? —La joven se envolvió en un chal de lana—. Pero todo está precioso, Sergei. Mira, la nieve lo iguala todo. Y lo que más me gusta es el silencio. Después de una nevada, todo suena como amortiguado.

—Hoy ya no nevará más.

—Eso parece. Pero hace un frío de esos que se te meten dentro, en los huesos…

Fue escucharlo y Sergei sintió un aliento húmedo y pesado, como un manto helado, que comenzó a revolotear alrededor de sus piernas y, poco a poco, fue subiendo, caracoleando, para acabar incrustándose en su pecho y en su mente.

Se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó ella.

—Un poco.

—Pues andemos para que se nos pase.

—Con energía.

—¡Como los soldados!

—Como los soldados.

Los dos pisaron el suelo con fuerza y subieron una suave colina a buen ritmo. El paisaje se había vuelto blanco y marrón, y negro, y a veces verde. Y el suelo, aquí era blanco y blando, y allí, amarronado.

—La nieve hace todo más hermoso. Parece otro lugar.

—Pero es el mismo, Tat.

Miraron a su alrededor. La nieve que permanecía sobre las ramas de los abetos se conservaba mejor que la que había caído sobre el suelo o las rocas.

—Mira, incluso la ciudad parece hermosa.

A lo lejos, los tejados oscuros de Kiev mostraban un ligero enharinado. Las cúpulas, doradas y azules, se habían igualado con diversos tonos blanquecinos.

El viento soplaba y levantaba remolinos de polvo blanco que flotaban sobre la ciudad, como pequeños espíritus traviesos que jugasen al escondite entre los tejados eligiendo en qué casa entrarían para sembrar sus miedos.

—Si nieva más, todo se cubrirá de blanco.

—No me gusta el blanco, Tat. —Sergei respiró hondo. Muy hondo. Y el aire helado entró como mil alfileres que aguijonearon sus pulmones—. Cuando no puedo ver nada más que una capa totalmente blanca, no me gusta. Es… Bueno, me da la sensación de que me ahoga, de que algo oscuro y terrible se esconde debajo.

Tatiana se le acercó y se agarró de su brazo. Contempló junto a él el paisaje y achinó los ojos para enfocar hasta los más pequeños detalles que se extendían ante ellos.

—Si todo estuviera nevado y yo tuviera que pintar estas vistas, fabricaría para ti decenas de colores y de tonos: un blanco amarfilado, uno brillante y otro perlado, un gris claro, uno oscuro, un gris medio… —Cada vez que mencionaba un color, señalaba una colina, un grupo de árboles, una roca…—. E iría añadiendo negro al blanco, muy poco a poco, para conseguir decenas de tonos y pintar lo que no está, para que tú pudieras adivinarlo por su forma, por… lo que sugiere.

El rostro de Sergei se iluminó.

—Sabes mucho de colores.

—¡Porque aprendí de los mejores! —dijo riéndose—. ¿Sabes que los seres humanos estamos hechos para distinguir los verdes? Nuestro color es el verde. No somos de blancos, y mucho menos de grises. ¿Y sabes por qué podemos distinguir tantos tonos de verde? ¡Decenas y decenas de matices! Pues porque crecimos en los bosques, entre los árboles y la vegetación, y el verde significa vida. Es nuestra vida. Formamos parte del verde. —Empezó a hablar más deprisa—. Alguien dijo que «el verde es el color principal del mundo, a partir del cual surge su hermosura». Por eso el verde nos parece bello. Por eso nos sentimos bien en el campo y entre los árboles, porque, después de todo, provenimos de allí. Vamos, Sergei. ¡Con energía!

Enfiló el sendero que conducía al cementerio pisando el suelo

con firmeza.

—¿Vamos al cementerio?

—¿Por qué no? Debe de estar muy hermoso ahora, ¿no?

Caminaron en silencio hasta llegar a las tumbas. La nieve se había derretido en algunos lugares. En los más sombríos se había convertido en hielo y en otros reinaba una crujiente humedad.

Tatiana paseó entre las lápidas y las esculturas.

—Dicen que si siembras un diente de ajo en un cementerio, los malos espíritus no se acercarán.

—Hay muchas leyendas relacionadas con los ajos que alejan a los malos espíritus —contestó Sergei—. Y no es de extrañar, porque con lo fuerte que huelen…

—Una vez me contaron que todo se remonta a siglos atrás, cuando se tardaba días y días en enterrar a los muertos. Los cuerpos olían tan mal que los enterradores, para evitar que el olor se les metiera por todos los sitios, se colgaban del cuello una ristra de ajos. Y entonces la gente empezó a asociar los ajos con los enterradores y, por ende, con los cementerios y los muertos. En fin, así empezó la leyenda. Todas las leyendas nacen de alguna verdad.

—Suena muy lógico, Tat.

—¿A que sí? También conozco otra relacionada con los ajos. Es muy antigua, de cuando los hombres aún no habían aparecido en la tierra. En aquel entonces, solo los dioses y los demonios habitaban el universo. Y los dioses eran tan antiguos y tan diferentes a nosotros que ni siquiera seríamos capaces de pronunciar sus nombres, y mucho menos entenderlos. Pero los demonios con los que compartían el mundo eran tan terribles y extraños que, aún hoy, que hemos olvidado el nombre de los dioses, nos acordamos de ellos, y se nos aparecen en forma de sombras difusas en nuestras peores pesadillas.

Sergei miró por encima de su hombro en busca de las sombras que, a veces, le había parecido ver en el jardín.

—Pues bien, en aquellos tiempos lejanos no había hombres, pero eso no quiere decir que no hubiera plantas. Porque los árboles, la vegetación y el verde llegaron mucho antes que nosotros a este mundo… En fin, cuentan que los dioses y los demonios se hallaban siempre inmersos en una lucha eterna. Y que todos ellos buscaban un néctar sagrado que, al parecer, estaba escondido en las profundidades del océano.

Tatiana rodeó una tumba del brazo de Sergei.

—Después de muchas aventuras y peligros, uno de los dioses lo encontró. Pero un demonio, que seguía cada uno de sus pasos, le robó el néctar. Nada más arrebatárselo, lo probó, justo antes de que el dios lo recuperara. Y cuentan que ese néctar sagrado cayó de la boca del demonio al suelo. Y en ese mismo lugar creció una nueva planta: el ajo. Por eso dicen que el sabor del ajo es muy semejante al néctar de los dioses, pero, al mismo tiempo, como estuvo durante unos segundos en la boca de un demonio, quedó contaminado. De ahí que el ajo sea delicioso y desagradable al mismo tiempo.

Sergei soltó una carcajada al ver las muecas de Tatiana.

—Me parece una idea genial lo de relacionar el sabor de los ajos con un néctar propio de los dioses y, al mismo tiempo, de los demonios. Es una forma perfecta de describir su sabor —dijo riéndose.

—Te voy a confesar algo, Sergei: a mí me encanta el ajo. Me gusta crudo, cocido, frito en manteca, entero, en dientes, en trocitos, en láminas…

—Dicen que cura muchas enfermedades.

—Y es verdad. Es tan fuerte que expulsa las peores miasmas del cuerpo.

—No todas.

—No, no todas. Nada puede curarlo todo…

—A mí también me gusta el ajo, Tat. —Sergei carraspeó.

—Pues ahora sería el momento perfecto para sembrarlo. Es una de las plantas a las que mejor le sienta el frío.

—Ya lo sabía. Y las cebollas. El invierno es el momento de sembrar cebollas.

—Eso demuestra que el invierno también alberga vida en su interior. No todo es la primavera, ni la juventud ni los verdes ni los colores alegres de las estaciones más cálidas.

—A ver si va a resultar que también hay vida en el blanco y en el hielo —bromeó Sergei.

—Por supuesto que la hay.

Sergei pensó en los dientes de ajo. En que si llevase alguno en el bolsillo, lo plantaría allí mismo, entre las tumbas, para que los malos espíritus nunca enturbiaran la belleza tranquila y helada del lugar.

Sin querer, se llevó la mano al bolsillo. Se sorprendió al

encontrar una especie de arenilla que dejó caer sobre el suelo helado.

—Es asombroso, una planta nace de muchas maneras —dijo—. De un diente de ajo, por ejemplo, si lo sembrásemos… Pero también hay semillas duras como piedras, algunas grandes y otras muy pequeñas, y de todos los colores…

—Y luego está el polen de las flores que vuela por los aires.

—¡Y las semillas diminutas de las fresas, que en lugar de estar dentro del fruto están pegadas por fuera!

Tatiana lo miró de reojo.

—Las fresas son un fruto extraño: todas esas semillas a la vista… Nos parece normal, pero es la mar de raro.

—¡Y los esquejes!… También podemos conseguir nuevas plantas a través de esquejes. La vida tiene formas muy curiosas de surgir. Y las plantas han evolucionado de un modo extraordinario —concluyó.

Tatiana se apoyó en una lápida. A Sergei le extrañó que no se separase enseguida de ella. Aquella piedra debía de estar helada.

—Los hombres ayudamos a los árboles y las plantas sembrando sus semillas. Como no pueden moverse, desde el principio de los tiempos nos hicimos aliados. —Se terminó de acomodar sobre la piedra al tiempo que hablaba—. Así que los árboles solo pueden lanzar sus semillas al aire. Lejos, muy lejos. —Manoteó—. Luego sus hijos nacerán y crecerán a su imagen y semejanza. Pero no te creas, la mayoría de ellos morirán. La vida de un retoño es complicada. Así que hay que mimarlos. Mira ese roble, ¿lo ves?

Tatiana se acercó a un árbol alto y frondoso. Sus hojas de invierno tenían un color pardo, verdoso y blanquecino. Rebuscó en el suelo hasta dar con pequeños roblecillos que crecían a los pies del tronco.

—Estos son los pimpollos. Unos nacieron de sus bellotas, las que cayeron al suelo por aquí. —Señaló los arbolitos diminutos que crecían alrededor—. El roble alimenta a sus hijos; están unidos a él y él distribuye el agua a sus pequeños… De todas formas, de todos estos no creo que sobreviva ninguno. Quizá uno…

Tatiana se agachó para observar los arbolitos, que temblaban no se sabe si de frío o de miedo al pensar en su incierto futuro.

—Creo que, de alguna manera, nuestros hijos, me refiero a los hijos de los seres humanos, también son semillas que se arrojan al

viento. No sabes dónde van a terminar cayendo o si arraigarán y crecerán fuertes, o simplemente… Nadie puede saberlo.

—¿Los robles no eran árboles de hoja caduca? ¿Este no debería estar desnudo? —Sergei tocó el áspero tronco del roble y contempló alrededor el paisaje invernal.

—Los robles son especiales. Cuando sus hojas mueren, siguen unidas al árbol. Deberían caer, pero no lo hacen. Les ocurre a muchos robles.

—Están muertas y no lo saben.

—A veces es difícil distinguir lo vivo de lo muerto.

Esa frase resonó en la memoria de Sergei. ¿No se la había mencionado ya antes Tatiana?

Tomó una hoja del árbol y la arrancó. Observó una pequeña resistencia, como si el peciolo siguiera vivo y se aferrase con cabezonería a la rama. La hoja que acariciaba en su mano, en cambio, se veía seca. Muerta y seca.

—¿Para qué conservar las hojas si están muertas?

Tatiana se encogió de hombros.

—Dicen que para defenderse, para evitar que los animales se acerquen a sus ramas y las mordisqueen. Pero yo creo que también lo hacen porque así no pasan tanto frío… ¿Acaso no nos protegemos tú y yo del frío poniéndonos más ropa? Pues sería sensato pensar que las hojas protegen las ramas y el tronco del frío y de la nieve.

Sergei se estremeció. Vestía una simple chaqueta. Gruesa, eso sí. Pero chaqueta al fin y al cabo. Una bufanda gris envolvía su cuello con varias vueltas. Hundió la cabeza en ella y sintió una ligera calidez. Tosió levemente.

Tatiana estaba mirando el tronco del árbol. Luego observó el suelo.

—No estoy muy segura, pero creo que este árbol es el hogar de las luciérnagas.

Sergei se acercó.

—Y no deja de ser curioso que estén justo aquí, en el cementerio. Porque cuentan que Dios creó las luciérnagas para que, en la noche, los hombres siempre tuvieran una luz.

—¿Para alejar también a los malos espíritus?

—Quizá, Sergei. Las luces siempre han servido para eso, ¿no? Para romper la oscuridad.

Tatiana se sopló las manos para darse calor.

—¿Sabes que las luciérnagas son insectos? Aunque a mí me parecen gusanos.

—Yo pensaba que eran gusanos —respondió Sergei.

—Pues son insectos. Así que ahora, en la oscuridad de la noche, puedes pensar que ves insectos repugnantes o que son pequeñas estrellas que han caído a la tierra para iluminar las sombras. Tú eliges qué quieres ver.

—Pequeñas estrellas, sin duda… Prefiero pensar que son estrellas. Si la belleza está en los ojos del espectador, yo elijo las estrellas… Supongo que, con cada pequeña elección como esta, construimos el mundo en el que vivimos. Y yo siempre preferiré las estrellas a los gusanos.

—¿Aunque sepas que es una mentira?

—¿A quién le importa la verdad, Tat?

Ella regresó hacia la lápida y se sentó sobre ella.

—Cuando era pequeña, pensaba que las luciérnagas eran hadas. Pequeñas haditas que iluminaban el jardín en las noches de verano.

—Entonces deberían estar en el Rincón de las Hadas.

—¡Sí! —Tatiana pareció alegrarse de que lo mencionara—. Allí siempre ha habido. Pero también viven aquí. En el cementerio. Cuando era pequeña había muchísimas luciérnagas. Ahora hay menos. Dicen que es por la luz de las ciudades, por el humo de las fábricas… —Lanzó una mirada a las chimeneas que se distinguían a lo lejos.

—O quizá porque cada vez hay menos árboles y campos y jardines donde puedan vivir.

—Seguramente. —Asintió con tristeza—. Pero sería una lástima que perdiésemos las luces que nos iluminan en la oscuridad.

—Y que alejan a los malos espíritus.

Los dos sonrieron.

Un viento gélido los envolvió. Llevaba consigo las quejas de las ramas de los árboles que los rodeaban, los chasquidos y los murmullos de las hojas que se resistían a morir.

Un pequeño gorrión llegó con la corriente y terminó posándose sobre una rama. Un poco de nieve cayó al suelo.

—A veces me pregunto qué pasará cuando los hombres olvidemos a los árboles —dijo Sergei—. Quiero decir, están a nuestro

lado, siempre lo han estado. Durante milenios hemos vivido junto a ellos, con ellos, y ahora es como si los hubiéramos olvidado. Tenemos que levantar chimeneas más altas. —Echó un vistazo a las fábricas de la ciudad—. Y cada vez hay menos verde y menos luciérnagas. Supongo que es el precio que hay que pagar por el progreso.

—Estamos dando la espalda a la naturaleza y, te lo digo de verdad, esa es una de las pocas cosas que me aterran, Sergei. Nos preocupamos por bagatelas. No sé. La gente atiende a lo que cuentan los periódicos, hacemos caso a las letras y a la tinta, no a la naturaleza ni a los árboles. Un progreso hecho de tinta y de negro que nos lleva a un futuro en el que los hombres del mañana pasarán sus días leyendo noticias en la prensa o atendiendo a las cosas más insustanciales, sin darse cuenta de que el verde muere a su alrededor. Y si el verde muere, nosotros también moriremos.

—Eso no pasará nunca, Tat.

Ella sonrió.

—Y si ocurre, al menos siempre tendremos jardines como este en los que refugiarnos.

7

La montaña de rocas

—Hace mucho mucho tiempo, hace más de mil años, allí, en ese promontorio, hubo una fortaleza. Dicen que un gran rey, uno que defendió a su pueblo de asedios y enfermedades, ordenó edificarla sobre un antiguo fortín. Y que ese, el antiguo, ya se había construido sobre otro aún más viejo. Así son las cosas; el tiempo pasa, inexorable. La primavera da paso al verano y este abre la puerta al otoño, para que, finalmente, las hojas secas se conviertan en polvo con los fríos del invierno. Y mientras, los hombres nacen y mueren, las fortalezas que se creían invulnerables desaparecen, y luego el calor, el viento y la lluvia terminan llevándose los últimos rastros de las orgullosas construcciones que los hombres creían inexpugnables.

—Ahora solo queda rocalla y unos muretes de piedras.

—Una pequeña montaña de rocas y los muros que sostienen los bancales, sí. —El guarda sonrió—. El tiempo acabó con la fortaleza y sus restos fueron cubiertos por la tierra. Y luego las plantas crecieron sobre la antigua muralla de piedra y clavaron sus raíces en ella, la rompieron en diminutos pedacitos hasta convertirla en polvo. Y bueno, ahí está. Los jardineros aprovecharon lo que pudieron. Después de todo, es el mejor final para un fortín que nació para la guerra: sus restos se han convertido en rocalla sobre la que crecen plantas medicinales, suculentas y hierbas aromáticas que podrían usarse en la cocina. La naturaleza ha vencido. Solo era cuestión de tiempo.

Sergei se acercó y acarició una de las variedades de tomillo. Luego se olisqueó la mano como si fuese un perrillo.

—Las plantas permanecen. Siempre estarán ahí. Las guerras y los hombres somos un simple parpadeo para ellas.

—En efecto, Sergei. Te he enseñado bien… O, quizá, resulta que el responsable eres tú, que te has hecho mayor y has llegado a esas conclusiones. Yo, simplemente, te regué y te aboné, y tú has crecido a tu manera… Me gusta la forma que has tomado, la verdad.

Sergei hubiera querido tener un padre que le dijese algo

parecido. Pero no lo tenía y no había que darle más vueltas a ese asunto. Así que, sencillamente, le agradeció las palabras con una sonrisa.

—Si aquí hubo una fortaleza y guerras y asedios, entonces aquí mismo debió de morir mucha gente —supuso el joven.

El guarda asintió en silencio.

El aire olía a tomillo y a romero. Olía a bosque, aunque no se encontraba cerca. Y ese aroma invisible, antiguo y profundo, se dirigió hacia el interior más primitivo de los dos para anidar allí y hacerles cosquillas desde dentro. Muy adentro.

—No deja de ser curioso que en el cementerio romántico no haya muertos enterrados y en cambio aquí… —añadió Sergei—. Puede que los cuerpos de los que murieron hace mil años permanezcan en algún sitio por aquí.

—Es muy posible. Las guerras hacen que los muertos reposen en los lugares más insospechados, sin lápidas que los recuerden. Algunos desaparecen de la historia para siempre, pero otros, unos pocos, son recordados. Suelen ser los nombres de los reyes, pero no los de los jardineros, las mujeres y las madres. Y no tengo ninguna duda sobre quiénes son, en realidad, los más importantes.

Sergei ayudó al guarda a sentarse sobre una roca.

—A veces se recuerda a los poetas.

—Es cierto, Sergei. ¡Ah, los artistas! Unos pocos consiguen sobrevivir en la memoria, junto con los reyes y los nobles. Pero, mira, ahora ya nadie recuerda el nombre del noble que construyó la fortaleza que se esconde bajo la rocalla ni del poeta que cantó sus gestas.

—Quizá algún sabio, algún estudioso de la historia sí que los recuerde.

Sergei observó la montaña que formaba la rocalla. Alguien le había dicho, hacía mucho tiempo, que había gente que se dedicaba a excavar los restos de la historia. Había hombres que estudiaban el pasado y sacaban a la luz los vestigios de antiguas civilizaciones, y así se recordaban los nombres de los grandes del pasado. De los reyes y algunos nobles. Quizá de algún artista. Pero nunca había oído hablar de nadie que se dedicara a rescatar la memoria de los demás. «¿A quién le importa la gente normal? ¿Quién recordará a los que amaron más que nadie, a los que construyeron jardines, a los que

sembraron la tierra y recogieron sus frutos? ¿Y a las madres que lo dieron todo por sus hijos?, ¿y a esos hijos que no hicieron nada más que sobrevivir en tiempos difíciles? ¿Quiénes se ocupan de rescatar los recuerdos de los olvidados?», se preguntó.

En completo silencio, los dos contemplaron el paisaje. Era octubre. El otoño se acercaba. Octubre era un mes entre dos mundos. Había días cálidos que arrastraban las últimas trazas del verano. Otros, recordaban a la primavera. Y, de pronto, el cielo se volvía mate y gris y húmedo y entonces sabías que el invierno se encontraba a la vuelta de la esquina: cuando la luz se apagaba y se retorcía para hacerse oblicua y difusa, y la oscuridad vencía sobre todas las cosas.

—Se mueren. —El guarda señaló un puñado de hojas doradas que resaltaban entre las uniformadas hojas verdes—. Son las primeras en morir y lo harán mucho antes que el resto. Han sacrificado hasta la última gota de su savia para poder relumbrar y relucir. Durante el estío, cada mañana, esperaron con ansia los rayos de sol para hacerlos suyos y convertirlos en vida, en risas y en cascabeles y campanas. Y tanto querían brillar y tanto brillaron, que llegó un momento en que no pudieron absorber más rayos de sol y entonces se convirtieron en hojas amarillas y doradas, oro puro destacando entre sus hermanas verdes. Lo más parecidas que pudieron al sol del que se alimentaron cada día.

Sergei fijó su atención en una solitaria hoja amarilla, tan brillante como si la hubieran pintado con un pincel. Se incorporó para arrancarla. Cuando la tocó, se desprendió de la rama con solo rozarla. Fue como si lo hubiera estado esperando para escaparse con él.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Me gustaría guardarla entre las hojas de un libro. Este color es… increíble. Es diferente a todos.

—Una vez secas, las hojas cambian de color. No quedan tan resplandecientes.

—Lo sé. Pero aun así me gustaría guardarla.

—¿Para qué?

Sergei no supo qué contestar. ¿Para disfrutar de su belleza? ¿Para no olvidarla?… En realidad no sabía por qué sentía esa necesidad de conservarla. Sabía que, cuando se secara, se volvería

frágil. Tanto que habría que tocarla con extremo cuidado y, aun así, era muy posible que se rompiera y se deshiciera en mil pedazos. Y su color amarillo y brillante se acabaría convirtiendo en un ocre pálido y mate.

—Nada se puede guardar para siempre. Se supone que es imposible luchar contra el tiempo, Sergei.

—Lo sé. —Suspiró—. Pero todos queremos conservar algún momento precioso, guardarlo como un tesoro, y aunque sabemos que es imposible seguimos intentándolo.

Sergei daba vueltas a la hoja entre sus dedos y, al final, acabó por guardarla cuidadosamente en uno de sus bolsillos.

—Nada vive para siempre —repitió el guarda—. Y sin embargo… Conozco una historia que me contaron. Creo, bueno, sé que no es cierta, pero es hermosa a su manera.

Sergei se acomodó, dispuesto a escuchar.

—Me la contó un hombre que venía de una tierra en la que hay miles de verdes. Muchos más que aquí, más que en cualquier lugar del mundo. Allí, en un mismo día, puede brillar el sol del verano y aparecer la lluvia del otoño, el viento helado del invierno y la templanza de una tarde de primavera. Todo puede cambiar en un instante. Es un lugar donde el tiempo no es capaz de detenerse para descansar, donde entrechoca consigo mismo y se retuerce hasta formar tirabuzones imposibles, y por eso allí florecen las leyendas, los fantasmas y los arcoíris.

—Es para volverse loco.

—Quizá están todos un poco locos allí, sí. O eso dicen. Aunque el hombre que conocí no lo parecía, en absoluto. Al contrario, era muy juicioso. Él me contó que, no muy lejos del pueblo en el que había nacido, un lugar cerca del mar y rodeado de bosques inmensos y enormes, hermanos de nuestro bosque sin nombre…

Sergei pensó que aquellos bosques lejanos podrían comunicarse con el bosque sin nombre por medio de las esporas que soltasen los hongos y que luego llevasen de un lado para otro los gusanos y cualesquiera que fuesen los animales subterráneos que, ciegos, se arrastran por entre lo más recóndito de la tierra. Y pensó en raíces tan largas, tan larguísimas, que sus zarcillos se extenderían más y más profundamente, hasta llegar debajo de los mares y allí, tan abajo, encontrarse entonces con sus hermanas. Seguramente las

raíces se harían cosquillas y se contarían historias a su manera, y estarían tan lejos y tan por debajo de todo, que el espacio y el tiempo no significarían nada para ellas.

> Hace mucho mucho tiempo, en aquella aldea nació una niña preciosa. Tenía los cabellos negros como el carbón y los ojos azules como los de los cielos limpios y claros. La niña fue bendecida por los viejos dioses porque no solo era hermosa, sino que, además, tenía un corazón puro. Cuando creció, cuidaba de sus hermanos, de los enfermos y de las plantas. Respetaba a los árboles más viejos del bosque. Compartía aquello que poseía y, sobre todo, llevaba la ilusión y la alegría allá donde iba.
>
> El señor del lugar era un guerrero famoso por su brutalidad a quien apodaban el Ogro. Era el dueño de aquellas tierras y de todo lo que crecía en ellas, incluyendo las plantas y los árboles, también de los hombres y, sobre todo, de las mujeres que las habitaban. Y cuando aquella niña se convirtió en una hermosa jovencita, el Ogro se la llevó para que formase parte de su harén. Por aquel entonces, los hombres salvajes tenían muchas concubinas, todas las que podían permitirse, y contaban su poder y sus riquezas por el número de mujeres que poseían.
>
> Así que el Ogro la encerró en su fortaleza. Allí la muchacha sufrió lo indecible y se moría de pena recordando a su familia, a sus amigos y a todos los seres vivos de su aldea. Pero el tiempo, inexorable, hizo lo que mejor sabe hacer: pasar. Y pasó un día y otro y los meses se fueron sucediendo, hasta que llegó un momento en que la chica comprendió que nadie iría a rescatarla…

—Pensé que sería una historia de rescates —lo interrumpió Sergei—. Que llegaría un príncipe que…

—No, esta no es una de esas historias. Es una de las tristes, de las de destinos condenados, en las que nadie te rescata de nada ni de nadie y, si quieres cambiar algo, lo tienes que cambiar tú, cueste lo que cueste y al precio que sea.

Una ráfaga de viento frío y punzante los rodeó y el guarda se arropó con su chaqueta.

Nadie podía liberarla, porque nadie sobreviviría a una incursión a la fortaleza del Ogro. Cuando se dio cuenta de eso, la muchacha se fue haciendo a su vida en el harén. Había muchas mujeres que habían llegado a la fuerza como ella. Y todas eran diferentes. No es que unas fuesen rubias y otras morenas y unas más altas que otras, sino que unas eran mezquinas y envidiosas, y otras agradables y compasivas. Y la chica enseguida empezó a destacar entre todas por su bondad y su gran corazón, y aunque en ocasiones fue complicado, todas acabaron por amarla y respetarla, porque aquella chiquilla era realmente excepcional. Y entonces allí, entre aquellas mujeres, ella construyó una nueva familia.

—Echó raíces en un nuevo lugar, junto a otras gentes —volvió a interrumpirlo Sergei.

—En efecto, echó nuevas raíces.

Amaba a algunas de ellas como había amado a su madre y a sus hermanos y a sus tías y sus tíos y a sus primos y sus primas. Era dulce y amable, y simpática y valiente, y ayudaba a todas las que lo necesitaban y siempre tenía una palabra justa para cada una. Y aunque era muy joven, las más ancianas le pedían su opinión para resolver los conflictos que surgían entre todas aquellas mujeres que convivían con el único objetivo de complacer al Ogro.

Y los campos fueron sembrados y recogidos una y otra vez, y los cabellos de las mujeres se cubrieron de blanco, y la chiquilla se convirtió en una mujer. Ella no podía comprender cómo era posible que hubiese tantas hermanas (porque así es como llamaba al resto de las mujeres) que tuviesen que soportar las brutalidades del señor que las había secuestrado. Y aunque se lo preguntaba a los viejos dioses y a los nuevos, ninguno le daba una respuesta. Así que, igual que un día comprendió que nunca nadie iría a rescatarla, llegó un momento en que se dio cuenta de que ella era la única que podía ayudar a sus hermanas. De modo que decidió matar al Ogro.

Pensaba que, después de todo, aquel bruto no merecía vivir. Es verdad que ella siempre había respetado a los seres vivos, pero el Ogro apenas merecía el calificativo de humano. E imaginaba que si pusiera en el platillo de una balanza todas las vidas a las que había ayudado y en el otro la del Ogro, el peso de todo lo bueno que había

hecho superaría con creces lo que pesaba la vida del Ogro.

También sabía que ella era la única con la suficiente valentía para atreverse a hacerlo. Así que encomendó su alma a los viejos y a los nuevos dioses, y una noche, una de esas que le tocaba pasar con él, lo mató. Nadie supo si le cortó la yugular a mordiscos cuando él se refocilaba sobre ella o si lo ahogó mientras dormía, pero la cuestión es que lo asesinó.

Ella sabía que alguno de los sucesores del Ogro exigiría venganza, porque no se podía permitir que una mujer acabara con la vida de un hombre. De modo que huyó a los bosques. Y como siempre había ayudado a los demás y cuidado y respetado a los árboles más viejos, los unos hablaron con los otros para protegerla. Por eso, cuando se internó en la floresta, el bosque entero se cerró sobre ella para ocultarla y esconder sus pasos.

Como aquella era una tierra mágica y verde en la que en un mismo día hace calor y llueve y cae la tormenta y hace frío, y el aire sopla frío y caliente, y el tiempo se dobla sobre sí mismo, los hombres del Ogro la buscaron por el bosque pero nunca la encontraron, porque los árboles la resguardaron en un espacio sin tiempo por los siglos de los siglos.

Y el amor y la comunión que sentía con la naturaleza era tan grande que dejó de ser enteramente humana para convertirse en parte del bosque.

En ocasiones, salía de los bosques y a veces parecía que tuviera quince años y otras setenta. Su cabello tenía el color de la madera clara, pero a veces era dorado como las hojas de otoño y otras negro, negrísimo como la turba. Y su piel era blanca como la de los hongos, pero a veces se tornaba dorada u oscura.

Cuando ella abandonaba el bosque, se encontraba con un mundo cada vez más diferente al que conoció. Uno en el que ya nadie recordaba al Ogro ni su fortaleza. Ni siquiera la recordaban a ella. Pero, en cambio, seguía encontrando mujeres que sufrían y necesitaban ayuda. Así que les enseñó, en secreto, los misterios del bosque y, a partir de entonces, se ayudaron las unas a las otras y se curaron de sus males gracias a su sabiduría.

—El hombre que me contó esta historia también me dijo que aún hoy, cuando una mujer necesita ayuda, si se interna en uno de los viejos bosques, puede encontrarla. La hija de los bosques siempre la

auxiliará.

—Parece una historia de mujeres.

—Supongo.

—Y los bosques ¿no ayudarían a los hombres?

El guarda se encogió de hombros.

—Bueno, no sé, supongo que si eres un hombre justo y bueno, quizá…

El muchacho suspiró.

—Pero así es como me contaron la historia, Sergei. Y así es como te la cuento yo a ti.

Un puñado de nubes algodonosas recorrían el cielo azul en dirección hacia el bosque sin nombre, como si también buscasen refugio en él.

El guarda cerró los ojos y Sergei dudó por un instante si no se habría dormido. Sonreía plácidamente. Él también los cerró. El sol cálido de octubre le acariciaba la piel. A veces, un soplo de aire fresco lo rozaba. Las hojas murmuraban a su alrededor. Un pájaro gorjeaba a lo lejos. Y en ese preciso momento, a Sergei nada le importó.

No había nada más que ese sagrado momento: el del ahora. Ese calorcillo del sol de octubre, la brisa que anunciaba la llegada del General Invierno y el aroma a tomillo y a bosque haciéndole cosquillas muy dentro de sí.

Pensó que las plantas debían de sentirse de una forma muy parecida a aquella. Disfrutarían simplemente del ahora: del sol, el aire, el agua, los ligeros roces de un ave o algún animalillo. «Ojalá pudiera guardar este momento entre las hojas de un libro, aunque con el tiempo perdiese brillo y color. Ojalá pudiera conservar para siempre esta sensación de paz, de no tener ninguna otra preocupación que la de esperar que el sol me caliente un poco más o que el viento me acaricie la piel», pensó Sergei. Qué dulces las ensoñaciones con los ojos cerrados al sol de octubre. El mes entre dos mundos.

Cuando Sergei abrió los ojos, vio al guarda entre unos setos junto a la rocalla. ¿Cuánto tiempo había estado dormitando?

El sol continuaba acariciándolo. Ahora era más cálido, casi quemaba. La brisa había remitido. Las nubes se desplazaban muy lentamente por el cielo. Su cuerpo hormigueaba con la placidez del

descanso. En los setos, unas flores diminutas y moradas bailaban al paso del guarda.

Sergei se levantó y se acercó al hombre.

—Por fin te has despertado. Yo también me he quedado dormido. ¿Sabes que las plantas también duermen?

—Claro, en invierno muchos árboles pierden las hojas. Hibernan. Guardan sus energías hasta la llegada de la primavera.

—No, no me refiero a eso. Digo que las flores duermen por las noches, como nosotros.

Sergei esperó a que el guarda continuara con su explicación.

—Muchas plantas cierran sus hojas al anochecer. Mira estas flores: cuando el sol se pone, recogen sus pétalos, se repliegan sobre sí mismas. Duermen. Como nosotros.

No parecía una locura pensar que las plantas, unos seres vivos dependientes del sol, del ciclo infinito de días y noches y de primaveras, veranos, otoños e inviernos, durmieran. Y si ese ciclo y sus ritmos dirigían a los seres humanos, también ocurriría con las plantas, los árboles y las flores.

—Y justo antes de dormirse —siguió el guarda—, las flores exhalan sus perfumes más delicados en un último esfuerzo por dejar algo de ellas flotando en el aire antes de que caiga la oscuridad.

—Los pájaros también sienten la llegada de la noche…

—Los pájaros se vuelven locos al atardecer y al amanecer, Sergei. Todos cantan; trinan y vuelan enloquecidos hacia sus nidos en cuanto sienten que el sol declina. Es como si supieran que el sol se va y no estuvieran del todo seguros de si va a regresar o no. A lo mejor son gritos de angustia por la llegada de la oscuridad.

Sergei dirigió su mirada a los cielos buscando algún pobre pájaro que temiera con cada atardecer la llegada de la oscuridad eterna.

—¿Y por las mañanas? ¿Cantan de alegría al volver a ver el sol?

El guarda se encogió de hombros.

—Quizá.

El hombre continuó observando los setos plagados de florecillas moradas. Un moscardón azulado zumbaba alrededor.

—Florecer es un esfuerzo extraordinario para un ser vivo, Sergei. Echar flores o no… Es un misterio. Las plantas solo florecen cuando son felices. Cuando cuentan con los nutrientes que necesitan, cuando las circunstancias les son favorables.

—Entonces es parecido a lo que supone para una semilla germinar y arraigar donde sea. Es un esfuerzo titánico.

—En efecto. Pero también hay ocasiones… Es algo que no acabo de entender. He observado que algunos árboles deciden no florecer los años en que les tocaría hacerlo. ¿Por qué? No se sabe. Es un misterio. Pensaba que tal vez se debía a que les faltaba algún alimento. Pero no siempre es así. Quizá sea simplemente porque no quieren. Han decidido que no necesitan flores ese año y se ahorran el esfuerzo para el siguiente o para el otro.

—También hay árboles que florecen más tarde y luego sus flores duran más.

—Sí, Sergei. Y todo esto les ocurre a los árboles, a unos seres que son criaturas como nosotros, que están tan vivos como nosotros, y sin embargo ¡ignoramos tantas cosas sobre ellos!

—Quizá alguien, algún día, se dedique a estudiarlos como merecen. Puede que entonces los entendamos, y que podamos hablar con ellos y contarles nuestras historias y escuchar las suyas.

—¿Cómo serían las historias que nos contarían los árboles, Sergei? —El guarda entornó la mirada y la clavó en el muchacho.

Sergei pensó en todo lo que había visto y oído. En la placidez que había sentido durmiendo al sol de octubre.

—Creo que algunas serían historias sobre el compartir y ser todos uno, una especie de canto de felicidad y regocijo. Y otras serían sobre lo que es estar solo. Y quizá, para ellos, las más emocionantes serían las de los solitarios. Quiero decir que, por ejemplo, podrían contar la historia de un árbol aislado, como el castaño de la colina. Sería la historia de uno que no conocía a sus semejantes, que había crecido sin saber nada del mundo excepto lo que había en los pocos metros que le rodeaban. Pero un día, después de mucho tiempo, sus raíces crecieron lo suficiente como para alcanzar las de otros compañeros, y entonces todo un mundo se abrió ante él. —Sergei siguió imaginando—. Le explicaron qué había en la lejanía, a qué olía esa tierra remota y qué flores crecían en ella. Le hablaron de otros animales, de otros nutrientes, de otras sensaciones. Y así, por medio de las raíces, le llevaron todo un nuevo mundo para que lo sintiera con ellos, juntos, nunca más solo.

»Y también estarían los relatos de lo que parece muerto pero no lo está. Como la historia de un tocón, de un árbol que cortaron y

había sufrido lo indecible, pero que no estaba muerto del todo. No tenía hojas, ni ramas, ni nada. No sé, era un tocón de un árbol que habían talado hacía más de doscientos años, pero sus raíces seguían vivas y conectadas con otras raíces de árboles de su misma especie. Y los demás no lo dejaban morir, sino que actuaban como lo que eran, una familia, un sistema de individuos que se ayudan para sobrevivir. Y aunque no podía valerse por sí mismo, los otros le proporcionaban agua y los nutrientes necesarios, igual que hacemos nosotros con nuestros ancianos.

—Con algunos de nuestros ancianos.

—Por supuesto, con algunos. No todo el mundo cuida de sus ancianos… Estoy pensando que, quizá, mantener vivo ese tocón no sería solo por generosidad, también podría deberse al interés… Conectar ese castaño solitario o ese tocón con los demás puede ser de interés para sus semejantes. Porque los que están solos reparten sus raíces por lugares muy diferentes a los del resto, y en esos sitios puede que haya determinados minerales o nutrientes valiosos o un pozo de agua o, no sé, algo de lo que los otros árboles carecen. Y, después de todo, representan más raíces desde las que poder extraer alimentos y agua. Y así, en tiempos de escasez, todos ganan si forman una gran red conectada. Al grupo le interesa el árbol más solitario por todo lo diferente que le puede aportar… Los hombres también ganamos si vivimos en comunidad.

El guarda meneó la cabeza.

—No siempre, Sergei. Si los humanos nos hacinamos en espacios pequeños, como en las grandes ciudades, entonces nos ahogamos y la miseria campa a sus anchas.

—Quizá todo es cuestión de equilibrio y hay que dedicar todos los esfuerzos posibles a buscar y conservarlo. Porque es lo más importante, y sin eso no habría nada más.

—Sí, el equilibrio es la clave de todo, Sergei —concluyó el guarda mientras se apoyaba en su brazo—. Y sí, puede que esas fuesen las historias que nos contasen los árboles: sobre seres solitarios que, de repente, conocen nuevos mundos. O sobre grupos que, gracias a un ser solitario, encuentran un mineral único que les salva la vida y los enriquece más que nada que conociesen de antes.

Sergei se dio cuenta de que el hombre parecía animado y aprovechó para preguntarle.

—¿Qué ocurrió con Olga Ivana Borisova y el artista? Cuando huyeron de la mansión…

—Ay, la pequeña Olga Ivana Borisova se marchó dejándolo todo atrás… Sí. Hacían una pareja estupenda, ¿sabes? Ella y el artista. —Sonrió—. Huyó con todas sus joyas, las que eran valiosas y también las que solo consideraba bagatelas. Con todo aquello, la pareja sabía que podría vivir durante años; los suficientes hasta llegar a mantenerse por ellos mismos.

Olga Ivana Borisova y el artista se fueron lejos, muy lejos de aquí. Los dos conocían Europa. Ella había viajado mucho con su familia y después con su esposo. El artista había acudido a algunas exposiciones de arte y conocía París y Londres. Primero pensaron marcharse a Francia, a París, pero ese sería el primer sitio en el que buscarían a un artista. Así que finalmente decidieron huir a España, a una ciudad de la costa mediterránea. Debía ser un lugar que ninguno de los dos conociera, al que no se sintiesen atados de ninguna forma y que nadie pudiera asociar con ellos.

El artista tenía algunos amigos que los ayudaron a cruzar Europa. Primero hicieron los caminos más largos en traqueteantes carruajes públicos, y después viajaron en trenes de líneas secundarias, dejando falsas pistas por doquier. Luego, por fin, cruzaron algunas fronteras a pie, siempre cubriendo su rastro.

El guarda empezó a hablar más deprisa.

Por su parte, el Oso Feroz hizo todo lo que estaba en su mano para que no los encontraran. Descubrió algunas pistas que habían dejado en su huida y las ocultó a su señor. Falsificó rastros que fingió seguir. Y así, en unos meses, la pareja consiguió llegar a su destino: Barcelona.

Aquella era una ciudad muy diferente de las que conocían. La miseria concentrada tras las antiguas murallas contrastaba con las nuevas y amplias avenidas que la burguesía construía y adornaba con edificios amplios y modernos. Pero lo que más les llamó la atención era la luz: la luz dorada del Mediterráneo que teñía de oro los atardeceres y proporcionaba a su piel una tonalidad tostada y cálida.

Sergei intentó imaginar aquella luz. Se miró las manos, tan pálidas, ¿cómo se verían bajo otros cielos?

Llegaron un enero y descubrieron que allí los inviernos podían ser suaves y benignos, iluminados por un sol claro y con unos cielos serenos, como si los hubiera pintado el propio artista derramando sobre ellos una de sus tinturas de azul Prusia.

Alquilaron una pequeña buhardilla con vistas a un mar también azul, tan azul como ese mismo cielo. Y cada día, desde la cama, veían juntos cómo ese mar se transformaba. A veces era azul como el cielo y otras, más verde o grisáceo. Al atardecer se asemejaba a un espejo dorado y, por las noches, se vestía de negro y la luna lo adornaba con destellos de lentejuelas extrañamente blancos. Observaban juntos la llegada de veleros, pequeñas embarcaciones y grandes vapores que unían sus humos a los de las fábricas que rodeaban la ciudad. Y a veces, las olas se coronaban con blancas puntillas, de espuma salvaje y desatada, y otras, desaparecían casi por completo y su pedazo de mar, enmarcado por la ventana de la buhardilla, se asemejaba a los estanques de aguas tranquilas del jardín que tanto echaba de menos Olga Ivana Borisova.

Pero, por mucho que añorase su jardín, por primera vez estaba disfrutando de una vida elegida por ella misma y no por los demás. Y eso le hacía sentirse inmensamente feliz.

—¿Qué es la felicidad, Sergei? —El hombre buscó la mirada del muchacho—. Es estar donde quieres estar, con quien quieres estar y, sobre todo, es aprender a disfrutar de los pequeños momentos, de los detalles que hacen único cada instante y lo convierten en una pequeña joya irrepetible, brillante y hermosa. Y ellos eran conscientes de todo lo que vivían por primera vez.

El guarda, apoyado en el brazo de Sergei, se dirigió hacia uno de los muretes de rocas y se dejó caer sobre él.

Todo lo que los rodeaba era diferente y extraño: el idioma, las gentes, las comidas… Y empezaron a explorarlo juntos. El artista pintaba e intentaba vender sus cuadros a marchantes españoles. Olga Ivana Borisova cambió su nombre para evitar que nadie la encontrase

y aprendió a cocinar, algo de lo que nunca hasta entonces había tenido que ocuparse. El artista era mucho más experto que ella pelando patatas.

Aprendieron a disfrutar juntos de las grandes y las pequeñas cosas; a encontrar la postura más cómoda para dormir en una cama mucho más pequeña que aquellas a las que Olga Ivana Borisova estaba acostumbrada, a usar el ajo y la cebolla en muchísimos platos tal y como hacían los españoles, a atarse el corsé sin necesidad de un sirviente… Aprendieron también, juntos, el nombre de plantas y pescados que solo sabían decir en catalán, porque nunca los habían visto. Y también descubrieron que muchas plantas mediterráneas, que solo conocían por el jardín, florecían allí, en pleno invierno, en todo su esplendor. Incluso la delicada salud del artista, que siempre había sufrido de los pulmones, se recuperó. El cálido Mediterráneo los rodeó con una nueva magia.

Sergei cerró los ojos e imaginó un lugar en el que el sol de invierno lo acariciara como el de sus primaveras.

Juntos recorrieron los rincones de una Barcelona que se estaba modernizando. Y al mismo tiempo que la ciudad, ellos también se reinventaron. Nuevas vidas y nuevas identidades bajo nuevos cielos. Llegó un momento en que el artista comenzó a vender sus obras y entonces Olga Ivana Borisova empezó también a pintar, a su manera… En la buhardilla, los lienzos ocuparon el espacio junto a la ventana, y los pinceles, las pinturas y los tintes, los pigmentos y los aceites, y sus penetrantes olores otorgaron a su hogar una personalidad diferente, cosquilleante y única.

Ella, que nunca había disfrutado cosiendo, descubrió que no le importaba bordar un sencillo dibujo para el paño con el que tapaban el pan, ni zurcir los calcetines del artista o sus medias de lana. Sencillamente, allí, sus vidas adquirieron otro sentido.

Y, de repente, llegó un día esplendoroso y brillante que inauguró una nueva primavera, mucho más cálida que las que conocían, y puso fin al dulce invierno con el que habían llegado a la ciudad.

—Supongo que el amor también les llegó de repente, como las

estaciones. Nunca sabré si eran solo amigos cuando huyeron y el amor estalló después, o si ya eran amantes aquí desde hacía tiempo. No lo sé y, la verdad, no importa. Lo que sí sé es que el tipo de relación que construyeron resultó muy diferente al de las parejas que siempre habían conocido. No tenían nada que ver con los matrimonios concertados que se llevaban en la sociedad en la que siempre se había movido Olga Ivana Borisova. Esos eran matrimonios que a veces salían bien, en los que el marido y la mujer terminaban queriéndose, como había ocurrido con sus padres. Otras veces, simplemente se guardaban respeto en los papeles de respectivo padre o madre de los hijos que tenían en común; pero, otras muchas, al final no se soportaban o bien se odiaban abiertamente, sin molestarse en disimularlo.

»En el entorno del artista abundaban los amores explosivos. Sus amigos conocían a mujeres que les hacían rozar las estrellas. Eran amores que se acababan tan rápidamente como habían nacido, en ocasiones con muebles volando por encima de sus cabezas. —El guarda se carcajeó, como si guardase en su memoria alguna imagen plagada de sillas, cuadros o platos voladores—. Eran amores de días o semanas que, como algunas flores, mientras existían, exhalaban preciosos perfumes y mostraban la más absoluta belleza, para enseguida pudrirse y desaparecer en el olvido. Otras eran pasiones que crecían y menguaban, y subían y bajaban como en un tiovivo de emociones.

El hombre hizo una pausa y jugueteó con la gravilla a sus pies.

La relación del artista con Olga Ivana Borisova era tranquila como una tarde de primavera y tan cálida como esa luz dorada del Mediterráneo. Fueron felices durante todo aquel tiempo en la pequeña buhardilla con vistas al mar. Y así pasaron dos inviernos que volaron, porque, cuando eres feliz, el tiempo pasa veloz, sin que apenas te des cuenta de que tienes todo lo que necesitas entre los brazos y que tu corazón y el de la persona a la que quieres suenan acompasados, componiendo una misma melodía.

Y fue precisamente algo que también les hacía muy felices, vender un cuadro de vez en cuando, lo que los llevó a la desgracia. Alguien compró un cuadro que enseñó a alguien, que se lo enseñó a otro que reconoció el estilo del artista. La mala fortuna quiso que la

noticia, en vez de llegar al Oso Feroz, llegara directamente a Iván Borisov, el padre de Olga, que decidió ir en persona a buscar a su hija.

Sergei se quedó rígido. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba clavándose las uñas en la palma de la mano.

El Oso Feroz ya no pudo hacer nada más por ocultarlos. Intentó avisarlos por carta antes de que llegasen a la ciudad. Pero el destino a veces se conjura contra uno y la carta se demoró en una oficina postal. En otra, quedó olvidada en una saca, y antes de que pudiera ser entregada, el Oso Feroz e Iván Borisov, junto a los dos hombres que había contratado, llegaron a Barcelona.

Irrumpieron en la buhardilla, pero la pareja se encontraba ausente. Decidieron esperarlos para pillarlos por sorpresa. Iván Borisov montó en cólera cuando descubrió el espacio que habían compartido durante años: una única habitación, con una sola cama, dos caballetes, un fuego sencillo en la cocina y el olor a pintura y aceites revoloteando en el aire.

En cambio, a la vista de todo aquello, el Oso Feroz comprendió que aquel era un hogar feliz. Nada tenía que ver con la riqueza con la que había crecido Olga Ivana Borisova. Comparó la sencillez del camastro de madera con la barroca decoración de los cabeceros de los lechos en la mansión, y se fijó en la falta de alfombras, cortinas o lámparas… El Oso Feroz miró los cacharros en la cocina, secándose sobre un trapo junto a una única cuchara y un tenedor; observó la huevera con media docena de huevos, frascos con frutas en almíbar, el carbón en un cajón… Se fijó en el sencillo bordado del paño que cubría medio pan y en la camisola que se estaba secando junto a la ventana; en los pinceles y las dos paletas con colores por mezclar; en los botines desgastados pero bien embetunados y limpios que asomaban debajo de la cama… Y en aquel humilde orden imaginó la alegría rutinaria de la pareja pululando por la buhardilla; pintando junto a la ventana, aprovechando los últimos rayos del día, cenando a la luz de esas velas, disfrutando de la vista del mar, cosiendo o lavando… Y al descubrir ahí, expuesta ante su vista, esa vida tan diferente a la que Olga Ivana Borisova había conocido, supo sin lugar a dudas de su sencilla y completa felicidad.

El guarda sonrió y Sergei no pudo evitar devolverle la sonrisa, aunque sintiera el alma en vilo y temiese por la suerte de la pareja.

> Por otro lado, el Oso Feroz no encontró ningún indicio de que su carta hubiera llegado a tiempo de avisarlos, así que su corazón empezó a latir a toda velocidad, temiendo el instante en que la pareja regresara a su hogar.
>
> Y lo que tiene que ocurrir, ocurre, porque el destino es el que es y a nadie deja escapar de sus garras. Y al poco se oyeron unos murmullos y unos pasos lejanos que se aproximaban por las escaleras. Iván Borisov exigió a sus hombres silencio. El Oso Feroz creyó distinguir la voz de la mujer que hacía años que no oía y aquellos pasos se volvieron cada vez más audibles. Sintió su propia respiración acelerarse y el bombeo de su corazón se acopló con el sonido de los pasos que, por fin, se pararon ante la puerta.
>
> El padre de la chica se envaró. Uno de los esbirros sacó una pistola. El otro echó mano a un cuchillo. Mientras, la pareja trasteaba en la cerradura para entrar. El Oso Feroz hizo un gesto al de la pistola para impedir que la usase.

Sergei no parpadeaba y su respiración era tan rápida como el ritmo de la narración, que, llegado a este punto, había dejado al guarda prácticamente sin aliento.

> Por fin, Olga Ivana Borisova y el artista entraron en la habitación. Y en apenas un par de segundos, sin que nadie lo pudiese impedir, el hombre del cuchillo se abalanzó sobre el artista. El Oso Feroz solo pudo empujarlo en el último instante para que la hoja, en lugar de atravesarle el corazón, tan solo le hiriese en el costado. Todo pasó tan rápido que nadie pareció entender lo que ocurría. Entonces, el cuerpo del artista se desplomó con un golpe seco y su sangre, roja y densa, se derramó sobre el suelo.

A Sergei se le escapó un suspiro.

El olor a hierro y a muerte se mezcló con el de aceite de linaza e inundó a Olga Ivana Borisova, que se quedó paralizada mirando la mancha de color vino que avanzaba hacia sus pies. Y solo pudo pensar que aquel hermoso color debería destinarse a pintar túnicas, flores y bodegones, no a teñir los suelos de muerte y borrar con su denso y lento paso el eco de las risas que habían iluminado esas paredes, ni a enfriar el calor de sus abrazos y acallar el tintineo alegre de sus besos y sus caricias.

Iván Borisov cogió a su hija y se la llevó en volandas. Los dos hombres que había contratado lo siguieron. El Oso Feroz se arrodilló un instante ante el muchacho.

—¡Aguanta! Cúrate pronto y vuelve; ella te estará esperando —murmuró al artista, pálido y moribundo, mientras la sangre oscura y viscosa manaba por su costado.

Sin que nadie lo viera, el Oso Feroz deslizó en su bolsillo una llave. La llave de la puertecita del jardín. La que le abriría el camino hasta Olga Ivana Borisova.

Luego salió corriendo detrás de su señor. Y el artista quedó solo y herido de muerte sobre el suelo de una buhardilla que ahora olía a metal y se teñía de rojos, granates y escarlatas.

El guarda tuvo que respirar hondo para poder continuar.

Boris arrastró a su hija por media Europa de regreso a su casa. Y cuando por fin llegaron a la mansión y al jardín, ella había vuelto a transformarse en un fantasma pálido y demacrado, como le ocurrió en su matrimonio.

Volvieron en invierno. El General Invierno, de nuevo. Dos años habían pasado desde que huyeron. Los troncos de los árboles se habían ensanchado y se habían creado nuevos anillos, habían nacido nuevas ramas y otras se habían caído para desaparecer y convertirse en leña. Aquel fue un invierno blanco, uno de los más crudos y duros que se recuerdan. La nieve lo cubría todo y Olga Ivana Borisova contemplaba desde su ventana los contornos difusos de su amado jardín. El cielo era mate y gris y le faltaba profundidad. Era como si alguien no hubiera tenido tiempo de terminarlo y lo hubiera dejado a medio pintar. El contraste entre este invierno y los del Mediterráneo resultaba doloroso y quemaba punzante, como el hielo que cubría el estanque y los tejados.

En aquellos días, rodeados por la nieve y el acerado frío, se dieron cuenta de que, aunque Olga Ivana Borisova apenas comía, su vientre se iba hinchando muy muy despacio. Una nueva vida estaba creciendo dentro de ella. Y lo que hubiera sido un motivo de alegría, allá lejos, en su buhardilla con vistas al mar, resultó una maldición y la mayor de las vergüenzas aquí, en la mansión.

Una ráfaga de viento empujó los árboles que los rodeaban y les hizo quejarse. El guarda calló un momento. Y cuando volvió a retomar la narración, habló más despacio. Como si le costase pronunciar cada palabra.

A Olga Ivana Borisova todo le daba igual. Su corazón se había fundido en aquel suelo lejano de la buhardilla junto a la sangre densa del artista. Los días pasaban ante ella como imágenes sin sentido ni color, como algo difuso y ajeno que nada tenía que ver con ella. Ahora que había conocido dos mundos, la obligaban a volver a aquel al que hacía ya tiempo había dejado de pertenecer.

Y los meses pasaron y aquel duro invierno se aferró a la primavera hasta casi ahogarla. Olga Ivana Borisova continuaba perdida en su universo de blancos borrosos. Vivía recluida en su habitación para que nadie pudiese descubrir la vergüenza que había traído a la familia Borisov. El bebé que crecía en su interior no le importaba. Ni a ella ni a nadie.

—Yo… —balbuceó Sergei…—. Yo pensé que su familia la quería.

—Pues claro que la quería, pero nunca la entendieron. Las familias tienen sus normas, a veces invisibles pero por todos conocidas. Y ella las había roto varias veces, y eso no se lo perdonaron jamás. Sergei, ser bondadoso es muy fácil cuando todo va bien. Pero cuando las cosas se tuercen y has de lidiar con las dificultades, es muy complicado mostrar una cara amable. Todos somos buenos y malos a la vez. No hay blancos ni negros. Vivimos en un mundo de grises infinitos.

Sergei pensó que la vida de Olga Ivana Borisova en aquellos días debió de ser como vivir en un mundo de sombras infinitas, sin una mota de color.

El único que seguía al lado de Olga Ivana Borisova era el Oso Feroz. La visitaba en su habitación, le llevaba flores y plantas del jardín, le contaba cuáles estaban creciendo, cuáles habían podado y qué nuevas variedades aparecían en qué lugar. Le describía cómo la primavera había llegado a su jardín. Pero todo eso le importaba poco a Olga Ivana Borisova.

El Oso Feroz no se rendía, se afanaba buscando las más bellas flores de los colores favoritos de ella para combinarlas en ramos que después le llevaba y colocaba en un jarrón junto a la ventana.

—Flores muertas. Siempre me traes flores muertas —le decía ella.

Y esas eran algunas de las pocas palabras que intercambiaban.

Hasta que una noche de luna llena el bebé decidió que ya estaba listo para nacer. Olga Ivana Borisova no dijo nada al principio. Aguantó en silencio las contracciones de su cuerpo. Pero luego los dolores se hicieron tan intensos que no pudo soportarlos y entonces comenzó a aullar.

Su madre mandó llamar a la comadrona que la había atendido a ella hacía ya muchos años. La mujer tardó en llegar. Y ese tiempo Olga Ivana lo pasó sola.

—La dejaron sola durante horas, Sergei. La dejaron sola en el momento del parto. No sé si sabes lo que supone para una mujer tener un hijo. Sobre todo, tu primer hijo. Es romperse por dentro y por fuera, si todo va bien. Es abrir un camino directo a la muerte, si va mal. Y si ya todo es complicado cuando se desea al hijo que viene y se lo espera con alegría, cuando no es así, no hay palabras para explicar lo que se siente. Porque no todas las mujeres aman a sus hijos. Y no todos los hijos nacen del amor.

Cuando la comadrona llegó para atenderla, Olga Ivana Borisova ya se había roto y la sangre inundaba su cama. Una sangre muy diferente a la del artista. Esta era mucho más brillante. Y lo era porque se llevó consigo la vida del niño que nadie amaba.

Sergei contempló al guarda con los ojos brillantes.

—El artista —murmuró—. ¡El artista lo hubiera amado con todo su corazón!

El guarda le devolvió una mirada también humedecida.

—Estoy seguro de ello. Pero él no estaba allí para recibir a su hijo. Y su madre tampoco. Su mente y su corazón permanecían apuñalados en aquella lejana buhardilla de Barcelona. Su cuerpo era tan solo una… envoltura vacía.

Y dos días después, entre fiebres terribles, Olga Ivana Borisova también murió.

Sergei parpadeó. Y al notar sus ojos ásperos, se dio cuenta de que hacía demasiado tiempo que no lloraba.

—Olga Ivana Borisova murió, Sergei. En su habitación. —El hombre hizo un gesto descuidado en dirección a la mansión.

—Pero… Pero… Esto no puede acabar así. No… No es la historia que…

—No todas las historias acaban como nos gustaría. Las cosas ocurren como ocurren. Y así es como pasó todo.

La mirada de Sergei se perdió entre la rocalla. El viento sopló y los efluvios de las plantas aromáticas revolotearon a su alrededor.

—… ¿Y la enterraron? ¿Dónde está?

El guarda sonrió. Pero fue una sonrisa teñida de tristeza.

Organizaron su entierro y la ceremonia se convirtió en un acto más en el que la alta sociedad pudo lucirse. Las mujeres aprovecharon para hacerse nuevos vestidos y, si no, para teñir los que ya no eran tan nuevos. Las familias más importantes de la ciudad, entre rumores y tristes comentarios, estrecharon lazos y forjaron nuevas relaciones entre el aroma del té, el coñac, el brandy, las pastas y los delicados tentempiés que se sirvieron…

—La vida siguió sin ella, Sergei. —Cogió aire para poder continuar—. Su ataúd reposa en el cementerio de la ciudad. En el mausoleo de la familia Borisov. Es un milagro que durante la guerra no fuese profanado. Si alguien quiere visitarlo, allí está. Su ataúd está enterrado en la zona norte del cementerio.

Sergei observó con atención al guarda. Conocía las arrugas de su frente, el bamboleo de su barba sobre la pechera y cómo a veces se la tocaba nervioso. Los gestos de sus amplias cejas, de pronto, le parecieron un poco más envarados.

—¿Su ataúd? —preguntó.

—Está en el cementerio de la ciudad —respondió de nuevo.

Los dos callaron.

Sergei había aprendido a leer el jardín, pero también había aprendido a leer al guarda. Y supo que había algo más. Que algo se había quedado colgando de una pequeña pausa, suspendido en la nada, esperando un pequeño empujón. Y entonces, sin saber por qué, lo entendió. Supo lo que le estaba contando sin habérselo dicho.

—Su ataúd reposa en el cementerio —repitió Sergei—. Pero… ¿y ella? ¿Dónde está? ¿Dónde está su cuerpo?

El guarda hizo un amplio gesto con las manos.

—Ella está aquí.

—¿En el jardín?

—Por supuesto. —El hombre miró a su alrededor, suspicaz—. Prométeme que no se lo contarás a nadie. Sé que puedo confiar en ti. Prométemelo.

—Se lo prometo. Juro por mi alma, por mi vida y por todo lo que amo que nunca diré nada a nadie.

—El Oso Feroz sabía que Olga Ivana Borisova no hubiera querido ser enterrada entre cuatro piedras grises, lejos de aquí —murmuró—. Sabía que ella solo sería feliz en su jardín… Por eso, antes de que la enterrasen, tomó su cuerpo y se lo llevó. Lo trajo aquí mismo, y aquí lo enterró.

—¿Dónde?

—¿Qué más da el lugar, Sergei? Basta con saber que en la ciudad, en el imponente mausoleo de los Borisov, hay un ataúd vacío. Y que Olga Ivana Borisova descansa en el jardín que amaba. ¿Recuerdas al hombre santo, Sergei?

—¿El hombre que habló con el Oso Feroz? ¿El que había vivido en soledad en los campos? ¿Qué tiene que ver el ermitaño con todo esto?

El guarda dejó escapar un suspiro.

El Oso Feroz fue en busca del hombre santo, porque pensaba que era el único que podía entender todo lo que atormentaba su alma. Y acabó encontrándolo. Y cuando lo vio, le confesó que había cometido un terrible pecado. Le explicó aquello que nadie más sabía: que él, con sus propias manos, había enterrado en este jardín lo que más amaba. Que su amada niña hubiera querido descansar aquí y no en un cementerio gris, repleto de huesos grises, rodeada de lápidas grises y almas grises. Y le pidió al hombre santo que, por favor, dijese unas palabras por el alma inmortal de la chiquilla.

—Y el Oso Feroz lloró entonces, Sergei, porque hasta ese momento no se había permitido llorar a la muchacha a la que tanto había querido. Por eso, cuando empezó a explicarle al hombre santo lo que había hecho, no sabía si arrepentido u orgulloso, se desbordó y se echó a llorar. Porque a veces las emociones salen así, en cascada, sobre todo cuando se esconden y se ocultan en lo más profundo. Y el Oso Feroz nunca había dicho nada a nadie y se había tragado sus lágrimas y su pena. Pero la pena terminó derramándose al encontrarse con el hombre santo.

Contó todo esto acelerado. Cada vez más deprisa. Como si él mismo también quisiera sacar fuera, por fin, un secreto que había estado guardando durante demasiado tiempo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sergei con timidez.

El guarda suspiró profundamente.

El hombre santo se apiadó de él y lo acompañó donde había enterrado el cuerpo para santificar el lugar, para que Olga Ivana Borisova descansara en un lugar sagrado y su alma tomase el camino que debía tomar y no se perdiese entre los mundos de los vivos y los muertos. Para que llegase allí donde debía llegar.

—Ahora ya descansa en paz —dijo el Oso Feroz cuando el ermitaño terminó sus oraciones.

—Ya descansaba en paz —puntualizó el hombre santo—. Este es un lugar mágico. Estoy seguro de que ella lo hubiera querido así. Y el buen Dios nunca rechaza a sus hijos. Nunca. Aunque yo no hubiese venido hoy aquí, Dios la habría acogido en su seno y la hubiera llevado a su paraíso. Dios, nuestro Dios, es bondadoso y amable.

—Yo no sé si creo en Dios —le recordó el Oso Feroz.

—Ya lo sé. Quizá baste con saber que aquí ella será feliz para siempre.

El Oso Feroz le dio las gracias e intentó pagarle por sus servicios. Pero el hombre santo se negó.

—No necesito nada. Me hace feliz saber que me buscó para contarme lo que hizo.

—Pero me gustaría pagarle de alguna manera. No tengo palabras para…

—Nada tiene que agradecer el que ama —dijo sin dejarlo terminar.

Y el hombre santo se marchó para nunca más volver.

Sergei no supo qué decir.

Unos pájaros cantaron a lo lejos y, más allá, otros contestaron. Los matorrales junto a la rocalla se movieron, murmurando. Una ráfaga de viento acarició las ramas de los árboles que los rodeaban y Sergei escuchó a las hojas susurrar: «Boriiis, Boriiis».

—No… No estoy seguro de que me guste esta historia. Este final… No me lo esperaba.

—La mayoría de las veces las cosas no ocurren como esperamos.

—Ya.

Sergei volvió a refugiarse en el silencio. Allí, en algún lugar del jardín, reposaba el cuerpo de Olga Ivana Borisova.

—¿No me vas a preguntar por el artista? —El guarda interrumpió sus pensamientos.

—Murió, ¿no? Murió en Barcelona.

—¿Por qué crees eso?

Sergei se encogió de hombros.

—No, no murió.

Sergei tragó saliva. La historia no había terminado aún. Así que cambió de postura para acomodarse sobre una roca.

—El artista quedó muy malherido en aquella buhardilla, Sergei, pero consiguió recuperarse. Desgraciadamente, tardó meses en hacerlo. Y nunca, nunca jamás, quedó bien del todo. La cuchillada le alcanzó uno de sus delicados pulmones y eso lo afectó para siempre. Pero sobrevivió, porque las ganas de vivir pueden con todo. Y cuando se recobró, regresó aquí, al jardín de Kiev. Recuerda que el Oso Feroz le había dejado la llavecita del jardín en el bolsillo. Y él

nunca se rindió. Sabía que Olga Ivana Borisova lo esperaría siempre.

Cuando el artista pudo regresar al jardín, el verano estaba a punto de terminar. Era una de esas noches frescas que aún conservan los perfumes de las dalias y las begonias. No había luna y la oscuridad concentraba el efluvio de las flores que hacía unas horas se habían cerrado.

El joven probó su llave en la puerta, la abrió y se dirigió, en lo que él creía que era un completo silencio, hacia la mansión en busca de Olga Ivana Borisova. Pero el jardín tenía sus propios oídos y el Oso Feroz le salió al encuentro.

—Has vuelto. Estás vivo. —El hombre abrazó al artista y sintió su cuerpo más delgado y más débil.

—Casi no lo cuento. Ha sido un milagro que haya podido recuperarme —dijo con la voz rota.

Aun en la oscuridad, el Oso Feroz observó la palidez de su rostro, su voz queda, el esfuerzo que le suponía pronunciar una frase seguida.

—Ella ha muerto, muchacho. De parto.

Lo soltó así, de repente, aun sabiendo el dolor que le causaría escuchar esas palabras. Pero no podía contarlo de otra manera. Porque si no, sería él quien se rompería en mil pedazos antes de decirlo.

Por la noche, los sonidos del jardín eran muy diferentes a los del día. Un búho lejano ululó. El artista dio un paso atrás y pisó una ramita que rompió el silencio con su chasquido. Hubiera podido desplomarse allí mismo, pero la vieja fuerza de la costumbre lo mantuvo en pie.

El Oso Feroz lo observó tambalearse y le sostuvo el brazo con firmeza.

—Creen que reposa en el cementerio de la ciudad —añadió—. Pero yo la enterré aquí, en el jardín. ¿Quieres ver su tumba?

Un pozo se había abierto a los pies del artista. No pudo decir nada. Simplemente asintió con un gesto y se dejó guiar en la oscuridad, que olía a las flores del día, a la felicidad lejana, a los amores perdidos para siempre y a los viejos dioses que observaban con curiosidad a los dos hombres que atravesaban la penumbra juntos, apoyándose no se sabía cuál en quién.

Y así, esa noche oscura, bajo la protección de una luna invisible,

el Oso Feroz condujo al artista hasta el lugar en el que había enterrado a Olga Ivana Borisova. Y una vez allí, el artista dejó escapar toda la angustia que había encerrado dentro de sí durante los últimos minutos y liberó sus lágrimas. Solo entonces, el Oso Feroz lloró con él. Y aunque ninguno era creyente, los dos rezaron como supieron, porque en la bendita repetición de las oraciones puede llegar a encontrarse una forma inocente y sencilla de paz.

Las estrellas se desplazaron por el cielo siguiendo los caminos de cada noche, y los dos hombres permanecieron en pie sin ser conscientes de si pasaban una, dos, tres o cuatro horas. Y así, entre el sabor salado de las lágrimas, el quedo sonido de los sollozos y los recuerdos que intercambiaron entre susurros, los dos sellaron su amistad para siempre.

Cuando las primeras luces del amanecer se asomaron entre el ramaje, el artista se despidió.

—¿Volverás algún día? —preguntó el Oso Feroz.

—Claro que volveré. No sé cuándo ni cómo, pero lo haré. Seguro.

—Estaré aquí, esperándote.

—Gracias. —El artista sonrió.

—Siempre tendremos el jardín.

—Siempre.

—Y el artista se fue, Sergei. Aquella madrugada volvió a cruzar la pequeña puerta y nunca más volvió.

Sergei fue a preguntarle algo, pero la pregunta no llegó a salir, se le quedó atascada en la garganta.

El guarda se levantó y se acercó de nuevo a la rocalla y al murete de piedras. Sergei lo observó andar con dificultad, con su chaqueta rojiza bamboleándose. Le pareció escuchar un sollozo ronco, pero quizá fue el sonido de las ramas de los árboles o algún animalillo escondiéndose entre los matorrales.

—Lo siento, muchacho, debo marcharme —murmuró, en un tono tan bajo que Sergei apenas pudo entenderlo.

Sergei se quedó solo escuchando las pisadas del hombre que se alejaban despacio. Las piedras de gravilla parecían susurrar a cada paso. Después, reinó un completo silencio. Casi podía oír la hierba crecer, abriéndose camino entre la tierra, buscando el sol y el aire y la luz. Las hojas danzaban por el suelo, movidas por un leve viento. De pronto, una ráfaga las empujó desde abajo y ascendieron haciendo espirales hasta acariciar a sus hermanas de los árboles más cercanos. Luego volvieron a caer, como si nevara, lentamente, alrededor de Sergei.

Él sintió que le faltaba el aire. Respiró hondo los aromas del tomillo en todas sus variedades, la profunda lavanda, el orégano, la albahaca, el jengibre picante, el perejil, el romero, la salvia revoltosa, la angélica, el dulce hinojo y la menta fresca… Y con esa bocanada de aire sintió que un pasado brumoso y dulce lo acariciaba, y que algo se removía en su interior; pero fue incapaz de ponerle nombre. Solo sabía que olía a lugares brillantes y lejanos y a tiempos felices.

A su espalda, unos pasos delicados hicieron crepitar la grava del camino.

—¿Tat?

Ella surgió de entre los arbustos. Vestía un largo delantal con bolsillos que cubría una falda amplia que le llegaba hasta los tobillos. Así parecía que fuese aún más alta.

—Pareces triste, Sergei.

—Me acaban de contar una historia… y no me esperaba ese final.

—Algunos finales no los esperamos nunca. Pero, nos guste o no, las cosas malas ocurren. En las historias y en la realidad, claro.

—Ya lo sé. Y no podemos hacer nada por impedirlo.

Ella se encogió de hombros.

—Claro que, si son historias, podemos cambiar el final a nuestro antojo. ¡Nos lo podemos inventar! Nadie es dueño de las historias, Sergei. Nos pertenecen a todos, así que es posible cambiarlas como queramos hasta hacerlas nuestras.

—¿Porque todas las historias son la misma historia y nosotros somos los protagonistas de todas ellas?

—Yo creo más bien que es porque siempre ponemos un poquito de nosotros en ellas.

Tatiana se sentó en el suelo, al sol, y Sergei se acomodó a su

lado. Su falda se extendió alrededor de ella creando un círculo del que emergía como una flor o una seta, o como una criatura del bosque.

—Y en cuanto a la realidad… Bueno, también ocurren cosas terribles. Pero luego pasan. Todo pasa; lo malo, pero también lo bueno. Y entonces solo nos queda disfrutar de los buenos momentos, sabiendo que son únicos y efímeros. Siendo conscientes de lo excepcional de cada instante. Y de los malos momentos… Pues hay que pensar que también se irán. Que es cuestión de tiempo. Todo es cuestión de tiempo.

A Sergei todo aquello le recordó algo que había contado el guarda. ¿O quizá lo había dicho el hombre santo?

Tatiana arrancó algunas briznas de hierba y comenzó a trenzarlas.

—Y ya que hay que vivir cosas malas, solo nos queda confiar en que al menos hayamos aprendido algo de esas experiencias. Algo que después nos sirva para el futuro. Quizá para sufrir menos, o para ayudar a alguien, o para… No sé, para ser mejores personas. —Por fin Tat levantó la vista de lo que estaba haciendo y buscó los ojos de Sergei—. A mí me gusta pensar que todo sucede por una razón. No me mires así. Ya sé que no es verdad, pero me gusta pensarlo. Es más, eso me ayuda a afrontar todo lo malo, así que me lo creo y ¡ya está! Me gusta pensar que dentro de todo caos hay un orden oculto.

Sergei se quedó pensando unos instantes.

—Bueno, es que a veces sí que hay un orden oculto —respondió —. Por ejemplo, en la naturaleza: en la belleza de las curvas de las plantas que se enroscan sobre sí mismas hay un orden matemático. Esas curvas que nos parecen casuales siguen una lógica. No sé bien cuál es, pero sí sé que los más sabios pueden desentrañar los misterios de la naturaleza y aprender de ella. Y estoy seguro de que ese orden secreto también se encuentra en la forma en la que crecen las raíces de los árboles y las plantas, hacia abajo, cuando se desdoblan en dos o en tres o en cuarenta, formando esas redes tan curiosas con tal de alcanzar una u otra zona. Y ese orden creo que también está en la forma de cada rama cuando crece intentando tocar el cielo. La naturaleza aparenta ser un caos, pero oculta un orden secreto dentro de sí.

Tatiana recogió las piernas hacia su cuerpo y las abrazó.

—Sí, quizá es más fácil de entender en la naturaleza. En cambio, en la vida humana, todo parece un sinsentido. En la naturaleza, un científico o incluso un artista es capaz de encontrar el orden o la belleza.

Los dos guardaron silencio hasta que Tatiana lo rompió.

—A veces me quedo mirando los árboles, sobre todo los más viejos y más altos, y observo la forma de sus ramas elevarse hacia el cielo, y me imagino todo lo que queda por debajo y no vemos: las raíces que probablemente son igual de largas que las ramas. Y entonces me doy cuenta de que tenemos una imagen totalmente distorsionada de lo que son los árboles, porque pensamos en ellos solo por lo que vemos. Pero bajo tierra están las raíces, que casi casi son simétricas a sus copas. No sé, los cipreses, por ejemplo, que son tan altos, también tienen unas raíces muy profundas. Así que si quiero dibujar un árbol, no es solo un tronco con ramas. Es un tronco con ramas arriba y con «ramas» abajo, con raíces tan largas como las ramas.

—Estaría bien poder pintar todo lo que no se ve.

Ella asintió.

—¡Y hay tanto que no vemos…!

Sergei pensó en los sentidos de los animales y las plantas. En cómo percibirían el mundo. «¿Cuántas cosas hay invisibles para nosotros que ellos, en cambio, sí que pueden sentir? ¿Cómo siente una planta el olor de otra? ¿Huelen el agua? ¿Qué sienten cuando una rama roza a otra? ¿Cómo cuentan los árboles todo eso en sus historias?».

Iba a comentárselo a Tatiana, cuando ella murmuró:

—Los árboles pertenecen a dos mundos: unen la tierra y el cielo. Y a veces me pregunto si nosotros también deseamos eso. Quizá nos pasamos la vida queriendo equilibrar dos mundos, buscando unas raíces que no tenemos o intentando construirlas. Quizá recordamos de alguna manera que en algún momento pertenecimos a dos mundos, pero ahora nos hemos olvidado de la tierra que nos alimentó.

Sergei no supo muy bien a qué se refería Tatiana. Así que se mantuvo en silencio y pensó en ello. Porque sabía que tarde o temprano lo entendería.

—Ay, Tat. ¿Sabes? Ya sé el final de tu historia.

—¿Qué historia?

—Una que me contaste sobre el dios del bosque, la que dejaste a medias. Esa que no tenía final. Ahora ya sé cómo acaba…

Tatiana se acomodó en el suelo, dispuesta a escuchar.

—¿Te acuerdas? Era la historia de una niña que aprendió el lenguaje de los árboles, y el bosque y sus criaturas cuidaron de ella. Acabó convirtiéndose en una criatura salvaje y dijiste que fue la única que encontró al dios del bosque porque solo aquellos que son inocentes y de corazón puro pueden encontrarlo. —Sergei lo soltó de carrerilla y tuvo que coger aire para continuar—. Pues bien, ya sé el final. Creo que ella creció en ese mundo, que era un mundo sin tiempo, hasta convertirse en una criatura más del bosque. Lo sabía todo sobre las plantas, los árboles y las flores: dónde crece cada uno y en qué tipo de tierra, y si le gusta el sol o la sombra, la tierra seca o la humedad. Aprendió cuándo hay que plantar cada semilla o esqueje y cuál es el momento más adecuado para recoger o cosechar. Y, sobre todo, aprendió para qué sirve cada planta. Sabía si ayuda a curar un resfriado en forma de infusión o machacada en un emplasto. O si hay que usar la parte de la flor, del tallo o de las hojas para elaborar ungüentos —explicó acelerado—. Lo sabía todo porque formaba parte del bosque, y cada ser vivo y cada planta también formaban parte de ella. Pero, al final, salió del bosque y volvió con los seres humanos por un tiempo, porque quería enseñar todo lo que sabía. Y cuando volvió a vivir entre los humanos, decidió que enseñaría a las mujeres, a las que ayudaban a traer la vida al mundo, a las parteras, a las comadronas, a las ancianas que vivían solas. Quería ayudarlas a ellas porque si ellas aprendían, aprenderían todos… —Tras coger aire de nuevo, suspiró.

Tatiana sonrió.

—¿Estás seguro de que ese es el final de la historia?

—Bueno, la verdad es que me lo he inventado. Se parece mucho al final de otra historia que me han contado. Y creo que le va muy bien. A mí me gusta. Así que he decidido que ese será mi final para el cuento que dejaste a medias.

—Es un final muy bonito, Sergei. Una mujer, la hija del bosque, que resulta ser el origen de todas las mujeres que conocen el poder curativo de las plantas y… Es posible que también sea el origen de las brujas buenas, y seguramente de las malas. De todas esas mujeres

sabias que viven solas y ayudan a todo aquel que lo necesita. —Tatiana lo sopesó unos instantes—. Vale, a mí también me gusta ese final. Si quieres, se lo pondremos a la historia de la hija del bosque… Pero habrá que adornar el relato, porque así, tan resumido, no tiene mucha emoción y pierde toda la gracia.

Sergei sonrió satisfecho.

—Las historias hay que adornarlas un poquito. Si las explicas así, de carrerilla, resultan más aburridas y al que escucha le da igual lo que pase con los protagonistas.

—¿Mi final te ha aburrido?

—Por supuesto que no. ¡Me ha encantado! ¡Es el origen de todas las brujas! ¡Cómo no me va a gustar! Pero hay que añadirle un poco de… sal y pimienta. Mira, voy a ponerte como ejemplo otra historia. Trata de un niño que guardó unas semillas durante años y años para plantarlas en el momento oportuno. Cuando las plantó, ya era un hombre. —Tatiana se quedó mirando a Sergei—. ¿Ves? Si cuento solo eso, tan resumido, no tiene ninguna emoción. Pero si te digo: «Érase una vez…».

—Me parece que nunca has empezado una historia así.

Tatiana rio.

—Bueno, hoy toca un comienzo típico de cuento. Escucha, Sergei…

> Érase una vez un niño pequeño, valiente, travieso y divertido. Vivía en una aldea no muy lejos del bosque y lo conocía muy bien. Era el que mejor lo conocía de todos los niños de su aldea. Se sabía todos los caminos y senderos por los que se podía ir y también cuáles eran peligrosos en invierno, los más cortos o los más largos. Y, por supuesto, sabía muy bien por cuáles no debía aventurarse nunca, porque llevaban muy lejos o acababan en la nada, o daban tantas vueltas que acababas perdiéndote. Conocía así de bien el bosque porque su padre se lo había enseñado, y su abuelo se lo enseñó a su vez a su padre, y así durante todas las generaciones de hombres que nacieron en aquella aldea junto al bosque. Pero los demás niños de la aldea también lo conocían, no eran tontos…
>
> Un día de primavera radiante, de esos en que el bosque está tan hermoso con sus flores amarillas y azules y rojas, y sus hojas verdes tan tiernas y tan brillantes, con las gotas de agua de rocío recogiendo los rayos de sol y creando diminutos arcoíris… Pues bien, uno de

esos días, él y sus amigos estaban jugando cuando uno de ellos se quedó quieto mirando hacia la espesura.

—He visto un hada —les dijo.

—Las hadas no existen —le contestó el niño que mejor conocía el bosque.

—Pues te juro que he visto una. Se ha ido por allí.

—Seguramente era una libélula —intervino una niña—. A veces parecen pequeñas haditas, con esas alas tan finas y tan transparentes y esos colores tan bonitos.

—Sé lo que he visto. Y no era una libélula. Era un hada —insistió el primer niño.

—Las hadas no existen —repitió el que mejor conocía el bosque.

—¡Voy a buscarla! ¡De verdad que la he visto! ¿Quién se viene conmigo?

El niño comenzó a caminar por un sendero que todos sabían que se internaba en lo más profundo del bosque y no terminaba en ninguna parte.

—Por allí no debemos ir. Podríamos perdernos —dijo la niña.

—Si vamos juntos, no nos perderemos —contestó el niño que conocía el bosque, que se animó de pronto—. Si todos nos fijamos en los cruces, en las rocas, en los árboles y dejamos pistas, sabremos regresar.

—Yo sí que voy —dijo otra niñita que hasta entonces había estado callada.

—Pues entonces, yo también. Después de todo, siempre he querido ver un hada.

Y así, el grupo de niños se internó en el bosque siguiendo el sendero que no terminaba en ningún sitio. El camino se iba haciendo cada vez más estrecho, y cuando dudaban entre seguirlo o tomar otro, el niño que había visto el hada gritó:

—¡La he vuelto a ver allí!

—Yo no he visto nada.

—No la ves porque no crees en ellas. Eso es lo que dicen —contestó la nenita más pequeña.

Y anduvieron por el bosque, que ese día estaba especialmente hermoso, hasta que llegaron a un lugar en el que el sendero desapareció.

—Y ahora ¿por dónde vamos?

El niño que conocía el bosque se quedó pensando.

—Si fueses un hada, ¿dónde vivirías?

—En lo más escondido del bosque. Pero, claro, también en lo más bonito —contestó la niña mayor.

Y todos estuvieron de acuerdo con eso. De manera que eligieron el rincón que les pareció más bello y tomaron esa dirección internándose en la espesura. Eligieron siempre los pasajes más bellos. Se iban fijando mucho en cada árbol y cada arbusto, y a veces rompían una ramita para señalar el camino de vuelta o dejaban piedras para señalar por dónde habían pasado. Anduvieron durante varias horas y…

—¿Qué encontraron? —la interrumpió Sergei.

—No encontraron nada.

—Pues vaya birria de historia, ¿no?

—No, espera… Quiero decir que no encontraron a las hadas, pero descubrieron un rincón precioso.

Había un pequeño lago, un lago de aguas tan tranquilas que reflejaban el paisaje mejor que cualquier espejo. La arena del fondo era muy fina y oscura. Tan fina que nunca habían visto una igual. Los niños metieron los pies en el agua, que estaba helada, como solo puede estarlo el agua en la temprana primavera.

—Si yo fuese un hada viviría aquí. Esto es muy bonito —dijo la niña pequeña.

Y todos estuvieron de acuerdo. Aquel era un lugar especial. No encontraron a las hadas, pero no les importó. Porque aquel era un lugar maravilloso del que nadie les había hablado. Encontraron algunas libélulas y también mariposas y pájaros. Y aunque no los vieron, estaban seguros de que allí irían a beber los osos y los lobos y todas las criaturas del bosque. Pero no apareció ninguna, quizá porque los asustaron con sus risas y su felicidad.

Estuvieron jugando un buen rato. A veces en el agua; otras, fuera de ella. Y cuando, ya agotados, decidieron regresar, con tiempo suficiente para que no se les hiciera de noche, uno de ellos se quedó mirando un árbol que se escondía junto a los matorrales, muy cerca del sitio por el que habían llegado.

—Nunca había visto uno de estos.

Era un árbol distinto a los demás. Sus hojas eran alargadas y de un verde extremadamente tierno. Parecía un anciano, porque no

podía sostener sus propias ramas, que eran muy flexibles y se curvaban hacia el suelo formando una cortina vegetal. Era el único árbol de ese tipo junto al lago. Y nunca, ni en el bosque ni en la aldea, habían visto otro semejante.

El niño que conocía el bosque miró el suelo alrededor del árbol y descubrió unas semillas.

—¡Qué raras y qué grandes! ¡Parecen alas!

Eran unos granos oscuros y duros con forma de uña que se insertaban dentro de una especie de ala transparente, como las de las mariposas, las libélulas o las hadas.

Todos recogieron algunas de aquellas semillas aladas de recuerdo y se las guardaron en los bolsillos.

El regreso no fue fácil. En ocasiones dudaron si debían ir en una u otra dirección, pero al final alguno siempre encontraba la marca que habían dejado o recordaba la forma de un árbol o de un matorral. Les costó un poco, pero justo antes de que el sol se pusiera, llegaron a su aldea.

—Pensé que se perderían —la interrumpió Sergei—. Hubiese apostado a que era una de esas historias de niños perdidos en el bosque.

—Pues no, estos niños eran muy listos. Cuando regresaron, algunos padres estaban preocupados por ellos porque era muy tarde. Otros no, porque ya sabes que no todos los padres quieren a sus hijos.

—Ya lo sé —dijo Sergei—. Lo sé muy bien.

Los niños contaron a sus mayores que, siguiendo el rastro de las hadas, habían conseguido llegar hasta un lago. Nadie se lo creyó, porque todos sabían que por allí no había ninguno como el que describían. Ellos insistieron, y la única persona que los escuchó atentamente fue una anciana, la más vieja de la aldea, que vivía sola a las afueras. Ella les preguntó por el lago y ellos se lo describieron con todo detalle. Y les dijo que, si bien ella nunca había estado allí, cuando era niña le contaron que existía un lago mágico que solo aparecía a veces, cuando él quería, si alguien lo encontraba y no esperaba hacerlo, y que ellos habían sido muy afortunados por haber sido elegidos.

Entonces, ellos le dijeron que habían guardado las semillas de un árbol muy extraño que crecía junto al lago, cuyas ramas, en lugar de buscar el cielo, se dirigían hacia la tierra.

La anciana observó cuidadosamente las semillas sin tocarlas, porque parecía que le daba miedo hacerlo, y les dijo:

—Conozco casi todos los árboles y las plantas del bosque y nunca había visto unas como estas. Creo que son tan mágicas como el lago. Cuidadlas bien, niños míos, porque si sabéis guardarlas para el momento y el lugar propicios, seguramente os llenarán de bendiciones. Es un regalo que el lago os ha hecho.

Pero los niños, por muy listos que fuesen, eran niños. Así que uno de ellos, el que había visto el hada, sembró las semillas junto a la puerta de su cabaña. Y… no salió nada de allí. La niña mayor esperó unos días más y las sembró en la linde del bosque. Pero allí tampoco creció nunca nada. La niñita tuvo más paciencia y fue capaz de guardarlas durante meses hasta que llegó la siguiente primavera. Entonces, las sembró en una tierra húmeda y fértil pero… Tampoco ocurrió nada.

Entretanto, los niños intentaron en varias ocasiones volver a su lago. Después de todo, habían dejado pistas a lo largo de todo el camino. Pero ¿sabes qué?, nunca más lo encontraron. Cuando el sendero desaparecía, ya no se ponían de acuerdo en si habían ido por un sitio o por otro. Y no dieron con ninguna de las piedras, las ramitas rotas o los árboles que cada uno de ellos recordaba. Parecía que los caminos se retorciesen, que las rocas cambiaran de lugar y que los árboles caminasen para despistarlos.

Y el niño que conocía tan bien el bosque, el único que las conservaba, guardó sus semillas en el fondo de un arcón. Con el paso del tiempo, se secaron. Las alas de las semillas se hicieron cada vez más y más finas y, al final, se rompieron y desaparecieron, pero quedaron los granos oscuros, como uñas, en el fondo del baúl. Solo que ahora, sin alas, no podían volar.

Los años fueron pasando y todos crecieron. La anciana murió. Y una nueva anciana solitaria ocupó su antigua casa a las afueras de la aldea. Los mayores casaron a las niñas, que tuvieron hijos que a su vez crecieron como niños curiosos e inteligentes. Y el niño que conocía el bosque se convirtió en un hombre fuerte y duro.

Y llegó un día en que unos vecinos avisaron de que unos soldados que huían de la guerra rondaban por la zona. Decían que estaban cometiendo todo tipo de tropelías y maldades. Asesinaban a todo

aquel que encontraban, violaban a las mujeres, robaban todo lo que podían y, después, quemaban los pueblos para no dejar ni una casa en pie. Los vecinos habían tenido que abandonar sus hogares y huían al bosque para ocultarse. En la aldea decidieron hacer lo mismo: esconderse en lo más profundo de este.

Pero el niño que mejor conocía el bosque, que ahora era el hombre que mejor conocía el bosque, sin saber por qué, antes de guiar a su gente hacia la espesura, se acordó de las viejas semillas que guardaba en un arcón. Pensó que si los soldados prendían fuego a sus casas, se perdería para siempre el recuerdo más tangible de aquel lago mágico que nadie podía encontrar. Así que, antes de marcharse, las plantó en el camino que conducía hacia la aldea.

Las gentes del pueblo estuvieron ocultas durante semanas. Solo se atrevieron a salir cuando el olor a quemado desapareció. Y al volver a su aldea, casi no la reconocieron. Pero no fue porque hubiese ardido, sino porque unos árboles altos y flexibles, con enormes ramas que rozaban el suelo, habían crecido a la entrada impidiendo que los soldados la vieran. Su aldea se había salvado porque ninguno de aquellos soldados había encontrado el camino que conducía hacia ella.

El hombre que mejor conocía el bosque explicó a todos que fue él quien sembró las semillas de aquellos árboles que habían crecido de forma inexplicable. Y que esas semillas procedían del lago mágico en el que nadie creía. Y después, la mujer más anciana, la que vivía a las afueras, descubrió que con la corteza de esos árboles, que nunca habían visto hasta entonces, se podían hacer infusiones que calmaban los dolores y bajaban las fiebres.

Desde aquel día, todos en la aldea creyeron en las hadas y en el lago mágico que se escondía en lo más profundo y lo más bello del bosque, y que aparecía solo cuando él quería. Y juraron que ellos y sus descendientes cuidarían siempre de ese bosque. Porque les proporcionaba todo lo que necesitaban y los había ayudado en los peores momentos.

—Quizá se trataba del bosque sin nombre.

—Eso ya no lo sé. Pero es muy posible. Después de todo, todos los bosques son el mismo bosque, ¿no? ¿Te ha gustado mi historia, Sergei?

—Sí.

—«Trata de un niño que guardó unas semillas durante años y años…». Pero si te la contaba así, tan resumida, pues ya lo ves, se perdería toda la emoción.

Sergei se llevó la mano al bolsillo. ¿No había tenido él también una semilla guardada? La sensación se evaporó de su mente en un segundo. Y su mano siguió allí, en el bolsillo, buscando algo que, de pronto, había olvidado.

8

El lago

Los sauces hacían cosquillas a la superficie del lago y el agua reía, burbujeando y dibujando con ondas y curvas el ritmo invisible del viento.

—¿Es este un lago artificial?

—No, Sergei, aquí siempre hubo un pequeño lago. Cuando se diseñó el jardín, aprovecharon lo que ya existía. Construyeron el embarcadero y luego, allí enfrente, un dique que refuerza aquella orilla y hace pensar a algunos que esto es un estanque.

—No hay barcas.

—No queda ni una. La guerra se las llevó consigo, igual que se llevó tantas y tantas cosas. ¡Quién sabe si volverán algún día! Hubo un tiempo en que los jóvenes remaban aquí en primavera y en verano, y cuando los inviernos congelaban el lago, patinaban sobre el hielo.

—Los Borisov debían de ser muy ricos.

El guarda asintió en silencio.

Un canal estrecho nacía del lago. Se perdía a lo lejos, entre los árboles, y un puentecillo curvado de madera lo atravesaba donde apenas alcanzaba la vista.

Algunas libélulas volaban cerca de la orilla junto a Sergei y el guarda. A veces tocaban el agua y entonces la superficie temblaba como si la hubieran pellizcado. El envolvente aroma de los tilos y el zumbido de las abejas se mezclaban para componer una espesa tarde de verano.

Sergei se había quitado la chaqueta y tenía las mangas de la camisa arremangadas. El sol acariciaba su piel. Cerró los ojos y escuchó el distante sonido de las cigarras. Un somorgujo aleteó y emprendió el vuelo.

El guarda comenzó a canturrear una balada. Apenas se

distinguían las notas, pero acompañaba perfectamente a aquella tarde calurosa. Sin darse cuenta, Sergei empezó a llevar el ritmo con las manos.

—¿Sabes, muchacho? No pido más a la vida que esto. Una tarde así, un día como este. No deseo más que ser como un árbol: permanecer aquí, sin prisas, dejándome acariciar por la brisa y el calor del sol.

Sergei mantuvo los ojos cerrados. Respiró hondo. Alguien le había dicho lo importante que era hacerlo profunda y conscientemente. El aroma de los tilos inundó sus pulmones, pero también el olor a algas y a agua y a cieno y a aire puro, el más puro que había olido nunca.

Y entonces, justo cuando hinchaba el pecho, sintió el verano y el zumbido de las abejas entrar en su interior. Pensó que si inspiraba una pizca más de aire, podría flotar sobre las aguas tranquilas del lago como si fuera una libélula o una de aquellas abejas. Sentía su cuerpo tan liviano que era como si se hubiera evaporado y formase parte del jardín, del lago, de la tarde y del aroma de los tilos. Nunca antes había notado esa paz. Ni recordaba haberse sentido parte de algo. Pero ahora, por unos instantes, supo que era una pequeña parte de algo grande e inmenso; una simple nota de una sinfonía eterna y, de repente, todo tenía sentido. ¿Cuál? No lo sabía. Pero todo estaba bien y en su sitio. Y las libélulas volaban y los tilos exhalaban su aroma penetrante y profundo.

Le dio miedo romper el hechizo y perder la magia del momento, así que continuó respirando con los ojos cerrados, hasta que el tiempo pasó, no sabía cuánto, y se dio cuenta de que hacía ya un buen rato que no escuchaba la cancioncilla.

Entonces abrió los ojos y vio la silueta del guarda recortada sobre el lago. Un hombre recio y ancho a contraluz. Y centenares de pequeñas lucecitas destellando en el agua a su alrededor. Como si las luces tuvieran vida propia y saltasen caprichosas de un lado para otro. Aquí y allá. Y luego, allí y acá… Como las hadas. Como si cada una fuese un hadita brillante y diminuta que bailara sobre la superficie de un lago tan refulgente que casi la cegara.

Al incorporarse, debió de hacer algún ruido, porque el guarda se volvió.

—Hace calor —dijo—, pero ¿te apetece dar un paseo alrededor

del lago?

Sergei se levantó sin contestar. Cuando llegó junto al guarda, le ofreció el brazo para que se apoyase y así, en completo silencio, los dos hombres echaron a andar.

Solo se oían sus respectivos pasos sobre la arena y las hojas de los tilos y los sauces murmurando sobre ellos. Las abejas parecían haberse ido. Sergei se fijó en que algunas estaban muertas bajo los tilos.

El guarda siguió la dirección de su mirada.

—Se han muerto de hambre.

—¡De hambre! ¡Cómo pueden morirse de hambre cuando tienen todas las flores que deseen a su alcance! ¡Están cuajadas de polen!

—Parece que sí. Pero estas flores que ves ya no son como hace unas semanas. El polen es diferente… Los tilos son engañosos. Cuando salen las primeras flores, las abejas liban su polen. Es un polen potente, fuerte y adictivo, Sergei. Tanto que las abejas se acostumbran a él y ya no buscan ninguna otra cosa. Así que los días van pasando, las flores pierden su potencia y las abejas zumban alrededor anhelando algo que ya no existe. Son incapaces de buscar alimento en otro lugar, así que se mueren de hambre, rodeadas de unas flores que ya no pueden darles lo que desean, aquello a lo que sus diminutos cuerpos se acostumbraron.

Sergei observó los cadáveres de las abejas bajo los tilos. Ya no se oía su zumbido. ¿Dónde estaban las demás? ¿Se habían marchado? ¿Habrían vencido el hechizo del árbol del tilo? Quizá también habían muerto, o puede que hubieran conseguido regresar a su colmena.

Echó un vistazo a su alrededor. Solo encontró las libélulas en la orilla.

El guarda apretó su brazo y continuaron caminando.

—El agua tiene algo de mágico. Te cura, sana el espíritu. Contemplar el agua: un lago, el mar, un arroyo, nos calma. Nos conecta con algo antiguo y profundo. Como los bosques.

—¡Y bañarte también te deja como nuevo! —Sergei sopesó lo que acababa de decir—. Es como un símbolo: el agua te limpia por fuera, pero también por dentro.

—Yo creo que es algo más que un símbolo. Te sientes muy bien después de darte un baño relajante en agua caliente, o en el agua fresca, que te hace sentir más vivo que nunca. Pero tiene que haber

algo más… Seguro que a nuestro cuerpo, cuando entra en contacto con el agua…, le pasan cosas que hacen que te sientas bien.

—Serán de esas cosas que solo los sabios entienden. Cosas químicas. Nuestros cuerpos son pura química, ¿no?

—Probablemente, muchacho. Probablemente. —Hizo una pequeña pausa y después continuó—: ¿Qué haces tú cuando estás triste, Sergei? ¿Dejas que la tristeza te invada o la combates con baños o con qué?

Sergei no supo qué contestar. Si era una tristeza pequeña, la llevaba consigo como una chaqueta empapada por la lluvia, incómodo, pero sabiendo que tarde o temprano se secaría y la olvidaría. Ay, pero si era una tristeza grande, de esas que se quedan aferradas al corazón con garras de uñas afiladas que lo destrozan, entonces ni el agua ni nada podía calmarlo.

El guarda parecía haber escuchado sus pensamientos.

—Cuando el espíritu está herido de verdad, a mí me va bien andar por el bosque o el jardín sin rumbo fijo. Dejo que los pies me guíen por donde ellos quieran. Camino sin prisas, sin un objetivo, sin tener que llegar a ningún sitio. Me gusta dejar que el camino me sorprenda y descubrirlo como si se tratase de la primera vez que lo recorro. Y sí, supongo que llegó un momento en que aprendí a leer lo que los caminos me mostraban cada día. Leer el camino es la clave para vivir, Sergei. Sana el espíritu.

El muchacho no dijo nada, pero pensó que él también había aprendido a leer los caminos. Quizá no era capaz de entenderlo todo, y quizá nunca llegase a comprender todos sus matices, pero cada día que pasaba entendía mejor el lenguaje del bosque y del jardín. Pensó en todo esto, pero no se atrevió a decírselo al guarda porque él sí que sabía. A su lado, se sentía un simple aprendiz. Un niño que aún estaba aprendiendo a caminar y tenía que apoyarse en las piedras y los troncos para no caerse. Aunque era él quien, en cambio, ofrecía el brazo al guarda para que se sostuviera.

—Viví muchos años en ciudades, Sergei. Rodeado de piedras grises y ladrillos. Me olvidé de los bosques y de todo lo que podían enseñarme. Y después, cuando regresé a la naturaleza, fue como volver a casa. Como volver a los orígenes, al hogar. ¿Sabes? Provengo de una aldea diminuta, perdida en medio de la nada. Y ahora vivo aquí. Mi hogar es, de nuevo, el bosque, el jardín.

El guarda se detuvo un momento. Tocó el tronco de un abedul joven.

—La tierra es lo único que permanece. Es real. Esto son nuestras raíces. Es lo que cuenta y lo que hay que cuidar. No como los hombres grises de la ciudad, que solo se ocupan de números y de lo que no existe. Los datos, los números, los ceros y los unos desaparecen, ¡nosotros desaparecemos! Pero quedará la tierra, que huele, que puede pesarse. He visto a tantos y tantos rodeados de datos, sosteniendo sus vidas sobre lo que no existe… ¡Pero lo que importa es la tierra, los bosques, los jardines!

El guarda gesticuló con vehemencia. Sus mejillas se habían coloreado tanto como las de la señora Petrova, tal y como aparecía entre los nebulosos recuerdos de la infancia.

—Y corren, corren siempre de un sitio para otro —continuó el hombre—. Siempre con prisas. Y cuando corres tanto, se te olvida a dónde vas y de dónde vienes. Ignoras lo que es permanecer, sentirte parte de algo. A veces hay que parar, muchacho. Hay que vivir el presente ¡con todos nuestros sentidos abiertos!

Sergei inspiró hondo buscando esa sensación que había vivido hacía un rato, cuando se sintió parte de un todo. Era verdad que se necesitaba tiempo. Para pasar momentos tranquilos a solas, con uno mismo. Él, en la ciudad, en ocasiones también había sentido esa aceleración, ese impulso de correr. De ir siempre más deprisa. Y se estaba bien en el jardín. Paseando tranquilamente. Charlando con el guarda.

—Ay, los hombres grises. Qué tristes son. Y cuántos hay. Cada vez son más. Una legión de hombres que caminan con los ojos abiertos sin saber a dónde van. No caben tantos en esta tierra. —Golpeó con fuerza juvenil el suelo—. Llegará un momento en que los árboles se rebelen, y entonces, cuando todos los hombres hayamos muerto, nuestros huesos grises y blancos serán como las ramas secas y las frías rocas, y los árboles nos cubrirán de verde hasta que nada ni nadie nos recuerde.

Sergei pensó en los huesos de los antiguos gigantes y de los animales prehistóricos que algunos sabios estaban sacando a la luz. «¿Alguna vez los hombres nos extinguiremos como esos gigantes? ¿Habrá alguien en el futuro que se dedique a buscar y estudiar nuestros huesos?», se preguntó.

—¿Crees que exagero?

—Un poco —reconoció Sergei.

El guarda se encogió de hombros y sonrió.

—Quizá tengas razón. Después de todo, soy un viejo que ha visto desaparecer los bosques. Y he visto los arroyos, que antes eran cristalinos, contaminados por las fábricas. Y los cielos cubrirse de humos poco a poco… Quizá exagero, sí. Ojalá esté exagerando.

Sus pasos los habían conducido hasta el canal que nacía del lago. Pusieron rumbo hacia el puente de madera. Allí, se apoyaron en la barandilla, que crujió con su peso, para contemplar el agua que transcurría bajo sus pies destellando.

—No sé si exagera, pero sí que es verdad que cuando vives en la ciudad, las cosas te empujan. —Sergei había retomado el tema—. Corres para llegar a tiempo al trabajo y luego tienes que trabajar cada vez más deprisa, cada vez más deprisa…

—Y todo para poder pagar el alquiler y vestidos nuevos.

—Y la comida —apuntó Sergei.

Rescató un recuerdo de la infancia, de días de invierno sin leña, manos cubiertas de sabañones y las tripas rugiendo después de haber roído un mendrugo de pan. Entonces hubiera dado cualquier cosa por poder trabajar en una fábrica para pagar una hogaza de pan caliente y verduras, y un hueso, y manteca, y que su madre pudiera hacer una sopa.

—Sí, la comida. ¡No nos olvidemos de la comida! —El guarda rio con ganas. Su vehemencia anterior se vio reemplazada por un ánimo en apariencia risueño—. La comida es mucho más importante que los vestidos nuevos, no hay duda de eso. Yo me refería a esos petimetres que viven para ser observados y no paran de pavonearse. Los que disfrutan contando a los cuatro vientos lo que hacen y lo que tienen. Los que solo piensan en lucir una corbata diferente a la de ayer. O una nueva joya o un alfiler. ¡Bagatelas!

—Ese es un mundo muy lejano al mío, señor. Yo con tener unas botas sin agujeros, que no dejen pasar ni el frío ni el agua, ya estoy contento.

—El frío y el agua, sí. Eso es muy importante también. —El guarda se miró la punta de los zapatos—. No me refería a ti, joven Sergei, sino a los que están siempre presumiendo de lo que tienen. He conocido a muchos de esos; los que se miden por lo que poseen o

lo que son. El señor de no sé dónde, la condesa de no sé qué. El director de aquella fábrica, el jefe del turno de noche… Pero ¿qué tienen ahí dentro? —Señaló el pecho de Sergei—. Se han perdido pensando en qué se pondrán mañana. O se quedan varados en el pasado, regodeándose en lo que llegaron a ser. O en el futuro, planeando todo lo que pueden llegar a conseguir. Cuando lo único que existe es el presente. ¡El ahora, Sergei!

El guarda empujó una ramita con el pie, que revoloteó por el aire para acabar cayendo al agua. Creó una pequeña onda y luego desapareció centelleante bajo el puente, tragada por la magia de las hadas.

La tarde seguía siendo brillante. La brisa sopló de nuevo y Sergei cerró los ojos. Solo quería permanecer para siempre en ese momento. En ese ahora, como los árboles. En la sencilla felicidad del presente.

Cruzaron el puente y en la otra orilla se encontraron rodeados por algunos cedros y unos cuantos castaños de Indias. Tras ellos, unos robles altos y anchos proporcionaban una sombra densa y fresca.

Se dirigieron hacia allá.

—Estos árboles parecen muy viejos.

Sergei los comparó con el tocón que conocía de ciento sesenta y ocho anillos. Los troncos eran prácticamente como aquel.

—Sí que lo son. Pero aún pueden vivir más tiempo. Mucho más. ¿Sabes que los árboles ancianos son los más necesarios para el bosque? Algunos piensan que hay que rejuvenecer los bosques y entonces cortan los árboles más viejos y plantan otros nuevos. Pero también hay que dejarlos crecer para que se hagan viejos. Luego serán más productivos, claro, y también nos proporcionarán más sombra y más fresco. Nos protegerán del calor… Hay que dejar que los bosques envejezcan, porque guardan la historia de la tierra dentro de sí y enseñan a los árboles más jóvenes a sobrevivir.

—Son hermosos.

—Sí, lo son. Hay belleza en lo viejo. Pero no todo el mundo es capaz de verlo.

Sergei recordó la historia del cuenco usado y renegrido.

—Hay que dejar que los bosques crezcan y envejezcan —repitió el guarda—. Si acabamos con ellos, la humanidad desaparecerá.

—Vamos a romper el cuenco.

—¿Qué cuenco?

—Me refiero a la historia del viejo cuenco, el que se arregla y es aún más hermoso. Sin cuenco no hay belleza que valga.

El guarda rio.

—Sí, hay que conservar el cuenco. Si lo rompemos en demasiados pedazos, no habrá nadie que pueda arreglarlo. Pero, recuerda, si la humanidad desaparece, la vida continuará. Las plantas se abrirán camino en ese nuevo mundo. Los árboles y las plantas no nos necesitan. Para ellos somos como una plaga en la tierra.

—Me pregunto qué pensarán las plantas de nosotros.

Sergei se imaginó un rosal. ¿Sería capaz de distinguir los pasos del jardinero que lo riega cuando lo necesita? ¿Le dolerían las podas? Y un árbol, ¿se encogería de temor cuando sintiera acercarse al leñador?

—No creo que piensen en nosotros, muchacho. Solo somos sombras borrosas que pasan demasiado deprisa a su lado. Simples insectos que, sin embargo, pueden hacerlos desaparecer.

—Quizá teman a esos insectos. No sé; yo creo que sí que piensan. Solo que lo que nosotros llamamos «pensar» no tiene nada que ver con lo que hacen ellos. Las plantas y los árboles sienten y piensan, pero lo hacen de una forma tan diferente a la nuestra que no podemos comprenderlos.

—Porque lo hacen con sus propios sentidos y, además, viven a una velocidad mucho más lenta.

—Sí. Y por mucho que nos cueste reconocerlo, sienten. Son seres sintientes, como nosotros.

—Eso es lo que decía aquel hombre santo: que todos los seres vivos éramos criaturas de Dios.

En aquel momento, Sergei, resguardado a la sombra de los robles, lo dio por cierto. Las hojas vibraban a su alrededor, las ramas se balanceaban dulcemente. No sabía qué estaría ocurriendo con las raíces, seguramente crecerían muy muy despacio, buscando el agua cercana del lago. ¿Las raíces se moverían tan despacio como las hojas? ¿Vibrarían o murmurarían igual que ellas? ¿Qué harían cuando en su camino se encontrasen con una roca? ¿Y con un hongo? ¿Qué contarían las raíces de los árboles más ancianos a los hongos primigenios y a las raíces más jóvenes?

Si los árboles se comunicaban a través de las raíces, ¿podrían

hacerlo también por el aire? Quizá el viento los ayudaba a llevar sus historias de un lado para otro. Quizá había unas semillas pequeñas, tan pequeñas que no podían verse, que volaban por el aire llevando consigo los secretos y las historias de los árboles.

Desde allí, contemplado desde la otra orilla, el lago brillaba de otra manera. Los destellos del sol habían casi desaparecido para ser reemplazados por un tono uniforme azul y verdoso.

—Y si desaparecen los bosques y los hombres…, ¿desaparecerán las hadas?

El guarda rio a carcajadas.

—Es una gran pregunta, Sergei. Si las hadas nacen de la magia y de la imaginación, y salen de la mente de los hombres, también desaparecerán, por supuesto.

—Pero ¿y si no es así? ¿Y si existen de verdad?

—Entonces el mundo será solo para ellas.

Sergei no dijo nada. Pero pensó que aquel sería un mundo más hermoso. Tenía que comentárselo a Tatiana. «Un mundo sin seres humanos. El mundo de las hadas. Solo para ellas».

—¿Conoces el libro de Peter Pan? —preguntó el guarda.

—Vagamente.

—La familia de Olga Ivana Borisova estuvo en el estreno de la obra de teatro. En Londres.

—¡¿En serio?! Hace tiempo me contaron que, el día del estreno, la actriz protagonista preguntó al público si creía en las hadas…

—Conozco esa historia.

—Qué afortunados fueron. ¡Qué suerte poder ir al teatro!

Los dos hombres retomaron el camino entre los robles sin saber a dónde iban. Sencillamente, se dejaron llevar por sus pasos caprichosos.

—Si supiéramos cuántos árboles se talan al día —dijo Sergei, que no había dejado de darle vueltas a la cuestión—, podríamos plantar más y así nunca nos faltarían.

—Ah, eso es lo que han hecho los leñadores sabios toda la vida. Sabían que sus vidas y las de sus descendientes dependían de mantener ese equilibrio. Es ahora, cuando las fábricas y la civilización demandan más y más madera, cuando parece que todos hayan olvidado lo importante que es vivir en armonía con los bosques.

—Yo no lo he olvidado.

—Entonces deberían existir muchos más Sergeis. —Una sonrisa de medio lado asomó entre la tupida barba blanca—. No olvides nunca que somos simples custodios de la naturaleza. No la poseemos. Los bosques no pertenecen a nadie, por mucho que algunos escriban papeles que afirmen lo contrario. Deberíamos pasar por la vida con el único objetivo de dejar el mundo mejor de como lo encontramos. Plantando más árboles de los que talamos, limpiando el río que se ha contaminado, echando abajo las chimeneas innecesarias… Si mejorásemos las cosas, se trate de la cosa que sea, todo iría mejor.

El guarda buscó de nuevo el brazo de Sergei y ambos se encaminaron hacia el puente. En lugar de cruzarlo, siguieron el recorrido del canal.

—¿Me contará la historia del artista? ¿Qué fue de él?

El guarda dejó escapar un soplo de aire que parecía llevar demasiado tiempo encerrado en sus pulmones.

—Ay, para eso necesito sentarme, amigo.

Unas rocas cerca del agua, a la sombra de los sauces, le parecieron un lugar adecuado.

—La vida siempre continúa, Sergei. Cuando la muerte nos arrebata lo que más queremos, todo sigue adelante como si nada hubiera ocurrido. Sales a la calle y la gente pasea, el sol sale y se pone, las hojas se abren y las plantas crecen, las raíces no dejan de buscar los nutrientes que necesitan… El universo sigue su marcha ajeno a nuestra pérdida y a nuestro dolor. Porque no somos más que diminutas motas de polvo flotando en la inmensidad del infinito, ¡por mucho que nos creamos los protagonistas de una gran historia!

»Así que el artista siguió viviendo, sí, pero con el recuerdo de Olga Ivana Borisova flotando a su alrededor. Se sentía como si le faltara una parte de sí mismo. Como… un cojo, sí. —Acomodó su pierna mala sobre la otra—. Si usamos esa metáfora, te diría que siguió adelante, pero con un nuevo caminar rengo e inestable. Pensaba constantemente en ella. Tal vez demasiado. Otras mujeres se cruzaron en su camino, claro que sí. ¿Te soy sincero, Sergei? ¡Hay millones de mujeres en el mundo! Y seguro que las había tan maravillosas como Olga Ivana Borisova y otras más hermosas, más alegres, mucho más inteligentes… En realidad, ninguno de nosotros es especial. Solo lo somos para aquellos que nos aman. Hay miles,

quizá millones como nosotros. Millones de motas de polvo flotando en el infinito. Y ella… —Un suspiró se le escapó—. Ella era especial para aquellos que la amaban.

Una libélula despistada pasó junto a ellos.

El hombre la contempló en silencio.

—Supongo que ocurre algo parecido con los coleccionistas de mariposas cuando descubren una nueva variedad. Para ellos se trata de algo diferente a todo lo demás: especial. Pero es muy probable que haya otras muchas mariposas iguales a esa volando libres en la naturaleza o atrapadas para siempre en las colecciones de otros cazadores. Pero para su descubridor, siempre será especial.

—Ella no es consciente de ser diferente.

—¿Qué quieres decir, Sergei?

—Que es especial a los ojos del coleccionista, pero no a los suyos propios. La mariposa nunca sabrá lo que significa para el otro. Una vez hablamos de eso; lo especial está en los ojos del observador, no en la cosa en sí. La mariposa vive su vida sin ser consciente de lo mucho que significa para el otro.

—O vive su muerte… Porque, en este ejemplo de la mariposa, acabará muerta en una caja con tapa de cristal, clavada con alfilerillos, mostrando una belleza de la que no era consciente a todos aquellos que sí supieron apreciarla.

La libélula continuaba volando alrededor, lanzando destellos metálicos en un abanico de arcoíris.

El artista nunca volvió a sentir lo mismo por nadie. El hueco que quedó en su corazón no encontró con qué llenarse. Con la salud deteriorada, vivió unos cuantos años más. Cambió mucho, adelgazó, su piel se secó… Sus cuadros también se transformaron: sus trazos abandonaron viejas convenciones, difuminaron aún más sus formas, los tonos se tornaron más oscuros. Curiosamente, eso gustó a algunos críticos y el artista se ganó la vida mejor que en el pasado.

Quiso regresar a Barcelona, a la ciudad en la que había sido totalmente feliz. Sabía que si dejaba pasar mucho más tiempo, nunca sería capaz de volver. Porque cuando uno ha sido feliz en un lugar, la memoria lo recubre con el manto de la nostalgia y acaba rodeado de una capa dulce y espesa como la miel, y ya es imposible atravesarla y volver atrás. Los recuerdos son sutiles como el humo y, como el

humo, pueden tomar cualquier forma. Y entonces ya no se parecen en nada a la realidad que fueron y, aunque son etéreos como el viento y la niebla, duelen como estocadas bien tangibles.

Así que volvió a Barcelona, pero, una vez allí, se dio cuenta de que no quería tener demasiado cerca las calles que había recorrido junto a Olga Ivana Borisova. Así que alquiló una casita en Sants, en las afueras de la ciudad. Tenía un pequeño jardín. Poco más que una adelfa y dos jazmines, pero era suficiente para que por las tardes dejase caer su cuerpo cansado en una mecedora y observase cómo unas flores se abrían en la oscuridad de la noche y otras se cerraban. Desde su casa no se veía el mar. No quería verlo allí, siempre expuesto ante sí. Prefería elegir el momento en el que encontrarse con él, y entonces se acercaba hasta el puerto caminando despacio, muy despacio, o alquilaba un coche de caballos para bordear el Mediterráneo. Y el mar que encontró ya era otro, distinto al que él que había compartido con Olga Ivana Borisova.

Sergei recordó que un filósofo dijo que era imposible bañarse dos veces en el mismo río. El río, el mar, la vida…

—El artista sembró en su pequeño jardín algunas de las semillas que se llevó de este. Nunca las vio crecer. ¿No te lo había dicho, Sergei? Guardó las semillas durante años hasta que encontró el lugar perfecto para plantarlas. A mí me gusta imaginar que, años después, muchos años después, aquellas semillas prosperaron y se convirtieron en árboles y arbustos que hoy alguien cuida con esmero. Y quizá las gentes se encuentren con aquellos árboles, extraños para esas tierras, y nadie sepa de dónde provienen ni quién los plantó… Pero los árboles, cada vez que sople el viento, contarán la historia de su origen a sus semejantes para que llegue a otros bosques, a otras tierras… Y quién sabe si algún día esa historia llegará hasta aquí, hasta el bosque y el jardín originales, los que vieron transcurrir la historia del artista y de Olga Ivana Borisova bajo sus hojas, sus ramas y sus sombras.

Sergei miró a su alrededor y se preguntó, como el guarda, si la historia ya habría llegado hasta allí. Y se preguntó también quién habría plantado los árboles que los flanqueaban y que no parecían pertenecer a aquellas tierras. Pensó en los primeros jardineros, los que construyeron y diseñaron el jardín. Dedicó una sonrisa a todos

los que regaron aquellas primeras plántulas y a los que luego las trasplantaron; y a los que las abonaron, y a los que trajeron árboles de los lugares más lejanos del mundo para que ellos, después de tantos años, pudieran disfrutar de su sombra y sus murmullos, y leer en ellos los caminos y las verdades que los rodeaban.

El guarda continuó, ajeno a los pensamientos de Sergei.

> Pero los recuerdos pesaban tanto en el ánimo del artista que se ahogaba. El aire húmedo que lo rodeaba, denso como el ámbar, introducía sus tentáculos en sus pulmones maltrechos y lo desgarraba por dentro. Y al cabo de dos primaveras decidió abandonar la ciudad y se fue al norte, al frío norte, para terminar recalando en Londres. Y allí, la niebla primero se convirtió en su amiga y después, en su enemiga. La espesa atmósfera londinense proporcionó al artista nuevas pinceladas, velos blanquecinos que difuminaban las formas de lo que quería representar. Era un nuevo estilo que dotó a sus cuadros de otra belleza. Pero, por otro lado, aquella niebla no era solo niebla, sino también humo y aire viciado de ese que arrojan las fábricas, y ese ambiente, limpio de recuerdos pero repleto de venenos, acabó de destruir los pulmones del artista, que volvió a escupir sangre como en su infancia.

Sergei inspiró hondo, como si el aire cálido de aquella tarde pudiera llevarse las imágenes de muerte y enfermedad que, de pronto, vinieron a llenar su cabeza.

> Allí, en el norte, su cama siempre estaba fría y húmeda. Por mucho que intentase calentarla, el frío terminaba colándose por los resquicios de las ventanas y empapaba las sábanas y las mantas, que siempre parecían mojadas. Y cuando llovía, el agua se colaba por los marcos mal encajados de las ventanas. Y cuando no llovía, los mohos de la humedad dibujaban imágenes de pesadilla en las paredes y los techos.
>
> Un día tardío de invierno, el artista salió a la calle. La lluvia se había convertido en una cortina de agua que no permitía distinguir un par de pasos más allá. Y la lluvia, pesada como una manta, con el viento del norte, se acabó transformando en nevisca. Y la nieve, fina

como la punta de mil agujas, se deshizo en una niebla densa y una lluvia muy fina. Y el artista se empapó el abrigo y la gorra de lana, y la humedad fue venciendo capa tras capa, hasta llegar a su piel, para dejarla helada y fría como el mármol…

En ese momento, Sergei se miró las manos, doradas por el cálido sol de ese brillante verano, e intentó imaginar un crudo invierno como aquel. Le sacudió un escalofrío. Sabía qué sensación era la que el guarda intentaba explicar.

… Cuando volvió a su casa, el artista se envolvió en las sábanas blancas, mohosas y tan húmedas como él mismo. Al otro lado de la ventana no se distinguía más que una capa de niebla, mate y blanca. Al final, el frío húmedo y blanco alcanzó sus huesos, y entonces empezaron a cobrar vida las sombras que pasaban ante su ventana. Él quiso imaginar cómo las pintaría y con qué pinceladas, aunque todo lo que veía eran monstruos con tentáculos que reptaban hasta entrar en su habitación y le chupaban la vida con unas ventosas húmedas y babosas.

Llegó un momento en que solo sentía las manos heladas y, al intentar calentárselas en los bolsillos, se encontró con unas piedritas pequeñas. Y recordó que eran las semillas que había recogido en el jardín. Enfebrecido, pensó que si le enterraban con aquellas semillas, acabarían germinando y, quizá, las plantas, los árboles y los arbustos que creciesen sobre su tumba contarían su historia a otros árboles y otras plantas, y su historia acabaría llegando al jardín y a la tumba de Olga Ivana Borisova, y entonces ella sabría que también había muerto.

—Quiero creer que su último pensamiento, deshilachado como el lienzo blanco que lo cubría, fue para Olga Ivana Borisova y el jardín.

—Quizá pensó que moría abrazado por la lluvia que tanto le gustaba a Olga Ivana Borisova —dijo Sergei tímidamente.

—¿Cómo sabes que le gustaba la lluvia?

—Ah, ¿no le gustaba? Juraría que me lo había dicho.

—Quizá sí; es posible. Es cierto que a ella le gustaba la lluvia, y fue la lluvia fina, casi aguanieve, la que terminó matando al artista.

Los pájaros gorjearon y Sergei se dio cuenta de que tenía los puños cerrados con tanta fuerza que se estaba clavando las uñas en las palmas.

Los dos se quedaron callados y el joven miró a su alrededor.

El jardín estaba hermoso. Le pareció el rincón más bello del mundo. A él, al espectador de aquella tarde de verano. Seguramente, el lago, el canal y las libélulas que pellizcaban el agua eran ajenos a esa sensación de belleza.

—¿Dónde se esconde el pasado, Sergei? —El guarda le hizo volver a la realidad—. ¿Dónde quedan los momentos felices? ¿Dónde están las risas de Olga y el artista? Esas que compartieron aquí mismo… —Hablaba para sí, muy deprisa—. ¿Dónde se van los niños que fuimos y a los que amamos, Sergei? ¿Dónde están? ¿Dónde quedan sus risas y sus manitas? ¿Y los alegres frufrús de los vestidos? ¿La contemplación de la luna en otoño, las plegarias de los domingos, el sabor de la carne de corzo…? ¿Y las promesas? ¿Dónde se fueron?

Sergei no supo qué decir. Ni siquiera estaba seguro de que el guarda esperase una respuesta.

—No pueden desaparecer para siempre. ¡No pueden! —insistió el hombre—. Yo sé que están aquí. Quizá enterrados bajo un manto blanco de nieve y de niebla. ¡Y abajo resuenan las risas, las campanas, los frufrús! Yo lo guardo todo dentro y ahí se quedará por siempre. ¿Quieres verlo? ¿Me acompañas a verlo, Sergei?

Por toda respuesta, le ofreció el brazo. El guarda se levantó resoplando. A Sergei le pareció que le costaba andar más de lo habitual.

Juntos deshicieron el camino en dirección al lago.

—Supongo que los momentos felices se quedan para siempre con nosotros —retomó Sergei—. Perviven en nuestra memoria. Mientras nosotros estemos vivos, permanecerán.

El hombre volvió a resoplar. Pareció que iba a añadir algo pero no dijo nada. Sus mejillas se encendieron de nuevo.

Una ráfaga de viento bailó en torno a ellos y las ramas de los sauces susurraron.

Continuaron caminando junto al canal.

—Los osos siempre defienden a sus cachorros —dijo de repente el guarda—. Se ponen en pie sobre las patas traseras. Así, cuando van

a atacar, parecen más grandes y más altos.

Sergei no supo a qué venía aquello y optó por callar educadamente. El hombre ya tenía una edad y quizá, en algunos momentos, su discurso no acababa de ser del todo coherente.

—El artista dejó tras de sí sus obras. Al menos, dejó algo tras de sí —continuó el guarda—. En cambio, ¿qué dejó el Oso Feroz? Excepto todo el sufrimiento que había causado en el pasado, en los tiempos de la guerra, ¿qué más dejó tras de sí? —Después de unos segundos, añadió—: ¿Pueden cambiar las personas?

—Claro que pueden cambiar. Incluso los que creen que es imposible son capaces de hacerlo. Por cierto, ¿qué fue del Oso Feroz? —Sergei había olvidado al tercer protagonista de la historia.

El guarda apretó el brazo del joven.

—Ay, ¡el Oso Feroz!

El Oso Feroz se quedó a vivir con la familia en la mansión. Cada día, recordaba las sonrisas, las palabras y las aventuras compartidas con la pequeña Olga Ivana Borisova. Aún la sentía cerca, como si en cualquier momento la niña fuera a aparecer corriendo por uno de los senderos del jardín o, ya muchacha, cargada con sus bártulos de pintar, por alguno de los pasillos de la casa…

—Ella era como una hija para él. Y es muy triste perder un hijo, Sergei. Los adultos no estamos preparados para eso. No, no estamos preparados.

Alcanzaron la orilla del lago. Sus sombras se alargaron.

Aún no había llegado la guerra, la última, la más terrible de todas. Y cuando llegó, lo hizo como todas las guerras: anunciada pero con los hombres haciendo oídos sordos a sus avisos. Iván Borisov había enviado a Inglaterra a Nicolai, a Igor, a Iván… Pero en aquellos tiempos convulsos, Dimitri, el amigo del artista, y Natalia Anastasia seguían viviendo en la mansión con sus padres.

El Ejército Blanco había cometido una tropelía en la ciudad. Los ánimos estaban más que exaltados. En las fábricas, había huelga un día sí y otro también. El Oso Feroz recomendó a la familia que huyera. Inglaterra era el mejor lugar para refugiarse. Los Borisov

seguían manteniendo negocios con la familia de Richard. Allí podrían empezar una nueva vida.

Pero Iván Borisov era orgulloso. Aquella era su tierra, su casa, su jardín. La sangre de sus antepasados estaba unida al bosque. Y se sentía intocable.

—Eso es algo que les ocurre a muchos hombres ricos, Sergei. Creen que a ellos nunca les ocurrirá nada, se creen por encima de todo y de todos. ¡Ay, el orgullo de los Borisov!

Aunque el Oso Feroz mantenía sus antiguos contactos, de poco le sirvieron. La mansión fue atacada por la noche.

El Oso Feroz sabía que aquello podría ocurrir y estaban preparados. Antes de que la turba alcanzase la mansión, hizo salir a la familia por el pasadizo secreto. Se pusieron ropa de viaje sencilla y muy usada; cargaban con un hatillo y algo de comer, las joyas iban cosidas entre las ropas y el dinero, oculto entre sus repliegues… Se alejaron de Kiev y de la mansión atravesando el bosque. Durante tres días y tres noches, nada ocurrió. Pero al cuarto día se cruzaron con un grupo de antiguos soldados. Eran mala gente. El Oso Feroz lo sabía bien, porque en el pasado él no había sido muy diferente a aquellos hombres.

Hubo un enfrentamiento. El Oso Feroz recibió un sablazo en la pierna. Un corte feo, poco limpio, que se infectó al día siguiente. La familia se salvó, pero el Oso Feroz murió en el bosque. Junto a unas ruinas, a cinco días de aquí…

El guarda abandonó el brazo de Sergei.

—He de marcharme. Lo siento.

Su voz sonó más cansada y ronca que nunca. Le salió a trompicones desde muy adentro. Como si proviniera de una cueva profunda y hubiera tenido que vencer todo tipo de dificultades para alcanzar el exterior.

Se alejó cojeando, como siempre.

Sergei observó su silueta recortada contra el sol. Su chaqueta vieja y manchada flotando a su alrededor, su cabello a contraluz como una aureola casi invisible, y la eterna cojera. La cojera. Esa cojera. Y entonces creyó entender algo que siempre había tenido delante de las narices y que no había sabido comprender hasta ese mismo instante.

Estuvo a punto de gritar: «¡Oso Feroz!», pero escuchó una voz a su espalda.

—Se ha ido.

A Sergei no lo sorprendió encontrarse con Tatiana.

Los destellos del agua bailaban sobre su cabellera. La luz del atardecer parecía haberse encaprichado de la melena de la joven y la cubría de naranjas y dorados.

—Ya volverá —continuó diciendo ella—. Siempre vuelve.

—Lo sé… Pero es que acabo de descubrir… Creo que el guarda es alguien… Pero no sé por qué me ha mentido. El Oso Feroz no murió…

—Él nunca miente.

—Dijo que murió y…

Tatiana lo observaba curiosa, con una sonrisa que se dibujaba más bien en sus ojos oscuros que en su boca.

—¿Sabes qué hay al final del canal? —preguntó ella—. ¡Una isla!

Sergei se la quedó mirando embelesado. Nunca había visto su cabello brillar de esa manera. Era como si cien variedades de miel la hubiesen elegido para que exhibiera todas las tonalidades posibles. Le habría gustado pintar lo que sentía en ese momento. Centenares de castaños, tostados, matices trigueños y rubios luchaban por arrebatarle el brillo al sol para devolvérselo a él, más cálido y más suave.

—Si hubiera una barca, remaría para llevarte hasta esa isla.

Ella rio.

—Hay una barca.

—No lo creo… Me han dicho…

—No hagas siempre caso de lo que te dicen. Ven. Aunque a lo mejor no es exactamente como la imaginas.

Tatiana se internó entre los árboles. Allí había crecido una mezcla curiosa de cedros, castaños de Indias, olmos holandeses y magnolios. Como si alguien los hubiera plantado sin tener en cuenta la tierra, el clima o el viento. Como si, simplemente, hubieran dejado caer semillas al azar y allí creciese lo que la naturaleza, caprichosa, había decidido que creciera.

—Este es un rincón extraño.

—¡Es el escondrijo de los piratas! Aquí jugaba cuando era pequeña. Creo que te lo conté una vez. Aquí está el barco de los piratas.

Tatiana atravesó unos matorrales y señaló un tronco caído. Era grueso, de color gris. Tenía unas extrañas protuberancias, antiguos hongos y heridas que habían surgido antes de que el árbol muriese hacía ya muchos lustros. Sergei se acercó y acarició la superficie. Brillaba, pulida por miles de días de lluvias y de nieve, por los calores del sol y el frío del invierno. La madera se había convertido en algo duro, parecía una piedra agrisada que ningún fenómeno atmosférico pudiera alterar.

El tronco se apoyaba en el suelo por uno de sus lados. El otro extremo quedaba en el aire, a un par de palmos de la tierra. Tatiana se sentó justo en ese extremo y, con su peso, el tronco bajó hasta tocar el suelo.

—Siéntate ahí, Sergei. —Señaló el otro lado.

Cuando lo hizo, su peso hizo que Tatiana se elevara.

—¡Es un balancín!

Ella hizo fuerza y entonces Sergei se elevó al otro lado del tronco. Los dos comenzaron a columpiarse, lentamente, como si se tratara de una mecedora. Si hubieran elegido ser más niños, se habrían balanceado con mucha más fuerza.

—Es como un barco pirata atravesando una tormenta —dijo Sergei.

—Puede ser lo que quieras: un barco, un columpio, un caballo, un carruaje… Da pie a todas las aventuras que quieras imaginar. Cuando era pequeña, casi siempre era el barco de los piratas. Ahora es un lugar en el que descansar y mecerme para disfrutar de una tarde como esta. —Tatiana hizo una pausa—. ¿Recuerdas el saludo pirata, Sergei?

—Creo que sí.

Los dos repitieron el saludo inventado y acabaron riéndose casi a carcajadas.

—Me alegra que lo recuerdes, Sergei. No se me ocurre nada peor que el olvido. Olvidar el saludo pirata es perder una parte de ti mismo.

Sergei pensó en lo mucho que hubiera disfrutado de niño en un lugar como aquel. El árbol escondido y rodeado de vegetación lo tenía todo para haberle hecho feliz.

—Es un árbol genial. Merece tener un nombre. ¿Acaso no ponemos nombre a las personas y a los animales? ¿Por qué no hacerlo con los árboles?

—Me parece una idea estupenda, Sergei. Deberíamos poner nombre a todos los árboles, no solo a este. Quizá así nos daríamos cuenta de que están tan vivos como nuestras mascotas o como cualquiera de nosotros y los trataríamos de otra manera.

—Poner nombre a algo es parecido a darle vida. Es sagrado.

—¡Me ha encantado tu idea, Sergei! A partir de ahora pondré nombre a los árboles. —Miró a su alrededor—. ¿Qué te parece ese?… El Viejo Abuelo, Pedro el Grande, Sibila, Catalina, Silbo…

Algunos de aquellos nombres lo hicieron sonreír.

—Y este ¿cómo se llamaría? —Señaló el tronco sobre el que se balanceaban.

—Koschéi. ¡Koschéi el Inmortal! Porque tiene el mismo color gris de algunos huesos, y porque está muerto desde hace tiempo pero de alguna forma también está vivo. En el pasado tenía espinas, pero ahora el tiempo las ha pulido y hace feliz a los niños.

—Y a algunos adultos.

Ella sonrió.

—Hay una barca, Sergei. Una de verdad. Pero está en muy malas condiciones, hace aguas. Está escondida y medio podrida. No hay remos, pero con una rama larga podemos apañarnos. Yo sé llevarla. ¿Quieres que te la enseñe?

—¡Por supuesto!

Abandonaron el rincón de Koschéi y se despidieron del Viejo Abuelo, de Pedro el Grande, de Sibila, de Catalina y de Silbo.

Tatiana lo guio entre la espesura hasta la otra orilla. Allí, el lago parecía un estanque artificial porque antiguamente habían reforzado esa zona con piedras y ladrillos. Entre unos árboles, cubierta por

ramas, había una pequeña embarcación. La madera estaba medio podrida y se notaba que, en otros tiempos, estuvo pintada de blanco. En el lugar donde debían estar los remos, había un palo largo. La barca había adquirido un color parecido al de Koschéi, el árbol y barco pirata.

—No tiene muy buen aspecto.

—No. Ya te lo he dicho. Pero flota. Entra poca agua.

—No sé si eso me tranquiliza.

Ella sonrió.

—Así son las auténticas aventuras, nunca sabes cómo van a terminar. Y tienen finales que no gustan a todos. A veces ni a los mismos protagonistas… ¿Quieres navegar?

—Si es contigo, claro que sí.

—Pues ayúdame a sacarla de aquí.

La barca no era muy pesada, pero era incómoda de llevar para una sola persona. Entre los dos, fue relativamente sencillo acercarla hasta la orilla del lago.

—¿La echamos al agua?

—Por supuesto.

Tatiana la empujó y la barca flotó sobre las aguas brillantes.

Ella saltó a su interior y se quedó de pie, en equilibrio sobre la proa.

—¿Vienes?

Sergei subió con cuidado. Aun así, se hundió más de un palmo en el agua y se balanceó peligrosamente cuando se acomodó en ella.

Tatiana tomó el palo.

—No te muevas mucho. Tenemos que mantener el equilibrio. Si no, acabaremos en el agua y hay mucho barro por aquí.

Hacía calor y la idea de un baño no le resultaba desagradable, pero no le apetecía revolcarse en el fango.

Tatiana siguió la dirección de su mirada. La tierra de la orilla era un puro lodazal. Una arena muy muy fina y oscura, cubierta de verde.

—Del fango y de la suciedad nace todo. Es una tierra muy fértil.

—Ya. Pero no me apetece rebozarme en ella.

—Si te gusta pescar, este es el mejor lugar para encontrar gusanos.

—No me gustan los gusanos, Tat.

—A mí tampoco. Me parecen asquerosos. Pero son necesarios. Airean la tierra, la enriquecen, traen y llevan nutrientes…

A Sergei lo recorrió un escalofrío.

—No me gustan nada. Anda, déjame el palo. Creo que no se me dará mal…

—Toma. ¡Llévame!

—¿Adónde desea que la lleve, señorita?

—¡Al fin del mundo!

—En ese caso, agárrese fuerte.

Sergei tardó unos minutos en hacerse con los movimientos para manejar la embarcación. Se dirigió hacia el canal en busca de la isla.

—Ve despacio.

—¿Por qué?

—No hay que molestar al Espíritu de las Aguas. Es el rey de las profundidades y dicen que vive aquí, en el lago, desde tiempos inmemoriales.

Sergei sonrió.

—¿Lo has visto?

—¿Yo? ¡Nunca! Pero me han contado que es viejo y arrugado, que su cabello es verde porque está hecho de algas y que está cubierto de lodo, ese mismo lodo que a ti te da tanto asco.

—No me da mucho miedo.

—No hay que tenerle miedo. No es malévolo. Solo un poco gamberro. Le gusta hacer caer al agua a los jóvenes que cortejan a su hija…

—¿Eres tú la hija del Espíritu del Agua?

—¡Nooo! —Tatiana rio con ganas.

—Pues entonces ya me quedo tranquilo. Seguro que no me caigo.

Pasaron bajo los tilos deslizándose suavemente sobre el agua. Podía sentirse el perfume de los árboles, pero ya no era tan intenso como antes.

—¿Sabes que la palabra «libro» proviene de los tilos?

—¿Y eso…?

—Antiguamente se usaba la parte interior de su corteza para escribir sobre ella.

—No tenía ni idea.

—Esa parte del árbol se llama «liber», y de ahí proviene la palabra «libro». Usaban la corteza de distintos árboles para escribir,

pero la de los tilos era la mejor.

Sergei observó los tilos que atraían a las abejas hasta su muerte y daban nombre a los libros. Y pensó que, quizá, los libros y las historias que contenían también eran capaces de atraer a algunos humanos y atraparlos entre sus páginas para que no pudieran dejar de leer.

Así se lo contó a Tatiana.

—¿Te imaginas? ¡Libros trampa! ¡Libros que te agarran y no te sueltan hasta que mueres! —dijo ella.

—Como las plantas carnívoras: los abres, te marean con sus efluvios y sus historias y, plaf, cuando te quieres dar cuenta, ¡estás atrapado entre sus páginas!

—Como si fueras una hoja en un herbario.

Sergei recordó lo que había estado hablando con el guarda.

—O una mariposa en una caja de colección.

—Habría que ponerle un cartelito como hacen en los museos: «Sergei. Ejemplar joven. Lector empedernido».

Por un momento se imaginó a sí mismo, pequeñito, clavado con alfileres dentro de una caja, y no le hizo ninguna gracia. Sin embargo, la idea de que estaba prensado en un libro, atrapado entre sus páginas, le resultó más atractiva.

Tatiana parecía estar pensando lo mismo. Se quedó callada. Acercó una mano al agua y metió un dedo en ella. Iba dibujando una línea que caracoleaba sobre la superficie.

—Si estuviéramos muertos entre las hojas de un libro podríamos tirarnos al agua y revivir —dijo de pronto—. Este es un lugar de leyendas, y una de ellas cuenta que aquí se encuentran las aguas de la vida y de la muerte, y que si arrojas un cuerpo muerto o mutilado vuelve a la vida.

—¡Eso sería una historia de terror! No quiero ni imaginarme cómo de horrible sería un muerto revivido. ¡Qué miedo!

—Ya hay una historia sobre eso, Sergei. La escribió una mujer. Trata de un cuerpo hecho con trocitos de muertos que vuelve a la vida.

Sergei abrió mucho los ojos.

—En realidad no da miedo —aclaró enseguida—. Es más bien la historia de una pobre criatura a la que nadie comprende. Ni siquiera su propio creador.

Se acercó más al agua. Sus cabellos ondeaban recogiendo las tonalidades verdosas de las algas que bailaban bajo la barca.

—Ahora, ahora sí que pareces la hija del rey de las profundidades…

Ella rio de nuevo.

—Pareces… un hada.

Tatiana sacó la mano del agua.

—¿En serio?

Sergei asintió.

—Con el pelo así, como… Pareces un hada del lago.

—Caramba, es lo más bonito que me han dicho nunca. Aunque, en realidad, las hadas de los lagos son ninfas. Me sé una historia sobre ninfas y hadas, Sergei. ¿Quieres oírla?

—¡Claro!

—Pues bien…

> Al principio de todas las cosas, el diablo era un ángel y vivía en los cielos. Era el más bello de todos los ángeles, pero también el más soberbio y presumido. Se rodeaba de otros ángeles malévolos, díscolos y rebeldes. Para castigarlos, Dios los arrojó a la tierra. Cuando tocaron la tierra, nuestra tierra mortal, llovió durante tres días y tres noches sin parar. Los demonios que cayeron sobre los bosques se convirtieron en enanos y gnomos. Los que cayeron en el agua, en ninfas. Y los que cayeron en las montañas, se convirtieron en gigantes, goblins y trols…

—¿Y las hadas? ¿De dónde proceden las hadas, Tat?

—Esa es otra historia. Muchos dicen que son ángeles caídos del cielo. No los demonios a los que castigaron, no. Sino ángeles que caen a la tierra por error o porque son demasiado curiosos y quieren saber cómo son y cómo viven los humanos y ¡acaban cayendo aquí! También se dice que viven entre los dos mundos…

—Ay, Tat —la interrumpió—. Antes hablaba con el guarda de algo que me ha hecho pensar… Fíjate, si los seres humanos acabásemos con todos los árboles de la tierra, moriríamos todos. Imagínatelo, ¡un mundo sin seres humanos! Quedaría para las plantas y… ¡para las hadas! Sería el mundo de las hadas. Entero para ellas. ¿Qué te parece?

Ella no dijo nada durante unos segundos.

—No sé si podrían vivir sin nosotros, Sergei. Creo que necesitan a los seres humanos para vivir.

—¿Porque solo viven en nuestra imaginación?

Tatiana se encogió de hombros.

—Quizá. No lo sé. No sé si viven en nuestra imaginación o se alimentan de ella… Las hadas son las protectoras de la naturaleza. Sin nuestra imaginación, mueren. Y dicen que viven entre dos mundos. El de los hombres y el de los ángeles. Así que no sé si tendrían las mismas ganas de visitar nuestro mundo si ya no estamos aquí.

Sergei no dijo nada, pensó que sí que lo harían. Y que sería un mundo más hermoso sin los seres humanos. Seguro que atraería igualmente a las hadas y, a lo mejor, entonces ellas se dedicarían a observar a los árboles y las plantas, y se alimentarían de sus historias verdes y de su imaginación tan distinta a la nuestra.

El agua reflejaba los rayos del sol. Pero los destellos ya no eran saltarines como antes. La luz cansada del atardecer creaba brillos alargados y sinuosos sobre las tranquilas aguas del lago.

—Antes, hace un rato, los reflejos de la luz me parecían hadas volando y saltando de un sitio para otro.

—Pues si ves salir a un hada del agua, puedes desencantarla. Y se convertirá en humana.

Tatiana tenía las mejillas sonrosadas y su cabello color miel flotaba en el aire. A Sergei le pareció, más que nunca, un hada. La más hermosa de las hadas convertida en humana.

—¿Y si volviera al agua? ¿Se convertiría otra vez en hada?

—Supongo que sí, Sergei.

—Pues agárrate fuerte. ¡No te caigas al agua, Tat! ¡Que no quiero perderte!

Ella se sonrojó y le sonrió con los ojos, que destellaron tanto como el agua.

La barca se internó en el canal. Frente a ellos, apareció flotando un palo grueso y largo. Tatiana le pidió a Sergei que remase hacia él para atraparlo. Cuando lo recogieron, ella se puso en pie para empujar la barca como lo hacía Sergei.

—¡Vamos a la isla, grumete!

Los dos tuvieron que acoplar el ritmo y sus movimientos para

conseguir que el bote se desplazase en armonía. Al principio les costó un poco y estuvieron a punto de caerse en varias ocasiones. Pero en el canal, la profundidad era menor y resultaba más fácil maniobrar apoyando los palos en las orillas y haciendo fuerza con ellos.

Pasaron bajo el puente de madera y tuvieron que agacharse manteniendo el equilibrio.

—Esto no es tan fácil.

—Nada es fácil, grumete.

Después de un rato, avistaron la isla.

—¡Ahí está!

—¿Cómo se llama esta isla, capitana?

—Es la isla del Amor.

—No me lo puedo creer. ¡Qué poco original!

—La realidad suele ser poco original. En el jardín, los enamorados buscaban rincones escondidos, la cueva o esta isla. Solo se puede llegar a ella en barca.

—Pues hará mucho tiempo que nadie la pisa.

—Yo la visito de vez en cuando. Pero hacía ya mucho que no venía por aquí.

Rodearon las riberas más escarpadas. Les costó un poco atracar y desembarcar sin caerse. Cuando por fin lo consiguieron, dejaron la barca en la orilla, rodeada de juncos.

La isla era muy pequeña, apenas contaba con una veintena de metros de largo. Pero habían construido en el centro una especie de montaña artificial, con grandes rocas amontonadas siguiendo unas formas caprichosas. Los sauces crecían por toda la orilla y la ocultaban ante posibles y curiosos observadores.

—¿Qué te parece?

—Impresionante.

—Ven.

Ella le dio la mano y él la tomó sin pensar. La sintió fría, mucho más fría que la suya.

Tatiana lo guio hasta un pequeño prado en el que la hierba era tan verde que parecía pintada.

Ella se tumbó mirando al cielo.

Él se acomodó a su lado.

El cielo era azul, un azul liso y único desde la línea del horizonte hasta lo más alto. La nubes, blancas y algodonosas, como el pelo de

algunos cachorros, pasaban rápidamente sobre ellos empujadas por el viento. Cambiaban de forma ante sus ojos.

A Sergei todo le pareció perfecto. No hacía frío ni calor. La brisa acariciaba su piel. Si estaba aprendiendo el arte de leer los caminos, el bosque y el jardín, pensó que había sido un camino de agua, de hadas y de risas el que lo había conducido hasta este momento perfecto en la isla del Amor.

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Simplemente, se volvió hacia Tatiana, encontró su rostro muy cerca del suyo y la besó.

Y ella le devolvió el beso.

Fue sencillo. Y perfecto. Como siempre deberían ser las cosas.

Ella se apartó un poco y buscó su mano.

—¿Qué te parecen esas nubes, Sergei?

—Esa, un barco. Un barco pirata.

—¡Por supuesto! ¿Y aquella?

—Una mujer con falda que baila y corre hacia algún sitio.

—A mí me parece un hombre con levita.

—¿Por qué no? Depende de cómo la mires. ¿Y esa otra, Tat? Esa, ¿qué ves tú?

—Es un perro.

El viento empujó al perrillo y su cuerpo se alargó hasta convertirse en una especie de salchicha.

—¡Ah, no! ¡Ahora parece un lirón! ¡¡Es Sueño!! ¿Sabes? Yo tuve un lirón que se llamaba Sueño.

Sergei se quedó quieto contemplando la nube alargada que cruzaba el cielo. Un recuerdo saltó a su consciencia. Un lirón que se llamaba Sueño y que vivía en una tetera. Se lo había contado el guarda. El Oso Feroz.

«¿Cuántos lirones puede haber que se llamen Sueño?», pensó.

Se volvió hacia Tatiana y abrió la boca, pero no pudo decir nada.

La nube había descendido hasta él y flotaba ante sus ojos. Extendió las manos y desaparecieron entre aquella niebla repentina. Todo era, de pronto, blanco, tan blanco como las hojas de un libro. No había nada alrededor. Ni encima, ni debajo. La densa niebla lo había cubierto todo con su manto.

«¿Tat?», quiso llamarla. Pero su boca permanecía cerrada, cosida con mil puntadas, y ninguna fuerza podía abrirla.

Sergei pensó que aquello parecía un sueño. Porque era en los

sueños cuando no podías andar o hablar o gritar por mucho que lo intentases.

Sueño. Un sueño. Como el lirón de Olga. Como el de Tatiana.

Sergei se ahogaba. Se llevó las manos a la garganta y encontró una cadena muy fina de la que colgaba una llavecita. Una de sus manos acabó, desesperada, arañando su bolsillo. Y descubrió una semilla seca, entre arenilla, que parecía haber estado siempre ahí.

Todo era blanco. Confusamente blanco. Su mente se perdía en la nada inmaculada; densa, opaca y fría como la nieve. Antes de que su pensamiento se deshilachase por completo, creyó que una repentina avalancha de nieve lo había sepultado. Respiró hondo, y el frío y helado blanco penetró en él e inundó sus pulmones y su corazón hasta que formó parte de todo y de nada.

9

El laberinto

Un frío seco y áspero agarrotaba las manos de Sergei y, de repente, sintió la necesidad de abrigarlas en los bolsillos. A su lado, el guarda se encogía sobre sí mismo, resguardado tras las solapas levantadas de su vieja chaqueta y envuelto en una gastada bufanda marrón. El vaho de sus alientos se unía a la espesa niebla y se fundía con ella como si formasen parte de una sola cosa.

Sergei sabía que tenía algo importante que decir. Algo muy importante. Pero no conseguía recordar el qué. La idea flotaba a su alrededor, tenue, casi transparente, y cuando intentaba fijar su atención en ella, se disolvía en la nada. Era como cuando una palabra que conocemos de sobra se queda atrapada en la punta de la lengua y, por mucho que nos esforcemos, no somos capaces de rescatarla de entre la maraña de nuestra memoria.

El guarda estaba hablando. Seguía el hilo de una conversación que Sergei tampoco recordaba haber iniciado.

—… Leer el camino, el bosque o el jardín es lo mismo que leer un libro. Puedes encontrar decenas de significados, o quizá solo uno o dos. Aprender a leer es todo un arte. Puedes contentarte con observar los árboles, las plantas y los arbustos y, como mucho, fijarte en las yemas que nacen o mueren. O puedes llegar a pensar que esa yema eres tú, tu vida, o el amor o la esperanza o la ilusión, ¡o el mundo entero encerrado en una yema tierna y diminuta, preparado para nacer de nuevo o para morir! —Su cara se encendió—. Con los libros pasa igual. Puedes disfrutar de una historia emocionante, ya sea de aventuras, huidas, amor, crímenes… Pero también puedes encontrar algo más debajo de esa historia: otra secreta, que te habla solo a ti y despierta en tus adentros vete a saber qué tipo de emociones.

Sergei quiso contestarle pero no le salieron las palabras. Hacía

demasiado frío. Tosió varias veces antes de conseguir emitir algún sonido.

—Por eso hay tantas historias como lectores. —Por fin la voz le salió, enronquecida—. Porque cada lector encuentra algo diferente en la misma historia y, también, cada paseante lee una historia diferente en el bosque y en el jardín. La naturaleza, el camino y los libros nos hablan a todos, pero cada uno vivimos una experiencia distinta.

—Cada uno ve algo diferente, sí.

—Y eso también pasa con los cuadros y las pinturas.

Sergei se encogió aún más dentro de su chaqueta. Miró a su alrededor. No supo en qué parte del jardín se encontraban. Nunca había estado allí. Sentado sobre un banco de piedra, contempló los enebros, los acebos y las hayas jóvenes que los rodeaban.

—Joven Sergei, andemos un poco, por favor. Si no, nos quedaremos helados y pareceremos dos estatuas de piedra. ¿Quieres ver el laberinto?

—¡Hay un laberinto!

—Por supuesto. Siempre hay un laberinto. Creo que te lo dije alguna vez. No hay jardín que se precie que no tenga un laberinto. —Señaló el suelo, frente a ellos.

Entre la niebla, Sergei vislumbró unas escaleras y, allá donde acababan, unas sombras alargadas, unos setos altos que en algún momento del pasado habrían estado perfectamente recortados.

—Desde aquí se distingue todo el laberinto. Es el lugar perfecto para gritar e indicar a los que se pierden por dónde deben salir… Pero hoy no se ve nada.

—¿No nos perderemos?

—Claro que no. Lo conozco como la palma de mi mano, Sergei. Además, te enseñaré el secreto. Hay una forma de salir de cualquier laberinto. No es rápida, pero nunca falla. Ya lo verás…

Se pusieron en pie y comenzaron a bajar los escalones de piedra y ladrillo que conducían hasta la entrada del laberinto. El guarda avanzaba más lento que de costumbre. Seguramente, el frío hacía que su pierna se resintiera.

Al pensar en la cojera del hombre, Sergei volvió a notar esa sensación de tener algo importante que decir. Algo que no recordaba pero sabía que era importante y que estaba relacionado con el

guarda. La idea aleteaba a su alrededor y, a cada paso que daba junto a él, le parecía que estaba más y más cerca de atraparla.

Cuando llegaron abajo, la niebla comenzó a disiparse.

Los setos que formaban las paredes del laberinto superaban los dos metros de altura y eran tan tupidos que no permitían ver nada a través de ellos.

—Este es el secreto, Sergei: hay que tocar siempre la pared de la izquierda. Si cuando entras, pones la mano en la pared izquierda y comienzas a andar, sin despegarla nunca, acabarás encontrando la salida. Es el camino más largo y darás muchas más vueltas, pero tarde o temprano saldrás. No puedes perderte.

Sergei rozó el seto de su izquierda con los dedos y volvió a guardar la mano en el bolsillo.

—Hace demasiado frío y no llevo guantes.

—Pues entonces vayamos a la aventura. ¡Que nuestros pasos nos lleven por donde quieran! ¿Acaso tenemos prisa? Si te pierdes, yo te guiaré. Recuerda: cada decisión afecta a la siguiente, pero siempre hay un camino y algo que aprender de él. Aunque te lleve mil vueltas dar con ella, siempre hay una salida, y a veces es el mismo lugar por el que entraste. Es imposible perderse si sabes adónde vas.

—¿Y adónde vamos?

El guarda dudó antes de responder.

—¡Quién sabe! ¿Al final de todo? ¿Al principio? Convirtámoslo en un juego. Iremos a explorar el laberinto… Dentro hay rincones muy agradables. Espero que salga el sol, porque con este frío no creo que nos apetezca sentarnos en ningún sitio.

Sergei se encontraba en el umbral de la entrada del laberinto. La niebla y las altas paredes le impedían distinguir nada con claridad. No tenía ni idea de cómo sería de grande. Lo mismo era un laberinto ridículo, de esos que recorres en dos minutos. O quizá se tratase de uno inmenso, en el que podrían perderse de verdad. Y perderse en un laberinto es peor que hacerlo en cualquier bosque, porque detrás de cada recoveco se oculta el ingenio de un hombre que lo ha diseñado para extraviarse en él. Aunque, a veces, saber que en cualquier momento podemos perdernos es lo que nos permite disfrutarlo más.

Sergei inspiró la niebla blanca y densa que los rodeaba.

—Bien, ¡vamos! —dijo decidido—. Después de todo, ¿qué tenemos que perder? Dejemos que el camino nos sorprenda.

Ofreció su brazo al guarda y juntos se internaron en el laberinto.

Empezaron a recorrerlo por la izquierda, siguiendo la pared que, según acababa de aprender Sergei, nunca había que perder de vista. Allí, la niebla parecía menos densa.

Lo sorprendió descubrir que, junto a los setos, también había árboles. No sabía si ya existían cuando se construyó el laberinto o si los habrían plantado después, porque en ocasiones le parecía una cosa y luego otra. Encontró un tejo, un roble y un ciprés. A veces, el árbol marcaba las esquinas; otras, simplemente estaba ahí, en medio, interrumpiendo el paso, y tenían que rodearlo para poder continuar su camino.

Se metió la mano en el bolsillo y apretó con fuerza la semilla que guardaba en él. ¿Cuál sería el lugar más adecuado para sembrarla? ¿Y cuándo? ¿Cuándo sería el momento apropiado?

Cada vez que se encontraban en una encrucijada, con distintos caminos ante ellos, el guarda se detenía para dejar elegir a Sergei. Aunque él no lo pensaba demasiado, tomaba el sendero que más le apetecía.

En una de aquellas ocasiones desembocaron en un camino largo, mucho más largo de lo que nunca hubiese imaginado que pudiera contener un laberinto. Allí, la niebla parecía haberse estancado, igual que en los arroyos el agua se remansa junto a la orilla. Justamente ahí, a unos metros por delante, entre la bruma, Sergei distinguió un árbol. Y en su tronco le pareció ver un destello. Un brillo azulado, como un zafiro. Pero luego un jirón de niebla pasó borrándolo todo y, cuando se dispersó después de un breve parpadeo, tanto el árbol como el destello habían desaparecido.

El guarda no dio muestras de haber visto nada.

—¿Por dónde vamos ahora, Sergei?

—Por aquí. He creído ver… No sé, como si hubiera una piedra preciosa incrustada en el tronco de un árbol.

—Conozco bien el laberinto y te aseguro que no existe nada así. Si lo hubiera, lo sabría.

—Habrá sido una especie de espejismo. Esta niebla…

—Ya se está levantando. Con un poco de suerte, saldrá el sol. Las mañanas de niebla dan paso a unas tardes estupendas para pasear.

Aquel tramo del laberinto se había transformado en un pasillo largo del que apenas salían ramales. A medio camino, encontró un

tilo.

—¡Qué extraño!, ¿no? Hay árboles en medio del camino.

—Eligió crecer donde quiso.

Lo rodearon para poder seguir avanzando.

—Me han contado que la palabra «libro» proviene de «liber», la corteza de los tilos…

—Es verdad. Pero hay otros muchos árboles cuya corteza es apropiada para hacer libros.

—… Así que, de alguna manera —continuó Sergei sin escucharlo —, los tilos son árboles, pero también pueden convertirse en libros. Libros en potencia. Son casi las dos cosas a la vez.

El guarda calló durante unos instantes.

—Los árboles viven en dos mundos, el cielo y la tierra, y los unen por medio de sus ramas y sus raíces. Pero los libros también unen dos mundos: el de la ficción y el nuestro, la realidad. Así que el tilo une cuatro mundos: el cielo y la ficción, y la tierra y lo real. —El guarda sonrió orgulloso.

Sergei pensó en las hadas, que también vivían entre dos mundos. Y en todo lo que no se podía ver de un bosque. Las raíces formaban parte de ese mundo oculto. En cambio, un libro… La portada no siempre ayudaba a imaginar su contenido. Y además, ya que a cada lector le contaba cosas diferentes… No, no era posible saber lo que escondía un libro. Ni mucho menos qué resortes tocaría en el interior de cada uno de sus lectores.

Giraron a la derecha por un camino más estrecho que apenas tenía un par de metros de largo. Al llegar al final, apareció un sencillo pino mediterráneo.

Sergei se paró ante él.

Las piñas de sus ramas se encontraban cerradas, muy cerradas.

—Está esperando su momento —dijo el guarda.

—¿Qué?

—Los pinos, después de alguna desgracia, como un incendio, una inundación, cualquier catástrofe, reservan sus piñas y las cierran con fuerza para proteger los piñones, sus semillas. Y mientras pasan los tiempos difíciles, esperan el mejor momento para prosperar.

Sergei apretó con fuerza la semilla de su bolsillo.

Al girar en un recodo, descubrieron una placita escondida. De ella surgían tres posibles caminos. Un banco de madera los esperaba

en el centro.

—¿Nos sentamos?

—Como quiera.

En ese momento, la niebla había desaparecido casi por completo y unos tímidos rayos de sol intentaban alcanzar la placita. Aquel rincón invitaba al descanso y al recogimiento.

Sergei ayudó al guarda a acomodarse en el banco.

—Este no es un banco normal.

—No, no lo es, Sergei. Me agrada que te hayas dado cuenta.

La madera no estaba trabajada. Habían alisado el tablón que conformaba el asiento, pero los brazos eran simples ramas pulidas por la intemperie. El respaldo había suavizado su superficie con el roce de los cientos de espaldas que habían descansado en él. Cuando Sergei buscó una palabra para definirlo, solo le vino una a la cabeza: «salvaje». Era un banco salvaje.

—La madera de la que proviene este banco tiene su propia historia.

El guarda se apoyó en el respaldo, buscando una postura más cómoda, y Sergei supo que se la iba a contar.

> Hace tiempo, mucho mucho tiempo, había un pueblo cerca del bosque…

—Si te fijas, Sergei, los pueblos de las historias siempre están cerca de los bosques…

> El cementerio se encontraba a las afueras, bastante alejado de las casas y el núcleo principal. Había un sendero que unía el pueblo y el cementerio. Y en su mitad, justo en un cruce de caminos, crecía un tejo espectacular. Enorme. Decían que era más antiguo que el propio pueblo e incluso que el bosque; que estaba allí desde el principio de los tiempos. Lo llamaban el «tejo grande», porque así era como lo conocían desde hacía generaciones, quizá desde que los hombres empezaron a nombrar todas las cosas que los rodeaban.
>
> Todos respetaban al tejo grande y, como muchos tejos, contaba con su propia leyenda. Decían que si besabas a la persona amada bajo sus ramas, el amor nunca se acabaría, ni en la vida ni en la

muerte. Eso sí, también contaban que si traicionabas a la persona amada, la venganza del tejo te alcanzaría por muy lejos que te escondieras, y tu alma ya nunca descansaría, ni en esta vida ni en la siguiente.

Un día estalló una tormenta terrible, de esas con rayos y truenos que asustan tanto a los hombres como a las bestias, y la tierra tiembla y los rugidos del cielo son tan brutales que uno ni imaginar puede qué clase de pecados habrán cometido los hombres para merecer una ira semejante por parte de los cielos. Uno de esos rayos fue a caer sobre el tejo. El árbol milenario ardió durante todo un día y, finalmente, murió.

Cuando los hombres descubrieron lo sucedido y encontraron su árbol humeante y muerto, decidieron aprovechar su madera para construir las más bellas piezas. El mejor ebanista del pueblo fabricó joyeros, cofres, arcas, baúles, sillas, bastones, ¡incluso un trono!… Todas aquellas obras eran carísimas porque llevaban consigo la leyenda del tejo: si los enamorados las compartían, su amor sería eterno, más allá de la vida y de la muerte.

Y los años pasaron y los muebles y los objetos se fueron vendiendo a los hombres más ricos del país, e incluso a otros que llegaron desde lugares muy lejanos atraídos por la leyenda del tejo grande.

Hasta que llegó un día en que lo único que quedaba del árbol milenario eran un par de tablones y unas pocas ramas retorcidas. El ebanista lo consultó con los habitantes del pueblo y decidieron construir un banco con aquellos restos. Un banco sencillo. Nada elaborado, totalmente diferente a todas las demás piezas que habían salido de sus manos. Apenas pulieron el asiento y el respaldo, y las ramas las dejaron tal cual como apoyos para los brazos.

Sergei observó el banco con ojos nuevos. Era el mismo banco, pero ahora, de repente, se había impregnado de un poquito de magia.

Decidieron que aquel banco no se vendería. Se quedaría en el pueblo para ellos y las generaciones venideras, para que su leyenda continuara y las parejas pudieran prometerse amor eterno. Así que colocaron el banco donde arrancaba el sendero que conducía al

cementerio.

¡Apenas duró unos días! Alguien lo robó, nunca supieron quién. El ladrón se lo vendió a alguien… Y luego ese alguien se lo vendió a otro alguien y así, el banco fue pasando de un dueño a otro durante años y años… Hasta que, por fin, el abuelo de Olga Ivana Borisova lo compró. Compró el banco, claro, con la leyenda que lo acompañaba. Y cuentan que la magia primigenia del tejo grande sigue fluyendo y que quien besa aquí a la persona a la que ama, la amará por siempre.

Sergei abrió los ojos curioso.

—¿Es eso cierto?

El guarda se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que es cierto y lo que no? Te lo he contado tal y como me lo contaron a mí. Y probablemente se parece mucho a lo que le contaron al creador del jardín cuando le vendieron el banco. ¿Si es verdad? No lo sé. La historia es hermosa y, bueno, cuando las leyendas acompañan a un objeto y lo arropan con su magia, ya no se trata de un simple objeto; ya no es un banco vulgar y corriente, sino que se convierte en algo especial. —El guarda carraspeó—. Por supuesto, también aumenta su valor. No sé lo que pagaron por este banco, pero estoy convencido de que sería el doble o el triple de lo que hubiera costado uno igual que no estuviera acompañado de una leyenda. Pero bueno, los Borisov podían permitirse pagar este y millones de bancos más. Es otro capricho que embellece el jardín y lo convierte en un lugar aún más especial. Quizá, el ebanista que lo fabricó se inventó la leyenda para vender su obra a muy buen precio.

—En cualquier caso, es una bella historia.

El guarda le dio la razón.

—¿Y sabes qué, Sergei? Que aunque se tratase de una historia inventada, podía convertirse en realidad… Porque si quien compraba el banco creía en la leyenda, y besaba a su amor pensando que la magia era real, pues es muy posible que su amor se mantuviera vivo a lo largo de los años sostenido por ese pensamiento. Las creencias tienen ese poder, muchacho. Los pensamientos y las creencias hacen su propia magia.

Sergei rio.

—Entonces sería justo pagar más por el banco aunque la leyenda fuese inventada, porque ¡funcionaría igual! Y pagaríamos por

convertir nuestro amor en algo eterno. ¡Vale la pena!

—Así es, muchacho. Las historias son mágicas no solo porque nos ayudan a entender la realidad; ya lo ves, también nos permiten construirla. Las historias nos hacen humanos. Nuestro pensamiento toma la forma de palabras y de historias; pensamos con ellas, enfermamos cuando enmarañamos historias en nuestra cabeza y también nos curamos con ellas. Aprendemos y entendemos el mundo gracias a las historias. Un banco es un simple banco. Pero si lleva una leyenda consigo, se convierte en todo un mundo, porque se transformará en la semilla que dará luz a nuevas historias que se encadenarán para siempre en un largo hilo de relatos y, como cada eslabón, cada persona que la cuente pondrá algo de su parte en ella, la irá enriqueciendo. Y, además, servirá para que otros aprendan de ella. Las historias son también regalos que dejamos a los que vienen detrás. ¿Qué preferirías dejar a tus descendientes, Sergei? ¿Un banco o las historias que lo acompañan?

Sergei pensó que un banco era útil, pero si se tratase de otra pieza más valiosa…

—Las cosas materiales desaparecen tarde o temprano —continuó el guarda—. En cambio, las historias nunca se olvidan, siguen ahí, agazapadas, germinando en lo más hondo de la cabeza, esperando a ser contadas. Para siempre.

—Comprendo. Pero… —Sergei recordó el hambre y el frío que había pasado junto a su madre—. Pero lo material también es importante.

—Sí, sí, ya lo sé, Sergei, por supuesto. Comer es importante. Es muy importante, de hecho. Al menos mientras estás vivo…

El guarda se rio de su propio chiste.

Y entonces, en ese preciso instante, los setos que los rodeaban, empujados por la brisa, murmuraron algo en su lenguaje. Sergei sintió que la pieza perdida, esa que había estado bailando en su cabeza durante todo el día, por fin encajaba en su sitio. Y fue como si un mecanismo oxidado de pronto se pusiera en marcha y rodara, aceitado y como nuevo. Y esa palabra que había estado intentando salir, pegada a la punta de la lengua, por fin pudiera despegarse y formar parte de una frase y luego, de una historia más grande.

—¡¡Usted es el Oso Feroz!!

El guarda lo miró con unos ojos brillantes que parecía que lo

viesen por primera vez. Inspiró despacio, muy despacio, y su mirada refulgió aún más bajo sus pobladas cejas.

—Lo era, Sergei. Ya no lo soy —murmuró con voz ronca—. Ese no es mi nombre desde hace demasiado tiempo. Ahora solo cuido del jardín. Soy un guarda, un custodio. Nada más. Toda aquella vida mía forma parte de un pasado muy lejano. Casi tan lejano como todo lo que viví antes de entrar a formar parte de la familia Borisov. En realidad, una vida está formada por muchas vidas… Y la de aquellos primeros años casi ni la recuerdo. Se ha perdido entre las brumas del tiempo.

—Puede que se trate de historias del pasado muy lejanas, pero esas vivencias le han hecho ser tal y como es ahora. Forman parte de usted. Lo han configurado para convertirlo en lo que es.

—No me gusta nada aquella persona que fui, Sergei. Y, sin embargo, es verdad que sin ella no hubiera llegado a ser lo que fui… y lo que soy. Quiero pensar que aprendí algo de todo aquello y conseguí cambiar. ¡Dios me perdone algún día! —El guarda dirigió su vista al trozo de cielo que empezaba a vislumbrarse, azul, entre las altas paredes de setos.

—Es usted quien debe perdonarse a sí mismo. Eso es lo más importante —dijo Sergei con un hilillo de voz.

—Quizá, precisamente eso sea lo más difícil. Por no decir imposible.

El guarda observó el suelo. Como si de pronto aquella porción de tierra y las piedrecillas por allí repartidas se hubieran convertido en lo más interesante de la creación.

—A veces, es más fácil olvidar. —Buscó la mirada de Sergei antes de continuar hablando—. Y ese olvido es lo que nos permite sobrevivir. Pero, por otro lado, olvidar quiénes somos y de dónde venimos nos impide aprender, evolucionar, seguir adelante, decidir…

El guarda lo miró con intención, como si esperase que dijese algo. Pero Sergei no supo qué decir, así que los dos guardaron silencio.

Las paredes del laberinto eligieron ese momento para estremecerse. El viento seguía siendo frío y la luz del sol era incapaz de llegar hasta la plazuela del banco.

—Anda, Sergei. Sigamos adelante. Nos helaremos si nos quedamos más tiempo aquí sentados.

El muchacho le ofreció su brazo, y el hombre tuvo que apoyarse en el banco para ponerse en pie.

—¡Ay, estos viejos huesos míos!

Echaron a andar dejándose guiar por el capricho de Sergei. Aunque se sentían protegidos por los setos, sentían el frío a su alrededor intentando alcanzarlos.

—Los árboles se siguen contando sus propias historias —dijo el guarda cuando el viento se levantó y los arbustos crujieron—. Incluso yo diría que las gritan.

—Ahora empiezo a entenderlas.

El guarda lanzó una risa al aire que quedó ahí colgada, entre los difusos jirones de la niebla, resonando entre las paredes verdes.

El laberinto parecía no acabarse nunca. A veces, a Sergei le daba la sensación de haber pasado ya por alguno de aquellos lugares, y otras, que era el mismo sitio pero que, de pronto, había crecido un árbol junto a un seto, habían colocado una columna con una estatua o había desaparecido una bancada de piedra.

—¿Seguro que no hemos pasado ya por aquí?

El guarda lo negó.

—¡Qué va! Cada sendero es un nuevo sendero.

—Tengo la sensación de que están cambiando. Este sitio me suena…

Si era verdad que uno no se podía bañar dos veces en un mismo río, también sería cierto que no se puede pasar dos veces por el mismo camino. Ni el camino ni nosotros somos los mismos.

Mientras paseaban, Sergei dudaba si preguntarle al guarda, al Oso Feroz, por más historias de la familia Borisov; pero luego callaba. ¿Qué más necesitaba saber? Lo que le había explicado era suficiente para conocer a los Borisov. Quizá había más historias, pero las importantes, las que necesitaba saber para entenderlo todo, ya las había escuchado. El resto eran insignificancias. Y tampoco quería molestar al guarda preguntándole por ellas.

Se internaron cada vez más en el interminable laberinto. La niebla se iba aclarando y los rayos del sol, de vez cuando, lograban alcanzar el suelo. Con cada uno de sus pasos, la arenilla del suelo gemía rechinando los dientes. El viento seguía soplando y se había empeñado en arrastrarse, llevándose consigo el polvo más fino y haciéndolo bailar en pequeñas espirales a ras del suelo, como

diminutos tornados que danzaban alrededor de los pies de los dos hombres, que caminaban lentamente, sin prisa. En ocasiones, a Sergei le parecía que esos torbellinos tomaban formas humanas, sombras que pasaban a su lado sobresaltándolo. Eran como personitas que giraban como locas, a veces con el rostro de la anciana señora Petrova o de su madre, y al intentar fijar su mirada en ellas desaparecían en la nada.

Al doblar una esquina, los rayos del sol se convirtieron en haces dorados que buscaban las motas de polvo para hacerlas visibles y convertirlas en tesoros de plata y oro. Sergei se detuvo un momento. Los claros de luz y las sombras bailaban a su alrededor. Las partículas doradas flotaban como diminutas burbujas.

—Es… hermoso.

—Hoy es un día especial. Es un bonito día, sí. El mejor de los días.

Continuaron caminando y se metieron por un sendero que terminaba en un arco vegetal. La hiedra y unas buganvillas mediterráneas se extendían, buscándose y creciendo, sobre los setos.

—Hemos llegado, Sergei.

Atravesaron el umbral y desembocaron en un espacio abierto, más grande que cualquiera de las plazuelas que habían encontrado en su camino. Estaban en el centro del laberinto.

Alrededor, otros ocho arcos confluían en aquel lugar. Unos bancos de piedra, de formas curvas y onduladas, rodeaban una fuente que debió de secarse hacía ya tiempo.

—¡Tat!

La muchacha los esperaba sentada en el borde de la fuente. Sonrió, resplandeciente, cuando los vio aparecer.

—Por fin habéis llegado.

—Ha sido un largo camino —contestó el guarda sentándose en el banco más cercano.

Sergei se acomodó a su lado.

El sol amarillento iluminaba el cabello de Tatiana. Algunas partículas de polvo dorado volaban a su alrededor.

Sergei pensó que si tuviera que retratarla en ese momento, solo pintaría sus ojos. Brillantes, enmarcados por unas largas y oscuras pestañas. Y el cabello se convertiría en una maraña de luz; y la nariz y la boca, en simples sombras que asomaban bajo la cortina radiante

de su pelo. Así, el espectador la vería como en un sueño.

«Sueño».

Se acordó del lirón de Olga Ivana Borisova.

Tatiana sonrió. Y Sergei deseó tomar un pincel y dar forma también a aquella sonrisa. La pintaría con un pincel plano y ancho, con el que tan solo daría unas pinceladas sueltas, pálidas y rosadas, aquí y allá. Luego, otras más oscuras, mezcladas con una pizca de azul. Azul Prusia, seguramente. Y entonces esas sombras dejarían adivinar un rostro que nunca podría contemplarse completo.

—¡¡¿Tat?!!

Sergei quiso preguntarle por Sueño y por Olga, pero no le salieron las palabras.

Una fuerte ráfaga de viento levantó la arena del suelo y sacudió los setos que los rodeaban. Los matorrales crujieron y Sergei supo, de pronto, que con unos pinceles en las manos sería capaz de pintar todo aquello. Y descubrió que era un artista. En ese instante, dejó de sentir el suelo bajo sus pies.

La tierra se lo tragó, un remolino de aire lo empujaba hacia abajo. Aterrorizado, intentó respirar, y entonces un aire frío, helado y húmedo inundó sus pulmones haciéndolos arder. Y Sergei abrió los ojos.

Alrededor todo era blanco.

Las calles, iluminadas por la tenue luz del atardecer, se hallaban cubiertas de niebla. Una niebla espesa y blanca, con retazos grises y amarronados. Caía una llovizna muy ligera, de esas que tienen tantos nombres como idiomas hay y que parece que no te moja, pero que, en cuanto te descuidas, ya te ha calado. La lluvia y la bruma se convertían en veladuras que difuminaban los contornos de los muros, las ventanas y las puertas. Algunos carámbanos colgaban de los tejadillos atrapando en sus entrañas la luz difusa, que quedaba entonces apresada allí, brillando como los cristales de las lámparas de las mansiones.

Tenía que regresar a casa. Hacía demasiado frío, tosía y se sentía enfermo.

«Era ella. Entre la niebla. Estoy casi seguro».

Desde la ventana de la habitación, esa que dejaba pasar la niebla al interior y que lloraba cuando llovía, había visto pasar a una joven corriendo. La reconoció por sus andares. Se envolvía en un chal ocre, como el que Tat usaba a veces en Barcelona. Tatiana. Olga. Olga, que en Barcelona se cambió el nombre para siempre. La había visto pasar, ella amaba la lluvia y reía bajo el agua. ¿Era posible que caminase apresurada por aquella calle de Londres? Aunque estaba muerta y enterrada en el jardín de Kiev. Se lo habían dicho.

Pero ¿y si no era verdad? ¿Y si le habían mentido? ¿Y si ella había conseguido huir? ¡¿Y si lo estaba buscando?! ¡Podría haber ido a Barcelona y, desde allí, seguir su pista hasta Londres!

La fiebre no le permitía pensar con claridad. Pero estaba lloviendo y esa era la lluvia que Tatiana amaba. Y había pasado una sombra corriendo bajo su ventana. Estaba seguro de ello.

Por eso bajó a la calle. Y ahora estaba allí, con el frío y la lluvia que empezaba a convertirse en aguanieve. Las bruscas gotas desaparecían y surgían de la nada delicados copos de nieve blanca que revoloteaban a su alrededor, buscando su calor febril. Copo a copo, fueron tejiendo un fino velo, casi transparente, que se pegaba a su cuerpo como un sudario.

Estaba ardiendo, pero al mismo tiempo tiritaba de frío. Le recorrieron de arriba abajo unos escalofríos que le dejaron sin fuerzas.

No, no debería haber salido en aquellas condiciones. Tenía que volver a su habitación. Pero antes, antes debía asegurarse. Ya estaba al final de la calle, donde le había parecido ver la sombra de la muchacha pararse entre la niebla. Y pensó que debería pintar aquello. Un atardecer entre la niebla. Blanco, blanco sucio y blanco níveo, y manchas terrosas y haces de luz entre la nieve y la niebla. Y una sombra, una simple sombra que podría parecer la de una mujer. Y cuando alguien contemplase el cuadro, no tendría claro si aquella sombra era una joven o un pájaro o un simple borrón en un lienzo manchado de blancos. Solo él sabría qué era esa mancha, única entre un millar de pinceladas lechosas.

En la esquina no había nadie. La calle que nacía allí no tenía

salida.

Se adentró en ella.

Sentía los pies empapados. La chaqueta estaba húmeda, así como la camisa. ¿Era por el sudor o por la lluvia?

Sergei se llevó la mano al corazón.

«Qué felices fuimos en Barcelona. Cuando lo teníamos todo y no lo sabíamos. Qué dulce el sol del Mediterráneo».

Cuando alcanzó el final del callejón, no encontró a nadie. Cerró los ojos cansado.

Todo estaba en silencio. No se oían ni las ruedas traqueteantes de los carruajes ni a los chiquillos gritando, ni a los vendedores, ni los pasos de los vecinos… Era por la nieve. Porque, de pronto, la calle estaba cubierta de nieve. Ya era de noche y la nieve le cubría hasta los tobillos. Un manto de silencio blanco lo envolvía todo y la luna, blanca también, se asomaba a la calleja a través de un cielo opaco y plomizo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí en pie, apoyado sobre aquel muro? Intentó mover un pie y, cuando lo consiguió, la nieve crujió, como si se hubiera roto algo suave y lejano. Aunque leve, el sonido le hizo reaccionar.

«Tengo que volver a casa».

Ardía por dentro, pero se sentía helado. El frío blanco de la nieve había llegado a lo más profundo de sus huesos

y se había instalado allí, acomodado entre un blanco marfileño.

«Casa».

Y la imagen que le vino a la cabeza fue la de una pequeña buhardilla, una cama y una cocina en la que un paño bordado por Tatiana tapaba una hogaza de pan. Por la ventana se veía el mar Mediterráneo, una maraña de azules salpicada con algunos barcos. Y junto a la ventana había un lienzo. Era un dibujo que nunca llegó a terminar.

«No, esa no. Esa ya no es mi casa».

Intentó aclarar las ideas que se mezclaban confusamente en su cabeza. Y ahora sí, pensó en una habitación pequeña y húmeda. La que se había convertido en su hogar en aquel último año. Debería buscar otro sitio. No tan frío. No tan húmedo. Uno en el que las ventanas cerrasen bien, que no permitieran el paso a la contaminada niebla de Londres. Quizá debería volver al Mediterráneo.

El blanco lo había cubierto todo. Era hermoso. No sentía las puntas de los pies ni los dedos de las manos.

«Tengo que volver a casa».

La niebla había regresado. Niebla sobre la nieve. Blanco sobre blanco. ¿Cómo podría pintar aquello? Con texturas. Sombras sutiles y texturas. Texturas muy distintas. Tal vez un poco rudas y exageradas. Iba a necesitar mucho relieve. Habría que aplicar una buena cantidad de pintura, capa sobre capa, una sobre otra.

La luz de la luna iluminaba, etérea, las calles cubiertas de blanco.

Dio un paso y luego otro más. Pero apenas le quedaban fuerzas.

Sentía el aire gélido a su alrededor y los pulmones le ardían.

Intentó gritar, pero la boca no le respondió. Solo le salió una especie de quejido que se desvaneció entre la niebla y el silencio.

Respiró esa niebla espesa, helada, que invadió sus pulmones. Dentro todo era blanco y fuera, también. Y ya no veía nada. Se ahogaba en un centenar de blancos, todos aquellos que hubiera querido pintar.

Cayó al suelo y le golpeó el frío en la cara.

«Así que morir ¿es esto?».

Los pensamientos se fueron desvaneciendo, dulce y suavemente, igual que la acuarela de un pincel se disuelve en el agua. Y también desaparecieron los retazos de niebla, deshechos por la lluvia fina que, de pronto, regresó.

Lo último que pensó Sergei es que moría abrazado por la lluvia que tanto le gustaba a Tatiana.

Abrió los ojos. El sol cálido acariciaba su piel.

Los tres estaban sentados en el centro del laberinto. La fuente parecía más vieja y desquebrajada, y los bancos, más gastados. Pero ahí seguían, no muy lejos del bosque sin nombre y de los árboles, cuyas hojas eran mecidas por el viento.

—¿Oyes ahora las historias que cuentan los árboles? —le

preguntó Tatiana.

Sergei escuchó sus susurros.

—Ahora sí. Las oigo.

—¿Y qué te cuentan? —quiso saber el guarda.

—Mi historia, Oso Feroz. Me están contando mi propia historia. Para que la recuerde.

—¿Y la recuerdas ahora? —le preguntó de nuevo Tatiana ansiosa.

Él asintió con la mirada húmeda.

Le dejaron unos instantes para que se recuperase.

Sergei lo entendió todo. Recordó quién era y su muerte en Londres persiguiendo el fantasma de Tatiana. Supo que ella estaba muerta y enterrada en el jardín. Y que el Oso Feroz cuidaba del jardín y también de ella, como siempre había hecho.

—Esta es la historia de todos. —El guarda rompió el silencio y dejó caer las palabras poco a poco—. Y también es la tuya.

—A veces, al morir, uno se olvida de las cosas más importantes —le dijo Tatiana mientras buscaba su mano.

Sergei tragó saliva. Se sentía más vivo que nunca. Observó la piel de Tatiana, dorada por el sol, los finos pelillos rubios que crecían en sus dedos. Una vena pulsaba, palpitante.

La brisa le hizo estremecerse.

A su alrededor, los colores se hicieron más vívidos. Como si en ese momento alguien hubiese desprendido una finísima película mate que cubría la realidad. Las hojas de los setos se desperezaron, estirándose y buscando la luz del sol. La tierra parecía respirar, animada por los millones de criaturas que la habitaban.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—¿Acaso importa? —contestó ella.

Sergei contempló lo que lo rodeaba con mil ideas recorriendo su cabeza. El jardín siempre había formado parte del bosque sin nombre. ¡Cuánta magia habría aún entre sus árboles, rodeando cada planta y cada arroyo, avanzando bajo tierra, entre las raíces, recorriendo el bosque, el jardín y el mundo entero!

Tatiana fue enterrada en el jardín. El guarda, en el bosque. Él, en cambio, había muerto lejos, muy lejos. ¿Cuánto tiempo llevarían esperándole? ¿Cuánto habría tardado él en regresar? ¿En comprender y recordar su historia? ¿Días, noches, horas? ¿Meses, quizá años?

—Aquí el tiempo no importa —dijo el guarda, como si adivinase las preguntas que se agolpaban en su interior.

—Te estábamos esperando. Siempre te hemos estado esperando.

—Lo sé. Ahora ya lo sé.

Tatiana suspiró y soltó su mano.

—Ahora tú decides. Si quieres, puedes quedarte con nosotros aquí. Donde fuimos felices. Puedes elegir.

—¿Para siempre?

—¿Quién sabe? —Ella se encogió de hombros.

—Eso nadie lo sabe —intervino el guarda.

Sergei se sintió atrapado dentro de aquel laberinto, rodeado por los altos setos. Adivinaba, cerca, muy cerca, el jardín y el bosque, pero desde allí no podía verlos. Quería volver, pasear por sus senderos y, con sus pasos, crear otros nuevos. Deseaba sentir la llegada de las estaciones y vivirlo con la ilusión de un niño, de un adolescente, de un joven, de un adulto y de un anciano. Quería ver lo mismo con ojos distintos, para leer, cada vez, una historia diferente en el jardín.

Y quería compartirlo todo con Tatiana; de niño, jugar con ella en el Rincón de las Hadas, en el barco pirata, en los pasadizos secretos de la mansión… Quería jugar con inocencia infantil y luego, de adolescente, descubrir el amor en la gruta o en el lago, mil veces, cada una de manera distinta. Y también deseaba pasear tranquilo, sin prisas, del brazo del Oso Feroz. Quería conocer su pasado y que le contase más historias de los Borisov, esas que no eran necesarias, pero que, sin embargo, le gustaría escuchar. Sí, estaría bien compartir su madurez y su vejez con ellos, y ver crecer la ciudad y cómo cambiaba el mundo desde la terraza de la mansión.

El jardín era un universo entero. Sin fin. Dentro de cada semilla se encontraba la promesa de todo un bosque. Y él podría verlo crecer. Vería los zarcillos de las hiedras buscar, cada día, una rama o una pared a la que aferrarse. Lo que para otros era el imperceptible crecimiento de las plántulas, no sería un secreto para él. Aprendería a observar el lento movimiento de las hojas buscando la luz del sol, los brotes convertirse en flores, la corteza de los troncos crecer y formar nuevos anillos… Sabría distinguir el aroma de la flor de un arbusto del de su vecino, y las sutiles diferencias entre un matorral y otro, aunque en apariencia resultasen iguales. Probaría los primeros

frutos del bosque y sabría dónde crecen los más ácidos y dónde los más dulces. Y, quizá, aprendería a escuchar el implacable crecimiento de las raíces, bajo tierra, buscando su alimento.

—No es una decisión fácil.

—Sí. Sí que lo es, Oso Feroz —contestó Sergei mientras dejaba escapar un largo suspiro.

El guarda sonrió.

—¿Tienes miedo? —le preguntó ella.

—No. No tengo miedo, Tat.

Aunque en el fondo, muy en el fondo, notaba un levísimo temblor, como las hojas que tiritan acariciadas por una brisa muy muy ligera. Pero se sentía cómodo con ese temblor. Igual que debían de sentirse las hojas recién nacidas con el viento fresco de la primavera.

Se metió las manos en los bolsillos y tocó una semilla. La agarró con fuerza y la sacó.

—Me gustaría verla crecer aquí.

A lo lejos, algunos pájaros trinaron y otros les dieron la réplica.

—¿Estás seguro?

Él no dijo nada. Simplemente se puso en pie y respiró hondo el aire del jardín. Olía a flores, a tierra, a humus y a bosque. Olía, como siempre, a un mundo entero.

Estiró los brazos como las ramas de un árbol, con las palmas hacia el cielo. Y extendió despacio los dedos hasta que notó el calor del sol en todos y cada uno de ellos. Afirmó sus pies sobre la tierra y se sintió conectado a ella, tal y como debían de sentirse los árboles cuando echan raíces. Y casi casi pudo percibir cómo unos zarcillos diminutos atravesaban el suelo, buscando otras raíces y el agua, y a otros árboles, y a los mohos y a los hongos para poder contarles su historia y decirles que ahora, por fin, ya lo recordaba todo.

Y se dio cuenta de que estaba sonriendo. Que nada le dolía y que todo era perfecto. Como cuando, en el lago, se había sentido parte de una sinfonía eterna e infinita y él era, solamente, una nota flotando en el momento justo.

—Entonces ¿este es el final? —preguntó.

—A veces, el final del camino es solo el principio —contestó el guarda.

—¿Quieres que salgamos del laberinto?

—Sí, por favor.

Con Tatiana a su lado, siguió los pasos del guarda.

Se encaminaron hacia uno de los senderos que moría en la plazuela. Cuando Sergei atravesó el arco vegetal que hacía de dintel, sintió que ese era el lugar. También el momento. Así que sacó la semilla de su bolsillo, se agachó y la enterró bajo la tierra húmeda. Supo que llegaría un día en que, en alguno de sus paseos, hallaría primero una casi imperceptible marca verdosa y luego, un tallo fino, diminuto, y un par de hojitas que se desenrollarían, y después, mucho después, vería convertirse el tallo verde y blando en uno marrón y leñoso. Existiría un árbol allí. No sabía de qué tipo. Pero sería el suyo, el que había sembrado en el momento preciso.

Cuando por fin salieron del laberinto, se encontraron rodeados de lilos y arbustos aderezados con unas flores blancas, muy pequeñas, que exhalaban un perfume intenso que olía a atardecer. Sergei buscó el sol, que se estaba poniendo tras el horizonte.

—Tendréis que perdonarme —dijo el guarda—. En el quiosco hay un concierto y después, por la noche, un baile. No pienso perdérmelo.

Se alejó con su chaqueta ondeando al viento. A cada paso, parecía más ligero y más enérgico. No había rastro de su cojera. Antes de internarse en uno de los caminos, se volvió hacia ellos.

—¿Vendréis al baile? —gritó.

Su barba era oscura. Las canas habían desaparecido, al igual que la mayoría de las arrugas que rodeaban sus ojos.

—¿Quién sabe? —Tatiana se encogió de hombros—. ¿Te apetece bailar, Sergei?

—¿Por qué no?

Sergei pensó en esos conciertos de los que le había hablado el Oso Feroz; el quiosco iluminado, la orquesta tocando. Las notas inundarían el jardín y acariciarían con un matiz diferente cada una de las hojas de los árboles para hacerlas estremecer. Podría bailar con Tatiana. Quizá hasta el amanecer.

El guarda se marchó canturreando con una voz más grave y potente.

«Para bailar hasta el amanecer, hay que ser joven», pensó Sergei.

Tatiana le dio la mano y los dos se internaron por una vereda. No muy lejos, encontraron un tejo rodeado de álamos. Sergei se

acercó al árbol. Observó los frutos rojos que lo adornaban y recogió uno de ellos.

—¿Sabes que el tejo es un árbol muy venenoso?

Sergei asintió.

—Excepto el fruto, Tat. El fruto no lo es.

—En realidad no es exactamente un fruto. Fíjate —señaló—, recubre la semilla para protegerla. Es lo único del árbol que no es venenoso.

Sergei apartó la semilla y se comió la parte carnosa.

Con los ojos cerrados, la saboreó. Era ácida y fresca, sabía a bosque antiguo. A algo muy viejo que le resultaba familiar sin saber bien por qué.

Cuando abrió los ojos, la oscuridad comenzaba a invadir el jardín. El sol no era más que un recuerdo, un tenue resplandor que intentaba escapar tras el horizonte y que recortaba siluetas oscuras de colinas y árboles.

—Es casi de noche. Hoy no voy a volver a casa.

—Ya estás en casa —contestó ella.

Sergei respiró hondo todos los olores del bosque y del jardín. La tierra, a sus pies, estaba húmeda y olía a vida. Se sentía pegado a ella y unido a sus hermanos, los árboles, que extendían sus raíces bajo el suelo. Todos los árboles y los matorrales y las plantas, y cada hoja, aguja y espina, respiraban muy cerca. Sutiles pero perceptibles.

Vibraban lejos, allá abajo, los abedules que, sin prisa, se ocupaban de cubrir un claro del bosque. La artemisa crecía entre los escombros. Las raíces de los cipreses buscaban agua en lo más profundo, donde ya no había insectos ni gusanos, solo hongos primitivos. Los robles almacenaban energía para crear bellotas de las que, quizá, se desprenderían en dos otoños. Los alcornoques se esforzaban por engordar la corteza de sus troncos y los pinos esperaban el momento adecuado para crear los piñones. Los tilos del lago alumbraban nuevas flores de aroma tan intenso que atraerían a nuevas e incautas abejas. El tejo, muy cerca, balanceaba sus ramas milenarias y sus hojas, tan viejas, susurraban las historias más antiguas del bosque.

Las manos de Sergei cosquilleaban con la energía del sol aún cargada en su interior y su piel vibraba cálida. Movió los dedos y sintió la brisa acariciarlos, jugando entre ellos. No tenía prisa por

llegar a ninguna parte y tampoco importaba de dónde venía. Solo contaba ese momento, el presente, que por fin aparecía eterno ante él.

«Quizá haya tantas historias como personas, o puede que cada uno de nosotros escuche una historia distinta».

El pequeño Sergei descubre por casualidad un misterioso jardín en medio de la ciudad. Allí entabla amistad con una niña como él, Tatiana, y con el guardián del jardín, que le relatarán un cuento cada día. Los cuentos del sabio guardián y Tatiana descubrirán a Sergei secretos sorprendentes y tesoros ocultos sobre el jardín, el mundo y sobre él mismo.

Una fábula entrañable y optimista para todos los públicos ambientada en el jardín de Kiev, un mágico lugar rebosante de leyendas y personajes maravillosos.

Susana Vallejo (Madrid, 1968) es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Complutense de Madrid y experta en Comunicación. Vive en Barcelona desde 1994 y, hasta ahora, ha compaginado su trabajo en el área de comunicación de una importante multinacional con la escritura de catorce novelas de género negro, ciencia fi cción, fantasía y literatura juvenil e infantil. Es socia fundadora de la escuela de escritura online Phantastica.com.

Entre sus obras destacan *Calle Berlín, 109* (Plaza y Janés, castellano; Rosa dels Vents, catalán, 2013), la saga fantástica Porta Coeli (2008-2010), *El espíritu del último verano* (Premio Edebé 2011), *Irlanda sin ti* (finalista del Premio Edebé 2018), el ensayo humorístico *Madre de dragones: como ser una frikimamá y no morir en el intento* (2015) y el thriller *El móvil que guardaba en su interior el secreto de la chica de la camisa naranja* (2014).

Primera edición: octubre de 2022

© 2022, Susana Vallejo Chavarino. Autora representada por
The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Pepe Medina por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Oriol
Ilustración de portada: © Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02964-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: plaza&janes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Nueve días en el jardín de Kiev

Nota de la autora
1. El bosque sin nombre
2. La vieja mansión
3. La fuente de los cipreses
4. La gruta oscura
5. El quiosco de música
6. Los hombres de piedra
7. La montaña de rocas
8. El lago
9. El laberinto

Sobre este libro
Sobre Susana Vallejo
Créditos